

**miradas
azúcar
radas**

Zelá Brambillé

GANADORA
Premios
Wattys
2016



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2018, Zelá Brambillé

© 2018, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero Ernesto

Portada

Daniela Alcalá

Imagen de portada

Asier_relampagoestudio - Freepik.com

Maquetación

Daniela Alcalá

Corrección y revisión

Abel Carretero Ernesto

Ilustraciones

Daniela Andrea Cheuquel Cayupil

Primera edición: enero de 2018

ISBN: 978-84-17142-48-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Zelá Brambillé

miradas
azuca
radas



Nova Casa Editorial

Hola,

Si te contara cómo nació esta historia probablemente entenderías su significado. Quiero ser la persona que yo no tuve, quiero que seas valiente y nunca te conviertas en el adulto que todos piensan que deberías ser, descubre quién eres y atrévete a ser tú mismo.

Espero que disfrutes este libro. Antes de que empieces voy a advertirte: tendrás que leer como si fueras ese niño que le tenía miedo a sus sueños y al que no le importaba hacer locuras, el que se enamoraba con facilidad, el que se reía por cualquier tontería, el que anhelaba crecer o pensaba que el mundo se le caía encima. Y si estas palabras te suenan, disfruta.

Recuerda que todos alguna vez fuimos o somos Natalie Drop.

ZELÁ BRAMBILLÉ

*Para mis Zucaritas ♥
Y para los dos terrones que endulzan mi café.
No importa qué tan amarga sea la vida,
puedes agregarle azúcar.*

Índice

prefacio

uno

dos

tres

cuatro

cinco

seis

siete

ocho

nueve

diez

once

doce

trece

catorce

quince

dieciséis

diecisiete

dieciocho

diecinueve

veinte

veintiuno

veintidós

veintitrés

veinticuatro

veinticinco

veintiséis

veintisiete

veintiocho

veintinueve

treinta

treinta y uno

treinta y dos

treinta y tres

treinta y cuatro

treinta y cinco

treinta y seis

treinta y siete

treinta y ocho

treinta y nueve

cuarenta

cuarenta y uno

cuarenta y dos

cuarenta y tres

cuarenta y cuatro

cuarenta y cinco

cuarenta y seis

cuarenta y siete

cuarenta y ocho

cuarenta y nueve

cincuenta

cincuenta y uno

cincuenta y dos

cincuenta y tres

cincuenta y cuatro

epílogo

contenido extra

glosario



prefacio



¿Has estado aburrido?

Si la respuesta es no, déjame decirte que la suerte está de tu lado. Seguramente eres tan productivo que tu vida estará llena de éxitos, cumplirás tus sueños, te casarás el día de los enamorados y tendrás una escultura de hielo con forma de cisne, te verás bien como velita en el pastel de bodas, aunque a la mayoría de esas velas deberían encerrarlas bajo llave. En pocas palabras: no sufrirás lo que el resto de las personas.

Como la vida no es perfecta, a menos que seas Bill Gates y puedas comprar medio planeta, tengo una teoría: todos nacimos estrellados.

El aburrimiento es la primera señal, debería prestar atención en lugar de contar los pájaros colgados en el cableado. El profesor de matemáticas da un discurso apasionado, mi vista cae en un chicle masticado pegado bajo la paleta de un pupitre, hago una mueca de asco que se borra en segundos al identificar quién está ocupando ese asiento.

¡Qué casualidad!

Observo al chico sentado en la parte delantera del salón, yo soy más de los lugares de en medio, no me gusta que los maestros estanquen sus ojos de águila en mí y me hagan preguntas. Analizo su perfil recto, me pregunto si sus padres lo hicieron con una regla, al verlo solo puedo pensar: ¡benditos genes los del muchacho!

Es alto y está en forma, su cabello negro y sus ojos marrones son perfectos, tiene lunares regados en el rostro que hacen que parezca una deliciosa galleta con chispas de chocolate.

¡Ya sé hacia dónde se dirigen tus pensamientos! Y no, no es un cliché, él es un cúmulo de contradicciones. Usa lentes gruesos como los de un típico *nerd*, pero llega en motocicleta todas las mañanas. Es inteligente y hace la tarea, no

obstante, se codea con los populares del instituto y va a las fiestas más geniales. No es mujeriego, sin embargo, ha tenido unas cuantas citas.

Suspiro con pesadez, no entiendo por qué no me mira, no es como si fuera horrible, sé que tengo lo mío. Nunca lo hace. ¿Tan ciego está que no se da cuenta de que me paso mirándolo la mitad de la clase? Quizá sus lentes necesitan aumento.

Solo hemos hablado una vez: iba caminando tranquilamente por el pasillo cuando ¡boom!, tropezamos. *Cof, cof...* Juro que no fue intencional. Le dije que tuviera cuidado, me lo agradeció. Por supuesto que nos *shipeé* toda la semana, ¡viva *Shatalie!*

Nunca volvió a pasar, pff.

Trazo una línea vertical que divide la hoja por la mitad. En el lado izquierdo escribo la palabra *pros* y en el otro lado, *contras*. El sujeto por analizar es llamado Shawn, jodidamente lindo y platónico, Price.

Pros:

1. *Es atractivo, podría lamerlo como a un caramelo.*
2. *Lo obligaría a que hiciera mis tareas de matemáticas.*
3. *Puede que también haga otras tareas, incluso se puede convertir en mi esclavo.*
4. *Pasearíamos en su motocicleta.*
5. *Es amigable y carismático, así que no tendría que preocuparme por iniciar la conversación.*
6. *Sus ojos son tan bonitos que se me acelera el corazón.*

Contras:

1. *No tiene idea de que me gusta.*
2. *Sigue a Hannah Carson a todas partes (como perrito faldero).*



NATALIE

Muerdo mi lápiz y no, no es por hambre, la razón se llama Shawn Price.

Soy el tipo de chica a la que le gusta dibujar corazones en la parte trasera del cuaderno, la que luego hace dibujos de palitos y bolitas tomados de la mano, adoro fingir que somos nosotros. Ya te estarás imaginando que soy una demente a la que le gusta espiarlo por debajo del flequillo. Adivina... ¡Acertaste, listillo!

La verdad es que mi pasatiempo favorito es mirar su trasero.

¿Qué? ¿Una chica no puede disfrutar de esos placeres terrenales? ¿Solo los chicos pueden? ¡Bah! Mírenme a mí, mordiendo el borrador del lápiz verde estoy muy distraída, más bien atraída hacia ese punto en particular.

Aunque también me gustan sus ojos café, ni hablar de sus labios gruesos y de su cabello revuelto. Creo que sus gestos son adorables y su forma de caminar muy comestible. Si bien no es el más musculoso y atractivo, tiene su propio encanto. Yep.

Shawn camina hacia el escritorio del profesor Golden y entrega su examen, seguro va a sacar otra de sus notas altas. ¡Maldito caliente sabelotodo!

Sale del salón sin mirar atrás. Muy en el fondo le doy las gracias al cielo, sería muy incómodo que me viera babeando por él.

¡Genial! Ahora tendré que responder la endemoniada cosa llena de operaciones matemáticas que más bien parecen jeroglíficos egipcios. Hasta creo que vi una casita, ¿o era una división? Da igual.

El timbre suena, yo dejo que mi cabeza se estampe en el banco sin importarme si me hago un chichón. Voy a reprobar otra vez, solamente contesté una pregunta: mi nombre.

Así de patética soy.

—Rápido, quien no me entregue su examen ahora tendrá un lindo cero de calificación —dice el profesor. Al menos son lindos porque de esos tengo muchos.

Mis compañeros se levantan para entregar la prueba, solo entonces hago lo mismo. Voy y pongo la hoja en el montón de papeles e intento pasar desapercibida, pero hoy mi suerte decidió quedarse acostadita en mi cama.

—Espero que haya estudiado, señorita Drop. —La voz del maestro me detiene en seco. Me giro sobre mis talones y le doy una sonrisita.

—Lo voy a sorprender.

Claro que lo hará, le dará un infarto al ver mi examen. El profesor Golden está más calvo que un hisopo, su bigote está lleno de canas, es largo y delgado como una pluma. No es una mala persona, me caería bastante bien si no fuera un grano en el culo que sabe sumar.

Me mira con escepticismo, salgo del aula antes de que pueda decir algo. No estoy escapando, se le llama supervivencia, selección natural.

El pasillo está lleno de alumnos que se dirigen hacia la cafetería. Justo en ese instante mi estómago comienza a rugir tal como lo haría una bestia indomable, estoy hambrienta. Sigo la corriente, no quiero ser aplastada por la estampida de estudiantes con apetitos alocados.

Busco a Jasmine, la encuentro a unos pasos de distancia, su espalda está apoyada en un casillero, Greg la arrincona y le come la boca, creo que va a succionarle el alma si sigue así. Giro los ojos.

—¿Es que no pueden estar separados por un minuto? —pregunto con fingida indignación.

Ellos se despegan y me miran divertidos. No me molesta que estén juntos, incluso creo que son la pareja perfecta... Algo así. Jas es una morena con caderas pronunciadas, su cabello oscuro es como el carbón, ella asegura que tiene descendencia hindú, me hace recordar a la princesa de *Aladdín*. Además de su gran atractivo, es uno de los mejores promedios de la generación. No me sorprende que Greg la adore, él es miembro del equipo de fútbol, apuesto, corpulento y con unos lindos ojos azules.

Un día mientras entrenaba con el equipo pateó tan fuerte la pelota que salió volando como un proyectil y sí, se estampó en mi cara, lo normal, soy imán

para ese tipo de cosas, ya estoy acostumbrada. Si no hay desastres es que Natalie Drop no está ahí.

Se armó un circo: yo chillé, Jasmine se puso como un león furioso y el entrenador les dijo palabrotas a los jugadores cuando mi nariz comenzó a sangrar. Jas y Greg me llevaron a la enfermería y no pudieron separarse más. Tuvieron una cita, a los dos meses lo hicieron oficial.

Al menos mi nariz sirvió para algo, podría quitarle el trono a Cupido.

De todas formas, me las cobré muy caro, gracias a él puedo ir a las mejores fiestas, ya que es invitado porque pertenece a la realeza en la pirámide social, así que si voy detrás suyo me dan la entrada. Beneficios de que el novio de tu mejor amiga sea una estrella popular, ya saben.

—Tranquila, Natalie, dejaremos de besarnos el día que te atrevas a hablarle a Shawn. —Olvidé mencionar que Jas puede ser insufrible si se lo propone, como un mosquito deambulando a mi alrededor. Lanzan una risita al ver mi rostro.

—Venga, chica hamburguesa, quita esa cara. —Greg se está divirtiendo a mi costa, le gusta molestarme con mi empleo de medio tiempo, no para de hacerlo desde que me vio usando mi uniforme, ugh. Los señores Hest, mis jefes, dicen que es parte de la mercadotecnia, yo pienso que no tienen gusto para la moda o que han vivido todos estos años aislados en una caverna.

—Ja-ja-ja —remarco cada sílaba con dureza. A pesar de todo, me estoy divirtiendo—. Muy gracioso.

El pasillo se despeja, por lo que caminamos hacia el comedor, es mejor así, nos ahorramos la avalancha de cuerpos desesperados por entrar por una diminuta puertilla. Tomamos una charola y un lugar en la fila.

Analizo el menú, selecciono pastel de carne, una cubetita con caldo de dudosa procedencia, una ración de ensalada y un jugo de manzana. Busco nuestra mesa que ya está siendo ocupada por los amigos de Greg, ellos me saludan y siguen con su plática. No es como si los miembros del equipo de fútbol me dirigieran la palabra, creo que solo me saludan por cortesía, ni siquiera sé sus nombres.

Mis acompañantes se unen a mí minutos después, se sumergen en una conversación que solo ellos pueden seguir, ese es el único problema de que

Jasmine tenga novio, los recesos son aburridos; antes éramos ella y yo, ahora somos tres, a veces no sé cómo lidiar con eso.

Voy a darle una probada al intento de sopa porque todos merecemos una oportunidad, no importa qué tan extraña sea nuestra apariencia, sin embargo, hago una mueca de asco cuando el olor llega a mi nariz. Sí, esa que hace milagros, acaba de ser profanada.

—¡Huele asqueroso! —exclamo, indignada. ¿No se supone que los alimentos en las escuelas deben ser sanos?—. ¿Cómo se atreven a servir esto? ¿Quieren que nos intoxicemos?

Fulmino con la mirada al caldo, esperando que se evapore, pero sigue ahí, riéndose en mi cara.

El que ríe el último, ríe mejor.

Me levanto rápidamente, tomo el recipiente con ese líquido que huele a trapeador sucio y me doy la vuelta, lista para llevarlo al bote de basura. Claro que no cuento con que no estoy sola en el lugar.

Antes de que pueda darme cuenta colisiono con un cuerpo y el caldo sale volando. Veo en cámara lenta cómo su camiseta azul es manchada por la comida y el líquido amarillento cae sobre él.

De acuerdo, creo que el caldo no solamente soltó risitas, se carcajeó al final. Las exclamaciones de asombro se dejan escuchar, mis mejillas se ponen calientes, lo único que quiero hacer es enterrar mi rostro en algún pozo como un avestruz.

¡Por favor, másticame, tierra, y escúpeme en el lado opuesto del mundo!

Sé a quién pertenece esa camisa, lo sé porque lo observé con atención en vez de contestar mi examen de matemáticas hace unos minutos. No me atrevo a mirarlo, pero termino haciéndolo.

Estúpida suerte, espero que estés descansando en mi almohada, justo donde debí quedarme esta mañana.



NATALIE

¿No les ha pasado que se despiertan y sienten que todo les sale mal? Este es uno de esos días: mi hermano menor me despertó gritando en el oído, tropecé y casi me rompí los dientes mientras me calzaba los zapatos, el examen de matemáticas no fue la peor parte, ¡este momento lo es!

El problema conmigo es que todos los días pasan cosas parecidas, soy demasiado torpe, tengo dos pies izquierdos, a mi destino le gusta ponerme en aprietos. No puedo quedarme encerrada bajo llave, aunque evidentemente puedo causarle daños a la sociedad... o a Shawn.

¿Y ahora qué hago? ¿Corro? ¿Grito? ¿Finjo demencia, lo empujo y me voy corriendo?

Delante de mí está Shawn, su antes immaculada camisa ahora está mojada y sucia, con olor a trapeador después de asear el baño de chicos. No me muevo, me quedo estática contemplando cómo baja la cabeza y mira el desastre para luego silbar entre dientes.

Sus perfectos labios hacen una mueca de desagrado y yo me quiero morir. De hecho, quiero morir, reencarnar y volver a morir.

¿Por qué demonios no pude conocer a mi amor platónico de forma normal? ¿Por qué, por qué, por qué?

Sí, lo conozco desde hace casi tres años, tomamos algunas clases juntos; pero dudo que sepa quién soy, nunca repara en mí, jamás se ha percatado de mi existencia... Hasta ahora. No es que sea la chica invisible y fantasmal del asiento de atrás, tampoco soy tímida, por alguna razón no puedo estar a su alrededor sin ponerme a temblar, por eso nunca he podido hablarle ni pronunciar más de dos palabras en su presencia.

Este momento me lo imaginé diferente. Me hubiera gustado que nuestras miradas se encontraran por mera casualidad en un cálido día de verano en medio de un pastizal lleno de flores y que él no pudiera dejar de mirarme. Para completar el cuadro se hubiera levantado para acomodar un mechón de mi cabello como en los libros eróticos y me robaría un beso. ¡Pero no! ¡Tuvo que caerle mi jodido caldo!

Se me queda mirando expectante, sus lindos ojos están esperando por mí. Por un momento me pierdo en el marrón que se parece a la malteada que venden en mi trabajo, aunque suene soso; amo esa malteada, podría tomarla siempre.

—L-lo s-siento. —Mi patética respuesta hace que me quiera golpear la frente. No sé por qué me pone tan nerviosa. Recupero el aliento respirando hondo e intento encontrar mi voz—. De verdad lo lamento, no fue mi intención, no te vi.

—No te preocupes, fue un accidente. —Suspiro, aliviada. No quería que me odiara por arrojarle la estúpida bebida. Esboza una sonrisa de lado que me pone de los nervios, creo que él sabe lo que me provoca porque suelta una risita—. ¿Debo pagar tu... lo que sea?

Su nariz se tuerce haciendo una mueca adorable. Mierda, quiero babear.

¡Tengo a Shawn Price frente a mí! Mirándome a mí, hablándome a mí, quiere comprarme un caldo. Podría ser una cita, ¿no?

A pesar de que un montón de cuervos y zopilotes merodean en mi estómago y de que mis manos sudan, aclaro la garganta.

—Eh... ¿Debo pagar la lavandería? —cuestiono. Su sonrisa se ensancha.

Ay, creo que he muerto y he despertado en el cielo. Me ruego calma y control antes de que no pueda evitar suspirar como una damisela enamorada. ¡Contrólate, niña!

—Por supuesto que no. Entonces... nos vemos luego. —Se da la vuelta sin esperar respuesta, no le quito la mirada de encima hasta que sale de la cafetería dando pasos largos.

Atónita, regreso a mi asiento, miro a Jasmine después de colocar en la charola el cuenco vacío, se encoge de hombros y regresa al besuqueo con Greg.

Mi apetito se ha ido de paseo, la bestia hambrienta de más temprano ha sido domada, está contando mariposas y haciendo ángeles en la tierra. Ni siquiera

puedo moverme o pensar en algo coherente, creo que tenerlo cerca ha quemado mis neuronas.



Llego a casa a las tres de la tarde, apenas entro el olor a pasta se cuele en mi nariz. Se me hace agua la boca, mi madre hace los espaguetis más deliciosos del mundo, espero que también haya preparado albóndigas.

Los gritos de mis hermanos me hacen rodar los ojos, los dos se encuentran en la sala peleando por el control remoto. Me tienta la idea de ir a molestarlos, pero prefiero ir a la cocina, el día de hoy ya tuve suficiente drama y el olor me llama. Soy una chica débil, la comida es mi talón... y mi codo, mi estómago y mi corazón.

—¿Cómo te fue hoy, cariño? —pregunta mamá tan pronto entro en su campo de visión.

Está frente a la estufa moviendo un cucharón en el recipiente. Lleva puesto un delantal blanco con dibujos de piñas, ella tiene una colección de esas cosas en uno de los cajones de la alacena y los utiliza según lo que vaya a preparar.

Me encojo de hombros para restarle importancia, la pregunta adecuada sería: ¿qué no pasó el día de hoy? Su entrecejo se frunce. ¡Uy! ¡Doña Lauren Holmes a bordo!

Mi madre es una de las personas más especiales que conozco, no sé cómo lo hace, siempre sabe si algo va mal, tiene eso que algunos llaman intuición. Es graciosa, le gusta ver series en Netflix una y otra vez, y llora siempre que se muere Jack Dawson. Somos parecidas físicamente, tiene el cabello de color miel y unos ojos marrones enormes, como los míos.

—¿Qué ocurrió? —cuestiona.

Obtengo cuatro vasos del lavavajillas y los pongo en la encimera para llenarlos de jugo de naranja fresco.

—Nada importante, solo arrojé mi sopa con olor desagradable en la ropa de Shawn, me quedé medio tartamuda al tenerlo enfrente. —Omito que reprobaré el examen de matemáticas, no me apetece cavar mi tumba tan pronto. Escucho que suelta una risita, yo resoplo un tanto divertida.

Si hay algo bueno a mi alrededor, eso sería mi madre. Es genial saber que estará ahí para escuchar cada cosa que quiera compartir, aunque sea lo más absurdo o lo más doloroso.

—No podría vivir con tu mala suerte, Nat —dice.

—Qué buena madre eres, burlándote de las desgracias de tu hija —digo melodramáticamente llevándome una mano al pecho, al tiempo que termino de servir las bebidas.

—¡Niños, a comer! —exclama mamá alzando la voz.

Inmediatamente se escuchan los pasos apresurados creando una estampida, lo cual es curioso, solo son cuatro pies los que se acercan.

—¡Hazte a un lado, vómito de mono! —Ahogo una carcajada al escuchar el grito de Frank, quien empuja a Cecile para poder entrar primero. Siempre he pensado que les gusta discutir, la puerta es tan ancha que ambos podrían entrar sin problemas, sin embargo, están ahí peleando.

—Si yo soy vómito, tú eres mierda —suelta mi hermana con tono plano. Termino carcajeándome, mamá me da una mirada de reproche, así que tengo que aplanar los labios para controlarme.

—Cecile Abigail, ¿qué son esas palabras? —regaña mamá poniendo las manos en las caderas.

Mi hermana logra entrar primero y se deja caer en su silla favorita.

Es alta y flacucha, más rubia y pálida que yo, tiene quince años y está pasando por la etapa donde odia a todos los seres humanos que habitan la Tierra. Cree que es una adolescente rebelde, aunque todos en esta casa sabemos que es una buena chica. Se pinta las uñas de negro al igual que los labios, le gusta usar gorros de lana y deja que el cabello le cubra la cara. Dice que tiene alma oscura, yo creo que tiene complejo de vampiro.

—Mamá, ¿qué es mierda? —pregunta Frank con fingida inocencia y gestos divertidos, es el típico niño con rostro angelical y cerebro maquiavélico. Le gusta ponerse litros de gel en el cabello oscuro para que se mantenga estático, las puntas se asemejan a los cuernos de un diablillo; aunque me lo imagino más como un pequeño y molesto Oompa Loompa.

—Mierda es lo que te sacas cuando te hurgas la nariz —Cecile sigue hablando sin importar la cara larga de nuestra madre—, así que tu lado de la mesa está lleno de mierda.

—¡Cecile! ¡Frank! ¡Basta!

Me quedo quieta, mirando de un lado a otro como si fuera una guerra. Le apostaría a Cecile si pudiera, pero no creo que a mamá le agrade la idea.

—¡Yo no tengo mierda en la nariz! —grita mi hermano, furioso.

Me muerdo la lengua para no reír.

—¡Es suficiente! El próximo que diga la palabra *mierda* se quedará sin postre el fin de semana.

Me dan ganas de decirle que ella lo dijo, pero prefiero quedarme callada, lo que menos necesito es un castigo que corone mi mal día.

Sirve pasta con salsa de tomate en los platos, posteriormente se sienta frente a mí. Comemos en silencio, por debajo de las pestañas los analizo, el mutismo en esta familia no es normal. Descubro a mi madre observándome, se aclara la garganta, cuando veo su semblante sé que no me va a gustar lo que va a decir.

—Tu padre llamó, quiere saber si irás el fin de semana a comer con él y con tus hermanos.

Su simple mención me altera, me enfurece, me dan ganas de romper todo lo que tengo cerca.

—La próxima vez que llame dile que con él no voy a ir ni a la esquina y que puede irse a la m...

—¡Natalie! —interrumpe. Deja el tenedor en la mesa y me enfrenta con el entrecejo tenso—. Nicholas sigue siendo tu padre, ya pasaron seis meses y no lo has visto ni una sola vez.

Está enojada y estoy haciendo que se enfade más. No sé para qué lo menciona y lo defiende si siempre acabamos discutiendo, ¿por qué pregunta si ya sabe la respuesta? No quiero verlo. Puedo ser un algodón de azúcar, pero ese tema saca el lado opuesto.

—¿Ya lo perdonaste? —cuestiono, irritada.

—Es diferente, eres su hija.

Ya conozco ese sermón de memoria, así que pasaré esta vez.

—Y tú eras su esposa, dejó bien claro que no lo pasaba bien con nosotros. —Me pongo de pie de un salto. Frank está callado mirando su plato y Cecile evita mirarme—. No me pidas que actúe como si nada, no soy hipócrita.

Salgo de la cocina hecha un caos y me encierro en mi habitación dando un portazo. Ahogo un suspiro en mi almohada, me gustaría que las cosas fueran

diferentes.

Amaba a papá, adoraba cuando salíamos a jugar con nuestras bicicletas los días nublados, teníamos la costumbre de comprar helados todos los domingos. Me gustaba que no se riera de las cosas graciosas que me pasaban porque a veces no es divertido, y él lo entendía, no necesitaba explicarle, solo me abrazaba y hacía que me sintiera mejor.

Por eso me decepcionó cuando decidió irse sin despedirse, sin explicarme lo que estaba sucediendo, sin preguntarme cómo me sentía. Un día desperté y ya no estaba, creí que éramos amigos, que podía confiar en él.

Mi corazón se rompió.



NATALIE

Lo malo de ser una espía profesional como yo es que encuentras acontecimientos que no estabas buscando. Eso me pasa al día siguiente cuando entro y lo primero que encuentro es a Shawn sosteniendo a Hannah en la mitad del pasillo, ella está refugiada en un pecho que yo quiero tocar, oliendo un aroma que yo quiero oler, abrazando un cuerpo que yo quiero abrazar, sintiendo las respiraciones que yo quiero sentir, escuchando los latidos que... ¡Ya basta!

«Me das pena ajena, Natalie», me digo. «Si sigues así terminarás comiendo sopa a los sesenta para recordar lo que pasó en la cafetería, lo más importante es que será sopa de tus lágrimas de solterona».

Tomo un respiro profundo, no es algo fuera de lo normal. Lo que llama mi atención es que, al parecer, la pobre está llorando. Eso me preocupa porque tal vez tiene algo que ver con Liam, su novio.

No hay chica en esta escuela que sea más linda que Hannah Carson, ella es la representación humana de un pastelillo cubierto con crema rosada. Shawn Price está loco por ella, puedo oler a leguas que se muere por salir de la *friendzone*.

¿Hannah necesita un hombro para llorar? Ahí está él. ¿Hannah no puede cargar su bolso? Él lo hace con gusto.

Me lo imagino como un perrito moviendo la colita cada vez que ella se le acerca.

—Deja de mirarlos, Natalie Drop, se van a dar cuenta y te tacharán de acosadora, yo lo haría si me miraras con esa cara todos los días —Jas se planta frente a mí, tiene un libro abierto en sus manos, uno de los bordes se encaja en su estómago mientras lo sostiene del lado opuesto.

Mi mejor amiga es una lectora empedernida, se sabe de memoria los diálogos de los libros de Shakespeare, posee dos colecciones distintas de *Harry Potter* —no me pregunten por qué, no logro comprenderlo— y colecciona diferentes versiones de sus favoritos. En su recámara hay un librero de techo a piso repleto de libros acomodados por colores, de todos los tamaños y grosores, con dibujos y letras diminutas. Si quieres saber de libros, pregúntale a Jasmine Campbell.

—¿Sabes algo? —pregunto. Acomodo el cordón del bolso en mi hombro y recargo todo el peso en una de mis piernas.

—¿Por qué te lo diría? No me gusta cuando te pones triste, Nat —responde. Hago un puchero sacando mi labio inferior, para acompañar el cuadro junto a mis palmas, como si estuviera suplicando—. No, y no me pongas esa cara.

—Por favorcito.

Gira los ojos, exasperada. Cuando conocí a Hannah en primer año ya era novia de William Baker, han estado juntos desde hace años, pero en ocasiones creo que él no la soporta, lo cual me parece irónico, ya que media escuela daría cualquier cosa por salir con ella; la otra mitad son chicos homosexuales.

—Ya sabes que nadie entiende la relación de Liam con Hannah, son muy raros, unos dicen que no la quiere y la utiliza, otros que sí la quiere, solo que es un idiota; yo creo que es un idiota cualquiera que sea la verdad. —Encoje los hombros y da un paso para acercarse—. Al parecer hizo que renunciara al equipo de básquetbol, ella dejó su puesto ayer, el chisme corrió como la pólvora.

—Oh.

—¿Puedo darte un consejo? —Extiende su brazo y agarra mi hombro, me da un apretón. Asiento, dudosa, no es que no quiera escuchar los consejos de Jas, es que tiende a sobreprotegerme como si fuera una mamá gallina—. Olvida a Shawn, Nat, busquemos otro trasero caliente que no esté babeando por una chica que no eres tú.

Quiero decirle que no es tan fácil como cree, o tal vez sí lo es y yo solo estoy aferrada a la nada.

—No lo sé, Jas.

El timbre suena creando caos, ella se escapa lanzándome un beso y corre hacia su clase, todos se arremolinan porque nos dan determinado tiempo para

llegar si no queremos falta. Camino dando zancadas, me percató de que Hannah se ha ido, él se queda quieto mirándola partir. En ese instante eleva la vista, coincidimos. Rápidamente dejo de mirarlo y sigo mi camino.



No sé por qué siempre tengo que luchar contra mi almuerzo, primero el caldo y ahora esta estúpida lata de refresco, no puedo abrirla, solo falta que me explote en el rostro. Lanzo un suspiro melancólico, dándome por vencida, la coloco en la mesa junto a mi bandeja.

Jasmine y Greg están formados, estoy en la mesa de la cafetería junto a algunos integrantes del equipo de fútbol.

Observo con añoranza mi lata, y de pronto una mano la coge. Tengo que alzar la cabeza para ver quién ha tomado mi gaseosa. Se me corta la respiración, Shawn me sonrío al tiempo que tuerce la ficha con éxito, vuelve a colocarla en su lugar. Lo observo con asombro, esboza una sonrisa de lado y me regala un guiño.

Joder, ¿cómo se supone que voy a pensar en otro chico cuando este sujeto lucha con el refresco por mí y después me guiña el ojo sensualmente?

Estupefacta, estudio todos sus movimientos, se sienta en la silla más cercana a mí y se gira para mirarme. No sé qué decir, así que me quedo callada.

—Te vi sola y quise venir a saludar, has mostrado muy poco interés en mi guardarropa, la mancha salió después de la décima lavada. —La cara se me quiere caer de la vergüenza, siento las mejillas y las orejas calientes. Me muerdo la lengua a pesar de que quiero disculparme por haber estropeado su ropa—. ¿Te caigo mal?

—¿Qué? —pregunto con sorpresa, incluso me echo hacia atrás debido al impacto. ¿En qué dimensión podría este sujeto caerme mal?

—Pregunto porque me ignoraste en el pasillo más temprano. —Su cabeza se ladea. Dios, y yo que pensé que iba a ignorarme.

—N-no e-es eso, me agradas... Digo, me caes bien.

—¿Segura? —insiste.

—Sí, es solo que me pones un poco nerviosa. —¡Mierda! Apenas lo digo mis párpados se abren tanto que duele.

—¿Nerviosa?

Mis dedos inquietos juegan con la bandeja, no sé si estoy respirando.

—N-no, que estoy nerviosa por otras cosas y por eso no me di cuenta de lo que sea que has dicho. —Ahora sí, creo que voy a explotar, seguramente parezco un tomate. Él lanza una risita, me mortifico todavía más, quiero abanicarme.

—Eres muy divertida... —¡Bueno! Al menos le parezco graciosa y no le causo terror, ya es un avance.

—¿Qué hay, amigo? —Me enderezo al escuchar la voz de Greg, también viene Jasmine. Gracias al cielo, es como si me hubieran rescatado de morir ahogada. Jas toma asiento junto a mí, puedo ver una sombra de sonrisa en sus labios, evito mirarla o me mortificaré más de lo que ya estoy.

Greg y Shawn no son amigos, solo son cordiales entre ellos, el novio de Jasmine es más amigo del novio de Hannah, es algo extraño entre hombres que no logro comprender.

Me remuevo incómoda en el asiento, el silencio que se precipita entre nosotros me pone de los nervios. Él vuelve a mirarme.

—Creo que será mejor que me vaya. Natalie, ¿nos veremos después? —dice y yo siento que voy a caerme de la silla. Abro la boca con impacto, ¿cómo mierda sabe mi nombre? Seguramente Harold le dijo algo, el mejor amigo de Shawn es mi compañero en el laboratorio de química y siempre habla de lo mucho que quiere decirle que salga conmigo. Dirige su atención hacia la pareja a mi lado—. Nos vemos luego, Greg, novia de Greg.

No ha dado ni diez pasos cuando estallo. Lo veo partir y lo primero que hago es lanzar un grito de euforia. Jasmine se carcajea, me tapo la boca con emoción. ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Por todos los cielos despejados!

El chico de mis sueños se sentó en mi mesa y charló despreocupadamente conmigo. ¡Sabe cómo me llamo! No sé, de aquí al altar hay un solo paso, debería planear nuestra boda.

—Pellízcame, Jas —le pido. Me sonrío de oreja a oreja y niega con la cabeza, divertida, mientras juega con su tenedor.

—No es buena idea, el chico está mirando hacia acá. Pensará que eres una loca sadomasoquista. —Levanta la mano y hace como si estuviera dándome un latigazo. No puedo evitar reír.

Greg llama su atención dándole un beso en la mejilla que la hace enrojecer, me aclaro la garganta.

—Según sus propios requerimientos, aseguraron que no se comerían con los ojos o la boca en mi presencia si mantenía una conversación con el joven Shawn Price, así que...

—Tartamudear no es hablar, Nat —tuerce el tonto de Gregory. Le aviento una papa frita, la cual esquiva entre risas. Después ignora mi discurso sofisticado y besa a su novia.



Las hamburguesas de La cabaña del señor Pimiento son las mejores que he probado, y no lo digo para hacer promoción y ganar más propina, aunque no me vendrían mal unos cuantos dólares extra. Los hermanos Hest se aliaron para armar el restaurante.

El interior se asemeja a una cabaña, en el fondo del local hay una cabina con juegos, los empleados y yo jugamos al billar si es que el lugar está vacío, siempre y cuando nuestros jefes no estén. La verdad es que les agradezco mucho, aunque me obliguen a usar un uniforme horrible. Consiste en un *short* rojo con tirantes y una playera del mismo color. Mi gorro de hamburguesa es más espantoso que un disfraz de Halloween hecho en casa; al menos el mío tiene doble queso, el de Poppy solo tiene uno.

—Quita esa cara, hamburguesa rubia —dice Jackson limpiando las palmas en su delantal, mientras yo frío papas a la francesa y escucho cómo saltan las chispas de aceite. Malditas cosas, ¡queman mis bracitos!—. Hazte a un lado, yo me encargo de eso, tú puedes preparar las carnes en la parrilla.

Y casi quiero bendecirlo y hacerle un altar. ¡Oh, san Jackson de las patatas!

—Gracias —le digo al tiempo que le regalo mi lugar con moño y todo, odio la estación de las freidoras.

Jackson es la cosa más dulce que conozco. Tiene estos ojos azules que vuelven locas a las chicas del trabajo. Creo que, si no estuviera colada por Shawn, me enamoraría del chico que me salvó de ser dorada en el aceite. ¡Mi héroe!

—¿Cómo te fue en el examen? —pregunta.

Me acerco a la estufa y tomo dos rebanadas de queso, luego las coloco sobre las carnes.

—Ya sabes, matemáticas no es lo mío.

—¿Qué es lo tuyo, Nat? —cuestiona lanzando una risita.

—Muy chistoso, chico mostaza —lo aguijoneo por su uniforme amarillo y el gorro en forma de tapón que lleva en la cabeza.

Es agradable conversar con él, es relajado y nunca se queda callado, no hay esos silencios incómodos que tanto me molestan, tampoco me deja hablar como una cacatúa. Jackson es dos años más grande, es un universitario que trabaja para pagar sus estudios en la facultad de sistemas computacionales.

—¿Nat? Te necesito adelante, está lleno. —El viejo Hest aparece en la cocina y me mira suplicante. No hay suficientes meseros en la temporada de clases y le gusta abusar de mi generosidad. Le doy una mirada a mi compañero de labores, me quito el delantal blanco cuando asiente.

Mi jefe aprieta mi hombro como agradecimiento al tiempo que tomo un bloc de notas y una pluma. El lugar es un desastre. Poppy se me acerca con los hombros tensos, pobre chica, debería relajarse un poco.

Su cabello negro está sujeto en una coleta, lo único visible es un mechón de color violeta. Siempre me ha resultado intimidante, es una versión extrema de Cecile con todas esas perforaciones que parecen esferas en un árbol de Navidad, creo que le caigo mal desde el día que nos conocimos, puesto que me quedé mirando el arete que tiene en la nariz. No es que no me guste, solo que me pareció gracioso porque parece un toro.

—Las del lado izquierdo son todas tuyas, reina. Mueve tu culo o te obligaré a que lo muevas —dice la reencarnación de Morticia antes de esquivarme y tomar una orden del mostrador. ¡Pero qué genio!

Inspecciono mi lado y me pongo con ello. Hay una pareja de jóvenes, una madre con sus dos niños y un grupo de adolescentes que juntaron cuatro mesas. Tomo las órdenes y les llevo sus respectivas bebidas.

Quince minutos después me paro frente al mostrador para esperar a que salga una de las órdenes, por el rabillo del ojo veo que se ocupa otra de mis mesas.

Doy un paso, pero me detengo en seco. ¿Por qué me haces esto, Dios? Hubiera preferido que las palomas de la iglesia cagaran en mí.

Me va a ver disfrazada de comida rápida, ¡qué humillante! ¿Por qué tienen que pasarme estas cosas a mí?

Toda preocupación se me escapa de pronto al ver que lleva acompañante, no viene solo, Hannah se ve bien en su falda suelta hasta las rodillas y su blusa rosa pastel, luce como un pequeño panecillo lleno de betún.

Quiero golpearme la cabeza contra la pared porque no paré de hacerme ilusiones desde que se sentó a platicar conmigo durante el almuerzo, ahora mi corazón va a romperse mientras limpio su mesa. Ese pensamiento me deprime.

—¿Qué haces ahí, niña? —Poppy la amargada viene a molestar sin tener idea de la batalla que hay en mi interior—. ¿No ves que se ocupó otra?

—Ehh... Poppy, ¿podríamos cambiar de lado? —Se cruza de brazos.

—No, y si no vas ahora iré con Hest a decirle que estás ahí parada sin hacer nada.

Sin más remedio me encamino hacia la mesa prohibida, haciendo lo posible por alargar el encuentro. Camino dando pasos cortos y lentos, quiero atrasar mi ejecución.

Me detengo frente a ellos, pero no me notan, están muy concentrados en su plática. Por un momento lo miro, tal vez me va lo masoquista porque no puedo dejar de ver cómo la mira.

—¿Desean ordenar ahora? —pregunto, intentando esconderme detrás de mi libreta.

Ella me enfoca primero y me sonrío con amabilidad cuando me reconoce. Si fuera malvada podría odiarla, no obstante, no lo es, la chica es buena persona.

—Natalie, hola —dice, y yo quiero tirarme de un puente porque en ese instante Shawn levanta la vista y abre los párpados con asombro.

Trago saliva con nerviosismo, creo que le diré a mamá que me compre una pastilla tranquilizante, acabaré perdiendo el cabello a este ritmo.

—Hola, Han. —Me obligo a sonreír. Ambas estamos en la clase de artes. No es muy buena, ella siempre le ruega a nuestro profesor por puntos extras—. Shawn.

—Hola. —Deja el asombro y me sonrío, sus ojos se hacen más pequeños cuando lo hace.

—¿Les ofrezco algo de tomar? —cuestiono, queriendo acabar con esta conversación.

—Yo quiero limonada dietética y una ensalada con tiras de pollo. —Anoto rápidamente, asintiendo—. ¿Podrían poner el aderezo a un lado?

—De acuerdo. —Me aseguro de apuntar lo del aderezo—. ¿Y para ti?

—Un refresco de naranja y una hamburguesa especial con papas medianas. —Le pongo punto a la orden y levanto la barbilla, hago contacto visual con él.

—En unos minutos traigo sus pedidos. —Me doy la vuelta con demasiada torpeza, culpen a mis rodillas temblorosas.

Al caminar hacia el mostrador no puedo dejar de pensar que son muy diferentes, no entiendo por qué le gusta, aunque probablemente esté pensando esto por lo que siento. ¿No dicen por ahí que los polos diferentes se atraen?



SHAWN

La mesa está en silencio, estoy seguro de que nuestras respiraciones son lo único que se escucha. Mientras me llevo el tenedor a la boca, me dedico a mirarlos en secreto. Mi padre es el jefe de calidad de una empresa de alimentos y mi madre es ama de casa. Somos una familia bastante normal, tenemos un lindo hogar y un auto.

Todo estaría genial si mi padre no fuera un obseso del control, tan estricto y autoritario que me hace desear pasar la mayor parte del tiempo en otro lado. Es muy triste que no seamos los mismos que fuimos hace diez años. No soporto estar cerca porque odio que menosprecie mis esfuerzos sin darse cuenta.

Detesto que me empuje, pero nunca sé cómo decírselo, pedirle que se detenga y me deje respirar.

—¿Cuánto sacaste en el examen de cálculo? —pregunta ajustándose las gafas. Mamá me mira suplicante, pidiéndome en silencio que no pierda los estribos.

—Saqué noventa —digo sin titubear.

Antes, cuando era más chico, me ponía muy nervioso si no alcanzaba la nota más alta del grupo. Hubo un tiempo en que controlaba mis ansias mordiéndome las uñas, también me dio esta cosa llamada gastritis a los doce. Después aprendí que no puedo ser perfecto en todo, que a veces voy a fallar en algunas cosas, me gustaría que mi padre se diera cuenta de ello.

Me enfoca con los labios fruncidos, observo mi plato para ignorar la sensación de hastío que me produce. Nunca soy lo suficientemente bueno para él.

Siempre hay algo para mejorar, algún defecto para corregir. Nunca puede sentarse a mi lado y estar orgulloso de mis pequeños logros, de mis carreras ganadas.

—¿Y cuál fue la calificación más alta? —pregunta. Aprieto la mandíbula, quiero golpear cualquier cosa, no importa. Solo deseo ahogar la impotencia que siento.

—Noventa y seis.

Me desvelé tres noches para estudiar. Tres. Le pedí ayuda a un compañero para que me explicara las cosas que no entiendo, simplemente no logré obtener algo mejor. Me agrada mi noventa; pero, como ya dije antes, no es suficiente. Debo ser el mejor para valer la pena.

Lanza una risita sarcástica acompañada de un bufido. El pollo con pasta que acabo de ingerir se revuelve en mi estómago. Me pongo de pie más rápido de lo que quiero. Dejo los cubiertos con agresividad, producen un estrépito al caer en el plato.

—No has terminado la cena, Shawn —dice mamá con la frente arrugada, aparto la vista porque no quiero recriminarle con la mirada. Mi madre lo hace lo mejor que puede, incluso así, me duele que no me defienda.

—Se me quitó el hambre.

Subo las escaleras y me encierro en mi habitación dando un portazo. Quiero salir en mi motocicleta y andar por las calles sintiendo cómo el viento se estampa en mi rostro, olvidar lo que acaba de pasar. Sin embargo, eso acarrearía problemas, y mi insulsa calificación se llevó la corona de esta noche.

Me dejo caer en el colchón y me quito los zapatos. Tomo el celular y reviso mi bandeja de entrada. Me siento como la mierda. Me quedo mirando la pantalla por un buen rato hasta que me decido. Mis dedos se mueven sobre las teclas como si tuvieran vida propia.

Ocurrió otra vez, Han, ¿crees que podemos hablar? Como que lo necesito.

No me contesta de inmediato, así que es posible que esté dormida. No obstante, el móvil timbra antes de que active el botón de silencio.

Ahora no puedo, Shawn. ¡Adivina! Liam vino a la casa a hablar, vamos a arreglar las cosas. Hablamos mañana.

Arreglar las cosas. Otra vez.

Leo el mensaje una y otra vez sin poder creerlo. De verdad necesitaba que me escuchara, que... dijera que todo iba a estar bien. Quería que me recordara que debo comportarme y seguir en la rutina donde intento agradarle a papá como si eso fuera posible, aferrarme a algo.

Dejo el aparato en la mesa de noche, ignorando lo mucho que me duele que esté con él. Me decepciona que no se preocupe por mí, yo estoy incondicionalmente para ella si me necesita. La historia se repite.

Conocí a Hannah en la escuela, compartíamos varias clases y caí rendido a sus pies casi de inmediato, después de que diera un discurso inteligente en la clase de biología sobre el ADN.

No pude despegar los ojos de los suyos, tan cristalinos. Amé cada parte de su rostro, su forma de ser, su fragilidad. Supe que éramos parecidos cuando la escuché hablar sobre sus padres. Eran idénticos a los míos, siempre exigiéndonos más, empujando para alcanzar la perfección. Ella es lo más cercano a ese ideal, es inteligente, hermosa, amable, caritativa y correcta. Nada en Han está mal, es segura. Dice y hace las cosas adecuadas, no enloquece por tonterías y nunca realiza acciones que perjudicaran su futuro.

Hannah es perfecta.

Tiene lo que siempre quise en una chica, es lo que mis padres esperan que traiga a casa. Me gustaría que pensara lo mismo, pero por lo general hay una barrera que no me deja cruzar.

¿Qué puedo hacer yo si llegué tarde? No puedo obligarla a que abra los ojos porque ya lo he intentado y no ha funcionado. Ellos dos se conocían desde antes de que yo apareciera, ya eran novios cuando la conocí. Me ha platicado muy poco acerca de cómo inició su relación, solo sé, por lo que he visto y escuchado, que William Baker no la quiere como yo, no la valora, prefiere a cualquier otra chica antes que estar un segundo con ella.

Si yo fuera él... jamás me apartaría. Pero no lo soy y debo entenderlo. Estoy cansado de lo mismo. Estoy harto de esperar a Hannah Carson cuando para ella no soy más que el mejor amigo que carga su mochila en las salidas. Miro al vacío pues no tengo sueño. No sé en qué momento me quedo dormido.



La campana para salir al receso retumba en las paredes de los salones, los alumnos se ponen de pie como si fueran resortes, hago lo mismo. Me tardo en meter mis útiles en la mochila, el aula casi se vacía cuando salgo.

Recorro el pasillo automáticamente, paso varios salones vacíos. Capto un movimiento de reojo en un salón, detengo de golpe mi andar, me quedo quieto unos segundos procesando lo que acabo de ver. Me regreso y me asomo, desde el umbral observo a una chica rubia sentada en un banco con un caballete frente a ella, está usando una bata blanca manchada de color rojo. Está tan inmersa en el cuadro que está pintando que no se da cuenta de que entro y me planto a unos pasos de distancia.

Mueve el pincel demasiado rápido, toma colores de la paleta y hace mezclas. Saca la lengua tocando una de sus comisuras mientras pinta, me tardo unos segundos en recuperarme.

—¿Puedo ver qué estás pintando? —cuestiono.

—¡¡Ahhhhhhh!! —grita y salta del susto. Yo también salto un poco. Sus párpados se pegan a su frente cuando me ve, el otro día en la cafetería puso esa misma expresión, no sé si es una reacción normal o es que hay algo extraño en mí. Sorprendiéndome, Natalie se baja de su asiento más rápido que un relámpago y agarra su cuadro, aferrándolo a su pecho como si fuera un salvavidas—. N-no es la gran cosa, e-es feo, se ve m-mal.

—Lo que se ve mal es tu bata —digo medio divertido por toda la situación—. Es la venganza del destino por mancharme de caldo el otro día.

Mira hacia abajo y hace un puchero, se despega un poco el cuadro. Sus mejillas están muy rojas.

—Lo siento —murmura ya sin mirar en mi dirección. Hago una mueca, quizá mi comentario no estuvo bien—. Debería irme.

Natalie va a esquivarme para salir del aula, pero doy un paso metiéndome en su camino, alza la cabeza con lentitud y me mira. Sus ojos son muy cafés, bajo la mirada hasta que llego a sus labios, mi vista sigue bajando. Hay una mancha de color amarillo en su bata, me apresuro a pasar mi dedo por la tela y, antes de que pueda reaccionar, pinto una raya vertical en su nariz.

—¿Qué diablos? —cuestiona contrariada. Me carcajeo al ver sus gestos de sorpresa y confusión. Se tarda en reaccionar, una sonrisa maliciosa le ilumina el rostro—. Así que quieres jugar...

Se da la vuelta, deja su obra de arte en el suelo apoyada contra las patas del banco donde estaba sentada y agarra el pincel. Suelto una risita de diversión, no sé qué mierdas estoy haciendo.

Entramos en un juego donde ella es el gato y yo soy el ratón. Al final me dejo cazar porque me parece que es lo más justo, pongo cara de derrota, ella se pone de puntitas y pinta dos líneas verdes horizontales debajo de cada ojo.

—Ya está —suelta bajando el pincel.

—Parecemos nativos —digo. Natalie se pone seria, en un segundo el ambiente entre los dos cambia o quizá es solo mi imaginación. Ella está cerca, no sé en qué momento puse mi mano en su cintura—. ¿Vas a ir a la fiesta el viernes?

—Tal vez —susurra sonriendo. Mi mirada vuelve a caer en ese punto, también sonrío.

—Espero verte ahí.

Después de despedirnos y tomar caminos diferentes, nuestras miradas se vuelven a encontrar una vez que estamos en la cafetería. Ninguno de los dos se quitó la pintura del rostro.



NATALIE

—No puedo creer que no tengas algo *sexy* aquí —dice Jasmine sumergida en mi armario, rebuscando entre mi ropa. Lanza las prendas como si estuviera escarbando, ha creado una montaña en mi cama y otra en el suelo, parece un tornado. Me quedo sentada en la silla del tocador, mirando fijamente hacia donde se supone que está, la puerta del armario la oculta.

—Soy una chica de diecisiete y me gustan los unicornios, no me culpes por no tener taparrabos.

—Ugh, eso explica por qué tienes esta cosa tan fea —emite al tiempo que una sudadera rosa pastel que conozco bien vuela por los aires—. Deberías superar la etapa de *My Little Pony*.

Tiene el cuerpo de un unicornio realzado y también los cabellos multicolores de su cola. Me levanto, alarmada, y la recojo para extenderla en mi edredón.

—¿Qué? A mí me parece bonita. —Pero la verdad es que es la cosa más espantosa que he visto después de mi gorro de hamburguesa con doble queso. Si la sigo guardando es porque me trae buenos recuerdos, fue un regalo que me dio mi padre cuando cumplí quince.

—¡Lo encontré! —exclama, emocionada. Sale tambaleándose por el desastre.

Abro los párpados al ver lo que lleva en las manos, ¿cómo no recordaba que lo tenía? Nos habríamos ahorrado mucho tiempo. No puedo creer que eso siga ahí. Es un vestido negro que usé en la fiesta de cumpleaños de Frank el año pasado, espero que todavía me quede.

Las dos nos vestimos, la mayor parte del tiempo luzco como una niña pequeña, no poseo una gran delantera y mis piernas son como dos pajillas.

Este vestido hace que me vea como alguien de mi edad, no es muy revelador, pero tampoco es un hábito. Es perfecto.

A pesar de que le aseguro que puedo hacerlo por mi cuenta, me mira con ojos de borrego a medio morir, ya que quiere maquillarme. No es que no quiera, es que Jas es un poco exagerada y no quiero parecer un payaso.

Una hora después estamos listas. Jas se puso un vestido rojo que combina con su labial y su mueca de picardía. Revisa cada parte de su rostro con minuciosidad, le gusta hacerle gestos al espejo para comprobar que luce bien haciendo cualquier cara.

La verdad es que no quedé tan mal, me veo bastante bien, y me gustan muchísimo las ondas de mi cabello, podría mirarlas siempre.

Mi madre insiste en llevarnos para conocer el lugar donde pasaremos el rato. Todo el camino se lo pasa parloteando sobre lo hermosas que nos vemos. Llegamos a la casa llena de jóvenes, algunos están afuera charlando, los que apenas llegan se arremolinan en la puerta de la casa. Jas sale del auto y yo voy a hacer lo mismo, no obstante, la voz de mamá me detiene.

—Cuídate, cariño, y por favor llámame cuando Greg ya vaya a llevarte a casa. Sabes que me pongo nerviosa.

—De acuerdo —le digo sonriendo—. Te quiero, mamá.

Jasmine se despide de mi madre antes de que emprendamos el camino a la entrada. La música resuena a todo volumen, los gritos eufóricos se escuchan desde el exterior. ¡Oh, sí, quiero mover el cuerpito!

Un chico está en la puerta como si fuera guardia de seguridad, luce amenazante, algo así como King Kong, supongo que es uno de los chicos del equipo de fútbol americano, hay jugadores enormes.

—Venimos con Greg —dice mi mejor amiga alzando la voz.

Al escuchar el nombre y reconocerla, el grandote sonríe y se hace a un lado. Sin embargo, antes de que podamos entrar, nos extiende una pecera llena de billetes y monedas. Lo miramos sin comprender qué quiere. ¿Acaso me está ofreciendo dinero? ¿Esto es un milagro?

—El alcohol y los condones cuestan —dice él, a lo que Jasmine bufaba, saca de su bolso dos dólares y los deja caer en la esfera.

—No hay más.

Nos deja pasar, pero mi mente todavía está dándole vueltas a sus palabras.

—¿Condomes? —pregunto, atónita.

—¡Oh, vamos! En cualquier fiesta hay globos. Camina. —Me jala del brazo para obligarme a entrar.

La oscuridad es impresionante, hay muchos cuerpos moviéndose al ritmo de una canción electrónica que no conozco. Greg se nos une y le da un apasionado beso a su novia, y me saluda con un «hola, chica hamburguesa». Nos acerca a su grupo de amigos, quienes están jugando a ver quién bebe más alcohol, gritan con euforia cada vez que alguien se termina un *shot*.

Jas me ofrece una cerveza, yo la tomo, aunque no sé qué hacer con ella, ya que no acostumbro tomar. Le doy traguitos cortos, el sabor amargo no es de mi agrado. No quiero verme como una niña, puedo ser la ruda de los unicornios.

Termino cansándome de escuchar sobre lo bien que le está yendo al equipo de fútbol, así que decido dar una vuelta, también puedo aprovechar para ir al baño. Doy un par de pasos, esquivando a los cuerpos que se mueven como si tuvieran piojos saltarines.

No debería sorprenderme que la mala suerte siempre se empeñe en cagarme encima. De hecho, podría hacer una lista como los récords Guinness para ver cuál accidente o metida de pata es más extrema.

Algún desalmado me avienta y me hace tropezar. La botella se me resbala de las manos, creo que voy a romperme la cabeza en el suelo. Cierro los ojos para que según yo duela menos, aunque sé que dolerá igual. No obstante, el golpe nunca llega, unos brazos me han atrapado. El aire se me atora en los pulmones al encontrarme con sus ojos marrones y su sonrisa divertida.

Esto es todo, que alguien llame a mi madre para que organice mi velorio, él me está abrazando. Mi corazón va a mil por hora, no sé qué hacer, así que espero que me saque del aturdimiento.

—Estas formas tuyas de aparecer podrían matar a alguien. Primero un caldo, después una hamburguesa en la cabeza y ahora caes a mis brazos. —Su susurro hace que ahogue un suspiro en mi boca.

Oh, Shawn, hazme tuya. Dejo que una sonrisa se extienda en mi rostro, espero no lucir como una loca enamorada.

—Lo lamento —digo.

—Yo no —contesta, provocándome un infarto.

Deshace el abrazo con lentitud, le da una mirada al suelo y hace una mueca con los labios como si acabara de recordar algo.

—Iba por una cerveza, ¿quieres otra? —niego sacudiendo la cabeza, luego quiero maldecir porque ese sería un buen pretexto para estar con él—. Entonces tendrás que acompañarme.

Por segunda vez en la noche alguien me jala del brazo, pero esta vez no es molesto. Shawn toma una de la hielera y me hace una seña para que nos alejemos del grupo de chicos escandalosos. Siento la mirada insistente de Jasmine todo el tiempo, no la miro porque me pondré más nerviosa de lo que estoy.

—¿Por qué tomabas hace un momento si no te gusta? —pregunta con la ceja alzada. Me quedo estupefacta—. Y no intentes negarlo, vi tu cara.

¡Me estaba mirando!

—Así que me estabas espiando... —Intenta esconder su sonrisa dando un trago—. No quería desentonar.

—Es bueno ser diferente —susurra sonriendo—. ¿Quieres bailar?

Su ofrecimiento me toma por sorpresa, me demoro en reaccionar, termino dándole la mano. Caminamos a la pista improvisada acordonada por sillones. Está sonando una canción movida, así que seguimos el ritmo. Me carcajeo sin poder evitarlo al ver que se mueve con exageración, no sé si baila así o lo hace a propósito.

—¿Te parezco gracioso? —pregunta. Asiento, responde moviéndose con más ímpetu. No puedo dejar de reír, incluso cuando los otros nos miran con extrañeza.

—Por Dios, ¡bailas horrible! —exclamo entre risas, intentando seguirlo, pero es imposible. Shawn se carcajea, entonces cambia el ritmo, baila más normal.

No sé cuánto bailamos, de la nada se queda quieto. Levanto la vista para averiguar qué está pasando, él observa algo a mis espaldas. Miro sobre mi hombro y encuentro el motivo de su repentina quietud.

—Ya regreso —dice sin mirarme.

Camina hacia Hannah, la abraza desde atrás y se balancean juntos. Lo único que puedo ver es su espalda ancha. De acuerdo, como que mi corazón se quebró un poquito. Permanezco en el mismo lugar, esperando, porque dijo que

regresaría, sin embargo, tal parece que se le olvidó, los minutos pasan y ni siquiera se voltea.

Tener a tu amor platónico en la misma escuela no es agradable, mucho menos cuando está perdidamente enamorado de otra chica. Shawn idolatra a Hannah, la estudiante modelo. Todo el mundo quiere ser como ella, todos quieren estar a su alrededor. Es como la Virgen María. Es simpática, aunque no creo que se haya dado cuenta de que una vez copié sus respuestas en el examen de historia.

No puedo evitar entristecerme, me siento como una tonta, muerdo el interior de mi mejilla para no ponerme a llorar.

—Ni se te ocurra, yo vine a divertirme, ¿y tú? —Busco la voz de Jas, su sonrisa de medio lado me tranquiliza, seguramente lo vio todo—. Que se quede con su rubia aburrida, yo me quedo con la mía chispeante.

Y es así como me hace reír y me obliga a bailar siguiendo la voz de Sia.



NATALIE

A las doce, Jasmine me hace la señal, entonces entiendo que es hora de partir. Salimos de la fiesta, sigo a la pareja que no deja de abrazarse, Greg se va por el auto y Jas me enfrenta soltando un suspiro que me hace presentir lo peor.

—¿Podrías pedirle a alguien que te lleve? —cuestiona en voz baja, se cubre el rostro con las palmas. Entrecierro los párpados—. Oye, no me mires como si fuera la peor de las amigas, Nat.

—Es que lo eres, ¿por qué demonios Gregory no puede llevarme como dijo que haría?

—Me pidió que pasáramos un tiempo juntos —susurra.

—¿Y no pueden pasar ese tiempo juntos después de llevarme? —gruño apretando los puños.

—¡Oh, vamos! ¡Llama a Jackson y dile que te lleve a casa! Greg quiere pasar un rato conmigo, Nat, no seas así.

—No seas así tú, Jas. No llamaré a Jackson en la madrugada para que me recoja, va a pensar que soy una niñata jugando a las muñecas. Greg prometió que me llevaría, ¿por qué demonios no me lo dijiste desde el principio? —Estoy indignada, ¿por qué no me lo dice hasta ahora? La mitad de los asistentes ha abandonado el lugar y no tengo a quien pedirle un aventón.

—No te lo dije porque no ibas a querer venir. —La morena hace un puchero.

—Ya está, buscaré un taxi.

—¡Estás demente! ¡Pueden robarte! —exclama.

—¡Pues que lo hagan! ¡A ver si así me dices la verdad la próxima vez!

Su vista se desvía mirando algo a mis espaldas, una corriente eléctrica me eriza los poros de la nuca, sé perfectamente quién está detrás de mí.

—Yo puedo llevarte. —Ahogo el suspiro en mi boca al escuchar su timbre ronco, si él hablara como una ardilla sería más fácil rechazarlo, sin embargo, estoy tan furiosa con él por dejarme plantada que sí siento la fortaleza de mandarlo al carajo. Abro la boca para responder, pero alguien se me adelanta:

—¡Eso es maravilloso! ¡Más te vale que la cuides! ¡Te veo después, Nat! Me llamas si pasa algo. —Y con eso se va, se aleja como un rayo y se pierde entre los coches. Quiero gritar: «¡maldita seas, Jasmine Campbell!».

—No es necesario —digo entre dientes. Sin mirarlo me escabullo y zigzagueo entre los autos estacionados, voy a ir a una avenida y buscaré un auto, eso es todo.

Lo que pasa después sucede muy rápido, no me da tiempo de reaccionar. Una mano me detiene jalando mi codo y pierdo el equilibrio debido a los tacones, que están moliéndome los pies. Veo un movimiento que me parece una ráfaga de viento, me espanto cuando alguien apresara mis muslos y me carga como si fuera el costal de Papá Noel.

—¡¡Bájame!! —grito a todo volumen. Su espalda baja está frente a mí, siento que la sangre se va a mi cabeza, Shawn camina hacia algún lugar sin importarle que estoy rebotando y que siento que voy a romperme la frente—. ¡¿A dónde me llevas?!

Escucho su risita traviesa, con mis puños golpeo su trasero, no imaginé que sería así tocarlo por primera vez... Pensándolo bien, no está nada mal.

—¡¿Qué está mal contigo, Shawn?! —grito, histérica, moviendo los pies.

Se detiene, y como si pesara un gramo me baja, haciendo que nuestros cuerpos rocen, ignoro el cosquilleo porque estoy furiosa, ¿no? O lo estaba hace unos segundos. Me tambaleo tan pronto toco el suelo, su brazo se enreda alrededor de mi cintura y me ayuda a recuperar el sentido.

Cepillo mi cabello, aunque eso es lo que menos me importa, y lo observo con el entrecejo tenso. Su rostro está demasiado cerca, no dice nada, solo me estudia.

No puedo controlar el enojo que siento, quiero quebrar la nariz de Shawn y luego hacer una sopa para arrojársela al rostro. Espero que se disculpe por lo que hizo, pero se queda parado como un poste inanimado.

—¿Qué te sucede? ¿Eh? ¿Te vas a quedar ahí parado sin decirme nada después de que me dejaste como una idiota en medio de la pista? Estoy muy

enojada, y no quiero hablarte justo ahora, así que suéltame o gritaré para que todos piensen que me estás secuestrando y llamen a la policía.

Creo que se acerca un poco más, no se ve amedrentado, al contrario, luce divertido. ¿Cuántas veces hemos hablado? ¿Tres? Y una porque le arrojé comida. No debería estar tan cerca, puedo sentir su respiración soplando en mi rostro, me aturde.

A pesar de su notorio enamoramiento por Hannah, lo he visto salir con algunas chicas, incluso tuvo una novia hace unos meses. Que esté casi encima de mí es preocupante, no quiero ser una de esas chicas a las que deja para ir corriendo a consolar a Carson.

—¿Vas a gritar? —cuestiona, alzando una ceja.

—Sí. —Alzo la barbilla con la poca dignidad que me queda.

Me quedo quieta, esperando que diga algo, sin embargo, permanece enmudecido, solo le falta la baba. ¿Qué demonios le pasa?

Quiero asesinar a las mariposas que revolotean en mi estómago cuando su mirada baja y se centra en mis labios, los suyos se entreabren. ¿Se supone que debo apartarlo?

—No quiero pasar la noche tras las rejas —susurra—. Quizá pueda callarte con un beso.

Todos los sentimientos negativos se convierten en jalea en el instante en el que su rostro desciende al mío y me besa.

¡Ay! ¿Cómo se respiraba? Shawn Price, el chico del que he estado enamorada en secreto, me está besando en los labios.

¡Oh, mierda! ¡No me lavé los dientes! ¡Por todos los dioses del Olimpo! ¡Este chico besa bien! ¡Que se joda el aliento a cerveza! ¿Quién le enseñó a besar? Seguramente tiene un diploma o más.

Es tan dulce y tierno que va a matarme. Mis neuronas están saltando hacia todas partes. Una de sus manos sostiene mi cara, mientras la otra abraza mi cintura y me pega a él. Yo no me opongo, porque creo que despertaré en cualquier momento. No quiero darme cuenta de que estoy soñando de nuevo.

Pero esto se siente genial, se siente muy real. Su respiración me hace cosquillas. Jadeo por el asombro cuando su lengua delinea mi labio inferior. Aprovecha el movimiento, entonces creo que lo hizo a propósito. Me besa con ganas y yo no puedo pensar en más.

Mis pensamientos se nublan y la lluvia se precipita en mi cabeza. Estoy perdida. Creo que moriré de taquicardia o quemada por los fuegos artificiales que explotan por todas partes.

Echa el rostro hacia atrás, abre los párpados y se me queda mirando.

—Lo siento. —Una punzada golpea mi pecho, se está arrepintiendo por haberme besado. Intento alejarme, pero no me suelta ni afloja su agarre.

—¿Por qué te disculpas? —pregunto, evitando el contacto visual.

—Por haberte dejado sola allá adentro.

Lo enfoco, sorprendida, creí que iba a rechazarme y a decir que no le gustó besarme.

—C-creí que... E-el b-beso. —Me quedo callada, creo que cerrar la boca es lo más cuerdo en estos momentos.

Tengo que colocar mis palmas en sus hombros porque siento que voy a caerme en cualquier minuto. Su olor me está mareando. Shawn no solo está sonriéndome de lado y abrazándome con firmeza, también mira mis labios.

No sé cómo sentirme ni tampoco sé por qué me ha besado. Una pequeña vocecita en mi cabeza me recuerda que él está perdidamente enamorado de Hannah, pero no quiero escucharla.

—Me gustó el beso, mucho.

¡Joder! ¡Va a matarme! No puede decir esas cosas. Necesito gritar y saltar por toda la calle para controlar la euforia, aunque sé que no debo alegrarme. Que me bese no significa nada.

Quiero controlar mis pensamientos revueltos, sin embargo, no puedo. Estoy demasiado confundida como para sacar mi lado *James Bond*.

—Hannah —es lo único que puedo decir.

Él cierra los ojos y apoya su frente en la mía, creo que hasta le dolió que dijera ese nombre. Prefiero que me diga que fue un error habernos besado a hacerme ilusiones y volar alto, para al final caer y estrellarme en el suelo.

—Quiero a Hannah, eso no es ningún secreto para nadie, ni para las chicas con las que salgo a veces. Lo que menos quiero es lastimarte. Siento haberte dejado en la pista, cuando intenté volver Jasmine te llevó lejos. —Esboza una sonrisa y se encoge de hombros. A continuación, se aclara la garganta—. No voy a mentirte, me gustaría salir contigo porque eres linda y se ve que eres divertida, si aceptas me pondría muy feliz, pero no estoy buscando algo serio.

¿Qué significa eso? ¿Quiere salir y besarme sin que exista lazo alguno entre los dos? He escuchado que muchas chicas lo hacen, pero sería tonto aceptar sabiendo lo que siento por él, es caminar hacia mi sentencia de muerte.

—Quizá deberíamos ser amigos —murmuro. Shawn aplana los labios, alza una ceja y me abraza con más fuerza.

—O tal vez pueda convencerte. —Mi frente se arruga con horror, me suelta antes de que pueda hablar. Atónita, observo sus movimientos, me tiende un casco antes de subir a su motocicleta luciendo como uno de esos chicos malos que salen en las películas—. Ven acá, te llevaré a casa.

—Shawn... —Se me queda mirando, esperando por mí—. Estoy siendo seria cuando digo que lo mejor es que seamos amigos.

Esto es bizarro, jamás creí que tendría una plática similar con alguien, mucho menos con Price.

—Yo también, Natalie, soy muy serio cuando hablo —dice—. Deberías subir a la motocicleta ahora si no quieres que te ayude a hacerlo.

Me lo imagino cargándome y ayudándome a montarla como si fuera una niña pequeña, la imagen me parece tan graciosa que suelto una risita. Me monto detrás de él.

—Cumpliré uno de mis sueños gracias a ti —digo.

—¿Uno de tus sueños? —cuestiona, mirando por encima de su hombro. Rayos, Shawn se ve caliente así, sobre todo con esa sonrisita que hace que se me acelere la respiración—. Súbete, preciosa, vamos a llevarte a casa.

—Uno de mis sueños es subirme a una moto.

No sé qué hacer con mis manos, ¿lo abrazo? ¿Me agarro de los lados? Esto es más difícil de lo que pensé. Como si estuviera leyendo mi mente, busca mis manos, una vez que las encuentra hace que lo abrace. Me da un jalón, acercándose a su espalda, nuestros muslos se tocan.

—Eso es, preciosa, agárrate fuerte. —Aprovecho el momento con el corazón latiendo desenfadadamente, no sé si es por la cercanía o debido a que enciende el motor. Recuesto mi mejilla en su dura espalda y cierro los párpados, no puedo creer que esto esté sucediendo—. Cumplirás uno de tus sueños gracias a mí, es una señal.

Me muerdo la lengua para no sonreír como una idiota. Shawn acelera, arranca y se pierde en las avenidas. He muerto, estoy en el cielo recostada en

nubes de algodón.

No debería sentirme feliz, sin embargo, lo estoy.



NATALIE

No me gusta llegar temprano al salón de clases, prefiero quedarme afuera y correr por los pasillos segundos antes de que suene el timbre, le da un toque de emoción a mi día, sobre todo si se trata de la clase de matemáticas.

Tecleo frenéticamente los números en la calculadora, apunto el resultado que arroja, pero luego me doy cuenta de que el resultado de mi ecuación no tiene sentido, suelto un bufido y lo borro. Sé que las ciencias exactas son importantes, sin embargo, no nos llevamos bien. Ellas son como el aceite, yo soy el agua, no hay manera de que nos unan, no pueden culparme, culpen a la naturaleza, que así lo quiso.

Una risita llega a mis oídos, arrebatándome la concentración, alzo la cabeza con las cejas entornadas, buscando al causante de semejante ultraje. Mis hombros se tensan más al encontrarlo de pie frente a mí, carga una mochila negra y acaricia el borde de mi mesa.

El problema de matemáticas ya dejó de serlo, ahora Shawn Price es el principal causante de mi estrés. Regreso la vista a mi libreta, ya sin prestar atención, de reojo contemplo todos sus movimientos y me aseguro de que no se me acerque demasiado. Se deja caer en el asiento a mi lado, no despega sus ojos de mí, finjo que no me inquieta su presencia, aunque por dentro soy un maldito volcán a punto de erupcionar.

El viernes, después de que me dejó en la acera de mi casa, depositó un beso en mi mejilla y repitió las mismas palabras que había dicho afuera de la fiesta. Todo el fin de semana no dejé de darle vueltas al asunto, admito que suspiré un poco... ¡De acuerdo! Suspiré un montón.

—Hola, preciosa —dice. Muerdo mi labio con mucha fuerza, el calor se concentra en mis mejillas. Sip, el volcán va a explotar.

—Hola —suelto. Aplano los labios y me muevo para que el cabello me cubra el rostro, quizá de esa manera comprenda que no puede hacer estas cosas. Me gustaba más que se sentara adelante, así podía espiarlo, definitivamente estar bajo su escrutinio no es algo que me haga sentir cómoda. Creo que estoy sudando.

—¿Sabías que la tarea es para hacerse en casa? —pregunta, divertido. Me atrevo a darle una mirada por el rabillo del ojo, Shawn revisa el reloj que lleva en la muñeca—. Te quedan siete minutos.

—Si te callaras podría concentrarme, sería más sencillo —susurro.

Me atraganto cuando mueve su silla y se pega a la mía, su rodilla me da un golpecito. ¡¡Santa madre!! Mueve mi silla y la pega a la suya.

—¿Por qué? —cuestiona en un susurro uniendo su boca a mi oído, creo que he entrado a un mundo paralelo—. ¿Te pongo nerviosa?

—S-sí, la verdad es que sí, y necesito hacer esto. Reprobé el examen de la semana pasada, el profesor Golden me enviará a detención si no entrego la tarea.

—Puedo hacer tus problemas en cinco minutos con una condición —dice en voz baja sin alejarse. A pesar de lo peligroso que es girar el rostro y mirarlo a los ojos, lo hago.

—¿Cuál?

—Que me dejes enseñarte cómo se hacen después. —Asiento sin dudarlo. Sin embargo, no ha acabado—. Y que tengamos una cita.

¿Qué acaba de decir? La respiración se me queda atorada cuando me doy cuenta de lo cerca que está, ¿qué le pasa? No debería invadir mi espacio personal. Casi quiero reír con ese pensamiento, como si de verdad lo quisiera lejos.

Me está mirando fijamente con esos ojos tan oscuros, siento que quiere tragarme con ellos, así que llevo mi vista a la hoja llena de números. No puedo pensar en nada, solo en la noche del viernes, en sus labios besándome.

De hecho, desde que sucedió, no he dejado de pensar en Shawn.

—Disculpa, no te entendí —susurro.

Quiero echarme a correr, esconderme debajo de la cama como cuando temía que Sullivan saliera del *closet*. El problema es que me gustaría encerrar a Shawn en mi *closet*... conmigo adentro.

Cada vez lo veo más cerca, sonriendo. ¡Carajo! ¿No puede dejar de sonreír o qué demonios? ¿Que no ve que me convierto en una gelatina si lo hace?

Me tenso cuando su brazo se escabulle, lo coloca en mi respaldo y se inclina hacia mí. Quizá la silla se está encogiendo, de lo contrario no entiendo por qué es tan pequeña, no hay espacio para crear distancia.

—Sí me entendiste, preciosa. Hago tus problemas si sales conmigo. —Él necesita parar, no puede llamarme de ese modo si no quiere ir por un trapeador para limpiar cuando me derrita.

—Eh... no puedo —digo, buscando una salida. La puerta está muy lejos, quizá la ventana podría servir, el único problema es que estamos en el tercer piso y acabaría hecha un *sticker*.

Se acerca más si eso es posible, así que me hago para atrás, olvidando por completo que la jodida silla es diminuta. La mitad de mi trasero está volando, Shawn se da cuenta de mi falta de estabilidad, así que piensa que rodear mi cintura es aceptable.

—Nat, el tiempo está corriendo. —Como parece que todas mis neuronas andan de fiesta, solo afirmo moviendo la cabeza. Me gana una sonrisa de lado, me arrebató el lápiz y me obliga a acomodarme en el asiento.

Puedo respirar hasta que toma la hoja y me suelta.

Ahogo un suspiro en mi boca al tiempo que lo observo sacar sus lentes de la mochila para colocárselos mientras los resbala por el largo de su nariz. Frunce el entrecejo y contesta todo con demasiada rapidez.

—¿Eres una computadora o cómo lo haces? —cuestiono, dirige su mirada hacia mí con lentitud y guiña. ¡Que alguien me eche agua! ¡No! Mejor que me arrojen a una piscina.

—Ya sabes, soy un genio —murmura, regresando a mi tarea.

—¿Serías mi esclavo de las tareas? —Suelta una risita despreocupada, mientras hace algo con la calculadora y borra mis garabatos.

—Solo si eres mi esclava de las citas.

—Eso es chantaje —digo divertida.

—Lo sé, pero es lo único que se me ocurrió. —Va en el número ocho, nada más faltan dos. ¡Joder! Yo puedo mirar los problemas por horas sin saber qué poner y él los hizo en menos de cinco minutos, ¿es eso posible?

—¿No podías preguntar como una persona normal?

—¿Habrías aceptado? —pregunta. Se endereza y repasa lo que hizo, asiente. Lo vuelve a colocar frente a mí y se concentra en mis ojos.

—Tal vez. —Mis mejillas se calientan, intento arrugar los dedos de los pies, pero los zapatos no me lo permiten.

Nuestros compañeros comienzan a llegar, sus voces llenan el aula que antes estaba silenciosa. Sonríe con sinceridad y le da un golpecito a la punta de mi nariz.

—Deja de mirarme de ese modo si no quieres que te bese delante de todos.

Una parte de mí se pone a imaginar que tendremos bebés y seremos felices por siempre. No obstante, la parte amargada de mi interior dice que él quiere a otra chica y no debo ilusionarme tanto. Aunque me lo repita una y otra vez, Shawn provoca cosquillas en mi estómago y que mi corazón lata a la velocidad de la luz.

Me hace sentir como poeta, estoy grave. Voy a contestar, sin embargo, el profesor Golden entra justo en ese momento, deja caer una pila de hojas en el escritorio y se gira para enfrentarnos. Sus cejas entornadas me hacen retorcer. Está enojado, como un esquelético toro pelón expulsando humo por la nariz.

—Estoy decepcionado de ustedes, ¿cuántas veces les he dicho que si tienen dudas se acerquen y me pregunten? Pero esto no es cuestión de dudas, lo que pasa es que no estudiaron. Estoy muy molesto con una de sus compañeras porque todavía tuvo la desfachatez de burlarse cuando le pregunté si había estudiado. —¡Ay, no!—. Señorita Drop, ¿vendría a por su examen?

Me lanza una mirada furibunda, mis compañeros me observan con lástima. ¡Eso! ¡Vayan planeando mi velorio! Quiero gerberas rosadas y peluches de unicornios.

El camino al frente lo hago con los puños apretados. ¿Había dicho que el profesor era agradable? No creo que tenga piedad de esta pobre pecadora. Me ofrece mi examen, miro el gran cero rojo en la esquina derecha. No se ve tan lindo ahora que lo tengo cerca.

—¿Qué calificación sacó? —No puede estar haciendo esto, no puede avergonzarme así delante de todos. No es que no haya estudiado, lo he intentado, simplemente no puedo, me quedo en blanco—. Señorita Natalie, ¿qué sacó en su examen? No me haga repetirlo de nuevo.

—Cero —susurro avergonzada.

—¿Y por qué sacó esa calificación? —Oh, porque me encanta tener ceros, estúpido grano en el culo. Aprieto los labios conteniendo la rabia, incluso los ojos se me hacen agua.

—Yo creo que es bastante obvio que a Natalie se le dificulta la materia, profesor, no creo que hacer esto le ayude a mejorar. —Una voz conocida resuena a mis espaldas. Shawn suena agitado, no quiero que lo regañen por mi culpa—. Si me lo permite, y con el debido respeto que merece, pienso que en vez de avergonzarla debería ayudarla, tal vez los métodos de enseñanza no funcionan con todos.

El resto hace sonidos, apoyándolo. ¡Tome esa!

—Regrese a su lugar, señorita Drop, y la próxima vez estudie —musita Golden con la mandíbula tensa. Hago lo que me dice, y con la velocidad de un vampiro llego a mi lugar.

El maestro se gira y empieza a apuntar un montón de cosas para resolver en la pizarra. Me dedico a apuntar escondiendo mi rostro, muero de la vergüenza. ¿Por qué no pudo suceder esto en alguna clase donde no esté él?

Seguro está pensando que soy una irresponsable que no sabe multiplicar y terminará dejando la escuela para vender chicles debajo de los puentes. Estaría bien siempre y cuando pudiera masticar los chicles de cereza.

De pronto, siento que una mano toma la mía, le da un apretón. Giro la cabeza y no enfoco.

—Está bien, es un imbécil, no te sientas mal. —Esbozo una sonrisita porque es inevitable. ¿Cómo no voy a enamorarme de él si se comporta de esta forma? ¿Cómo pongo distancia si lo único que quiero hacer es lanzarme a sus brazos?

En serio, debería escribir un libro cursi y empalagoso para no ir por ahí derramando miel y causándole diabetes a las personas.

—Gracias —susurro.

Lo veo tragar saliva y dirigir la mirada al frente, mira a su alrededor y se me aproxima sin darme oportunidad de analizar la situación. Se acerca, haciendo que nuestras narices choquen y una corriente eléctrica me recorra.

Me roba un beso, tan suave y rápido que solo sé que existió porque mi corazón ha explotado en un montón de fragmentos.

—Lo siento —dice y luce realmente apenado—. Es que no he parado de pensar en ti. No vas a enojarte, ¿verdad?

Oh, Shawn, podría ponerme a oler florecillas, cualquier cosa menos enojarme.

—No lo haré siempre y cuando tú pagues la cena de esta noche. —No quiero decirle que me gasté mis ahorros y no me han pagado en el señor Pimiento.

Sus comisuras tiemblan.

—¿Te recojo en tu casa?

—Nop, hoy trabajo hasta las nueve, ¿está bien? —Asiente.

—De acuerdo, te recojo en el restaurante entonces, será genial verte de nuevo con esa cosa en la cabeza y el atuendo rojo.

Había olvidado mi estúpido gorro, debería arrojarlo a la basura y hacer como que se me perdió. Sí, eso haré. Los dos decidimos que es mejor prestar atención, no vaya a ser que el profesor Golden quiera vengarse y nos obligue a hacer planas con la frase «No debo hablar en la clase de matemáticas».

Lo más interesante de todo el asunto no es que Shawn me haya invitado a salir, tampoco que me haya defendido delante de todo el mundo, mucho menos que me haya robado ya dos besos ni que esté coqueteando descaradamente conmigo. Lo que me hace guardar esperanzas es que no ha soltado mi mano.



NATALIE

Ya casi son las nueve, veo continuamente el reloj en la pared. ¿Y si me deja plantada? Sería el arbusto más sensual del mundo, pero sería malo. Siento que me va a dar un tic en el ojo si no me calmo, mis manos sudan y no sé si es por los nervios o por estar volteando carnes en la parrilla.

—Salen las últimas del día —digo, mientras se las paso a mi compañera, quien se encarga de untar mayonesa en los panes en completo silencio. Ella es una chica silenciosa, es mejor no perturbarla.

Me quito el delantal y suspiro, estoy agotada.

—¿Qué te parece si tú y yo vamos a comer algo por ahí? Yo invito —murmura Jackson mientras empaqueta papas fritas. Vuelvo a suspirar.

—Hoy no puedo, Jack, tengo una cita —canturreo. Él se queda serio durante un instante, luego sonrío con suficiencia.

—Eso es genial, Nat, espero que lo pases bien. —Se gira y me tiende las bolsitas, las cuales deposito en una gran bolsa plástica junto con las órdenes —. Por cierto, ¿dónde está tu gorro?

Aplano los labios para no reír, pero la alegría cae cuando veo al viejo Ernest parado en el umbral con el ceño fruncido, lo jodido es que lleva mi sombrero.

¡Oh, no! ¡Lo encontré! Estúpida cosa, se parece a *Chucky*.

—Nat, encontré esto afuera en el bote de basura, ¿sabes cómo llegó ahí? —cuestiona, confundido.

—No tengo idea, quizá se me cayó o algo. —Sí, claro, si caer significara pisotearlo y arrojarlo a un contenedor lleno de sobras de comida. Lo tomo forzando una sonrisa, escucho la risita divertida de Jackson a mis espaldas.

Después de limpiar y dejarlo todo en orden, me despido de mis compañeros a la hora indicada. Me pongo un suéter para esconder un poco mi traje ridículo

y tomo un respiro profundo. No debo hablar de más, no debo arrojarle cosas al rostro ni a la ropa, nada de hablar de unicornios y cosas raras. Dios, estoy que me cago de miedo.

La campanilla se escucha cuando abro la puerta. Al alzar la vista lo veo, está recargado en su motocicleta con una bolsa que me resulta conocida, la cual sacude para que la observe.

—Dos hamburguesas jugosas con muchas patatas, ¿te agrada la idea? — pregunta.

—Eso suena genial.

Sus hombros se relajan, sonrío de oreja a oreja y deja la bolsa en el asiento. Me ofrece su mano cuando estoy cerca, la cual tomo casi sin dudarlo. Me da un jaloncito para envolverme en un abrazo.

Huele muy bien, podría devorarlo como si fuera un delicioso helado.

Esa clase de pensamientos harán que me vaya al infierno.

Pero en serio, Shawn huele muy bien, tanto que me encuentro olfateándolo en secreto. Un cosquilleo se extiende por todo mi cuerpo, como diminutas hormigas picándome. Refugia un instante su nariz en mi cabello y luego deposita un beso en mi mejilla.

—Hola, preciosa, debemos irnos ya para llevarte temprano a casa.

Me dan ganas de decirle que si quiere nos escapemos a las Vegas para casarnos, pero prometí no decir incoherencias. ¡Muérdete la lengua, Natalie! ¡Aborta la misión! ¡No pienses en eso!

Trago saliva cuando se aproxima y me coloca el casco protector. Se monta en la moto después de guardar nuestra cena y me hace una señal. Lleva puestos unos pantalones de mezclilla, y eso no me ayuda en absoluto porque su trasero se ve genial en ellos; son como pompas de jabón que quiero reventar.

Voy a sentarme en el espacio del otro día, pero no me lo permite. Lo miro con una ceja alzada, ¿quiere que vaya volando o qué demonios?

—Esta vez te toca ir adelante, vas a ayudarme a manejar. —Me quedo estática en el suelo, como una estaca clavada en el césped. Eso, definitivamente, es mala idea. No, es la reina de las malas ideas.

Es decir, Shawn estará a mis espaldas poniéndome de los nervios, su sonrisa de diversión me lo dice; y voy a estar entre sus piernas. Entre. Sus. Piernas. De. Atleta.

Voy a hacer combustión. Ve mi indecisión, así que me obliga a subirme jalándome del codo. Me siento demasiado tensa, mi espalda parece una roca. Me relajo un poco al sentir su barbilla en mi hombro, creo que soy demasiado pequeña en comparación suya, es como si estuviera dentro de una cueva.

—Tranquila, Nat, dijiste que uno de tus sueños era subirte a una moto, debes disfrutar de la experiencia completa. No es lo mismo ir atrás a sentir cómo el aire choca en tu cara.

—¿Y si tenemos un accidente? —pregunto porque mi mala suerte podría estar acechándome de cerca.

—Estoy aquí —susurra en mi oído, causándome un estremecimiento—. Yo voy a manejar, preciosa, solo quiero que disfrutes. ¿De acuerdo?

Asiento.

—Muy bien, vas a agarrar el manubrio y mirarás siempre al frente. —Una vez dicho eso, enciende el motor y acelera para calentarlo. Estoy temblando por dentro, pero también estoy muy emocionada. Jamás he hecho algo así, si mi madre me viera, seguramente me mandaría al convento para purificar mi alma. Pone sus manos encima de las mías.

Me pregunto si le gusto, aunque sea un poco, no quiero entrar en la zona de amigos porque he escuchado que es una mierda. Arranca, primero despacio, pero después aumenta la velocidad.

Sus manos son cálidas, de verdad me muero por sentir su pecho en mi espalda y su respiración en mi nuca. Sin embargo, mi corazón se acelera por otros motivos, siento la adrenalina recorriendo mis venas. Jamás me he sentido tan libre como un pájaro.

Mis cabellos vuelan y yo lamento no haberme hecho una coleta, estorban en mi campo de visión. Quiero gritar de euforia, no contengo el gritito cuando Shawn esquiva un coche.

Voy a atesorar este momento para siempre, y siempre se lo agradeceré a él por regalármelo.

Se estaciona en un parque, me ayuda a bajar y a quitarme la protección. Todavía estoy alucinando.

—¿Y bien? ¿Te gustó? —Suelto un grito de alegría y salto para abrazarlo, así es como contesto su duda. Justo ahora no me importa si quiere a Hannah, fue a mí a la que llevó en su motocicleta. Se le escapa una risita y me regresa en

abrazo con fuerza. Sus brazos aprisionan mi cintura y me acercan a él—. Eres increíble.

¿Por qué demonios no puedo parar el tiempo y quedarme así para siempre?

—Gracias por esto, aunque sea algo tonto, significó mucho para mí — murmuro, aún envolviendo su cuello.

—No es tonto.

Debería hacer un invernadero en mi interior y plantar florecillas para que las mariposas vuelen por ahí con libertad en mi estómago.

Quiero preguntarle por qué está saliendo conmigo, por qué hace todo esto. No sé si pueda aceptar que un día de estos regrese con Hannah y cargue su mochila por los pasillos sin mirarme. Me da pavor, sé que dolerá muchísimo si eso llega a suceder.

Voy a abrir la boca para preguntarle, aunque eso signifique dejarme en evidencia. Por supuesto que no estoy preparada para lo que dirá, todo el aliento se me escapa cuando escucho las siguientes palabras:

—Me gustas, Nat.

Mi mandíbula cae abierta, lo normal en mí sería que me pusiera a dar brincos; pero el impacto es tal que mi mente se vacía. Él se echa hacia atrás al ver mi mudez y me vislumbra con la frente arrugada.

¡Esperen! ¡Ya sé lo que está pasando!

Seguramente estoy soñando despierta o estoy teniendo una de esas fantasías en las que él dice eso. Es que es imposible, ¿será una broma para algún canal televisivo?

—¿Qué dijiste? —pregunto porque creo que la cerilla de mis oídos me ha dejado sorda.

—Que me gustas. —¡Santa paloma cagona de las iglesias!—. Sé que puede sonar absurdo si empezamos a hablarnos desde hace pocos días, pero en serio me atraes, me gustaría conocerte.

—¿C-conocerme?

Su sonrisa de lado me hace respirar con más dificultad. Intento buscar un grano o algo feo en su rostro para tranquilizarme, pero lo único que veo son esos lunares que tanto me encantan.

—Conocerte, ya sabes. —Se encoge de hombros—. Platicar por horas, tener citas, que me digas cuál es tu color favorito y qué te gusta hacer por las tardes.

Solo conocerte.

Necesito alejarme para pensar lo que está diciendo, no puedo si lo tengo tan cerca, mirándome de ese modo y respirándome encima. Sin embargo, como si adivinara mis pensamientos, cierra su abrazo muchísimo más.

Su cabeza baja con lentitud, ubica sus labios frente a los míos.

—Di que sí, Nat —susurra, y yo creo que estoy en un sueño. Aquí es cuando me despierto en la oscuridad de mi habitación y me doy cuenta de que sigo siendo invisible para él. Solo que esta vez no voy a despertar porque nunca fui a dormir.



SHAWN

—De acuerdo, vamos a conocernos —dice, ocasionando que una sonrisa se extienda en mi cara. Siento el impulso de acercarme para besarla, así que lo hago. No obstante, mis labios no se encuentran con los de ella, se topan con su palma.

—¿Qué pasa? —pregunto, nervioso. ¿Ya tan rápido la cagué? Mierda—. ¿Hice algo malo?

Su mano todavía se encuentra entre los dos.

—Así es, hiciste algo mal, te estás saltando muchos pasos. Dijiste que nos conoceríamos, no puedes besarme hasta que nos conozcamos.

Lanza una risita traviesa al ver mi estado de conmoción. ¡Se está burlando de mí!

—Eso es perverso, preciosa, encontraré la manera —prometo con coquetería, la siento temblar.

Me obligo a soltarla, obtengo la bolsa plástica del compartimento trasero. Caminamos hombro con hombro sin decir nada por el camino empedrado del parque. La miro de reojo un par de veces y la encuentro sonriendo.

—¿Podemos comer en los columpios? —pregunta con su timbre aniñado—. Por favor.

Nos dirigimos a la zona de juegos, gracias al cielo está vacía, no soportaría tener que estar rodeado de niños gritones y llorones. No es lo mío, si hubiera sido otra persona me habría negado. Es decir, ¿cómo voy a comer en un columpio? Pero Natalie hace que haga cosas que nunca haría.

Lanzo una risotada ahogada al verla, es tan distinta a mí. Siempre he sido un chico callado, porque a mi padre no le gusta que haga ruido si está en casa, los placeres que cualquier niño ama me eran indiferentes.

No podía comer golosinas, no podía salir a jugar por las tardes porque tenía que estudiar para ser el mejor de la clase, no podía hacer nada más que seguir la rutina: clases, deporte, artes.

¿Cuándo fue la última vez que me columpié? Es muy triste porque estoy a punto de cumplir los dieciocho, no soy un anciano.

¡A la mierda! Dejo la bolsa en el suelo y la imito, agarro vuelo y me columpio. Nat suelta una carcajada y un grito de euforia. Es como si estuviera en mi motocicleta.

—¡El que dé el salto más largo gana! —exclama y quiero ganar con todas mis fuerzas—. ¡A la cuenta de tres! Uno... Dos... Tres...

No la veo, me concentro en mi propósito. Salto cuando estoy ascendiendo, caigo sobre mis pies. No veo a Nat delante de mí ni a mis costados, creo que gané. ¡Sí!

—Ouch. —Un quejido me alarma. La busco, y la encuentro a mis espaldas, arrodillada en el suelo, está haciendo una mueca. Sin demora, me acerco para ayudarla a levantarse—. Genial, me hice un raspón.

Coloco las manos en sus antebrazos y la levanto.

—¿Estás bien? Vamos a ver qué te pasó. —Busco a mi alrededor, pero no veo una banca cerca, por lo que la llevo al columpio para que se siente en él. Está demasiado callada, ¿se habrá pegado en otro lado?

Una vez que toma asiento, me arrodillo delante de ella y examino el raspón lleno de tierra. ¿Ahora qué hago? No puedo dejarla así.

Rápidamente pienso en lo que tengo a la mano, sería genial tener curitas. Compré una botella de agua en el restaurante, es un milagro, así que la obtengo del interior de la bolsa junto con un par de servilletas. Quito el tapón.

—Quizá moleste un poco, preciosa. —Le doy una mirada porque no ha pronunciado palabra, solo me mira con atención y asiente. Dejo que el chorro de agua caiga sobre su rodilla.

—Uh. —Su quejido me pone nervioso. Me apresuro, lanzo un suspiro aliviado cuando la zona queda limpia. Soplo despacio y limpio con la servilleta dando leves toques por toda su pálida piel.

—Listo, me gustaría ponerte pomada, pero esto es lo mejor que pude hacer. —Sus ojitos se cristalizan, sin embargo, parpadea y mira hacia otro lado para

que no me percate de ello, demasiado tarde. Tomo su barbilla y hago que me enfrente—. ¿Qué sucede?

—Lo siento —susurra con la frente arrugada, yo niego porque no entiendo un carajo—. Lamento haber estropeado nuestra cita, me prometí que no haría cosas estúpidas y fue lo primero que hice. Yo...

Pongo mi dedo índice sobre sus labios para que guarde silencio. Me atrevo a tomar un mechón de su cabello rubio, es suave y se siente como la seda entre mis dedos.

—Por favor, nunca vuelvas a prometerte eso, no haces cosas estúpidas. El raspón fue un accidente —digo—. Me gusta estar contigo porque eres diferente y genial. Hacía mucho tiempo que no me columpiaba o jugaba a algo que no fuera un deporte, hacía mucho que no me divertía tanto con una chica. Entonces, te pido que no seas aburrida como las otras, porque así eres increíble. No cualquiera se vería apetecible con un gorro de hamburguesa.

—Hamburguesa con doble queso —aclara con una tímida sonrisa.

—Hamburguesa con doble queso, más delicioso todavía. —Sus mejillas se sonrojan, me dan ganas de morderlas—. ¿Quieres cenar?

Y es así como nos dedicamos a comer las ricas hamburguesas del señor Pimiento.

—¿No te gustan los deportes? —pregunta sin saber que es un tema que me entristece, nadie lo sabe, ni siquiera Hannah. En mi mundo de perfección no está permitido decir que detestas lo que se supone deberías amar.

—No, no me gustan.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —pregunta, atónita. Deja de comer y me observa con los párpados bien abiertos.

—Porque mis padres esperan que lo haga —murmuro.

—¿Te exigen que estés en el equipo de atletismo? —cuestiona a lo que asiento—. ¿Y qué te gustaría hacer?

¿Que qué me gustaría hacer? Eso es algo que nunca nadie me ha preguntado, ni siquiera yo mismo sé qué quiero hacer.

—Me gusta bailar —digo esperando que mi confesión no la haga reír. Sus labios forman un círculo. Algunas personas piensan que los chicos no deben bailar, por eso no me he atrevido a decírselo a mis padres, pero Nat luce realmente interesada.

—¿Bailar al estilo Michael Jackson? —pregunta con un dejo de diversión. Las risas burbujan, el día de la fiesta hice pasos extraños, quiero que vea que puedo ser decente.

—Ese día estaba jugando, quería llamar tu atención, creo que te mereces un buen baile —digo, recordando cómo la dejé ese día. Me pongo de pie, olvidando la cena. Ofrezco mi mano—. ¿Bailas?

Sonríe de lado y pone su mano pequeña en la mía. Me doy cuenta de que se ha terminado la comida. Le doy un jaloncito para que se estampe en mi cuerpo y pueda rodear su cintura. Es tan delgada, mis brazos podrían rodearla dos veces o 3,1416...

—No hay música —susurra.

—¿Cuál es tu canción favorita?

—Eh... Me agrada Maroon 5 —susurra.

Hago memoria y entono la melodía que más me gusta: *Sugar*. Y se siente que encajamos como un rompecabezas, ella se relaja en mis brazos y me rodea el cuello. Su perfume me rodea, su nariz en mi cuello me estremece. Mi corazón late con rapidez mientras canto esta versión desentonada.

Parece que lo disfruta, y yo lo disfruto también. Me gusta cómo Natalie Drop está entrando en mi vida, casi tanto como me gusta su dulce mirada.



NATALIE

Tarareo la canción que Shawn cantó ayer, no ha salido de mi mente, creo que hasta soñé con la tonada.

Cierro los ojos para que el champú no entre en mis ojos. Finjo que el gel, el jabón y los azulejos son personas que han venido a mi *show*. Me ahorro las presentaciones porque seguramente están ansiosos, aquí es el único lugar donde no me aventarán tomates.

—*I want that red velvet, I want that sugar sweet, don't let nobody touch it, unless that somebody is me...* —canto en voz alta al tiempo que mis dedos masajean mi cuero cabelludo—. *Sugar, yes please, won't you come and put it down on me...*

Alguien aporrea la puerta, brinco del susto y detengo mi concierto. Querido jabón, tendrás que esperar por mi hermosa voz.

—¿Podrías callarte?! ¡¡Tus aullidos harán que me explote la cabeza!! — Cecile grita del otro lado, me saca una risotada.

Le contesto canturreando el resto del coro, voy a enjuagarme la espuma cuando alguien le jala a algún baño y, sin que pueda evitarlo, sucede.

—¡¡Mierda!! —grito al sentir el agua helada estampándose en mi desnudez. Se estrella en mi cuerpo, ¡hija de su mamá con bolas de ping pong!—. Mierda, mierda.

El jabón entra en mis ojos y me pica, ¡maldito! No me aventó tomates, encontró un modo más efectivo para vengarse.

—Ay —me quejo. Saco la mitad de mi cuerpo del chorro para que solo se enfríe la parte de arriba. Tallo mis ojos en el agua hasta que el ardor es casi imperceptible—. ¡Vas a pagar por esto, versión cuatro de Avril Lavigne!

Escucho las risas de mis hermanos en alguna parte, ¡casi me dejan ciega!

No me demoro más de la cuenta, la inspiración se me ha ido, ahora parezco un pingüino tembloroso que acaba de salir de Alaska. ¿Necesito que alguien me caliente? No caigas en el pecado otra vez, Natalie, no pienses en sus muslos a tu alrededor, mejor sí, quizá así recupere el calor corporal.

Elijo mi vestuario una vez afuera de la ducha: un pantalón de mezclilla, unas sandalias y una blusa rosa. Cepillo mi cabello, que me roza los hombros, y más nada.

Salgo de la habitación mirando a todas partes, buscando a los enemigos. Al parecer no hay señal de ellos, me la van a pagar, eso sí. Bajo las escaleras y me interno en la cocina, mis ojos se entrecierran al mirarlos sentados en la mesa apretujando los labios, reteniendo la risa.

Mamá me ofrece un plato con huevos revueltos y un panecillo, se me olvida lo mal que inicié mi día... Solo por ahora, porque en cuanto pueda me vengaré, les enseñaré que puedo ser una chica mala.

—No sé qué está pensando tu cabecita, Natalie, pero ni se te ocurra hacer uno de tus planes como el de aquella vez, porque te castigaré —dice mamá, hago como si no estuviera maquinando mi plan perverso. Mi última venganza no resultó como pretendía, el par de enanos pusieron aceite en mi jugo de manzana, entonces yo puse hormigas en sus cereales. No funcionó porque fue mamá la que se sirvió el cereal, no me dejó salir a ninguna parte durante meses—. Además, sabes que cantas horrible, cariño.

—¡Mamá! —exclamo, indignada. Ha arruinado mi esperanza de ser la próxima Miley Cyrus, quería columpiarme en una bola gigante. Escucho de fondo las carcajadas de los renacuajos y me quedo enfurruñada en la silla, saboreando mi desayuno.



Desciendo del coche de mi madre después de darle un beso en la mejilla, busco a Jas con la mirada y la encuentro sacudiendo su mano en una jardinera, así que corro para contarle sobre la cita antes de que llegue Greg y se la coma.

—¡¡Cuéntame!! —grita, eufórica, incluso algunos chicos voltean.

Amo a Jasmine, soy la mugre de su uña, soy la cremita de su oreo, soy las chispitas de su galleta, es mi mejor amiga y sé que puedo contar con ella si lo

necesito; así como ella sabe que estaré cuando lo necesite.

Nos conocimos porque llevábamos biología juntas, descubrí que era admiradora de Maroon 5 al ver su cuaderno lleno de dibujos de su discografía. Lo mejor fue que no quería desnudar a Adam Levine —Adam es mío, nadie más que yo puede desnudarlo—, entonces supe que seríamos grandes amigas. El resto fue fácil porque nuestras personalidades son muy parecidas.

—¡Dijo que quiere conocerme! —exclamo en un susurro, no quiero que alguien escuche acerca de mi cita. Soy una persona supersticiosa, quizá se echará todo a perder. Va a gritar, pero me lanzo y tapo su boca con mi palma—. Fue hermoso, me hice un raspón y limpió mi rodilla. Mientras bailábamos en medio de un parque me cantó al oído, me dejó sentarme delante de él en su motocicleta. Estuvimos hablando de cosas. Dios, fue perfecto, Shawn es perfecto.

Siento su sonrisa debajo de mi mano, la suelto y doy un paso atrás, sé que ya no se pondrá a gritar cada cosa que diga.

—¿Ya estás planeando la boda? Recuerda buscar nombres de pediatras para cuando tengan bebés. —Está bromeando, sin embargo, no puedo reír. Se da cuenta de mi silencio momentáneo, su gesto divertido cae y frunce el ceño—. ¿Qué pasa?

—Que quiera conocerme no significa que vaya a sentir algo por mí, él sigue queriendo a Hannah. Tengo miedo de que entre en mi vida y luego decida marcharse, no soporto las despedidas.

Jas entiende muy bien de lo que estoy hablando. Cuando papá se fue de casa pasé semanas enteras llorando, ella cepillaba mi cabello todas las tardes y compraba palomitas de maíz para animarme. Todavía no acepto que papá tomara la decisión de irse, de dejarnos, no he hablado con él desde que pasó, a pesar de que cada semana recibo un correo electrónico. Estoy enojada, también lo extraño y no quiero extrañar más cosas.

Sé que si Shawn decide que no puede sentir nada por mí será algo muy doloroso porque estoy perdida por él, aunque no lo sepa. No pienso decirle que me lo pasaba espiándolo a escondidas, pensará que soy una lunática.

—Oh, Nat, no creo que puedas resistir si el chico viene a ti, solo déjate llevar. No lo sé, no quiero que sufras, si te hace algo malo le cortaré las

pelotas y te compraré mucho helado y papas fritas. Eso haría una buena BFF.
—Sonrío.

—Hola, bombón. Hola, chica hamburguesa. —Giro los ojos con diversión al escuchar a Greg, veo cómo se acerca a su novia y deposita un beso en sus labios.

—Bueno, yo los dejo, los veo en el almuerzo —digo, porque no quiero ver su intercambio de saliva y gérmenes; y amor, supongo. No me contestan, están muy enfrascados en mirarse el uno al otro con ojos de anime encandilado.

Me dirijo al interior de la escuela, rápidamente pienso en si me encargaron alguna tarea, y espero que no, no hice nada por ir con cierto chico. Me encuentro a Hannah en el pasillo, quien me saluda agitando su mano, le regreso el saludo. Me siento mejor cuando no veo a Shawn cargando su mochila.

Me detengo en mi casillero, estiro la mano para obtener mi material, pero alguien tapa mis ojos desde atrás. Sé quién es porque huele a él, no obstante, le sigo el juego.

—Adivina quién soy —dice cerca de mi oído. ¡No suspires como damisela enamorada, Natalie! ¿Dónde están tus ovarios, chica? No eres una gelatina.

Voy a abrir la boca, pero me da la vuelta. Quedo frente a un milagro de la naturaleza con lunares y sonrisa de muerte. Si tuviera mi chat abierto pondría caritas pervertidas solo para desahogarme. ¡Una luna pervertida!

Me da un abrazo y deposita un beso en mi frente.

—Hola, preciosa —murmura. Se echa para atrás y barre mi cuerpo con sus ojos.

Wow, ¿de dónde salió eso? ¿Este es el momento en el cual se me acerca y me estampa en el casillero para besarme apasionadamente en frente de todo el mundo? Pagaría lo que fuera para que se saltara lo de conocernos y lo hiciera.

Natalie, definitivamente tienes que ir a echarte agua bendita.

—Hola —contesto.

—¿Te sentarías conmigo en el almuerzo? —Asiento, un tanto impactada por su ofrecimiento. No es que no me guste la idea, solo espero que no nos sentemos en la mesa de Hannah porque, aunque la chica es buena, no me agrada mucho tenerla cerca—. Y... ¿estás libre el viernes? Va a haber una competencia y me gustaría que fueras, después podríamos ir a comer perritos calientes. La verdad es que quiero verte en las gradas.

—De acuerdo, sería genial —esbozo una sonrisa. Shawn relaja los hombros luciendo aliviado, ¿creía que le diría que no? Este chico sí que necesita lentes con más aumento, cualquiera ya se hubiera dado cuenta de mi enamoramiento, me convierto en tartamuda cuando lo tengo cerca.

—Bien.

El timbre suena como si fuera una maldición, ¿por qué justo ahora? Pero debo moverme porque hoy toca clase de artes y odio llegar tarde.

Me despido de él con un beso en la mejilla y me voy corriendo. Llego al aula justo a tiempo, detrás de mí entra el profesor Carmichael acariciando su bigote de estilo italiano. Su bigote me gusta porque me recuerda a la pasta que hace la abuela.

Veo que Hannah está sentada al lado del lugar que procuro ocupar, así que me voy a otro. No me apetece charlar con ella acerca de sus últimas compras en el centro comercial, además, detesto que me pregunte cómo hacer los trazos.

El maestro dividió el programa de clases en estaciones para abarcar todas las artes. Iniciaremos con la estación literaria, hace una exposición sobre el cubismo literario, estoy fascinada al ver cómo crean un poema dentro de una figura. Quiero hacer eso.

—Vamos a trabajar en el cubismo y la poesía, para la próxima clase van a traer un ensayo acerca de la poesía en todas sus formas, colores y sabores. Lo más completa que puedan. Nat, voy a mandarte la presentación de hoy para que se la pases a tus compañeros. —También me agrada Carmichael porque soy su alumna preferida.

A la hora del almuerzo Shawn está esperándome afuera de la cafetería. Jas me hace un guiño cuando lo ve, espero que no la haya visto. Tomamos la comida y nos dirigimos a una mesa solitaria. Sep, seremos solo nosotros dos.

—¿Te gusta mucho la clase de artes? —pregunta.

—Sí, creo que es lo único que hago bien, ¿cómo lo sabes?

—Harold me dijo algo y te fuiste corriendo en la mañana antes de que pudiera decirte lo linda que te veías, te vi entrar al aula. —Destapa su refresco—. ¿Te gusta el color rosa?

¿Me está analizando o qué?

—¿Cómo lo sabes? —Sonríe con timidez, creo que alcanzo a ver que se sonroja, pero no estoy muy segura.

—Casi siempre traes algo de ese color. —Abro la boca con sorpresa, no me había dado cuenta de ese pequeño detalle.

Voy a preguntarle si tiene un color favorito, no obstante, alguien se sienta a su lado interrumpiéndome. Hannah aparece en mi campo de visión sonriendo, dirijo mi vista hacia otra parte porque no quiero ver cómo la mira, cómo le regresa la sonrisa. No quiero ver cómo se arruga mi corazón.



SHAWN

Nat abre la boca y la cierra al igual que un pez, agacha la cabeza como el día del parque cuando no quería que viera sus ojos. No entiendo su actitud hasta que el olor de Hannah hace que me gire, la encuentro sentada a mi lado, sonriéndome. ¿Cuándo llegó?

Trago saliva con nerviosismo, la saludo con una rápida sonrisa y vuelvo a mirar a Natalie, quien observa su comida como si fuera muy entretenida.

¿Qué debo hacer? No le quito la mirada de encima, esperando que vuelva a mirarme con su típica alegría, pero simplemente no pasa. Está enmudecida, no creí que eso fuera posible.

—¿Cómo están, chicos? —pregunta la rubia a mi lado con su vocecita infantil—. Nat, qué bueno que te sientes con nosotros.

La mencionada levanta la cabeza con rapidez y enfoca a Hannah, se limita a asentir con seriedad.

Parezco un estúpido mirando de un lado a otro, me siento mejor cuando Harold se sienta en nuestra mesa. Creo que Nat también se relaja, y no sé por qué ese pensamiento no me gusta.

Harold me dijo quién era Natalie después de que ella me arrojó accidentalmente aquel caldo en la cafetería, me sorprendió saber que es su compañera en el laboratorio de química, es decir, somos amigos de las mismas personas, ¿por qué demonios yo no la conocía? Él me animó a ayudarla a abrir su refresco el otro día, lo mismo sucedió en la fiesta, atrapé a Natalie antes de que se cayera porque Harold me empujó.

—¿Hiciste la tarea? —le pregunta él a mi cita, ganándose una sonrisa.

Mi mejor amigo no ha parado de hablar bien de ella, terminó confesándome el motivo por el cual me decidí, no estaba seguro por cómo terminó mi última

relación, no quería intentarlo con nadie más, mi enamoramiento por Hannah lastimó a algunas chicas en el pasado.

Le gusto a Natalie Drop, entonces comprendí todo ese nerviosismo, el tartamudeo y las mejillas enrojecidas. Es bonita, graciosa y dulce, hay algo en ella que me llama la atención, es consciente de lo que siento por Hannah, así que, ¿por qué no intentarlo? ¿Cómo espero dejar de querer a Carson si no me doy una oportunidad verdadera? Aunque quizá la habría invitado de todas formas, aquel beso no estuvo nada mal, ni los que lo siguieron, todavía puedo sentir su aliento a cereza en mi boca.

Quiero tomar el brazo de esa rubia sonriente y llevarla a otro lado donde nadie pueda interrumpirnos. A un lugar donde me sea fácil romper las reglas y besarla o simplemente observarla, tiene esta manera de mirarme que me acelera el pulso.

—Sí, creo que me gusta la química orgánica —dice, al tiempo que toma una manzana de su charola y la muerde—. Solo me faltó el problema número tres, no le entendí un carajo.

—Yo lo respondí, si quieres puedo mostrarte cómo se hace, no hay nadie en el laboratorio ahora. —¿Qué demonios está haciendo Harold? ¿Le está coqueteando? Nat abre la boca para contestar.

—No es necesario —me apresuro a decir—. Natalie y yo tenemos un trato, le ayudaré con las tareas que quiera.

Ella se me queda mirando con sorpresa, mientras él sonríe con suficiencia. ¡Hijo de puta! ¡Ya entendí! Estoy tan enfrascado en mis pensamientos que no me doy cuenta de la otra chica, que está llamando mi atención, hasta que su palma se mueve frente a mi rostro.

—Tierra llamando a Shawn, ¿escuchaste lo que te dije? —niego, dándole una mirada de reojo, sin atreverme a actuar como siempre lo he hecho. Si quiero olvidarla debo empezar a alejarme, debe entender que solo está haciéndome daño—. Me enteré por ahí de que habrá una competencia el viernes, ¿qué dices si me pongo la blusa del equipo, te echo porras y después vamos a la fiesta de Jonas?

Eso en otro momento hubiera causado un incendio en mi pecho, mi corazón late de prisa, pero no me alegro con la misma fuerza. Podría decirle a Nat que salgamos en otra ocasión, sin embargo, sé que me la pasaré sentado con Han

mientras ella habla con sus amigas, no querrá bailar conmigo, no se subirá a mi motocicleta y no me mirará como Natalie lo hace. No será tan divertido, no quiero ir con Hannah.

Soy testigo del momento en el que sus comisuras caen y enfoca a Harold, ¿piensa que la haré a un lado? Es probable por cómo actué en aquella fiesta, no lo haré de nuevo.

—Lo siento, Han, pero ya tengo una cita. —Y estoy seguro de que tenerla en las gradas será genial, después iremos a por esos perros calientes y haré que se sonroje y tartamudee. Haré que se ría y me hará reír.

Sus ojos café enfocan los míos, le sonrío y le doy un guiño. Quiero con fuerza dejar de tener sentimientos por alguien que nunca se fijará en mí, quiero estar enamorado de alguien real y no de un espejismo.

—Oh, igual estaré por ahí —dice con alegría y sigue comiendo.

Me pongo de pie de un salto, causando que todos me miren. Rodeo la mesa y me sitúo a sus espaldas. Nat levanta la vista y alza una ceja en mi dirección.

—¿Qué te parece si tú y yo seguimos con nuestra cita del almuerzo en otro lado? —Escucho la risita divertida de Harold, quiero darle un puñetazo en la nariz. Aunque nunca he sido un chico violento, me ha empujado demasiado. Algún día lo haré.

Me siento más relajado cuando me da su mano, por un instante creí que me mandarían a la mierda. ¿Por qué una chica hermosa y divertida querría estar con alguien que lucha para no pensar en otra? No lo sé, pero no la quiero lejos porque con ella todo es sencillo y fresco, es como sacar la mano por la ventana mientras llueve y el coche va caminando en una carretera.

Salimos de la cafetería tomados de la mano, sus dedos se entrelazan con los míos causando que una corriente eléctrica me recorra entero. Se siente bien.

—Si quieres ir con Hannah no hay problema —murmura.

—Quiero ir contigo.

—¿Por qué?

—Porque me gustas, ¿necesitas otra razón? —La miro de reojo y me encuentro con una linda sonrisa.

—No, no necesito otra razón.

—Qué mal, iba a convencerte llevándote atrás de las gradas para hablar a solas.

—Quizá sí necesite otra razón —dice al tiempo que tapa su boca con las manos intentando retener la risa, pero falla, y los dos terminamos carcajeándonos.



Limpio el sudor de mi frente e intento controlar la respiración agitada, creo que debo dejar la comida chatarra o terminaré perdiendo la condición física. El entrenamiento ha terminado con mi entrenador disgustado, ya que no superé la marca de la semana antepasada y con mis pies calientes y punzantes.

No hay tráfico en las avenidas, me detengo en mi casa. Es de dos pisos y de color crema, afuera hay un árbol que mamá y yo plantamos cuando tenía diez. Antes me gustaba sentarme y apoyar la espalda en el tronco, dejé de hacerlo cuando papá dijo que solo me hacía perder el tiempo. Si mi entrenador habla con mi padre, soy hombre muerto.

Mi madre abre la puerta y me recibe con un montón de preguntas, he estado mucho tiempo fuera de casa. No me gusta preocuparla, no obstante, tampoco me agrada mucho estar cuando el gran señor Price está, papá solo sabe crear discusiones y yo prefiero ahorrarme los malos sabores.

Ceno evitando contarle sobre Natalie, sé que si se entera se lo contará a mi progenitor y me obligarán a traerla a casa. No quiero que Nat se ponga nerviosa, mis padres pueden ser muy intensos.

Voy a subir las escaleras justo en el momento en el que papá entra con su maletín y se dirige a mí negando.

—¿Cómo es posible que no hayas alcanzado el objetivo? ¿Así piensas ganar, Shawn? —Me gustaría contarle cosas a papá, como que me gusta una chica que se preocupa por lo que quiero hacer y no en qué tan perfecto puedo ser. Que estos últimos días me he sentido muy feliz y me importa un carajo si gano la carrera.

—Buenas noches, papá —susurro y subo, escuchando su bufido.

Lo triste de todo el asunto es que siempre acabo encerrado en mi habitación. Es igual, no importa la fecha u ocasión. Tomo mi celular y abro una conversación nueva. Pienso en qué decirle.

«¿Estás pensando en mí?»

Tienes suerte, justo eso estaba haciendo.
Su contestación me saca una sonrisa.
Dulces sueños, preciosa.



NATALIE

Tomo el tubo lleno de líquido rojo y lo vacío en otro que ya está medio lleno. Harold está a un lado con una libretilla haciendo anotaciones, puedo ver su cara escondida llena de diversión.

—Así que tú y Shawn... —Le lanzo una mirada mordaz de reojo y continúo con el experimento, no quiero causar una explosión.

—Cállate —susurro.

—¿Qué? Antes te gustaba hablar de él todo el tiempo. —Retiene la risita.

—Apunta: debo callarme mientras Natalie opera líquidos que podrían ser mi destrucción.

—Solo sacan ronchas —dice.

—Recuerda que soy amiga de Jasmine —canturreo reajustándome las lentes de protección y echando hacia atrás la manga de mi bata blanca.

Mi comentario hace justo lo que quiero, Harold cierra el pico y sigue trabajando. Sí, a él le gusta Jas, nos sentíamos identificados porque es chistoso que nuestro enamoramiento sea por el mejor amigo del otro. Me agrada Greg, pero me gustaría más que estuviera con Har, porque es un buen chico. Es como ella, no el otro lado de la tortilla. Jasmine no lo sabe y no creo que se entere nunca mientras tenga novio y siga perdidamente enamorada de él.



En el vestidor me pongo mi atuendo deportivo, retraso todo lo que puedo el momento, no quiero salir al gimnasio con todos esos chicos mirando mis piernas, tampoco quiero que se burlen de que no puedo atrapar una estúpida

pelota. Yo no tengo la culpa, parecen misiles queriendo estrellarse en mi cabeza, tengo el derecho de esconderme.

Curiosamente la entrenadora disfruta colocándose en la portería.

—¡Muy bien! ¡Diez vueltas a la cancha! ¡Por cada distracción es una más! —
Suenan el silbato. Santo Jesús del pesebre de madera, ¿qué hice para merecer esto? ¿Diez vueltas? ¿Quiere que mis piernas se conviertan en palillos para tejer o qué carajo?—. Andando, señorita Drop, ¿o quiere que sus compañeros sufran las consecuencias?

Todos se quejan y me lanzan miradas de reproche, y refunfuñando inicio la carrera. Antes podía fingir que tenía cólicos o que me dolía el tobillo, pero la profesora terminó dándose cuenta de que eran mentiras. Tal vez por eso me odia, por eso y porque una vez la golpeé con el balón.

No me gustan los deportes, prefiero hacer cosas más simples como sentarme en el sofá a comer Cheetos. Quiero Cheetos ahora. Mi condición física es pésima, alguien debería hacer más ejercicio y ponerse a dieta.

—Si respiras por la boca te vas a cansar más pronto, preciosa. —Le doy una mirada de soslayo, ¿cómo hace para verse bien mientras corre? Quiero detenerme para admirar su cuerpo sudoroso, sin embargo, no deseo correr más vueltas.

—Ha hablado Michael Jordan. —Su risotada ahogada me hace bufar.

—Michael Jordan fue el mejor basquetbolista. —Se burla de mí dándose la vuelta y corriendo de espaldas—. Un beso a que le doy la vuelta y te alcanzo.

Lo imagino poniéndose delante de mí con los labios fruncidos queriendo que corra para alcanzarlo y besarlo. Creo que he visto muchas películas románticas últimamente. Necesitas acción, Natalie, acción que te haga correr.

—Eso es injusto, eres un atleta, yo soy más artística. —La respiración comienza a fallarme, sé que si sigo hablando me desmayaré. Eso no es una mala idea, si me desmayo Shawn podría llevarme en brazos a la enfermería.

—Respira por la nariz —dice agitado. Siento el impulso de abofetearlo, ¿cómo quiere que respire por la nariz cuando se pone tan parlanchín?

Creo que voy a tropezar, así que me estabilizo. Levanto la vista para darme otra probada de su imagen, pero no lo veo. ¿Ahora es un vampiro? ¿Damon, eres tú?

Escucho las risas del alumnado, busco la causa. Shawn está corriendo como un maldito guepardo. Los esquiva a todos zigzagueando. Acelero el paso, sintiéndome ridícula, al menos perderé luchando como una verdadera guerrera.

Quiero gritar de euforia. He dejado atrás a unos cuantos, siempre soy la última de la gran fila. Escucho sus pisadas antes de que se detenga y siga corriendo a mi ritmo. Antes de que podamos hablar, un silbato se escucha desde el centro del gimnasio.

—¡Una vuelta más porque a su compañero le gusta alardear!

Un coro de jadeos indignados se escucha, pero estoy divertida. Sí, yo, Natalie Drop, me estoy divirtiendo en la clase de deportes.

Al final la entrenadora se apiada de nuestros muslos temblorosos y vacía una red de pelotas de fútbol en el suelo brillante. Al parecer quiere apiadarse de mí y mis esfuerzos, no me pone como portera, pone a Shawn.

Me formo en la fila, les doy mi lugar a muchos de mis compañeros hasta que la profesora niega medio furibunda. Cuando estoy frente al balón apretujo los ojos, ¿por qué tengo que ser tan torpe?

Los ojos de Shawn brincan con emoción, su sonrisa de suficiencia me hace apretar los puños. Luego me avienta un beso y empiezo a ponerme nerviosa. Todos se dan cuenta y gritan cosas que me hacen enrojecer.

Se coloca en posición, yo respiro profundo y pateo la bola con mi pie. Esta vuela y cae en sus manos, justo ahí. Sé que lo ideal sería meter un gol, sin embargo, para mí significa muchísimo lo que he logrado. De aquí a las olimpiadas hay un solo paso.

El timbre suena indicando el término de la clase, suelto el aire. Voy a dirigirme a los vestidores como el resto de mis compañeras, pero alguien me detiene por el codo. Lo enfrento. Quería evitar que me viera sudorosa y apestando a pez muerto, pero al parecer no le importa, porque quita un mechón mojado de mi frente y me sonrío.

—Estuviste genial —murmura.

—Yo siempre —respondo divertida.

—Gané nuestra pequeña apuesta, ¿no crees que me debes algo?

—Yo nunca acepté la apuesta, listillo. —Se encoge de hombros.

—No perdía nada intentándolo. —Se ve tan tierno que quiero besarlo yo misma, en serio—. Ya quiero que sea viernes.

—Yo también, pero en este momento quiero tomar una ducha rápida porque apesto a perro muerto. —Sonríe y abre la boca para contestar, pero antes de que diga algo que me obligue a quedarme, me aproximo y me pongo de puntitas para depositar un beso en su mejilla—. Eres muy guapo.

Salgo corriendo, sonriendo como una tonta y dándome golpes en el pecho porque lo dije sin tartamudear.



Camino hacia la parada de autobuses a la hora de la salida con los auriculares puestos, escucho a mi *sexy* novio Adam cantándome al oído. Al parecer el sol quiere quemarme.

El camino lo hago totalmente perdida en mis pensamientos, estoy buscando una buena venganza para Cecile, quien decidió que meterse conmigo era gracioso; pero le daré una lección, solo necesito encontrar a mi futura nueva amiga peluda.

Me bajo frente a una veterinaria y elijo a la más grande y fea. Me la dan en una pecera, me río macabramente a pesar de que el vendedor me observa con desconfianza. Como no soporto ver que mi amiga me mire con sus múltiples ojos, la meto en el bolso y voy a casa. Antes me detengo en una tienda y compro una cosa más para mi perfecto plan.



NATALIE

Me dejo caer en la banca lanzando un suspiro, mi bolso cae en el suelo. Me desparramo en el asiento. Un tipo se sienta a mi lado y se pone a dibujar cosas raras en su cuaderno.

Shawn entra junto con Harold cinco minutos antes de que inicie la clase, hace una mueca de disgusto cuando ve que no estoy sola. No obstante, se dirige hacia mi dirección y toma asiento delante de mí. Demonios, no, voy a querer estirarme toda la maldita clase para lamer su oreja.

Se gira para colocarse de lado y apoya su codo en mi pupitre. Observo con atención cómo eleva la ceja y me sonrío. Pone su otra mano cerca de la mía. Buda, dame tu poder, no puedo perder el control, aunque me mire como si fuera un pastelillo apetecible.

—Hola —murmura al tiempo que su dedo índice acaricia el mío.

¿Esta es alguna clase de juego previo? No necesito juegos, estoy más que dispuesta.

—Hola.

—Falta menos. —Apretujo los labios para no sonreír como una estúpida. Su mano voltea la mía, dejando al descubierto mi palma, con sus dedos recorre las líneas, sigue los caminos—. ¿Has tenido alguna dificultad para contestar los problemas? Puedo explicarte lo que no entiendes.

—No entiendo nada, Shawn, mi mente es mantequilla cuando veo números, todo se me resbala. —Ríe entre dientes.

—Si quieres puedo darte clases, no sé, en la biblioteca, en mi casa o en la tuya... —Abro los párpados con horror.

A mi mente se vienen un montón de ideas y todas son escalofriantes, los Oompa Loompa saltando encima de Shawn y jalándole el cabello para

molestarlo. Mi casa es un desastre, mi madre lo llenaría de preguntas o le enseñaría fotos de mí desnuda cuando tenía diez. No quiero que me vea desnuda cuando mis gomitas eran inexistentes.

—En mi casa no —me apresuro a decir. Su desconcierto me hace querer golpearme la cabeza—. E-es que h-hay u-un panal... ¡Sí! ¡Hay un panal! Hay un panal en el árbol de la entrada y es peligroso, y-ya sabes, hay abejas y aguijones filosos con veneno.

Me contempla enmudecido, incluso creo que se ha convertido en estatua. Después de unos segundos de silencio, lanza una carcajada estruendosa que hace que se doble por la mitad. Algunos de nuestros compañeros nos miran con diversión.

Listo, Natalie, cruzaste la línea, eres lo que sigue de patética. Y no me gusta que se burle de mí, debo controlarme antes de hablar. Voy a quitar mi mano, sin embargo, es más rápido. La captura y la agarra con firmeza, la diversión se ha ido de su rostro, ahora es todo serio.

—Lo siento, preciosa, ¿qué te parece si vamos a una cafetería y ahí te explico todas tus dudas? —Asiento, conforme.

—¿Que alguien me ayude! ¿Podrían conseguir un maldito hotel y dejar de flirtear cuando estoy cerca? —El chico a mi costado se levanta con frustración y arrastra sus pies para alejarse. ¿Alguien necesita ser flechado con urgencia o acabará siendo el Grinch del amor!

Shawn no pierde el tiempo, se levanta con premura y se sienta en el sitio vacío justo cuando el profesor Golden entra al aula y pide atención. Toma un gis y llena el pizarrón con números y runas satánicas que quieren poseer mi mente hasta trastornarla.

Me enfrasco por completo en la tarea, copio los ejercicios, pero me detengo en seco al sentir cómo algo asciende por mi pierna desnuda. Unas patas suben y yo quiero morirme, empiezo a sudar frío.

—Oh, Dios —susurro con el timbre tembloroso, cagada de miedo.

—¿Qué pasa? —cuestiona Shawn inspeccionándome.

Mi respiración se acelera, creo que sufriré un ataque de pánico. Esto me pasa por querer poner arañas en la almohada de Cecile. ¿Cómo pude olvidar a mi mejor amiga peluda? ¡No la saqué del bolso!

—Mierda. —Lo miro con terror, esperando que entienda qué es lo que quiero decir, pero él niega con confusión—. U-una t-tarántula en m-mi p-pierna.

Se queda inmóvil, aquí es cuando me rescata con su espada para protegerme, no es momento de quedarse estupefacto.

—Haz algo —lloriqueo—. Prometo ser una niña buena a partir de ahora, incluso me comeré las verduras hervidas que mamá hace en año nuevo, pero, por favor, quítamela.

Mi estómago se revuelve con pánico, porque sus patitas no se detienen, no soporto más. Lanzo un grito que retumba en las paredes del salón y provoca que todos salten del susto.

Me levanto, empiezo a saltar y a menear el cuerpo sin dejar de gritar como una demente. Cuando se dan cuenta de qué es lo que sucede, un montón de gritos me acompañan. Creo que ya no la tengo en mi cuerpo, sin embargo, la sensación sigue ahí, no puedo detenerme. El alboroto no ayuda a disminuir lo que siento.

Quiero echarme a llorar en la cama con Mazapán, mi oso de peluche, el cual está abandonado en alguna parte de mi armario. Unos brazos me detienen, pronto me encuentro siendo abrazada por alguien.

—Tranquila, ya está todo bien —susurra. Su voz hace que me calme y detenga mis movimientos bruscos.

—¿Cómo pueden temerle a esta pequeña traviesa? —pregunta el Grinch, agarrando al animalillo como si fueran almas gemelas encontradas en medio de la playa. Parece una tarántula feliz colgada de sus dedos.

—Señor Black, saque a esa cosa de aquí, y todos los demás sigan con lo suyo a menos que quieran pasar la tarde en detención. —Me dirige una mirada mordaz. Muy a mi pesar, me suelto y me siento de nuevo.

Tengo que encontrar una venganza menos tenebrosa.



No entro a trabajar hasta las seis de la tarde, así que le pedí permiso a mamá para que un chico misterioso e inteligente me diera clases para mejorar. Claro

que no mencioné la parte de que es mi amor platónico, ¿a quién le importa eso?

Acomodo mi blusa y tomo una respiración profunda antes de entrar a la cafetería en la que quedamos. Busco entre las mesas y lo localizo cuando me saluda. Aprieto los libros como si fueran mi escudo, a pesar de que es más fácil hablar con él, todavía siento que voy a desmayarme si se acerca demasiado.

Las sillas misteriosamente están demasiado juntas. Hago como que mis piernas no son fideos y me escurro para sentarme evitando que nuestros hombros se toquen. Me pregunta si quiero algo, y niego porque no quiero que pague.

Se levanta y se dirige al mostrador, mientras me entretengo abriendo la libreta y señalando las cosas que no comprendo. He decidido meterme en mi papel de estudiante preocupada. Ajá.

Coloca un platito con una dona frente a mí, ¿por qué tiene que ser tan dulce? Pone su brazo en mi respaldo y me presta atención. Señala unas cosas y aclara otras, me da trucos y yo entiendo un poco cómo las personas pueden encontrar el valor de x .



SHAWN

Abrocho las agujetas sentado en la banca de los vestidores. Respiro profundo y me mentalizo, es una rutina que hago para relajar los nervios.

Se escucha un rechinado, unos pasos traquetean. Pronto levanto la cabeza para ver qué mujer se ha atrevido a entrar al baño de hombres. Hannah camina decidida y me sonrío con suficiencia, así que hago lo mismo. Se sienta a mi lado y acomoda su falda larga de color negro que combina con la playera del equipo. Yo se la regalé.

—¿Ya estás listo para correr? —pregunta.

La verdad es que no, creo que jamás estaré listo, pero no me atrevo a decírselo, porque dirá que es mi obligación y suficiente tengo ya con mis padres.

—Listo —respondo antes de seguir acomodando mis zapatillas.

—Natalie está afuera. —Su nombre hace que la mire. Me observa con los ojos bien abiertos, quizá porque mi ceño está fruncido—. Es muy linda.

No es linda, es lo que le sigue. Y es divertida, hace cosas geniales, es un respiro entre tanta presión. Este último año será difícil, más porque papá espera que vaya a la mejor universidad y estudie medicina sin importar si es lo que yo quiero. Odio la sangre. Ella hace que lo olvide todo y me concentre en el momento.

—Lo es —digo, seco.

No sé por qué me siento incómodo hablando con Han de Nat, a pesar de que hemos hablado de muchas cosas. No quiero que nadie se meta, mucho menos ella.

—¿Están saliendo? ¿Tus padres ya lo saben? —Aprieto la mandíbula porque ese pensamiento me enfurece. Se supone que mi familia busca lo mejor para

mí, pero puedo asegurar que a mi padre no le agrada Nat aunque sea la chica más increíble que haya conocido.

Adiós, momento de tranquilidad precarrera.

—Salimos, y no, no lo saben, no tienen por qué saberlo. —Me pongo de pie de un salto. Me atrevo a mirarla por un corto instante. Es tan linda con sus caireles rubios y sus labios rosas, es demasiado pálida y sus ojos azules siempre me parecieron como un cielo lleno de nubes. Debo dejar de pensar en eso.

—Bueno... —suspira con pesadez y se pone sobre sus pies—. Quería desearte buena suerte antes de que todos quieran tener un poco de ti.

—Gracias —digo.

—De acuerdo, entonces me voy. —Se queda quieta unos segundos, no digo nada, se tambalea un tanto nerviosa. Hay un aire extraño entre los dos, uno que antes no estaba ahí y que me entristece, creí que éramos amigos, sin embargo, sus acciones me han indicado que soy más como un acompañante, que la venda haya caído duele. Por otra parte, siento que es mejor así, aunque no lo entiendo del todo.

La veo girarse con pasos apretados y salir del sitio sin voltear. Suelto un respiro que estaba reteniendo y salgo minutos después. La pista está compuesta por seis calles que ya están siendo ocupadas por los atletas concursantes. Veo a mis compañeros esperándome en mi puesto con los uniformes. Yo corro las libres y ellos las de obstáculos, así que estoy solo hoy.

Me reciben con asentimientos y golpes en el hombro, me desean suerte y se van a la banca. Escucho cómo mi escuela celebra y cómo gritan. Quiero voltear y comprobar que Natalie está aquí, pero sé que papá está en alguna parte y no le agrada que me distraiga. Me sacudo y caliento los músculos. Tú puedes, Shawn, solo es una más.

Soy el número cuatro. Miro al frente, no despego la vista de mi calle. Me pongo de cuclillas y coloco los pies en posición. Agacho la cabeza, se escucha el primer sonido, enderezo las piernas dejando al aire mi cadera. El tronido resuena indicando el inicio, empiezo a correr. No me fijo en los otros, solo me concentro en correr los cien metros.

Corro, pensando en que al final Natalie y yo tendremos una cita, cuanto más rápido termine, más pronto podré ir con ella. Encuentro la meta con la vista y

la paso. No me detengo, sigo corriendo hasta disminuir la velocidad. Segundo lugar.

Los asistentes gritan, yo solo veo a un hombre que quiere reunirnos en el centro donde están colocados los escalones. Subimos los tres primeros lugares y nos dan las medallas. No debería sentirme bien con la de plata, extrañamente es así.

Veo a la gente llenar la pista, muchos me felicitan, no obstante, a quien quiero encontrar es a cierta rubia. Y lo hago, la encuentro caminando junto a Jasmine. Mis pies se dirigen automáticamente hacia ella, quien todavía no se ha percatado de que estoy observándola.

Me detengo solo para que se tropiece conmigo. Se estampa y pierde el equilibrio, así que rodeo su diminuta cintura. Parpadea unas cuantas veces para enfocarme, esboza una sonrisa deslumbrante y me abraza con emoción. Soy un maldito río de sudor, no quiero ensuciarla, pero tampoco soltarla.

—¡Felicidades! Fue increíble, parecías un proyectil. —Suelto una risita por su comparación y me echo hacia atrás para mirar su rostro.

—Quedé en segundo lugar —murmuro. Su cabeza se ladea como si estuviera analizándome.

—¿Y? La diferencia fue mínima, yo creo que nunca había visto que corrieras tan rápido. —Una sonrisa se forma en mis labios al comprender sus palabras. Alzo una ceja con picardía.

—Así que me observabas desde antes. —Sus labios forman un círculo y sus mejillas enrojecen. Abre la boca, sin embargo, una voz que conozco muy bien la interrumpe.

—Shawn. —Aprieto los dientes al escuchar a mi padre.

Sin más remedio suelto a Nat, no la alejo, solo enfrento a mi padre. Su expresión no me dice mucho, o tal vez sí, no es como si sonriera a menudo por mis logros; pero definitivamente no le gustó mi segundo lugar. Le da una mirada airada a Natalie que me enfurece, más cuando siento que se encoge a mi lado.

—¿Podrías dejarme a solas con mi hijo, niña? —¿Por qué tiene que ser así? Me gustaría que me abrazara y me felicitara como los padres del chico que ganó el tercer puesto.

—Lo siento, papá, en este momento no tengo tiempo para discutir contigo sobre mis segundos de retraso en la carrera. Es absurdo, estoy cansado, hambriento e iré con mi chica a otro lado. —La rabia en mi voz es palpable. Me observa con confusión, nunca lo he enfrentado.

Tomo el codo de Nat y la obligo a seguirme antes de que mi padre diga alguna cosa que me avergüence. Me dirijo a los vestidores con una rubia enmudecida, la miro por encima de mi hombro. Me da un poco de gracia ver su rostro contrariado.

Justo antes de pasar el umbral, se detiene.

—Es el vestidor de hombres. —Alzo una ceja, no comprendo qué quiere decir—. No quiero ver torsos desnudos y chicos sensuales en toalla, paso, es demasiada tortura.

Una punzada en mi pecho hace que me acerque. Nat se hace hacia atrás hasta que topa con una pared. La arrincono y pego mi cuerpo al suyo, he descubierto que me encanta estar con ella así.

Retiro un mechón de su cabello y coloco mi mano en su cintura. Traga saliva varias veces.

—No me gustaría que vieras hombres desnudos, preciosa. —Recorro sus facciones con la mirada y encuentro un lunar en la esquina exterior de su ojo que no había visto antes y me gusta—. No hay nadie, no tienes por qué preocuparte, el único torso desnudo que verás será el mío.

—A t-tu p-padre le d-dijiste que e-era tu... —No termina la frase. Solo ahora me doy cuenta de lo que le dije, hasta a mí me sorprende.

—Nos estamos conociendo, ¿no? —Asiente—. Nos hemos besado, nos hemos abrazado, hemos pasado tiempo juntos y no estamos conociendo a otras personas.

—No sé tu cumpleaños —dice atropelladamente como si fuera una excusa. Si no estuviera cubierto por sudor me pegaría más para ver qué tanto puede aguantar.

—Ni yo el tuyo, aun así, me gustas.

—D-deberíamos seguir c-conociéndonos antes de... Ya sabes —murmura con el timbre tembloroso.

—Será como tú quieras, solo quita esa cara de espanto. —Beso la punta de su nariz y vuelvo a jalar su brazo para entrar.



NATALIE

Estoy en el vestidor de chicos con Shawn Price, mi *crush*, desnudo a unos cuantos pasos. Desnudo, sin ropa, en pelotas. ¡Por todos los *froot loops* de los supermercados de Tennessee! Solo tengo que caminar para mirarlo como Dios lo trajo al mundo.

Debería atarme a la banca, no es bueno espiar a la gente. Me lo repito para no ir corriendo a observar cómo el agua limpia su cuerpo. Mierda, imaginar su pecho mojado no ayuda en absoluto. Joder, joder, joder.

Me pongo de pie, ansiosa, y comienzo a dar vueltas como un león enjaulado, no... como veinte leones enjaulados estresados porque quieren comer; la única diferencia es que yo quiero mirar. En la banca está su ropa, seguro ahí están sus calzoncillos, los cuales guardarán a su trasero como un cofre del tesoro. Este chico me está trastornando.

«Dios, Natalie, estás loca», susurro para mí misma sin detener mi recorrido. Al menos, si me pongo a contar los pisos del suelo, no pensaré en lo que tengo cerca. «Piensa en las espinillas de Frank, piensa en eso».

—¿Quién es Frank? —Su voz me hace buscarlo, casi me arrepiento de haberlo hecho... Casi.

Ahí está él, con su jodido torso desnudo, su jodida toalla envuelta en su cadera, su jodido cabello mojado y despeinado, su jodida sonrisa traviesa y las jodidas gotas de agua cayendo desde sus hombros. Todo es muy jodido.

Es delgado, pero tiene cosas marcadas que no debería haber visto. Ahora no podré dejar de pensar en eso. Jesús, prometo que iré a la iglesia y te daré gracias por crear a ese sujeto tan perfecto.

Mi mandíbula está a punto de tocar el piso, no puedo cerrar la boca por más que me esfuerzo, en cualquier momento me saldrá baba. Mis neuronas andan

bailando.

—Frank es mi hermano. —Es lo único que puedo decir.

Los ojos se me salen de las órbitas al verlo caminando hacia mí, lanza una carcajada cuando camino hacia atrás como si fuera un cazador y tuviera que huir de sus garras. Cada vez lo veo más cerca, esta vez no hay nada a mis espaldas que me haga sentir segura, pero él me aprisiona en un abrazo fuerte. No levanto la vista, veo fijamente sus clavículas y coloco mis manos en sus antebrazos.

¿Es mi imaginación o está haciendo calor?

—No lo sé, también tengo calor —dice divertido, y yo quiero abofetearme la cara. Estúpida, ¿por qué justo tenías que decir algo tan vergonzoso en voz alta?—. ¿Te digo algo?

—Sí —susurro.

—Estuve pensando toda la semana en ti. —Elevo la mirada hasta la suya y me quedo perdida en sus ojos de color café—. ¿Por qué no te vi antes?

No quiero decirle que fue por Hannah, porque rompería el momento. Siento que estamos en una burbuja, todo sería genial si tuviera más ropa y mis dedos no estuvieran tocando su piel caliente... y mojada.

—¿Por qué no te conocía? —pregunta—. ¿Por qué si eres hermosa? ¿Por qué, Nat?

—Porque no había un caldo inteligente que nos encontrara. —Dibuja una sonrisa en su cara, antes de ponerse serio y observar mi boca—. Si alguien entra y nos ve así, podría malentender la situación.

Relamo mis labios inconscientemente, estamos demasiado cerca, todo se siente demasiado íntimo. Quizá es porque está desnudo.

—¿Qué crees que pensará? —pregunta, uniendo nuestras narices y dejándome medio atolondrada.

—Eh... que estamos haciendo cosas malas —digo en voz baja.

—Tienes razón, eso no estaría bien porque las cosas que vamos a hacer son muy buenas. —Mis orejas se ponen calientes, voy a hablar, pero sus labios encuentran los míos.

Me besa con desesperación, tanta que gimo por la sorpresa. Lo hace rápido y no me da opción de pararlo, aunque no es que quiera hacerlo, de todos modos. Su beso me ruega más, así que me relajo y le regreso el gesto, no puedo

igualar sus movimientos, sin embargo, lo intento. Su lengua toca la mía y me derrite más rápido que el fuego a la cera.

Sé que es demasiado, e incluso sabiéndolo, recorro sus músculos con mis palmas hasta llegar a su cabello empapado. Sumerjo los dedos y lo acerco más a mí.

Ya nos habíamos besado, pero no así, nunca nadie me había besado así.

Quiero pensar alguna tontería para controlar el remolino de emociones, no obstante, no encuentro nada. Solo veo a Shawn. Nos separamos jadeando por la falta de aire.

—Podría besarte todo el día —dice—. Pero quiero comprarte algo y si no nos apuramos van a cerrar la tienda. Date la vuelta.

—¿Por qué? —La verdad es que no quiero soltarlo.

—Porque me pondré la ropa, no puedo salir con la toalla y es muy pronto para que veas más allá de mi torso. —Se está divirtiendo, el muy desgraciado, con mis nervios alterados.

Me alejo y giro sobre mis talones. Entre risitas se cambia, muerdo el interior de mi mejilla y pienso en los granos de Frank otra vez.

Minutos después me toma la mano para salir, mientras caminamos hacia la famosa tienda que lo tiene tan preocupado, pienso en lo que hizo hace rato en la pista. Su padre realmente parecía molesto, la mirada dura que me lanzó me intimidó. No puedo creer que Shawn hiciera algo así, y tampoco puedo creer que pueda soportar a alguien como el señor Price. Es decir, él se esforzó muchísimo y ganó un buen puesto, todos son ganadores, no solo el primer lugar. Supongo que no todos piensan como mis padres.

Nos detenemos en la tienda donde venden todas las cosas de los equipos deportivos de la escuela. Hay gorras, playeras, tazas, plumas y guantes de espuma. Le pide una playera al vendedor después de preguntarme mi talla.

—Yo puedo pagar —me apresuro a decir y voy a sacar la cartera de mi bolso. No puedo porque Shawn me detiene.

—Es un regalo, tú puedes comprar los helados, ¿qué te parece?

—De acuerdo.

Paga y me la tiende, yo la cojo y, sorprendiéndolo, la pongo encima de mi ropa.

Más tranquilos que antes, llegamos a un puesto de perros calientes. Se burla de mí cuando le quito la cebolla y el tomate, detesto los vegetales porque crujen y me dan arcadas.

—¿Le vas a poner eso? —pregunta horrorizado.

—¡Oye! ¿Qué tiene de malo que le ponga queso y tocino? No sabes del manjar que te pierdes —digo con petulancia antes de girarme y buscar una mesa.

Nos sentamos en una barra. No puedo evitar notar que coloca su brazo en mi respaldo ni que se inclina más de la cuenta.

—¿Cuántos hermanos tienes? —cuestiona.

—Dos, ambos disfrutan torturándome —digo—. Aman hacer mi vida más complicada.

—¿Pentagonitos?

—También.

—¿Y tus padres? —pregunta al tiempo que se lleva su perro caliente a la boca y le da una mordida que parece la de un dinosaurio. ¿Qué demonios? Ya lleva la mitad, quizá su estómago es un hoyo negro.

—Divorciados, papá se hartó de vivir con nosotros. —Aunque procuro no sonar malhumorada, puedo escuchar el enojo en mi voz, Shawn también se da cuenta, limpia sus dedos con una servilleta y me enfoca.

—¿Ya no lo ves?

—No he querido verlo, lo amaba, ¿sabes? Se fue sin decírmelo, nunca se lo voy a perdonar. —Todo sigue doliendo demasiado, no hay día que no lo extrañe y quiera que entre a mi habitación para depositar un beso en mi frente. Ya nunca está, ya nunca entra a cobijarme.

—¿Puedo darte un consejo? —Asiento—. Escúchalo, a veces los padres tienen problemas, no creo que haya querido lastimarte, tampoco a tus hermanos.

No digo nada, me dedico a saborear mi *hot-dog* en silencio. Muchas veces he pensado que estoy siendo injusta con mi padre al ignorarlo, estoy dolida, no sé si algún día deje de estarlo y pueda verlo sin sentir enojo.

Después del platillo principal, vamos por el postre. Dos helados de chocolate. Caminamos por la pista de carreras mientras un montón de personas limpian la basura que otros tiraron.

—¿Ya sabes qué vas a estudiar? —pregunta.

—No. —Suspiro—. No soy buena para matemáticas, tampoco para historia ni lenguas ni biología ni química. Solo hago cosas decentes en artes.

—Mi padre espera que estudie medicina o leyes.

—¿Tú que quieres?

—No lo sé, quizá ingeniería aeronáutica.

Así pasamos el rato, hablando de cosas simples que significan mucho. Le gusta el color verde y las paletas que tienen chicle adentro, las palomitas de maíz con limón y leer novelas de ciencia ficción. Odia usar lentes a pesar de que le aseguro que le quedan bien, por eso solo se los coloca para leer. Incluso se los arrebató y me los pongo, me mareo al principio, pero me acostumbro y seguimos caminando.

Casi no hago tonterías, y la plática sale sola, no tengo que pensar mis respuestas y él tampoco. Shawn no es tan inalcanzable como creí, es una persona mortal.

Cuando empieza a anochecer, sabemos que es hora de ir a casa, por alguna razón que no es tan desconocida, no quiero llegar y ver si mi broma funcionó. No es la cosa más original, pero sé que Cecile se volverá loca.

El camino en la motocicleta es genial, de nuevo me pongo delante, esta vez me deja manejar el manubrio, entretanto rodea mi cintura y me ayuda cuando lo necesito.

Se estaciona en casa y me ayuda a bajar. Me acompaña a la puerta, donde nos detenemos para mirarnos.

—Gracias, fue una cita increíble —murmuro. Da un paso hacia mí y me sonrío.

—Gracias a ti.

Se agacha mirando mis labios, estoy desesperada, quiero que me bese de nuevo una y otra vez. Nuestras bocas se rozan cuando escucho que alguien se aclara la garganta.

Shawn y yo nos miramos y nos echamos hacia atrás como si nos hubieran pillado robando. Santo de los jóvenes inocentes como yo, no permitas que mi madre lo invite a pasar y le pregunte hasta qué marca de jabón usa.

Los párpados se pegan a mi frente al encontrarla de pie con el semblante furibundo. La miro horrorizada.

—Oh. —No puedo decir más.

—¿Oh? ¿Eso es lo único que dirás, jovencita? ¿Te gusta mi nuevo *look*? ¡Natalie Drop, parezco una mora! ¡Me miré en el espejo después de tomar una ducha y descubrí que era un pitufo!

Cecile aparece detrás de ella riéndose junto con Frank a carcajadas. La broma habría sido genial si mi madre no se hubiera bañado con el champú de Cecile, donde coloqué tinte azul. Miro a Shawn, quien mira con asombro el cabello azul de mamá.



NATALIE

Estamos sentados en la mesa y lo único que quiero hacer es carcajearme, quiero tomarle una foto a mamá para subirla a Instagram. Creo que se da cuenta de mi diversión, la cual se esfuma cuando la escucho hablar.

—Así que... ¿tú eres Shawn? —pregunta mirándolo con una sonrisa que aparenta ser inocente; pero no, yo la conozco y es diabólica, está pensando qué hacer para avergonzarme—. Nat me ha hablado mucho de ti.

Mis mejillas deciden que este es un buen momento para convertirse en salsa ketchup. No me puede estar haciendo esto, no planea torturarme de esta manera, ¿o sí? El pobre me mira con lo que creo es preocupación. Haces bien preocupándote, Shawn, creo que no saldremos vivos de esta.

—Espero que sean cosas buenas —dice.

—Definitivamente, aunque no me había dicho que estaban saliendo y eran novios. —La miro horrorizada y escucho la risotada ahogada de Cecile.

Muero de vergüenza, quiero hundirme en la silla y escurrirme hasta llegar a la coladera para esconderme en el drenaje y que las ratas de la alcantarilla se conviertan en mis amigas como en *Blancanieves*. Solo que ahí son pajaritos con plumitas, no animales peludos con ojos rojos. Así de mal me siento.

¿Qué va a pensar Shawn? Tal vez él quiere hacer lo mismo que yo, podríamos fugarnos juntos. No puedo creer que mamá esté haciendo esto, haré huelga de hambre, solo debo prepararme y meter comida debajo de la cama.

—¿No se lo dijo? —cuestiona. Mi cabeza gira tan rápido que creo que podría estar poseída. ¿Qué está haciendo? Estamos saliendo, pero no somos novios—. Vaya... Natalie, ¿por qué no le dijiste a tu madre que somos novios?

La habitación se queda silenciosa, todos miramos fijamente al chico, tal vez ya lo volví loco. No entiendo por qué está diciendo mentiras, luego recuerdo que mi madre vio que estábamos a punto de besarnos y lo comprendo.

—Eh... Lo olvidé —contesto en un murmullo.

—¿Cómo mierdas hiciste para que este chico *sexy* fuera tu novio? —pregunta mi hermana mirándolo de arriba abajo.

—Es porque yo no luzco como si me hubiera comido una tonelada de murciélagos.

—No, tú luces como si hubieras comido ositos cariñositos. —Abro la boca, indignada, lista para soltar una serie de maldiciones.

—¡Niñas! Tenemos un invitado —gruñe mamá, y ambas cerramos la boca de golpe, ya está lo suficientemente enojada como para que la provoquemos más—. Entonces, Shawn, como ya eres parte de la familia, ¿te gustaría ver las fotografías familiares?

—¡¡No!! —grito, ocasionando que cuatro pares de ojos me miren. Cecile y Frank están más divertidos que cuando ven caricaturas, mi madre me observa con picardía y Shawn con extrañeza, seguro está pensando que estoy demente—. Shawn ya se va, sus padres lo mandarán a la milicia si llega tarde, ¿verdad?

Espero su respuesta, le ruego con la mirada. Si él ve esas fotos, jamás podré verlo a los ojos de nuevo.

—Por supuesto. —Se pone de pie, suelto el aire—. Ha sido un gusto conocerla, señora...

—Lauren —dice.

—Señora Lauren. Debo irme porque no quiero que mis padres me manden al ejército, espero nos veamos pronto. —Tomo su codo y lo obligo a seguirme a la salida antes de que algo extraño ocurra y termine siendo consumido por mi familia.

Lo saco de la casa y cierro, apoyo la espalda en la puerta soltando un suspiro de alivio.

—Eso estuvo cerca. —Escucho su risita. Sus manos se colocan a los lados de mi cabeza y me encarcela con ellos—. Yo que tú no haría eso, seguro Frank está espiando en alguna parte.

—¿Por qué no querías que viera el álbum? —cuestiona para mi mala fortuna.
¿En serio? ¿Quién es el encargado de la suerte y por qué le gusta cagarse en mí?

—Créeme que no hay nada agradable ahí, te he salvado la vida.

—¿Por qué le pintaste el cabello a tu madre?

—No le pinté el cabello, quería que Cecile se pintara el cabello porque es una bruja —digo malhumorada.

—¿Alguna vez te sale algo bien? —pregunta con diversión.

Sonrío de oreja a oreja y rodeo su cuello con mis brazos. Ni en mis más anhelados sueños soñé que algún día abrazaría de esta forma a Shawn Price.

—Al parecer sí, porque crees que somos novios —susurro.

Sus manos me abrazan con fuerza.

—Podríamos serlo. —Sus palabras me sacan el aire, pero sé aparentar que me queda aliento. Otra vez las malditas mariposas aletean en mi estómago, quizá Cecile tiene razón y comí ositos cariñositos.

—¿En serio? Podrías acabar con el cabello azul si me haces enojar. —Lanza una risita que me hace reír.

—Podría enamorarme de ti para siempre, es tan fácil caer en tus redes, preciosa. —Deja un besito en mi nariz, yo hago una mueca porque quiero que bese mis labios—. Lo siento, pero tu hermano está mirándonos por la ventana y luce como si quisiera apuñalarme con su espada de juguete de *Star Wars*.

Lo busco con la mirada y encuentro a Frank pegado al vidrio, su nariz se ha deformado debido a la presión. Está mirando fijamente a Shawn con el ceño fruncido. ¿Qué le pasa a este?

—Debo irme, tal vez no me metan al ejército, pero sí recibiré un regaño por lo de hace rato. —Asiento y le doy una sonrisa triste al escuchar su timbre melancólico.

Lo observo caminar hasta su motocicleta y perderse en la calle. Cuento hasta diez y respiro profundo antes de regresar a casa.

—Dime que no te trajo en esa maldita cosa —advierde mi madre con tono mortal. Santísimas alas del ángel, está muy enojada. Su rostro está algo rojo, en serio no quería pintar su cabello de azul, aunque es gracioso.

—¿Y tiene una motocicleta? Mierda, tal vez debería comer tus cereales de colores a ver si se me pega algo —Cecile refunfuña y se sienta enfurruñada en

el sillón.

—Mamá, dile a Nat que no puede tener novio hasta los cuarenta. —Observo a mi hermano con la peor de las miradas, se encoge de hombros—. Solo digo que esa motocicleta podría matarte.

Intento explicarle a mi madre que el vehículo de Shawn no es peligroso y también le pido disculpas por lo de su cabello. Se molesta más cuando le cuento que la broma era para Cecile y que ella lo sabía. Así que los tres estamos oficialmente castigados. No podemos salir, no podemos comer postre, no podemos pasar tiempo en la computadora y el televisor... No podemos respirar. Soy una presa.

Lo más espantoso de todo el asunto es que tendré que cuidar en mis días libres a mis adorables hermanos. No digo nada porque parece un toro a punto de atacar, solo la observamos subir las escaleras con ese matorral azul en la cabeza, y entonces estallamos en carcajadas.



El lunes en la mañana encuentro a Jasmine en la misma jardinera de siempre, solamente hay una diferencia, tiene los ojos rojos e hinchados. Acelero el paso porque luce como si hubiera estado llorando.

—¿Qué sucede? —pregunto y me siento a su lado.

Sus ojillos se cristalizan, parpadea varias veces. Tomo su mano y la aprieto.

—Greg y yo peleamos —murmura—. Creo que está viendo a otra chica.

—¿Por qué piensas eso?

—Pasamos menos tiempo juntos, dice que es porque tiene que entrenar, todo el tiempo tiene que entrenar. Ahora siempre está distante, ayer fue a la casa y no hicimos más que ver la televisión, no me dio un beso al despedirse. Su celular tiene contraseña, no es que lo espíe, Nat, pero nunca tuvo una, ¿por qué ahora sí? —Se escucha tan triste. No puedo aceptar la idea de Greg siéndole infiel, yo he visto al muchacho, he visto cómo se desvive por Jas.

Ahora debería preparar mis guantes de boxeo... ¡No! Mejor unas tijeras.

—¿Le has comentado esto? —Sorbe por la nariz, una lágrima sale de su ojo.

—Lo hice, ayer antes de que se subiera al coche. Me mandó a la mierda diciendo que estaba muy cansado como para discutir estupideces. —Suspira

—. Le ofrecieron una beca de deportes en una universidad, está tan distinto desde ese día, creo que quiere terminarme y no sabe cómo hacerlo. Ya no sé, no tengo idea de qué está pasando.

Vuelvo a apretar su mano. Nunca he pasado por algo así, me siento como la peor de las mejores amigas. No sé qué decirle.

—Pienso que te estás imaginando muchas cosas, quizá sí estaba cansado por todos esos entrenamientos. Como quiere esa beca se está esforzando y solo piensa en eso.

—Tengo miedo de que cambie, Nat, él jamás me había tratado como ayer.

Aguardamos un momento, el timbre suena. Entramos al instituto y caminamos por el pasillo lleno de estudiantes y casilleros.

—Y él jamás había coqueteado con alguien estando conmigo —murmura.

Al principio no entiendo de qué habla hasta que mi vista cae en un Greg sonriente que permite que una chica se le acerque demasiado y apriete su brazo.

Idiota.



Tomo una cubeta que encuentro en el baño de chicas y trago saliva. Respiro profundo antes de entrar a uno de los cubículos.

Ese pequeño renacuajo va a conocer la furia de Natalie Drop, me dará las gracias, ya que he decidido no recurrir a la violencia, solo ayudaré a darle una ducha... con agua sucia.

Sumerjo la cubeta en el retrete, una mueca de asco se apodera de mi rostro. Miro hacia otro lado o terminaré vomitando. Ugh. A ver si después de esto le dan ganas de ir coqueteando por ahí con chicas que no son Jasmine.

Con el recipiente lleno de agua de caño, salgo del baño mirando hacia todas partes como si fuera una espía. Incluso creo que puedo escuchar la canción de la pantera rosa. Me pego a la pared y me escondo detrás de un casillero, asomo mi ojo y lo veo ahí, sacando sus libros.

Ahora verás, culo suelto que juega a fútbol.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta una voz, salto del susto.

Me giro sobre mis pies y contemplo a Harold, quien me observa con diversión.

—Eh... —Pienso alguna excusa rápidamente. Vamos, neuronas, bailen un tango, jueguen ping pong, espabilense—. El suelo está demasiado sucio, voy a trapear y echarle una mano a Juls.

Juls es la conserje de la escuela, tiene un lunar en el ojo derecho. Muchos alumnos se burlan de ella y le ponen apodos estúpidos, pero es una buena persona.

—No soy Shawn, no creo tus cosas locas, soy inmune desde que me arrojaste esa cosa —dice. Cuando nos pusieron como compañeros en el laboratorio sufrimos un accidente. Se me resbaló el tubo de ensayo y cayó en sus pantalones, le dije que no ocurriría nada, pero le salió urticaria y no asistió a clases por dos semanas.

Observa el entorno y frunce el ceño cuando ve a Greg con una linda pelirroja que menea las caderas en un pantalón entubado. Me dan ganas de agarrarla de los cabellos y hacer té de Jamaica con ellos. No es que me guste agredir a los demás, aunque en mi mente puedo hacer lo que se me antoje, tampoco me agrada que lastimen a las personas que amo.

—¿Qué mierdas está haciendo ese sujeto? —Eso mismo me pregunto yo.

Los dos mencionados pasan frente a nosotros: ella ni se inmuta y él evita el contacto visual. Eso, deberías temerme.

El timbre suena, veo el momento exacto en el que Jas sale de su aula de clases y ve a su novio con esa chica, se le queda mirando y se da la vuelta. Quiero ir a consolarla, quiero apretar su mano y decirle que todo estará bien. Luego me percató de que Harold ha visto lo mismo.

Sonríó con malicia, escuchando al diablito que juega con su cola en uno de mis hombros.

—La pregunta aquí, Harold, es: ¿cuánto te tardarás en ir a abrazarla? —Le doy unos golpecitos en la espalda y olvido la cubeta, perdiéndome en el pasillo repleto de estudiantes.



—¿Salimos hoy? Quería enseñarte más trucos matemáticos —murmura Shawn a mi costado. Estoy guardando mis útiles en el casillero.

—Sí, claro, matemáticas. —Giro los ojos y sonrío como una boba. Se inclina un poco hacia mí.

—Quizá unos cuantos sobre besos —susurra para que solo yo lo escuche. Miro el suelo para ver si no me he derretido o tal vez es para escapar de la intensidad de sus ojos oscuros que me envuelven y me hacen soñar con cosas que nunca van a ocurrir.

—Lástima, galán, este mes no puedo ir a ninguna parte, soy niñera esta y muchas noches más. Mamá tiene turno nocturno.

Detesto que esto pase, porque me toca sufrir un infierno en casa, lo único bueno de que mamá sea enfermera es que recibimos medicinas gratis. Viéndolo de otra forma, no hay nada bueno.

—Lástima —murmura con una sonrisa de lado que me hace entrecerrar los ojos. Creo que está planeando algo, pero no puedo asegurarlo.



Entro al gimnasio sintiéndome como una guerrera. Tomo una pelota de una cesta y lo busco ente el montón de jugadores. Camino con pasos decididos con un castaño de ojos azules en la mira. La violencia ha ganado, no puedo simplemente ignorarlo, soy algo así como *Bellatrix* y la pelota es mi varita. Todos alguna vez necesitamos ser malos.

—¡Fisher! —grito, provocando que detengan el calentamiento de golpe. Rezo mentalmente para no fallar el tiro, si sale mal será muy vergonzoso. Por favor, por favor, universo, no te pido más que destrozarse las pelotas de un cretino, casi nada. Arrojo la esfera hacia él, quien se ve sorprendido de verme ahí y no tiene tiempo de reaccionar. El balón sale volando y se estampa perfectamente en sus partes bajas—. ¡Vete a la mierda!

Ojalá se quede sin descendencia y le haga un favor al mundo. Esa debería ser mi campaña para acabar con los infieles. Salgo del sitio escuchando la mejor canción de todas: silbidos, risas y burlas, unos cuantos quejidos también.



Llego de trabajar a las seis en punto, mamá me da un beso en la frente y me desea buena suerte antes de irse en su auto. ¿Suerte? ¿En serio? Esa es mi enemiga número uno.

Escucho el sonsonete del videojuego de Frank, las naves espaciales colisionan y crean estruendos. Después llega hasta mis oídos la música satánica de Cecile. ¿Qué es esto? Dios, ¿por qué mi vida es tan complicada? ¿Cómo demonios voy a hacer mi tarea de arte con esta orquesta?

Sin más remedio, me escabullo a la mesa de la cocina ahora que puedo, en cuanto les de hambre me harán la vida miserable. Saco una hoja en blanco. Hago la silueta de una estrella y escribo lo primero que se me viene a la cabeza.

«Una estrella apareció en el cielo,
rodeada por picos de fuego.
Una estrella no duerme y me mira,
cuida las noches de cada esquina.
Una estrella brilla en la oscuridad,
llega cuando el sol se va.
Una estrella amarilla me dijo un secreto,
quiere pintar de colores sus sueños.»

Muy bien, no sé qué mierdas estoy haciendo, pero me niego a pensar más. El timbre suena, me apresuro a levantarme cuando escucho que alguien abre la puerta.

—¿Tú que haces aquí? —pregunta Frank con hostilidad. Me asomo, abro los párpados con asombro. Shawn está ahí parado con una sonrisa y una caja de pizza.



SHAWN

Entro sin ser invitado y paso frente a una Natalie sorprendida y un niño pequeño que quiere fulminarme con la mirada.

—Traigo gomitas y Cheetos también. —Elevo la bolsa que me dieron en el supermercado para que la vean. El hermano de Nat arruga la frente, da unos pasos hacia mí y me observa desde abajo—. ¿Qué?

—Voy a dejar que entres solo porque traes pizza y gomitas, no me agrada la idea de que seduzcas a mi hermana. —Me arrebató la bolsa plástica y asoma la cabeza como si estuviera buscando un gran tesoro.

—¡Frank! —exclama la rubia mirándolo horrorizada.

El chiquillo se pierde en un cuarto que supongo es la cocina, cierro la puerta de la entrada detrás de mí y alzo una ceja. Ella sigue de pie sin hacer nada. ¿Le molestó que viniera? No quise importunar, solamente quería verla.

—Al entrar a esta casa has cavado tu tumba, me compadezco de ti —dice.

—No seas exagerada.

Unos pasos se escuchan, así que giro la cabeza y encuentro a su hermana bajando las escaleras como si fuera una momia. En realidad, me da un poquito de miedo. Tiene esa actitud de que nada la perturba, además, la pintura negra en sus ojos, así como las calaveras que cuelgan de su cuello, hacen que le tenga respeto. Eso y que quiera retroceder.

—La chica no miente, tengo ataúdes en mi habitación y una pala en la cochera, así que ándate con cuidado. Espero que la pizza tenga jamón —dice con la voz monótona. Se acerca y me arrebató la caja. Creo que no les agrado mucho, a sus hermanos.

—Ella es... —No termino la oración, no quiero que me entierre en alguna parte de su jardín.

—Ella es la reencarnación deprimida de *Batman*, así que no le hagas caso. Cecile disfruta avergonzándome a mí, al que debes temerle es a Frank. —Una vez dicho eso sigue el mismo camino que hicieron sus hermanos minutos atrás.

Me quedo quieto un segundo, un debate se reproduce en mi mente. ¿Debería irme? Quizá la locura viene de familia, no quiero terminar con el cabello azul al final del día pues mi madre me obligaría a raparme la cabeza. Luego pienso que estoy siendo exagerado, es un niño, ¿qué podría hacerme? ¿Aventarme sus legos?

Me interno en la cocina y observo el espectáculo. Frank tiene dos rebanadas llenas de gomitas y Cheetos, hago una mueca de asco.

—¿De verdad te vas a comer eso? —Su vista se clava en la mía, inmediatamente me arrepiento de mi pregunta.

—No, ¿cómo crees? Solo las tengo en mi plato porque me gusta decorarlas. —Su sarcasmo es como una flecha queriendo perforar mi pecho.

—Frank, no seas maleducado —emite Natalie, observando cómo Cecile se sirve y se da la vuelta mientras gira los ojos.

—No sé para qué trajiste a tu motero *sexy*, pero si los necesitas, tengo condones debajo de la cama. —Aplano los labios para evitar una carcajada, más aún cuando Natalie suelta un gritito y se cubre la cara—. Relájate, es parte de la vida, solo quita tus unicornios de la cama, a ningún chico le gustaría tener sexo con un montón de caballos homosexuales alrededor.

—¡Cállate ya, Cecile! ¡Le diré a mamá que tienes condones! —grita Nat, encolerizada y luciendo muy avergonzada.

—Le diré a mamá que trajiste a un chico y los usaste —dice la chica de negro antes de salir de la cocina y dejar a una mortificada rubia que evita mirarme a los ojos. Se mueve con ansiedad, así que me acerco y tomo sus manos.

—Tranquila... —susurró para tranquilizarla y que deje de lucir como si estuviéramos en medio de un nido de tiburones hambrientos, me gusta más cuando tiene su sonrisa chispeante; pero alguien me interrumpe.

—¿Qué te dije acerca de seducirla? Quitá las manos del cuerpo de mi hermana —dice Frank sin mirarnos, ¿acaso tiene ojos en la sien?

—Pero solo estoy tomando sus manos —digo estupefacto. Veo cómo crece la desesperación en las facciones de la chica frente a mí. La siento temblar, creo

que va explotar en cualquier minuto.

—He visto películas, ¿sabes? Quieres aprovecharte de que está vulnerable y... ¿qué será después? ¿Vas a tocar sus...?

—¡¡Cállate!! ¡¡Cállense todos!! ¡¡Demonios!! —Sale hecha una furia de la habitación, esquivándome. Miro a Frank, quien se encoge de hombros y sigue comiendo la extraña combinación.

Tomo la bolsita de frituras y me encamino fuera. La puerta de la entrada está abierta. Salgo de la casa y la encuentro sentada en los escalones del porche. Me siento a su lado, se arrebata una lágrima de la mejilla en cuanto se da cuenta de mi presencia.

—Lo siento, es solo que estoy avergonzada —susurra mirando hacia otro lado.

—No tienes por qué, creo que tus hermanos son divertidos, me gusta tu casa, la mía es silenciosa y aburrida. —La escucho suspirar, sus manos tallan sus muslos.

—Cuando papá estaba todo era más sencillo, mi hermana no se creía la dama de la noche y Frank... bueno, él siempre ha sido así.

—Creo que tu padre sigue ahí, solo que no quieres tenerlo alrededor —murmuro, contemplando la estatuilla de un gnomo en el césped.

—Creía en él, me siento traicionada, aunque suene ridículo. —Gira su cabeza, así que me aproximo y hago que me mire. Quito las lágrimas con mis pulgares y le sonrío.

—Tienes un hermano que se preocupa por ti y no deja que un degenerado se aproveche de ti, tienes una hermana que a su modo está luchando con el divorcio de tus padres y tienes una madre que te ama, no cualquiera soportaría andar con el cabello azul por la calle. —Suelta una risita y sorbe por la nariz—. Y estoy yo también.

—Eres muy cursi —susurra con una sonrisa. Por un segundo me pierdo en su mirada—. Tengo miedo de que tú también te vayas.

—No quiero irme —murmuro.

—Tal vez después sí.

—Pero ahora no —aseguro, acariciando sus pómulos afilados—. Estamos sentados aquí, tan cerca, mi corazón late muy rápido y en lo único que puedo pensar es en que no quiero verte llorar de nuevo porque cuando te ríes me

recuerdas que no todo consiste en ser perfecto, que también puedo reír y mandar al carajo las exigencias de mi padre. Cuando ríes siento que puedo, Nat.

—¿Van a casarse? —Mi rubia abre los párpados con horror al escuchar la voz de Frank y la risita de Cecile—. Nat y el chico de la pizza, sentados en las escaleras, se besan las bocas, se pasan el chicle...

Natalie bufá y les da una mirada asesina.

—Si no desaparecen de mi vista voy a romper tus videojuegos de *Call of Duty*, los echaré al inodoro y les tomaré una fotografía para que llores toda tu vida por lo que tuviste y no podrás tener de nuevo. —Frank para la canción de golpe y hace una mueca, se pierde en el interior de la casa como ratón asustado mientras Cecile se carcajea—. Llamaré a Damien y le diré que te tatuaste su nombre con henna el verano pasado en el trasero.

—No te atreverías —murmura *Drácula* en femenino, entrecerrando los ojos. Miro la sonrisa diabólica de Nat, hasta a mí me asusta un poco.

—Tengo una foto —dice y se voltea complacida cuando nos quedamos solos—. ¿En qué estábamos?

—En que iba a besarte —susurro.

—Te estás aprovechando de que estoy vulnerable, ¿cierto?

—Por supuesto que sí. —Su mirada se concentra en la mía. Nos movemos con lentitud hasta que nuestros labios se tocan, un montón de emociones me recorre al tiempo que su mano se coloca en mi hombro y las mías buscan su cintura.

Me estoy acostumbrando a su sabor a cereza, me estoy acostumbrando a sus labios suaves y a ver cómo su mirada chocolate me sonríe mientras nos besamos.



NATALIE

Mamá llega a media noche, la escucho entrar y cerrar la puerta de su dormitorio. Es ahora o nunca, les voy a enseñar que no deben meterse conmigo. Me levanto, cuidando mis pasos porque no quiero hacer ruido y que me descubran. Obtengo la botella de queso que compré en la tienda el otro día y salgo de mi habitación.

Primero voy a la de Frank, sus cosas están esparcidas en el suelo, tiene un montón de juguetes que tengo que esquivar con precaución para no caerme.

Llego a mi destino: sus zapatos del colegio. Comprobando que esté dormido, apachurro la botella y dejo que el queso cubra las suelas. Quiero reírme por mi travesura, me estoy comportando como una niña de trece años.

Quedo conforme, así que salgo de puntillas y me encamino al cuarto de al lado. Cecile es más complicada porque es algo así como una vampira que siente la presencia de todos a pesar de tener los ojos cerrados.

El rechinado de la puerta es lo primero que hace que me detenga, después quiero gritar cuando descubro un ratón en una pecera, ¿qué demonios? ¿Ahora sacrifica animales o qué rayos?

El plan inicial era llenar su crema corporal con queso, pero luego se me ocurre algo mejor. Me asomo debajo de su cama y, en efecto, tiene paquetes de condones. Saco unos cuantos y los abro. Demoro algunos minutos en llenarlos de queso y colgarlos en el espejo de su peinador como si fueran banderas. Oh... Cecile se va a morir.



Me levanto antes que todos y desayuno con rapidez cereales con leche, mi madre entra a la cocina con el cabello hecho un caos y con su pijama, arrastrando sus pantuflas.

Tengo que apurarme o esto se pondrá feo. Quiero quedarme para ver sus reacciones, sin embargo, no lo haré porque sería como presenciar mi muerte. Me tomo de un jalón la leche elevando el plato hondo como si fuera un vaso.

—¿Por qué te levantaste tan temprano? —pregunta bostezando.

—Es San Valentín, debo llegar y dejar mis cartas en el buzón si no quiero formarme en la fila —digo, coloco el plato en el fregadero—. Me voy.

Camino directo a la salida dando zancadas largas, paso el umbral justo a tiempo. Alcanzo a escuchar el grito furioso de Cecile, por lo que corro para que no pueda jalarme el cabello, y carcajeándome llego a la parada de autobuses.



Un día como este, pero dentro de unos cuantos años, voy a contraer matrimonio. El catorce de febrero es la fecha perfecta para jurar amor eterno, adoro recorrer las calles y mirar los globos con forma de corazón, los vendedores de flores, los grupos musicales que cantan en los parques. Adoro ver todo decorado con color rojo y rosa, pero lo que más amo es la celebración que hacen en la escuela.

El inicio no es divertido, la directora da un discurso aburrido que dura dos horas y, después, abre las puertas del enorme gimnasio y nos deja volvernos locos. No en el sentido de realmente enloquecer y subirse a las gradas para imitar a Tarzán; pero sí en aquel en el que podemos atascarnos de comida y jugar juegos bobos de San Valentín.

Todo va genial hasta que Jasmine ve a Greg con una chica y mi amiga intenta huir, como últimamente ha estado haciendo,

—¡Oh, no, estás mal si crees que voy a permitírtelo! —La cojo del brazo, luego la suelto y comienzo a caminar hacia esa araña lampiña.

Jas intenta detenerme quejándose y estirando mi brazo, sin embargo, logro escapar de su agarre. Greg abre los ojos con terror cuando ve que me acerco.

—¿Sabías que a este chico le dio gonorrea el año pasado? —le pregunto a la misma pelirroja del otro día, quien lo observa con horror. El mencionado abre los labios con asombro—. Corre, chica.

—Eh... te llamo luego —dice y se escabulle entre el gentío.

—¿Qué demonios, Natalie? ¿Ahora eres la súper vengadora? —pregunta él, sus ojos me miran furiosos, la verdad es que quiero carcajearme.

—No, ¿qué fue lo que te dije cuando empezaste a salir con Jas? —Alzo una ceja ante su mudez—. Te dije que te recortaría las bolas con tijeras de zigzag. La has lastimado, ¿qué demonios te pasa?

—¿Lastimado? —pregunta, descolocado, como si hubiera dicho la peor de las barbaridades.

—Gran imbécil, cuando un chico te ignora en el pasillo porque va junto a una chica después de mandarte a la mierda porque está cansado y, para rematar, no te busca ni te llama... Dime tú qué crees que está pensando.

Sus ojos azules centellean, niega, confundido.

—Pero de verdad estoy cansado, he estado entrenando muy duro, no he tenido tiempo y creí que estaba enojada, no... no quería molestarla más.

Miro al techo y suelto un respiro profundo, estos muchachos de ahora son insoportables.

—Ve con la chica y habla, esto me pone mal, si engordo y me arrugo será por tu culpa.

Una vez hecha mi tarea, me dirijo hacia un puestito de frituras ignorando lo que quiere decir, pero luego veo otro de helados, al lado uno de *hot-dogs* y de banderillas que me llaman y me juran amor eterno, por algún lado vi uno de tacos y no puedo no mencionar el de pizza.

Le hago caso a quien jura cuidar mi corazón, así que pido una banderilla y le pongo mostaza y ketchup. Me quedo a mitad de camino, estorbando al resto de los estudiantes porque la primera mordida es lo más importante. Gimo con deleite al saborear el manjar.

—Eso fue súper *sexy* —dice Shawn a mis espaldas, quiero girarme para carcajearme, pero me envaró y me quedo quieta en cuanto uno de sus brazos me rodea y sostiene una gerbera rosa frente a mí con la otra—. No sé cuáles son tus favoritas, vi esta y pensé en ti.

—Es perfecta. —Ni siquiera tengo una flor favorita, nunca había pensado en eso antes. Acepto el regalo y la miro como si fuera un sol, qué linda flor.

Me quita lo que estaba comiendo y le da una gran mordida, dejo que coma y no le hago un drama solo porque sus labios se ven geniales cuando los relame para quitarse las migas de pan.

Nuestro día consiste en ir de puesto en puesto. Nos detenemos en el karaoke, donde me reta a cantar una canción, claro que todos a mi alrededor me miran como si fuera una foca que cree que canta bien. Canto horrible, creo que puedo entender por qué Cecile cortó el agua caliente el otro día mientras me duchaba.

Entre risitas burlonas, vamos hacia una alberca que pretende ser un estanque, Shawn toma una caña de pescar para atrapar un pescadito magnético, se supone que tiene un *sticker* con tu premio, pero al final no ganamos nada, porque el jodido pescado nunca se pegó a la caña.

Luego nos detenemos a ver un concurso de quién come más, dos tipos se sientan en una silla e ingieren pastel de chocolate como unas bestias expertas en comer. Me quedo asombrada viendo cómo el pastel va desapareciendo.

La última atracción es un toldo con muchos peluches y una ruleta al fondo. La maestra de física nos explica que debemos girar la ruleta y luego elegir si es que ganamos algo. Shawn la gira con fuerza después de pagar, ambos observamos cómo da vueltas.

Incluso me siento como un gatito en uno de esos videos donde mueven la cabeza siguiendo algo con la mirada. Se detiene en el color rojo y nos muestra los premios correspondientes. Inspecciona con detenimiento, sonrío cuando dice:

—El unicornio. —Y cuando me lo tiende con su coqueta sonrisa de lado no quiero sonreír, quiero besarlo y derretirme en sus brazos. Sip, creo que Cupido anda suelto el día de hoy.

Es de color rosa, sus cabellos son celestes, combina con mi flor. Nos tomamos muchas fotografías. Al final, cuando ya no podemos caminar más, compro dos helados y nos sentamos en la grada que, misteriosamente, está siendo ocupada por muchas parejas acarameladas que me ponen los pelos de punta. ¡Vamos! ¡Ya soy una chica grande que puede tener una conversación con su *crush* sin tartamudear y sudar!

—¿Por qué tienes cara de que quieres correr? —pregunta, lame el helado de vainilla. No pienses cosas perversas, Natalie, eres una damita.

—T-tal vez quiera h-hacer eso. —Quiero golpearme porque otra vez sueno nerviosa y temblorosa. Sé que lo ha notado cuando frunce los labios con diversión y me empuja suave con su hombro, jugueteón.

—¿Ya estamos otra vez con el nerviosismo, nena? —pregunta con sorna.

—Por todos los cielos, no me digas nena.

Se ríe y se aproxima demasiado rápido como para que pueda prevenirlo, miro hacia todas partes para corroborar que nadie esté mirando. Su boca se coloca frente a mi oído. Tengo que retorcer mis dedos en el regazo para no ponerme a gritar de la emoción o tomar el próximo vuelo al Polo Norte para refugiarme en un iglú.

En serio, este chico no sabe todo lo que causa en mi interior.

—¿Cómo quieres que te llame entonces? —susurra muy quedito, mordisqueo mi labio—. ¿Preciosa? ¿Hermosa? ¿Hamburguesita?

Las risas burbujan inevitablemente, al igual que las de él. Se aleja un poco y seguimos comiendo el helado, mirando al frente.

—¿Te pongo nerviosa? —pregunta.

—Un poco. —¿Un poco? Si contara las veces en las que me he puesto nerviosa por su causa, y me dieran dinero por cada una, en este momento sería más rica que Taylor Swift y tendría un helicóptero.

—¿Y por qué es eso? ¿Te sentirías mejor si te dijera que me pones nervioso también? —Agacho la cabeza sonriendo, evitando el contacto visual, tampoco deseo que se percate de mi sonrojo.

—Tal vez.

Los siguientes minutos los pasamos en un cómodo silencio, la gente baila en una pista improvisada una canción lenta. El entrenador del equipo de baloncesto lleva un silbato que hace sonar cuando ve que las parejas se acercan más de lo permitido en horario escolar. Siento cómo Shawn toma una de mis manos entre las suyas, nuestros dedos se entrecruzan.

Siento que puedo volar, y esto es en serio, no quiero pensar en cosas tontas como siempre hago para esquivar lo que me pasa. Esta vez me gustaría congelar este momento o tomarle una fotografía. Mi corazón late muy rápido, tanto que no me percate de nada a mi alrededor.

A lo lejos alcanzo a ver una melena rubia que llama mi atención, Hannah Carson se encuentra con Liam. Le doy una mirada a Shawn y me doy cuenta de que tiene la vista fija en ellos, las mariposas de mi estómago mueren tan rápido como nacieron.

Lo suelto, entonces él me enfoca con confusión y yo sonrío como si no estuviera pasando nada doloroso en mi interior. Mierda, quiero echarme a llorar.

—V-voy al baño —murmuro a modo de explicación y me pongo de pie. Antes de que pueda moverme, su mano se cierra en mi muñeca y me obliga a sentarme de nuevo.

—No me digas mentiras, solo estaba viendo, Nat, no hay otro lugar en el que quiera estar. —Eso me tranquiliza un poco y me hace sentir paranoica—. Dime cualquier cosa que sientas, ¿de acuerdo? No quiero echar a perder las cosas contigo.

—De acuerdo. —No estoy tan segura, sin embargo. Sé que lo pasamos bien juntos, que es fácil hablar y reír, cuando nos besamos se siente genial, parece gustarle; pero no sé si eso basta para sacar a alguien de su corazón.

Su brazo rodea mis hombros y deposita un beso en mi mejilla que me hace enrojecer.

—Te quiero.

Sus dos palabras susurradas hacen que torbellinos, tsunamis y tormentas eléctricas se precipiten a mi alrededor. Creo que puedo tocar las nubes y comerlas como si fueran algodones de azúcar.

Solo espero que ese cariño algún día se transforme en algo parecido a lo que siento yo.

—Feliz San Valentín —murmuro.



NATALIE

Después de una dura jornada en el señor Pimiento, donde un montón de adolescentes invitaron a sus novias a comer comida rápida, donde se llenó de papas a la francesa mi cabello y derramé cinco veces refresco, llego a casa. Antes de entrar me detengo en las escalerillas y tomo un respiro profundo. Siento que estoy caminando a mi fusilamiento. Me imagino a mamá frente a una guillotina, sonriendo con dos diablos a sus costados.

¡Dios, solo espero que no me mande a un convento! Amo a los chicos, me gusta ver sus traseros, quedarme a solas en los vestidores con ellos y ver sus torsos mojados. En realidad, solo he visto uno, aun así, no podría vivir lejos del pecado.

Entro cuando siento que es necesario y porque el gnomo de la entrada me observa como si fuera una lunática. El interior de la casa está muy silencioso, lo cual me parece extraño, ya que mis hermanos por lo regular ya están haciendo escándalo y volviendo loca a mamá a estas horas.

De puntitas camino hacia las escaleras, porque creo que podría refugiarme en algún lugar antes de que se den cuenta de que he llegado. Sin embargo, no lo logro, un carraspeo hace que me detenga en seco y me sienta como una niña que ha robado un caramelo.

Me giro sobre mis talones y veo los ojos furiosos de Lauren. Mamá es una persona tranquila, es quien ignora mis locuras y luego ríe conmigo. La he visto enojada antes, pero nunca así. Quizá es porque la señora de la estética le dijo que tendría que esperar para teñirse el cabello.

Me tambaleo y apoyo todo el peso en la pierna izquierda con nerviosismo.

—¡Hola, mamá! —exclamo como si no ocurriera nada—. ¿Sabías que saqué un excelente en la tarea de artes...?

—Llamó el profesor Golden, dijo que tus notas son pésimas, Natalie. Puedo tolerar muchas cosas, hija, pero te estás comportando mal.

¡Maldito grano en el culo que sabe sumar! ¿No podía quedarse callado? Seguro que esta es su venganza. Ojalá que mamá no me ponga a limpiar los baños ni a lavar la ropa apestosa a sudor de Frank, le está pegando la edad.

—¿Me vas a castigar? —pregunto.

—No, no lo haré —suelto un suspiro de alivio—, pero tendrás que hacer otra cosa.

—Sí, mamá, haré lo que sea, no importa qué... —detengo mi discurso de niña arrepentida y me envaró en cuanto papá entra en mi campo de visión. Trago saliva porque es la primera vez que lo veo desde que se divorció de mamá.

Luce igual que siempre, su cabello oscuro despeinado ya presenta rastros de canas. Sus ojos me observan como si estuviera esperando que haga una rabieta, y sí, la verdad es que no me gusta verlo, me hace sentir triste.

—¿Qué hace él aquí? —pregunto seria, evitando su mirada.

—Vas a pasar un tiempo con Nicholas para pensar, Natalie —dice e, inmediatamente, sé que no habrá manera de que cambie de opinión. No me puede estar haciendo esto, no después de saber lo mucho que me duele lo que pasó.

—¡No quiero! —exclamo, sintiendo cómo la respiración se me acelera, creo que reventaré en cualquier momento y un montón de lava correrá por el piso, soy un pequeño volcán queriendo explotar.

—No te estoy preguntando si quieres o no, te estoy diciendo lo que vas a hacer, así que sube a tu cuarto y haz la maleta, tu padre tiene prisa.

—Me estás corriendo de mi propia casa, ¡a mí! ¡Tu hija! Te desconozco, Lauren. —Creo que puedo ver diversión en sus ojos, pero no estoy segura porque pestañea y relaja los gestos.

—Es por tu bien, cariño.

Me giro molesta y corro a la planta alta. Me encuentro a Frank y a Cecile en el camino, quienes me dan una sonrisa triste. Menos mal que a alguien le importa lo que siento. Cojo una maleta y comienzo a empacar bufando y arrojando la ropa con agresividad. Podría encerrarme con llave y armar un gran lío, pero sé que solo traerá problemas.

Empaco algunas cosas, no olvido a Copo —el unicornio que me regaló Shawn ya ha sido bautizado—. Cierro la maleta con furia y regreso a la planta baja, haciendo que las llantas golpeen los escalones.

No me despido ni compruebo que estén cerca, salgo como un cohete de ahí y espero en el césped. Me maldigo cuando me doy cuenta de que el auto de papá está estacionado en la acera, ¿cómo no me percaté antes de ese diminuto detalle?

El camino a su departamento lo hacemos en completo silencio, en uno que solo es interrumpido por él. Intenta sacar plática preguntándome cómo me ha ido en la escuela, cómo están mis amigos, cómo me va en el trabajo, que si ya compré las entradas al concierto de Coldplay. No obstante, aunque me cuesta muchísimo, solamente contesto con palabras escuetas y cortas.

Me he convertido en un ser monosilábico.



Horas más tarde, me sirve un plato de milanesa y pasta que ignoro, a pesar de que mi estómago ruge y quiere comer. Me observa desde el otro lado de la mesa con la mandíbula apretada. Yo sé cómo tocar los nervios de papá, puedo asegurar que está a punto de perder la paciencia.

No he hecho nada más que quedarme callada como una estatua, mirar continuamente mi celular y contestar con un grosero «ajá» a todo lo que pregunta.

—¿Por qué no has comprado los boletos si te encanta ese grupo? —cuestiona tenso. Me encojo de hombros y hago una mueca, al tiempo que contemplo un guisante asqueroso—. Podríamos ir juntos y...

—Estoy ocupada.

—¿Así va a ser? ¿Tú muda o siendo petulante siempre, Natalie? Soy tu padre y no puedes tratarme así, te lo exijo —dice él.

Otra vez recuerdo cómo se fue de casa sin explicación, un día solo desperté y sus cosas ya no estaban, supe que se divorciarían y no quise verlo más. Si se fue no debería querer hablarme, ¿cómo se atreve a decir eso?

—¿Vas a ordenarme qué? No puedes obligarme a querer estar contigo ni a hablarte. —Eso es lo más largo que he pronunciado desde que nos

reencontramos. Se pone de pie de un salto y apoya las palmas en la mesa, puedo ver cómo se le va la calma.

—Que tu madre y yo nos separáramos no es problema tuyo ni de Cecile ni de Frank, son problemas de pareja y no es justo que te comportes como una niña malcriada. Ya tienes diecisiete, es hora de crecer, de madurar y dejar esos pensamientos tan egoístas, ¿no estudiaste para llamar la atención? Si quieres que la gente te trate como a una adulta, compórtate como tal, hasta Frank ha comprendido mejor la situación.

Me quedo mirando fijamente sus pupilas, sin poder creer todo lo que ha dicho. Al parecer ya no nos conocemos, lo he confirmado porque mi antiguo padre sabía que soy pésima con los cálculos. Mis ojos se nublan, se da cuenta, sus hombros caen, pero no quiero que me vea llorar. Me paro de la silla sin abrir la boca y lo enfrento, no tan valiente como al principio.

—Y lo dice precisamente el que me regaló un suéter de *My Little Pony* a los quince.

Me doy la vuelta y corro, abro la primera puerta que encuentro y me encierro ahí. Me deslizo hasta que quedo sentada en el suelo y abrazo las piernas frente a mí.

Muchas cosas pasan por mi mente y algunas son feas, por lo que las aparto. Es ahí cuando me percató de que toda mi vida he hecho lo mismo: hacer a un lado lo que no me agrada, los sentimientos que me lastiman, en lugar de enfrentarlos.

Quiero que alguien me abrace, como quisiera que sus brazos me rodearan y que me dijera que no debo llorar porque mi nariz se pone tan roja como la de Rodolfo. No obstante, Shawn no está aquí y no sé si está bien pensar en él cuando estoy triste.

Una vez necesité a papá, no quiero necesitarlo a él también.



SHAWN

Apenas entro a la escuela una rubia se me lanza, me envuelve en un abrazo. Planeo echarme hacia atrás para preguntar qué ocurre, pero en cuanto siento la fuerza de sus sollozos le regreso el agarre.

Hannah hunde su cabeza en mi pecho y llora desconsoladamente. Intento resistir las ganas de llevarla afuera y permitir que me explique a solas, termino cepillando su cabello sedoso. Me balanceo con suavidad porque sé que eso suele calmarla.

No soporto verla llorar, no puedo borrar la aprehensión que siento en mi pecho al sentir su tristeza. Hannah rompe mis barreras y los obstáculos que he puesto entre los dos, es feo darse cuenta de ello, de lo fácil que es caer.

—¿Qué pasa, linda? —pregunto en un susurro.

—Es mi abuela, está en el hospital. —Suspiro profundo y hago más fuerte el abrazo, sé que la ama por encima de todas las cosas, es la única que apoya sus decisiones, aunque al final hace lo que sus padres ordenan. Voy a preguntar, pero se me adelanta—. Se cayó de las escaleras, se quebró una pierna y se pegó en la cabeza, le salió sangre, estoy asustada.

Vuelve a lanzar una serie de lloriqueos que me ponen los nervios de punta, siento que no puedo abrazarla lo suficiente para consolarla. Espero que se calme para poner distancia, sus suspiros de dolor disminuyen y se convierten en lentas y profundas inhalaciones. Limpio las lágrimas que resbalan por sus mejillas y le doy una sonrisa.

—Todo va a salir bien, la señora Bo es la anciana más fuerte del mundo. — Sorbe por la nariz, sus comisuras tiemblan, solo entonces me siento un poco mejor.

—¿Podemos hablar en otro lado? En serio, lo necesito, estos últimos días han sido difíciles, quería llamarte, pero mis padres me lo prohibieron todo. — Su vista vuelve a nublarse, su voz temblorosa me hace asentir con preocupación.

Hago la seña para que caminemos por el pasillo, me detengo de golpe cuando la escucho.

—S-shawn. —La vocecita tartamuda de Nat a mis espaldas me hace sonreír. Me doy la vuelta para saludarla—. ¿Estás ocupado? Me gustaría hablarte de algo.

Quiero decirle que puede hablarme de lo que sea, que me gustaría porque no he dejado de pensar en ella. Luego recuerdo que Han me ha pedido tiempo para desahogarse, seguro Natalie puede esperarme unas horas, ¿no?

—¿Puedo buscarte en el almuerzo? —pregunto—. Lo que pasa es que Han está teniendo un momento difícil y me necesita.

Por un instante dudo, y más cuando Natalie mira hacia otra parte y se queda enmudecida mirando a la nada.

—De acuerdo, te veo luego. —No alcanzo a detenerla para pedirle que bese mi mejilla porque se escabulle muy rápido y se pierde en el mar de estudiantes. Hago una mueca, no obstante, no voy tras ella.



Al final Hannah se desahogó alrededor de veinte minutos y después empezó a hablar de Liam. Otra vez arreglaron las cosas, es como un círculo vicioso. Me siento extraño por pensar esto porque sé que una parte de mí todavía tiene una esperanza: por primera vez me siento feliz y espero que dure su relación.

No puedo olvidar de la noche a la mañana algo que se ha ido construyendo con el tiempo, en el amor no hay bola demolidora que lo destruya todo con un solo golpe, se necesita quitar ladrillo por ladrillo para poder dejar de querer a alguien. Y quiero dejar de querer a Hannah por completo, que no quede ni un poco de cemento. Nat vale la pena.

Salgo quince minutos antes de que suene el timbre del almuerzo para buscar a Natalie afuera del salón de química, dado que es la clase en la que está en este momento. Harold palmea mi hombro a modo de saludo y camina junto a

Jasmine. Mis cejas se disparan, escuché que la amiga de Nat volvió con Greg; pero, al parecer, a Harold no le importa.

Me quedo de pie como un poste, esperándola. Cuando los alumnos escasean y ella no sale de ahí, me asomo. El salón está vacío, su banca está vacía. ¿Tal vez fue al baño? Camino hasta ahí, espero a que alguien del sexo femenino decida entrar.

—¿Podrías decirme si Natalie Drop está adentro? —le pregunto a una chica que me observa como si estuviera demente. Una vez adentro, se asoma por la ventanilla de la puerta y niega con la cabeza.

Y así pasan los minutos, la busco por todas partes: la biblioteca, el laboratorio, el jardín, el estacionamiento, la dirección y, por último, la cafetería.

Sin más remedio —y debido a que no contesta mis llamadas—, me acerco a Jasmine, que eleva una mirada malhumorada hacia mí. Alza una ceja, está claro que no es la persona más amable, pero nunca me ha tratado así. Es decir, las pocas veces que hemos coincidido por lo menos me sonrío.

—¿Sabes dónde está Natalie? —pregunto.

Me da una sonrisa forzada y deja el tenedor en el plato, Greg me da una mirada de reojo e, incómodo, se remueve en su asiento.

—¡Ahh! ¿Así que ahora ya tienes tiempo? No te preocupes, ya no necesita charlar con nadie, me encargué de ello. —Se gira y me ignora, me siento como un estúpido parado en medio de la cafetería, siendo ignorado por la mejor amiga de la chica que me gusta y pensando que, quizá, Natalie de verdad necesitaba hablar con alguien y me eligió antes que a esta chica; sin embargo, yo me fui con Hannah.

—Soy un idiota —murmuro en un suspiro. Me aclaro la garganta—. Por favor, ya la busqué por todas partes, no tengo idea.

—Tómalo como una señal, si la conocieras sabrías dónde demonios está —gruñe entre dientes y mastica su comida con agresividad. ¡Vaya! ¡Sí que es grosera si se lo propone!

—Salón de artes —dice Greg, quien se gana una mirada mortal.

—¿Por qué demonios se lo dijiste, Gregory Lancot Fisher?!

—Mírale la cara, Jas, está preocupado y... —No me quedo a escuchar la conversación. Salgo rápidamente del sitio para dirigirme al lugar correcto.

El pasillo está desolado, lo que me favorece a no hacer pausas innecesarias. La puerta está abierta, así que me asomo y veo al pequeño cuerpo sentado en un pupitre. No puedo verle la cara porque su cabeza está agachada y su cabello rubio la cubre. Sus manos se mueven sobre un papel, desde aquí puedo verle los dedos manchados de carboncillo negro.

Permanezco unos segundos de pie en el umbral, contemplándola. Las palabras de Jasmine se repiten en mi mente, no la conozco lo suficiente, si lo hiciera, me hubiera dado cuenta de que en verdad quería charlar.

Doy pasos suaves y cortos para no perturbar su calma, como aquella vez que terminamos con la cara llena de pintura. No se da cuenta de mi presencia, ni siquiera cuando me siento en el asiento de delante, está concentrada en la hoja, es impresionante cuánto empeño pone a sus dibujos.

—¿Me dejas ver tu dibujo?

—¡¡Aaaaaah!! —grita a todo volumen, asustándome a mí también. Salta y se endereza como un resorte. Primero la ignoro y ahora la asusto... Bravo, Shawn. Suelta un suspiro para controlar su respiración cuando me identifica —. ¡Rayos! ¡Me asustaste otra vez! No puedes seguir haciendo eso.

Sus intentos por calmarse me dan la oportunidad de ver qué estaba haciendo. Es una hoja blanca con unos labios. La tomo por inercia porque hay algo que se me hace familiar.

—¿Es mi boca? —cuestiono asombrado, contemplando cada línea y surco. Me gustaría colocarme frente al espejo para comparar, pero su mano pálida me la arrebató más rápido de lo que me hubiera gustado.

La observo con una sonrisa de lado, esconde sus mejillas enrojecidas evitando mi mirada. Me pongo de pie, cierro la puerta con llave, esperando que no nos descubran, si no iríamos directos a detención.

—¿Qué estás haciendo? —No respondo a su pregunta nerviosa. Comienza a guardar las cosas y se levanta—. Yo... necesito irme.

Dando zancadas me acerco a su espalda y le doy la vuelta. Su mirada sorprendida se fija en mis ojos. La apreso, asegurándola en mis brazos. Verme en su dibujo me ha vuelto loco, cada vez me siento más perdido por Natalie, cada vez quiero más de ella. Y esto, definitivamente, es más. La quiero, punto.

—Lo siento —susurro antes de robarle el beso más desesperado que le he dado hasta ahora. Necesito saber que estamos bien, necesito que sepa que está

entrando a mi corazón y necesito demostrarle lo que significa para mí.

Al principio no puede seguirme, pero coge el ritmo y me asombra la necesidad con la que me besa.

La abrazo con más fuerza, sus puños aprietan mi camisa. Observo todo lo que hace: su sonrojo, su flequillo despeinado, el momento en el que sus pestañas aletean y descubren sus ojos marrones. Calienta algo en mi interior. Sin detener el beso, nos observamos, me deja ver con claridad que la lastimé, yo permito que vea que lamento haberlo hecho.

Nos separamos solo lo necesario para respirar.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —pregunto.

—Nada importante —murmura con una sonrisita. Algo me dice que lo es, pero ya no quiere decírmelo y eso me duele, porque lo eché a perder.

—Igual quiero saber —digo. Relame sus labios y arruga la frente.

—No soy una chica que va por ahí lamentándose por todo y no quiero hacerme ilusiones como una idiota, me gustaría que fueras claro. Dime algo, Shawn, ¿así va a ser siempre? ¿Tú besándome y diciéndome cosas bonitas para luego correr lejos cuando otra chica te lo pide?

—No corrí lejos, su abuela tuvo un accidente y quería hablar con alguien, nunca pensé que lo necesitabas también tú. Si me lo hubieras dicho me habría quedado contigo sin dudar, Nat. —Entrecierra los ojos como si fuera complicado creerme.

—Debo ir a por mis libros para la clase que sigue. —Ahora es mi turno de entrecerrar, el intercambio se convierte en una guerra.

—No te dejaré ir hasta que me escuches, porque seré bien claro. —Tomo aire, voy a ser honesto con esta chica—. Me gustas y eso es lo único que debe importar. No Hannah, no tus hermanos que me odian, no el resto del mundo. Solo nosotros, Nat, ¿crees en mí?

—Sí —musita.

—Ahora tú dime algo, preciosa. —Con el dedo índice recorro su pómulos hasta que llego a su barbilla y la tomo para elevarla—. ¿Quieres ser mi novia?



NATALIE

¿Estoy alucinando? ¿Enloquecí? ¿Estoy viviendo en un mundo paralelo en el cual Shawn está pidiéndome que sea su novia? ¿Cuándo saldrán las cámaras para atraparme cayendo en la broma? Seguro tengo cerilla en los oídos, unos tapones enormes que hacen que confunda las palabras.

Me quedo quieta contemplando sus ojos y esperando que se me derrame el cerebro.

—¿Q-qué? —Sonríe al ver mi confusión y aprieta su agarre a mi alrededor. Quiero correr y operarme la cara para que no pueda reconocerme. Coloco mis manos en sus hombros, intentando alejarme lo más posible, por alguna razón siento que no puedo respirar.

—Creo que escuchaste muy bien, preciosa.

Se acerca con lentitud al tiempo que me hago hacia atrás, somos como Pepe Le Pew y la gatita Penélope.

—Y-yo pienso que n-no deberíamos. —Sueno como un maldito disco rayado, el aire me falta, en serio que quiero desmayarme.

Contrario a lo que pienso que pasará, Shawn se ve bastante divertido. Estoy muy enojada con él, no quiero que me guste de esta manera, no quiero que sus actitudes o su comportamiento me afecten.

Tenía tantas ganas de contarle y desahogarme con él, ni siquiera sé por qué me acerqué cuando vi a Hannah, fui muy ilusa al pensar que la dejaría por mí. Sentí cómo me arrancaba el corazón y lo pisoteaba. Sin embargo, me siento tonta por sentirme tan molesta, después de todo, la chica ha sido su amiga por un largo tiempo y a mí recién me conoce.

Hay una parte de mí, la que piensa en cuentos de hadas y príncipes de colores, que quiere besarlo y decirle que sí, pero está la otra parte, esa que es

muy al estilo de Cecile, que quiere chuparle la sangre y vomitarle murciélagos.

En todos mis sueños pasa esto, él me pide que seamos novios y después nos montamos en un caballo para seguir el arcoíris. Está pasando y no se siente como debería sentirse. No estoy emocionada, solo nerviosa y triste. Shawn parece no ver que lo que menos necesito es un noviazgo para demostrar que siento algo por mí. A estas alturas no sé si de verdad le importo o lo hace para no quedarse solo.

A veces me gustaría ser más como mi hermana, ella sabría cómo mandar a la mierda a un chico que no se decide. Yo soy más del tipo que hace estupideces y tartamudea.

—¿Podrías darme mi espacio, Shawn? —pregunto seria, incluso sueno molesta, así que me aplaudo mentalmente. ¡Venga, chica ruda! Su entrecejo se frunce, asiente antes de soltarme. No se aleja, así que doy un paso atrás para poner distancia—. ¿Por qué me lo pides? ¿Crees que es un buen momento? No soy una chica complicada, soy muy simple, pero no soy tonta. No pretendas que me tape los ojos y me haga la ciega cuando es demasiado obvio que sigues enamorado de Hannah. Si estás enamorado de alguien, no vas y le pides a otra persona que sea tu pareja.

Justo en ese momento el timbre suena, suelto un suspiro y contemplo sus facciones impasibles. Sus pupilas están clavadas en las mías, ni siquiera pestañea, dudo que me esté mirando, supongo que está sumergido en sus pensamientos.

—Escucha, Shawn, me gustas y es genial que te guste... —tuerzo los labios—. Sin embargo, no creo que estemos listos para tener una relación.

No dejo que hable, salgo del aula a tiempo, me topo en el umbral al profesor Carmichael, quien me da una sonrisa que no puedo corresponder. Camino dando zancadas a la salida con el corazón disparado, un tanto aplastado.

Acabo de mandar a la mierda a mi *crush*.



Mecánicamente unto mayonesa en los panes, luego pongo mostaza y se los paso a Jackson, quien está frente a la estufa volteando carnes. Toda la tarde ha

intentado que siga su conversación o hacerme reír. No obstante, no tengo ánimos. El turno está a punto de terminar y yo no quiero ir a la casa de papá.

—No puedo más, Nat, ¿qué demonios te pasa? —Mis ojos se cristalizan, respiro profundo para no echarme a llorar otra vez.

—Mamá me obligó a irme al departamento de mi padre —musito. Abre la boca, ya sé qué va a preguntar—. Porque no me he portado muy bien últimamente.

Lo agradable de Jackson es que no hace más preguntas de las necesarias. Deja las cosas y le da una mirada a Poppy, quien bufa y me empuja para suplirme. La abrazaría si no fuera tan malhumorada. Veinte minutos después, dejamos los delantales y salimos por la puerta trasera.

—Ven aquí —dice Jack, ofreciéndome sus brazos abiertos.

No lo dudo, necesito que alguien me abrace, por lo que voy y lo aferro. Refugio la cabeza en su cuello y dejo que los sollozos salgan de mi boca. Las lágrimas mojan su camisa.

—Shh... tranquila —susurra—. Todo estará bien, es tu padre, Nat. Los problemas de los padres no deberían tocar a sus hijos. Sé que es difícil perdonarlo porque es importante para ti y lo amas. Viva o no en tu casa sigue siendo la misma persona que te cobijaba en las noches.

—Lo extraño mucho. —Mi respiración se entrecorta y mi corazón duele.

Jackson se echa hacia atrás y limpia mis lágrimas con sus pulgares, sonrío con tristeza.

—Tal vez es tiempo de entender, Nat, habla con él.

Aprieto los párpados para dejar de llorar.

—Gracias, Jack —susurro. Recargo la cabeza en su hombro y sonrío. Sus brazos me rodean con más fuerza. Recuerdo que en la mañana ansiaba que Shawn me abrazara de este modo, no es él, pero se siente bien. Sé que tiene razón, debería dejar que papá me explique, no sé si pueda perdonarlo. La calma regresa lentamente a mi cuerpo y el pecho se me hace menos pesado—. El amor de mi vida no pudo escucharme, después me pidió que fuera su novia y le dije que no, es probable que ahorita esté con esa chica.

—Eso está bien. —Suelto una risita divertida—. Me gusta abrazarte, Nat, sabes que siempre estaré para escucharte.



SHAWN

Estaciono la motocicleta afuera del señor Pimiento, no tengo idea de qué debo hacer o decir. Respiro hondo y espero que salga de trabajar, no quiero interrumpir su horario laboral. No sé por qué no la seguí en la escuela, sus palabras fueron duras.

Le voy a demostrar a Natalie que siento lo que digo, que me hace sonreír por cosas que solo son divertidas porque ella está alrededor. Le diré que tal vez no estoy enamorado, pero no estoy muy lejos de estarlo. Me encanta esta chica y no pienso dejarla ir.

Escucho risas, la veo salir de una especie de callejón con una sonrisa que me hace sonreír. Doy un paso para acercarme, pero me detengo en cuanto me percato del chico que la acompaña.

Me envaró al ser testigo de la familiaridad que hay entre ellos, aprieto los puños cuando la abraza y deposita un beso en su cabello.

¿Quién demonios es?

No me gusta cómo la mira ni cómo la toca ni cómo le sonríe. Al parecer Nat no se ha dado cuenta de que el tipo babea por ella.



veintitrés



NATALIE

Suelto una carcajada cuando Jackson dice algo tonto para hacerme sentir mejor. La verdad es que el peso que sentía más temprano ha disminuido considerablemente. Mi padre no ha aparecido en mi cabeza ni una sola vez. No sé, este chico siempre sabe qué decir, es uno de sus talentos.

Por un instante nos quedamos silenciosos, nos contemplamos sin pronunciar palabra. Empiezo a sentirme incómoda, tanto que retuerzo los dedos para calmar el nerviosismo. ¿Ahora qué?

Él abre la boca para decir algo, pero no sale nada porque alguien más interrumpe.

—Natalie. —La voz de Shawn resuena en mi cerebro como una campana, tomo aire y me doy la vuelta para encararlo. No me está mirando, su vista está fija en Jackson. Entonces mis ojos se convierten en pelotas de ping pong, no puedo dejar de mirarlos. Jackson tampoco le quita la mirada de encima.

Hay mucha tensión, podría rebanar zanahorias si fuera un cuchillo. El ambiente se vuelve más denso y lo único que quiero hacer es largarme. No me gustan las peleas y como que se están asesinando mentalmente. Shawn aprieta los puños, ¡vaya! ¡Esto es nuevo!

—¿Podrías dejar que mi novia y yo hablemos? —Me atraganto con mi propia saliva al tiempo que Jackson bufa. Voy a reclamarle y a decirle que nunca acepté, pero alguien más me interrumpe.

—¿Novia? Creo que fuiste rechazado, amigo. —Jackson cruza los brazos sobre su pecho y Shawn tensa la mandíbula. Se fulminan, ruedo los ojos, exasperada. Si fueran otras personas traería palomitas de maíz y observaría el espectáculo, hasta haría apuestas, pero no es divertido cuando estoy en medio.

—Paren su jodida pelea de gallos, que me harán vomitar. —Ninguno luce divertido, no sé qué les está pasando—. Está bien, Jack, tengo que hablar con él, deja de actuar como un hermano sobreprotector.

El hechizo entre ellos dos se rompe, mi compañero de trabajo asiente y se va dando pasos apretados sin despedirse o mirar una sola vez en mi dirección.

—¡Mira lo que hiciste! —exclamo y señalo al que acaba de irse, quien ya está más lejos que cerca—. ¡Se enojó conmigo por tu culpa!

—Mejor, así dejará de mirarte como si fueras un caramelo. —Su tono es plano, al igual que sus gestos. Ladea la cabeza y me enfoca con seriedad. Estoy enojada, avergonzada y no tengo idea de qué mierdas está hablando.

—¿De qué hablas? ¿Ahora estás celoso? —pregunto, lanzo una risita sarcástica que tengo que tragarme cuando se me acerca sin aviso.

Shawn envuelve un brazo alrededor de mi cintura y me da un jalón para acercarnos. Su boca cae a mi oído, ahí respira y me hace estremecer. ¿Esta es una nueva etapa entre los dos? ¿Podré lamerlo como paleta y cumplir los puntos de mi lista? Sea lo que sea hace que los colores se me suban al rostro.

—Estoy ardiendo en celos, estoy tan celoso que lo único que quería hacer era darle un puñetazo en la nariz —susurra bajito.

—¡Wow! Para un poco tu actitud de macho dominante, tú no eres así —digo.

—No pretendo ser un macho dominante, pero ¿qué quieres que haga? Me declaré hace unas horas, vengo aquí para decirte que no puedo aceptar tu respuesta porque te quiero y lucharé para que me creas; y te encuentro riendo con ese tipo que te miraba como si quisiera com...

—¡Hey! —interrumpo—. Jackson es solo un amigo, es mi compañero de trabajo y solo intentaba que me sintiera mejor.

—De eso estoy hablando, yo quiero hacerte sentir mejor. —Suspiro y le regreso el abrazo rodeando su cuello, no puedo mirarlo porque sigue escondido en mi cuello, pero se siente muy agradable, ya que está depositando besitos en él—. Me gustas. Me encanta besarte, pasar tiempo contigo, mirarte cuando muerdes el borrador de tu lápiz en la clase de matemáticas, sentir cómo te quedas sin aliento cuando me acerco. Te quiero, Nat, ¿tan difícil es para ti creerme?

Mil revoloteos nacen en mi estómago, millones de mariposas. Mi corazón es un ferrocarril, lanza humo, una batería golpeando contra mi pecho.

—Eso fue un gran discurso, ¿te comiste a Shakespeare? —Siento su sonrisa en mi piel, así que sonrío de vuelta.

—No —murmura—, pero podría comerte a besos, preciosa.

¡Santo cielo! Necesito abanicarme, sumergirme en una alberca o ahogarme en el océano.

—No soy tu novia —musito.

Se echa hacia atrás y sonrío de lado, su nariz acaricia la mía. Sé que va a besarme y quiero que lo haga, necesito que lo haga.

—Todavía —responde.

Y eso es todo, soy llevada por la marea que es Shawn Price. Sus labios tocan los míos y no hay mucho que yo pueda hacer más que seguirle el ritmo y aferrarme con fuerza porque temo que mis rodillas se doblen.

No sé cuánto tiempo nos besamos, no puedo concentrarme en nada que no sea él, hasta que una tos seca me hace abrir los ojos y tensarme. Mierda, lo olvidé por completo.

—Jovencito, ¿podría soltar a mi hija para que pueda respirar? Creo que ya se puso azul.

Shawn se aparta y se aclara la garganta, su rostro se colorea tanto que creo que va a explotar, por un momento me quiero carcajear; pero veo el rostro serio de papá y me pongo recta, al igual que un soldado frente al general. No puedo negar que es divertido.

—Discúlpeme, señor. —Tengo que esforzarme para no reír—. No volverá a suceder.

—Súbete al auto, Natalie. —Quiero reponer y decirle que no seguiré sus órdenes, él se da cuenta, así que se me adelanta—. Métete al auto si no quieres que te castigue.

Refunfuñando hago lo que me dice, me trepo al coche y azoto la puerta porque me hace sentir mejor. Me cruzo de brazos y observo que siguen conversando en la acera, el rostro de Shawn se pone pálido, así que abro la ventana.

—¡No te atrevas a amenazarlo! ¡Yo lo obligué! —grito.

Papá se da la vuelta y viene al automóvil, se monta en el asiento del conductor, mete las llaves y golpea el volante.

—Eso no lucía como si lo estuvieras obligando.

No digo nada, enciende el motor y empieza a avanzar. Le doy una última mirada a Shawn, quien me guiña un ojo y me sonríe.

Todo el camino lo hacemos callados, lo conozco y, aunque nunca he comprobado si es el tipo de padre celoso y protector, es obvio que está expulsando enojo y llamas por cada célula de su cuerpo. Yo estoy en las nubes aún, brincando y contando mariposas.

—¿Quién era ese? —pregunta con los dientes apretados una vez que llegamos a casa y cierra la puerta de la entrada—. ¿Por qué te estaba besando en medio de la calle?

De pronto, vuelvo a la realidad en la que vivo con mi padre y mi corazón se engarraña y vuelve a esconderse en su lugar seguro.

—Por la misma razón por la que te fuiste de casa —gruño—. Porque quise.

No espero su respuesta, corro y me escondo en la habitación que estoy ocupando.



Al día siguiente me encuentro a Jas en la entrada, no se ve muy animada. Ella regresó con Greg cuando él le dijo que todo era un malentendido y que nunca le sería infiel, no sé si las cosas estarán funcionando entre ellos.

Caminamos por el pasillo en silencio, mis dientes rechinan, porque necesito mi dosis diaria de tonterías de Jasmine y Natalie, no obstante, está perdida en sus pensamientos mirando el suelo.

Nos detenemos en su casillero, mecánicamente saca sus cosas, creo que ni siquiera se da cuenta de que la estoy observando.

—Dime qué sucede.

Me alarmo y le aprieto el hombro cuando sus ojos se vuelven vidriosos, una lágrima desciende por su pómulos.

—¿Qué te hizo ese imbécil ahora? ¿Quieres que vaya y le rompa las pelotas? —No puedo evitarlo, me siento muy protectora cuando se trata de mi mejor amiga. Jas niega y me mira, su cara se arruga. Me desinflo—. ¿Qué ocurre?

—Creo que estoy embarazada.



veinticuatro



NATALIE

Intento que Jas se calme, pero nada funciona. Sinceramente, no sé cómo me sentiría si estuviera en su lugar, no quisiera ser ella. La acompaño a todas partes porque creo que va a caerse en cualquier momento, está tan nerviosa que ni siquiera ve por dónde camina o si va a estamparse en alguna puerta.

—Necesitas hacerte la prueba, Jas —susurro, ella sorbe por la nariz. Sus hombros están caídos y luce pálida—. ¿Greg ya lo sabe?

Sus ojos vuelven a empañarse, no hace falta que niegue. Sé la respuesta.

—Tengo demasiado miedo, no sé cómo decírselo. Quizá no lo estoy, debería hacer la prueba primero, hasta que esté segura podré contárselo, ¿tú qué crees?

—Tienes razón —contesto soltando un suspiro.

Soy fatal para consolar a mi mejor amiga cuando cree que está embarazada y no sabe cómo decírselo a su novio.

No la dejo sola ni un instante, y sé que también estoy haciendo esto para no tener que pasar más tiempo del necesario con Shawn. Toda la noche se la pasó mandándome mensajes que no pude responder, vi que me estaba esperando en la entrada principal por la mañana, así que entré por la puerta trasera.

Las cosas ayer fueron lindas cuando llegó y me besó, pero mientras estaba acostada en mi almohada nada se sentía correcto. Él solo repite que le gusta y que se siente cómodo conmigo, pero mis sentimientos son más grandes que eso, y tal vez no quiera salir lastimada. Así que mientras acomodo a mis neuronas saltarinas, lo mejor es no tenerlo cerca.

A la hora de la salida Jas deja sus cosas en el casillero y respira profundo un par de veces. Aprieto su hombro, ya que no tengo idea de qué otra cosa hacer

para reanimarla y decirle que todo estará bien, no puedo asegurar nada. Siempre se ve tan fuerte, sarcástica y mandando a la mierda a todos que es doloroso observarla así: apagada, triste y llorosa.

—Greg no me ha saludado el día de hoy, ni siquiera me ha dado los buenos días en el puto WhatsApp, no creo que se acuerde de mí. Estoy cansada de siempre tener que ser yo la que lo busca para solo pasar unos cuantos minutos en el descanso de su entrenamiento.

No sabía que estaban tan mal, le doy un abrazo fuerte porque, como ya dije, al parecer el ratón se comió mi lengua... y el cerebro también.

—¿Jas? Jas, ¿qué sucede? —Giro la cabeza y veo frente a ella a Harold, no viene solo desafortunadamente, pero evito el contacto visual con su amigo *sexy*. Har mira el rostro de Jasmine y agarra sus mejillas para que lo mire a los ojos. Se ve preocupado, muchísimo—. ¿Estás bien? ¿Te hicieron algo?

Siento la mirada de Shawn clavada en mi cara, hago como si no lo tuviera cerca, como si mi corazón no estuviera todo sudoroso y tembloroso. Sé que lo besé antes de que papá nos descubriera y, entonces, sentí que todo iba bien. Quizá soy bipolar, sin embargo, sigo molesta con él. No puedo hablarle como si nada después de que me lastimó al dejarme ese día por irse con Hannah.

Si lo miro a los ojos me voy a convertir en mantequilla y me derretiré por todo el suelo, la idea de arrastrarme para caminar no luce bien en mi mente.

—No, no pasa nada, solo malestar estomacal, Nat va a acompañarme al doctor. Hablamos luego. —Ella toma mi mano y me jala para que la siga, gracias al cielo salimos de la escuela, porque empezaba a sentirme encerrada y como si sus ojos fueran a calentarme en una sartén—. Uff, ese chico Shawn te mira mucho.

Después de eso no vuelve a abrir la boca, paramos en una farmacia y deambulamos por los pasillos hasta que Jas se arma de valor y se acerca al mostrador. Una señorita con un moño en la cabeza nos mira y alza una ceja. Mi mejor amiga abre la boca y la cierra, aprieta los ojos y niega con la cabeza. Me aclaro la garganta.

—¿Me podría dar una prueba de embarazo? —Los ojos de la chica se abren, me barre y puedo ver cómo me juzga con sus pensamientos, ¿por qué no solo me da la prueba en vez de creerse la crítica divina? Niega como si fuera malo tener un bebé y señala uno de los pasillos con la barbilla.

—En el pasillo cinco.

No le doy las gracias, tomo la mano de Jas y nos dirigimos ahí. Ella mira las cajitas y se acerca, está temblando.

—Tranquila —susurro y me digo que tengo que ayudarla, así que yo termino escogiendo la prueba, aunque no entiendo una mierda, pero se ve linda en su caja rosa.

Después de pagar, nos dirigimos a la casa de Jas, sé que papá me dijo que no podía salir y tenía que regresar después de la escuela, pero no pienso abandonar a mi mejor amiga cuando me necesita.

Afortunadamente el lugar está vacío, sus padres trabajan demasiado, son doctores en el hospital principal de Nashville, la mayor parte del tiempo Jas está sola... o estaba, porque Greg vivía prácticamente aquí antes de que los entrenamientos empezaran y la presión de obtener una beca se hiciera más intensa.

En su habitación, se sienta en el borde de la cama y observa la prueba como si fuera Satanás. Se levanta y se encierra en el baño, mientras yo tomo asiento en la silla de su tocador y contemplo una fotografía de Greg y ella, los dos sonríen y se abrazan, cualquiera pensaría que su relación es perfecta, cualquiera envidiaría su amor; pero él ni siquiera sabe lo que está pasando.

Jasmine sale minutos después.

—Dice que hay que esperar cinco minutos, c-cuando llegue la hora p-podrías... tú...

—Yo lo haré, yo veré el resultado. —Asiente, ansiosa, y se deja caer en el colchón.

—Mis padres van a matarme, me hablaron de la mierda de los anticonceptivos desde antes de tener la menstruación, me dieron cajas de condones cuando Greg y yo empezamos a salir, van a matarme, voy a decepcionarlos tanto. —Una lágrima sale de la esquina de su ojo y cae en el colchón. Empiezo a sentir cómo mi nariz pica y mis ojos se nublan—. Querían que fuera una gran estudiante, que entrara a la facultad de medicina y me convirtiera en su orgullo, ya no podré hacer nada de eso, Nat.

—Jas, tienes que calmarte, ni siquiera sabemos si estás embarazada o no. —Suspira.

—Lo estoy, siento que lo estoy, aunque suene estúpido, ya va más de una semana que no menstrúo y soy regular.

Puedo sentir su miedo y su angustia, porque yo también estoy temblando ahora. Dejamos que pasen los cinco minutos.

—Ya es hora. —Me mira por debajo de las pestañas y asiente, así que me pongo de pie y entro al baño con el corazón martilleando en mi pecho. Mi vista cae en el pequeño rectángulo, me quedo parada observando, estupefacta y sin poder creer que de verdad está sucediendo esto.

—¿Qué pasa? ¿Qué salió? —Me giro y la encuentro parada retorciendo los dedos, luciendo como un conejillo asustado delante de un león hambriento. No me gusta ser el león.

—Positivo.

Sus manos vuelan a su rostro y las rodillas le fallan, corro para sostenerla. Empieza a sollozar y a llorar sin control alguno, todavía tenía una esperanza de que resultara negativo.

—Son 99% seguras, puede haber un error y...

—Eso es ser optimista. —Su pecho sube y baja, me mira y sus mejillas son un río—. ¿Qué voy a hacer? Tengo diecisiete, no estoy lista para esto, no he hecho todo lo que quería hacer antes de tener un hijo. Nat, ¿cómo se lo voy a decir a mis padres?

La llevo a la cama para que se siente, la arrullo meciéndome junto con ella, no deja de llorar hasta un par de horas después.

—Llama a Greg y dile que venga, por favor —susurra quedito.

Tomo su celular y marco el número, lo intento dos veces más hasta que contesta y se escucha un montón de gritos de fondo.

—Ahora no, cariño, estoy ocupado. —Ese es su saludo y yo quiero partirle la cara.

—Soy Natalie —digo entre dientes, se queda silencioso durante unos segundos.

—¿Por qué tienes el teléfono de Jas? ¿Qué ocurre? —Por lo menos se escucha preocupado ahora.

—Está muy mal, Greg, necesita hablar contigo de algo muy importante, por favor ven. —Le cuelgo antes de que diga otra cosa porque no quiero convertirme en serpiente y lanzarle mi veneno.

Para nuestra sorpresa, él llega veinte minutos después. Toca la puerta, cuando la abro no me comprueba, sube corriendo las escaleras, así que hago lo mismo. Lo veo entrar al cuarto de Jasmine sin cerrar la puerta, y no debería entrometerme, sé que no, pero es inevitable taparme los oídos, ¿verdad?

—¿Qué pasa, bombón? ¿Necesitas que te traiga algo? ¿Qué ocurre? —La escucho llorar. Dios, desearía estar ahí para abrazarla, pero sé que debe hacer esto sola porque él es el padre y sería inmiscuirme—. Jas, me asustas, ¿qué está mal? ¿Alguien te hizo daño? ¿Peleaste con tus padres?

—Oh, Greg, esto es tan difícil. —Su voz tiembla.

—Dime lo que sea, sabes que estoy aquí para ti.

—Y-yo... t-tengo un retraso de dos semanas. —Guarda silencio lo que creo es una eternidad y se aclara la garganta—. Así que Nat me ayudó y compramos una prueba de embarazo.

Todo se vuelve silencioso, tanto que siento que creo escuchar la gota que golpea el piso de la regadera.

—¿Y qué salió? —La voz cálida de Greg se ha ido, mi corazón late demasiado rápido y mi pecho duele.

—S-salió positivo.

—¿Me estás jodiendo, Jasmine?! ¿Esta es una de tus bromas?! No estoy para tonterías. —Ella comienza a llorar de nuevo y a balbucear cosas que no entiendo, la adrenalina me cierra la garganta, empiezo a castañear los dientes—. ¿Estás embarazada? ¿De verdad embarazada? ¡Dios! ¡Tú sabes que yo no quiero nada de eso ahora mismo! Siempre nos protegemos, ¿cómo mierda te embarazaste? Estoy tramitando mi beca, lo más importante ahora para mí es eso, no tengo tiempo para mierda y pañales, no puedo distraerme porque quiero un futuro, Jasmine. Y-yo... no... Lo siento...

Me quedo sin aire, sin poder digerir la dureza de sus palabras, sin poder creer que el mismo Greg que la veía como si fuera su todo le esté diciendo todo esto justo cuando lo necesita más que nunca, justo cuando dos personas lo necesitan.

Pasmada escucho sus pasos, sale del cuarto y corre hacia la planta baja, la puerta de la entrada es azotada. Me quedo minutos en el mismo lugar mirando a la nada, luego entro al cuarto de Jasmine y miro su rostro en *shock*. Así que hago lo único que puedo hacer ahora, la abrazo hasta que la siento temblar.

—Yo sí estoy feliz porque seré tía y veré caricaturas sin verme ridícula. —
Escucho su risita antes de abrazarme más.



NATALIE

Decido no ir a trabajar al señor Pimiento porque no tengo ánimos y sé que se me hizo tarde por consolar a Jas a pesar de que no he visto la hora. Después de que Greg se fue, recostó su cabeza en mi regazo y no dejó de llorar.

Así que, mientras camino a casa de mi padre, no puedo dejar de pensar en eso. Jasmine va a tener un bebé a los diecisiete. Recuerdo esas veces en las que me hablaba sobre lo mucho que quería estudiar medicina, como sus padres, y especializarse en Inglaterra, quería viajar por el mundo y poner una librería. A ella le gusta leer sobre esos héroes románticos de novelas clásicas y modernas, en más de una ocasión se me reventó el tímpano por escucharla parlotear de tipejos que ahora sabía eran ficción. Siempre creí que sería más feliz si estudiaba algo relacionado con la literatura, pero nunca lo mencioné.

Le dije a Jas que lo buscaría para romperle los dientes, después me haría un collar con ellos, que le diría a Greg que no fuera un patán y reaccionara, que Jas también tenía miedo; pero ella sostuvo mis manos, tenía los ojos nublados y la nariz roja de tanto llorar, y me dijo:

—Él no va a reaccionar, Nat, él de verdad quiere ser un jugador famoso de las grandes ligas, estábamos a punto de rompernos como pareja, no íbamos a durar más y yo lo sabía. Lo supe desde que prestó atención excesiva a sus entrenamientos, solo que tenía la esperanza de que todo fuera como antes; Greg no cambiará sus más anhelados deseos porque esté embarazada, el chico que me dijo esas cosas tan horribles no es mi Greg.

—Pero tiene que hacerse cargo, responder, porque es su bebé —dije, a lo que negó con la cabeza.

—No, y no pienso obligarlo, no quiero que odie a este bebé toda su vida porque arruinó sus sueños, prefiero que no tenga padre, Nat, él ya hizo su

decisión. —No podía creer que Jasmine estuviera hablando de ese modo.

—¿Qué vas a hacer?

—No le diré a nadie que Greg es su padre, y tú tampoco lo harás.

Así terminó la conversación, estoy triste por ella y por ese pequeño que lleva en el vientre, dijo que se lo contaría a sus padres cuando llegaran para que le hicieran una prueba de sangre, prometió que me llamaría en la madrugada para decirme qué ocurrió. También mencionó algo de cambiarse de escuela, algo que me rompería el corazón; sin embargo, lo entendería por completo, porque supongo que será difícil ver al padre de tu hijo comportándose como un patán sin corazón. Entiendo la reacción de Greg en cierto punto, es joven y es algo que no tenía planeado, esperé que regresara y se arrepintiera de sus palabras, pero no lo hizo; a mí también me decepcionó, no parecía un mal chico.

No quiero pensar en las posibles reacciones del alumnado cuando el embarazo se haga notorio, hay gente que puede ser muy cruel.

Saco las llaves de mi bolso a poca distancia de la casa de papá, es realmente bueno que no esté a esta hora para comprobar que haya obedecido.

Una vez en casa me quito la ropa y me pongo el pijama, ya no saldré a ninguna parte. Me muevo hacia la cocina para hacerme un emparedado, no obstante, alguien toca la puerta, así que voy a la entrada y abro sin comprobar por la ventana.

Me quedo estática contemplando a Shawn parado frente a mí con el ceño fruncido, da un paso y luego me esquiva para entrar a la casa. Cierro y lo miro, asombrada por su actitud. Al parecer está enojado, no sé por qué me parece gracioso, tal vez son los nervios. Lo divertido se esfuma cuando sus ojos barren mis piernas desnudas con mucha paciencia.

¿Hace calor o es mi imaginación? Bien podría estar en medio del desierto. Inmediatamente mis mejillas se tiñen, deseo no haberme puesto algo tan diminuto. El recorrido de su mirada sigue hacia arriba hasta que encuentra la mía. ¡Santa vaca comelona!

Siento que soy un conejo temeroso y él una bestia peluda, se acerca, yo doy pasos hacia atrás, pero no logro escapar, mi espalda choca con la puerta, su cuerpo me cubre, me aprieta contra la madera.

Por todas las galletas que no hay en la alacena, Natalie, debes resistir, recuerda que tu mejor amiga está embarazada y debes ser una tía responsable y poner un buen ejemplo; lamer el cuello de Shawn no es una buena lección si todavía no nace para darle la charla de los condones.

Recuerdos del día que vi su torso desnudo en los vestidores llegan a mi cabeza, gimo con frustración porque empiezo a verlo como si fuera un delicioso helado con chispas de chocolate.

—Me ignoras todo el día, haces como si no me conocieras cuando estoy frente a ti, no estabas en tu trabajo, tampoco en tu casa, y después me recibes con las piernas más lindas que he visto. —Está susurrando en voz baja, lo escucho todo porque está cerca.

Me aclaro la garganta, siento que mi voz se ha escapado, yo también lo hubiera hecho si fuera ella.

—¿Quién te dijo que estaba aquí? —pregunto colocando mis puños en su pecho... En su pecho duro.

Una gran sonrisa se instala en su rostro.

—Cecile dijo que a tu madre le empieza a gustar el color azul.

—No he hablado con ellos desde que me echaron de casa —digo afligida.

—No seas tan dura, tu padre quiere convivir contigo, quizá es momento de perdonarlo.

No digo nada, solo contemplo su rostro en silencio porque creo que mis neuronas se han desmayado. Me pongo a contar los lunares de su rostro para no babear y pensar en otras cosas que no sean sus manos en mi cintura.

—Hannah me importa, Nat, te puedo asegurar que siempre me va a doler porque me lastimó muchas veces, fui su mejor amigo, lo sigo siendo, aunque tenga una extraña manera de demostrarlo. La diferencia es que ahora sé que no es para mí y estoy bien con eso. Y tú me gustas, Natalie Drop, ¿por qué demonios no lo intentamos?

—Porque tengo miedo, Shawn, no es algo irracional, sé que al final me vas a lastimar. —Estoy temblando.

—¿Por qué estás tan segura de eso? —Trago saliva con nerviosismo—. ¿Por qué, Nat?

—P-porque... P-porque y-yo... —suspiro y chasqueo la lengua con desagrado, tal vez si le cuento todo me deje en paz y se esconda debajo de una

piedra para alejarse de su loca enamorada—. He soñado con besarte desde que te vi hacer la prueba para entrar al equipo de atletismo, me hice una loca fan de Shawn Price a la que le gustaba mirarle a hurtadillas; incluso hice una tonta lista acerca de ti y te dibujé atrás de mi cuaderno de matemáticas porque estaba aburrida. Probablemente me vas a lastimar porque nunca has sido algo menos que especial para mí.

Me siento como una naranja sin cáscara.

Cuando me atrevo a levantar los ojos los de él recorren mi rostro. Y lo que antes fueron mariposas que se convirtieron en zopilotes en mi estómago, se transforman en dinosaurios voladores cuando me besa.



SHAWN

Mi cabeza está flotando en una nube, siento que voy a evaporarme. Natalie sabe a chicle de cereza —como siempre— y huele demasiado bien. Mi corazón late de prisa, estoy eufórico, la abrazo con firmeza rodeando su cintura, con la otra mano agarro su nuca y la echo hacia atrás.

Suelta una exclamación de sorpresa cuando meto mi lengua, creo que va a empujarme y a darme una bofetada por ser tan osado, sin embargo, se relaja en mis brazos y me deja presionarla más contra la puerta.

Siento cómo la adrenalina corre por mi cuerpo y calienta mi pecho, empiezo a sentir ese placentero dolor contra mis pantalones de mezclilla. Ella admitió sus sentimientos. Simplemente lo dijo.

Sus manos en mi pecho se hacen puños, entretanto intenta regresarme el beso que acelera el ritmo y se hace más profundo. Nunca la he besado así, y casi temo estropear las cosas, pero sus palabras llegaron a lo más escondido de mi ser, eso y sus hermosas piernas largas, pálidas y perfectas.

Me echo hacia atrás para que respire, ella aprovecha para girar la cabeza y respirar, temblorosa. La observo fijamente, me gustaría saber en qué está pensando. ¿Le agrada que la bese? ¿Preferiría golpearme las bolas? No sé.

Hundo la nariz en su cuello largo, sin todo el cabello alrededor se ve más alcanzable y, por lo tanto, besable. Nat se estremece.

—Deja de hacer eso porque no puedo pensar —susurra, a lo que sonrío.

—De eso se trata, preciosa, de que no pienses —digo frente a la base de su oreja antes de besar la zona.

—Por eso las chicas quedan embarazadas, por sujetos como tú a los que no les importa si estamos conscientes, y les agrada la idea de dejarnos sin pensamientos coherentes con sus besos calientes.

Me echo hacia atrás porque suena muy seria, una diminuta arruga se forma en su ceño, está aquí, pero parece distante.

—¿Me estás acusando de querer embarazarte? —pregunto medio divertido. Sus ojos conectan con los míos, alcanzo a ver cómo la vergüenza se apropia de ella antes de que un sonrojo ilumine sus mejillas.

—L-lo s-siento, no q-quise... —Está avergonzada por haber dicho eso, entonces sé que estaba pensando en otra cosa mientras la besaba. Demonios, debo hacerlo mejor.

Me hago hacia atrás, ya que al parecer hay algo que le está molestando. Tomo su mano y entrecruzo nuestros dedos para luego caminar hacia el sillón de la sala. Es un lindo lugar, espacioso. Hay una fotografía de Nat y sus hermanos cuando eran chicos en un estante donde hay libros y una vela. Me encantaría caminar hasta ahí e inspeccionar la foto, en cambio, me dejo caer en el asiento. Veo que va a sentarse a mi lado, así que me apresuro y le doy un jalón para que caiga en mi regazo.

—¿Qué demonios, Shawn? —pregunta, confundida; hace el amago de levantarse, por lo que agarro con fuerza sus caderas, la abrazo y recargo mi mentón en la curvatura de su hombro—. S-shawn, basta, si mi papá entra me va a regañar.

—Si tu papá entra va a meter la llave en la cerradura y podré poner distancia, así que busca un mejor pretexto.

Sus labios se fruncen en una mueca que me parece adorable y divertida, cruza los brazos y resopla como si estuviera a punto de hacer una pataleta.

—Dime qué es lo que sucede. —Sus facciones se vuelven serias otra vez.

—Prométeme que no dirás nada, ni siquiera a Harold, nadie puede saberlo, Shawn. —¿Qué demonios está ocurriendo y por qué parece un secreto de vida o muerte?

—Te lo prometo, preciosa, esto no saldrá de aquí —le digo, porque es cierto, jamás traicionaría su confianza. Suspira con pesadez y agarra un botón de mi camisa para jugar con él.

—Al parecer Jasmine está embarazada. —Mis párpados se abren con asombro, automáticamente mi mente piensa en mi mejor amigo, sé que esta noticia lo va a devastar, él nunca pierde las esperanzas con esa chica, está muy colado por ella desde que llegamos a la escuela hace casi tres años y la vio

leyendo en la biblioteca—. Estuve con ella toda la tarde porque se hizo una de esas pruebas que venden en las farmacias, salió positivo y llamó a Greg para contarle.

—¿Supongo que él se quedó con ella? —pregunto, y me sorprende todavía más cuando sacude su cabeza, negando.

—Él llegó todo amable y generoso diciendo que estaría a su lado siempre, pero en cuanto Jas le dijo lo que ocurría se puso a despotricar y a decir que no entendía por qué se había embarazado si se habían cuidado. —Su mandíbula se aprieta y sus ojos se revuelven con enojo, incluso yo me siento indignado—. Dijo que no estaba listo para tener un bebé porque lo más importante para él en este momento es entrar a las grandes ligas del fútbol.

Eso es horrible, pero ¿qué cojones le pasa a Greg? ¿Dejar a su novia cuando más lo necesita? ¿Cuando hay una vida que depende de ellos dos?

—¡Ese imbécil de mierda me va a escuchar!! ¡¡Voy a ir por Harold ahora mismo para que le parta la cara mientras yo lo sostengo!! —Voy a poner a Nat en el sillón para ponerme de pie, pero me detiene.

—¡No! —exclama, parándome en seco. ¿Cómo que no? Ese sujeto necesita que le reacomoden el cerebro, no sé qué haría si estuviera en su lugar, pero sin duda no abandonaría a la chica que se supone que amo después de introducirle mi esperma, Jas no se quedó embarazada sola—. Te dije que no podías decírselo a nadie. Sé que es horrible, yo misma quería ir a golpearlo, pero Jasmine me detuvo y me dijo que no quiere eso, no quiere que Greg se haga cargo por obligación.

Se ve tan triste, nunca la he visto así, ella siempre está tan feliz y riéndose por todo que contemplar sus gestos decaídos puede conmigo. La envuelvo con fuerza, no sé qué más hacer para reconfortarla.

—Estoy tan preocupada por ella, le dirá a sus papás, irá a hacerse un análisis de sangre, si sale positivo pretende cambiarse de escuela; va a enfrentar todo eso sola —susurra y rodea mi cuello para regresarme el abrazo.

—No está sola, te tiene a ti, mejor amiga no podría tener.

Escucho cómo abre la boca para hablar, pero alguien se aclara la garganta. Dios, no, otra vez no, mierda. Natalie se tensa, creo que piensa lo mismo, porque se tarda muchísimo en enderezarse, lo mismo que yo tardo en levantar la mirada para encontrar los ojos molestos de su padre.

¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

—¿Por qué estás sentada arriba del muchacho, Natalie? ¿No hay suficiente sofá? —El señor Drop está echando chispas, solo espero que no saque una escopeta y me dispare.

Nat se pone de pie más rápido que una bala y lo enfrenta con los puños apretados, me sitúo a su lado.

—¿Por qué te largaste de casa, eh? ¿No encontraste suficiente en nosotros como para quedarte? —Mi boca se abre, la contemplo con asombro, mira con tanto enojo a su padre que por un momento me pregunto quién es esta chica.

—Nat, no hables así —murmuro impactado, sin saber qué hacer. Miro a su padre, quien la observa con lo que creo es tristeza, y me siento como un intruso.

—No te metas, Shawn, mejor vete, luego hablamos.

Me quedo pasmado por un segundo, ¿me está echando? Creo que lo hizo. ¿No debería hablar con su papá y explicarle que no estábamos haciendo nada malo? ¿Que solo la estaba consolando?

Mis hombros caen, me siento como un niño perdido, así que me acerco y deposito un beso en su sien.

—Te llamo más tarde, preciosa.

Le doy una mirada de disculpa al señor Drop y me dirijo a la salida con pasos apretados.



NATALIE

Imagino que estoy en una arena, que llevo pantaloncillos amarillos y chaleco de torero, en mi mente llevo una coleta debajo de una boina, calcetas hasta las rodillas y unos zapatillos que me hacen recordar a un duende. ¡Oh! No puedo olvidar mi gran manta de color rosa y un pico en la otra. Frente a mí está mi padre, el gran toro furioso con cuernos y humo saliéndole de los oídos. Estamos sentados en la mesa del comedor, uno a cada extremo, mirándonos con enojo.

No pestañees, Natalie, que sienta tu furia de titán.

La verdad es que estoy enojada por tener que vivir con él, por tener que soportar su actitud de padre alfa sobreprotector cuando lo único que quiero hacer es llorar por Jasmine, tengo todos estos sentimientos encontrados; y a mi padre lo que le importa es que metiera a Shawn a su casa.

—¿Qué te sucede, Natalie? Te comportas como una niña mimada, ¿trajiste a ese muchacho a casa para molestarme? Te recuerdo que estás castigada, eso quiere decir que no puedes traer chicos a casa, tampoco sentarte en sus piernas si no hay ningún adulto cerca.

Quiero decirle que yo no lo traje, que él llegó e intentaba consolarme, pero esas palabras se me atorán como una gran bola de alimento sin masticar cuando recuerdo que no tengo por qué darle explicaciones a una persona como él.

—Mira, Nicholas, no tienes que fingir que te importa lo relacionado conmigo o mi familia, ¿te importé cuando te fuiste? ¿Te importó Cecile? ¿Te importó Frank? ¿Sabías que mi hermana se convirtió en la chica desadaptada después de que te largaste? ¿Que las notas de Frank bajaron? ¿Que mamá pasó semanas

enteras sin salir de la habitación? No, no lo sabes y no te preocupó, así que no hagas como que te importa ahora.

—No me hables así, soy tu padre... —Empieza, pero no quiero escucharlo, ya me cansé de hacerlo, de hacer como si me agradara estar aquí.

—Un padre no abandona, un padre te demuestra que lo es.

Veo que se aprieta el puente de la nariz como si estuviera exasperado, se gira y se dirige hacia el teléfono empotrado en la pared, marca un número con frenetismo. Sintiéndome como toda una *James Bond*, hago el amago de levantarme con la lengua tocando mi comisura, me señala con su dedo cuando ve que voy a ponerme de pie y me hace una seña para que me siente de nuevo, giro los ojos antes de hacerlo.

—¿Podrías venir? Al parecer una de nuestras hijas regresó a la etapa de «odio al mundo, no me toquen» y no quiere escuchar. —Lo miro con la boca abierta. Él le sonrío bobaliconamente a la pared mientras escucha a mamá. Frunzo el ceño, ¿por qué hace esa cara?—. Bien, te espero.

Cuelga y regresa a la mesa, sus gestos serios vuelven a aparecer al enfrentarme. Esperamos lo que creo es una eternidad, me pongo a imaginar que un montón de ovejas saltan en su cabeza y las cuento. El timbre suena, así que se pone de pie para ir a abrir. Escucho el escándalo antes de que se acerquen, mis hermanos también vinieron.

—¡Qué divertido! ¡Una reunión familiar! —exclamo en un susurro y suelto un suspiro.

—Solo te recuerdo que la hija que odia al mundo soy yo, no robes mi papel. —La voz perezosa de Cecile me hace sonreír.

Escucho la carcajada de mi padre, quien sigue en la sala, me pregunto qué demonios está pasando.

—No te preocupes, chupar sangre y matar ratones no me va —digo divertida.

—Por supuesto que no, eres más de vomitar arcoíris y reír junto a *Bob Esponja*. —Suelto una risotada, la verdad es que la extrañé bastante.

—¡Natalie, despierta!! —grita Frank en mi oído, salto del susto lanzando un gritito que lo hace carcajear.

—¡Maldito Oompa Loompa!! —exclamo, me pongo de pie y rodeo su cuello con el brazo antes de que pueda huir, con mi puño hago remolinos en su

cabeza, riendo, mientras se retuerce y clava sus dedos en mi brazo para que lo suelte.

Se siente genial ser la hermana mayor. Lo dejo ir, se escabulle y se sienta en una silla lejos de nosotras. Vuelvo a desparramarme en mi asiento, mamá y papá entran a la cocina. El pelo de mi madre sigue siendo azul, aunque el color se ha deslavado un poco.

Los dos se ubican en la punta y nos observan, recién ahora me doy cuenta de que Nicholas está rodeando los hombros de mamá.

¿Pero qué demonios está pasando?

Paren un segundo el toro mecánico que estoy mareada.

—Creo que es hora de que hablemos —dice mamá alternando la mirada entre todos nosotros—. Sé que van a enojarse conmigo, sé que debí hablar con ustedes antes.

—Por favor, dime que no estás embarazada. —Me atraganto al escuchar a Cecile, mi madre arruga la cara y niega—. Menos mal, lo que menos necesitamos es a otro comemocos peleando por el control remoto.

—¡¡Tú eres una comemierda!! —Ahogo una carcajada al ver el rostro horrorizado de mamá y los labios aplanados de mi padre, quien lucha por no reírse.

—El sinónimo de la palabra *excremento* está prohibido, Frank, si lo dices de nuevo te llevaré a la lavandería y lavaré tu lengua con jabón.

Eso parece causar terror en él porque se endereza y cierra la boca, seguro que ser amenazado con jabón es lo más perturbador del mundo, no sé.

—Como les decía... —Suspira y toma aire con los hombros decaídos—. Esto probablemente va a ser un gran cambio en lo que creían...

—¡Ya sé! —exclama Frank con entusiasmo, golpea la mesa y sonrío de lado. Lo observo porque no entiendo un carajo—. Han decidido que somos demasiado inteligentes y geniales como para ir a la escuela, así que no iremos más y seremos almas libres.

—No, Frank —murmura papá con una sonrisa—. Nadie tendrá un bebé, nadie se saldrá de la escuela. Ahora dejen que su madre termine de hablar.

Eso me hace recordar a Jasmine, entonces vuelvo a sentirme triste, ella tendrá un bebé y probablemente se saldrá de la escuela.

—Lo que quiero decirles es que, si bien su padre se fue de la casa, no fue porque él quisiera, yo se lo pedí. —Abro la boca, el aire sale de mis pulmones—. Yo estaba pasando por una temporada difícil y le pedí que se fuera, decidimos no comentarles nada para que no cargaran con nuestros problemas de pareja, claro que jamás pensé que lo odiarían por eso.

Me lanza una mirada, está esperando por mi reacción, pero la verdad es que no sé qué hacer.

—Ya lo sabía, los escuché hablando esa noche. —Miro con asombro a Cecile, quien encoge los hombros como si la confesión no significara nada, pero para mí significa muchísimo. ¿Lo sabía? ¿Por qué no me lo dijo?

—Y yo —susurra un tímido Frank.

Así que empiezo a indignarme, todos lo sabían menos yo, todos pudieron haberlo dicho antes, pero nadie quiso hacerlo; de alguna u otra forma me mintieron. No me gustan las mentiras, ¿han visto esa serie donde cinco amigas se mienten y todos se engañan unos a otros? Las mentiras son horribles y lastiman a las personas.

—Ustedes son unos mentirosos, ¡todos ustedes lo son! —exclamo más fuerte de lo que quiero. Cuatro pares de ojos me miran con asombro, me pongo de pie—. Todos lo sabían y no quisieron decírmelo, ¿es gracioso burlarse de la pobre Natalie?

—Vaya, ¿cuándo entramos al mundo de los dramas de telenovelas?

—¡Cállate, Cecile! ¡Deja de burlarte del mundo para sentirte mejor contigo misma! Algunos lloramos bastante cuando él se fue, no todos nos pintamos la cara para convertirnos en murciélagos.

Mi hermana se levanta con enojo y me enfrenta, por primera vez en la vida la veo mostrando sus emociones, siempre es tan callada y reservada.

—Madura, Natalie, Frank se toma las cosas con más madurez que tú, era obvio lo que estaba pasando, pero no quisiste ver las cosas porque era sencillo odiar a papá y culparlo de todo —dice—. ¿Te crees que cambié mi *look* por él? Estás equivocada, lo cambié porque me dio la gana, porque me daban asco las personas falsas que no se atrevían a hacer lo que de verdad querían porque era más importante encajar en un grupo de ineptos. ¿Te crees que Frank bajó las notas por papá? Frank bajó las notas porque en vez de estudiar prefirió comer Cheetos mientras jugaba al FIFA. Despierta ya, joder.

Todo se queda silencioso después de su discurso pateaculos, no sé qué decir y en el fondo sé que tal vez tiene razón, quise odiar a papá, así que lo hice sin importar el pretexto.

No abro la boca, solo me largo, me encierro en la habitación poniendo el seguro y me dejo caer en la cama. Justo en ese momento mi celular timbra, lo tomo y contesto sin revisar quién llama.

—Ya les dije. —Jas se escucha triste, no me siento mejor—. Ni siquiera me miran, Nat, están decepcionados. Solo me dijeron que me llevarían mañana a tomar la muestra de sangre y se encerraron en su habitación. Estoy decepcionada también yo, ni siquiera me dieron un abrazo o me gritaron, es como si hubieran estado esperando que fallara.

Me quedo silenciosa porque al parecer mis neuronas han sido succionadas por una aspiradora gigante.

—¿Estás bien? —pregunta, a lo que afirmo con un sonido nasal.

Pero no estoy bien, quiero llorar, sin embargo, pestañeo para no hacerlo.

—No importa si creen en ti, yo creo en ti, tú crees en ti. Salga negativo o positivo, lo vas a hacer bien porque eres Jas, todo lo haces genial —digo.



NATALIE

Camino por el pasillo de la escuela antes de ir a buscar mi almuerzo a la cafetería, guardo mis libros en el casillero, los muy malditos comienzan a pesar. De pronto, una bestia nace en mi estómago, tiene uñas y sabe rugir, miro hacia abajo.

—Jasmine tiene suerte de llevar un lindo bebé, al parecer yo voy a engendrar un monstruo —digo melancólica.

Cierro la puerta metálica y empiezo a caminar, decidida a alimentar a mi pequeña bestia hambrienta. Ayer no salí de mi alcoba, me fui de casa sin musitar palabra y ahora me muero de hambre.

Me detengo en seco cuando escucho una risa, en algún lado la he escuchado, me quedo quieta hasta que vuelvo a escucharla. Busco de dónde proviene, camino deteniéndome en las puertas de los salones para comprobarlos, debería ser espía o algo.

Me detengo cuando escucho una voz que logro identificar, mi pulso se acelera, siento ese cosquilleo en la punta de la nariz cuando presiento que algo malo va a pasar. Al parecer las personas están en el salón de música, me quedo parada en el umbral, escondida detrás de la pared y agudizo el oído.

—Sí, eres muy linda —dice el chico, y yo quiero romperle los dientes, sacarle la lengua y cortársela. Decenas de pensamientos psicópatas ruedan por mi mente en menos de un segundo.

La chica vuelve a lanzar una risita coqueta que me hace querer vomitar, ¿en serio está haciendo esto? Ella habla, también logro identificarla, aprieto los puños, segundos después me atrevo a asomarme porque necesito verlo para creerlo. No puedo aceptar lo que veo, ahí está él, abrazando a esa chica.

Lo peor de todo es que él le regresa el beso, después la aleja con una sonrisa tensa que se borra en cuanto alza la vista y me ve de pie en el umbral, tamborileando mi pie; se pone pálido, tan blanco que creo que va a vomitar.

Debería vomitar, tuvo los labios de una chica que besa a medio mundo encima de los suyos. Kiara es conocida por sus múltiples conquistas, la verdad es que no me interesa si le gusta coquetear, a mí me gustan los unicornios, cada cual hace lo que quiere con su vida; pero no si se mete con el ex de mi mejor amiga, ahí sí que no puedo hacer como si me agradara la idea, más cuando sé todo lo que está pasando Jas en este instante.

Mientras Jasmine está sola en un hospital haciéndose una prueba de embarazo después de ser dejada por la persona que amaba, Greg está aquí besando a otra. Kiara intenta colgársele de nuevo, pero él le da un empujón y le da una mirada furibunda.

—Vete —murmura entre dientes a la chica, que se ve como si estuviera perdida. No la culpo, Greg logra confundirme hasta a mí.

—Pero no hemos terminado de hablar —suelta. Arrugo la cara.

—Ya te dije todo lo que tenía que decirte, por favor vete. —Luce exasperado, como si quisiera esconderse en un lugar muy lejano.

La chica da un pisotón que me parece gracioso y se da la vuelta, indignada. Reacomoda el bolso que cuelga de su hombro, siento enojo por todo el acontecimiento. Kiara sale hecha una furia sin mirar en mi dirección ni una sola vez, dudo mucho que se haya dado cuenta de mi presencia.

Giro los ojos antes de darme la vuelta, espero que se mantenga fuera de mi espacio personal, pero hace todo lo contrario. Greg me sigue y me agarra el codo, lo sacudo para que me suelte.

—Nat, eso que viste no es lo que estás pensando, te lo juro.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Esa es la típica frase que dicen los sujetos infieles como tú. —Aplana los labios convirtiéndolos en una línea tensa. Nos quedamos en silencio por lo que creo es una eternidad.

—¿Cómo está? —No, no está preguntando eso, me lo estoy imaginando.

—¿Quién? —pregunto, haciendo como que no sé que habla de Jasmine, creo que es mejor para todos que Greg desaparezca de su vida justo como ella

planea. La voy a apoyar, no voy a dejar que este sujeto se le acerque y la haga llorar de nuevo.

—Natalie... —dice con su tono de advertencia, pero me importa un carajo.

Voy a decirle que se busque un color, se dibuje un bosque para que se pierda en él, asegurándose de que también haya un oso furioso, así no regresa nunca; pero Jasmine aparece en el pasillo, creí que no vendría nunca más a la escuela.

Lo que me sorprende más es ver su sonrisa enorme, prácticamente le está dividiendo la cara, solo le falta dar saltitos de felicidad. Greg se da la vuelta al ver que miro un punto detrás de él, percibo su intención de caminar para acercarse a ella, así que agarro su brazo antes de que pueda hacerlo y lo echo hacia atrás.

—Ni se te ocurra, ya hiciste suficiente, ¿no crees? Esto no es una montaña rusa en la que un día tienes ganas de estar con ella y al siguiente la mandas a la mierda, Jasmine estaba aterrada y lo único que quería era que la abrazaras; pero no, fuiste egoísta y te largaste, como si el que llevara al bebé fueras tú, así que vete a la mierda.

Lo dejo estupefacto en el suelo, lo esquivo y doy zancadas para acercarme a mi mejor amiga, quien me mira con los ojos brillosos. Temo que vaya a echarse a llorar en cuanto lo vea, pero me envuelve en un abrazo que me saca el aire.

—Vamos a otro lugar —susurra—. Tengo que contarte algo.

Actúo como si no estuviera sorprendida por su actitud y porque no ha mirado a Greg ni una sola vez, ni siquiera lo ha intentado, tampoco se ve alterada, solo está feliz.

Con una sonrisa caminamos hacia el patio central, antes de que saliera con Greg pasábamos los recesos ahí, en cuanto su relación cambió pudimos sentarnos en la banca del equipo de su ex, era como ascender de nivel. Aunque suene ridículo, no me había dado cuenta de cuánto extrañaba esto hasta que nos sentamos en una de las jardineras. Lleva una coleta algo desaliñada y una mascada de color verde, ella adora ponerse esas cosas alrededor del cuello.

Suelta un suspiro mirando fijamente sus dedos, que se retuercen en su regazo.

—Fui a hacerme los análisis muy temprano por la mañana, me quedé ahí a esperar los resultados. —Su vista se levanta y cae en la mía, traga saliva y

vuelve a sonreír como al principio—. No estoy embarazada.

Suelto una exclamación ahogada que la hace reír.

—Pero la prueba decía... —No logro terminar.

—Me explicaron que a veces fallan y que solo la hice una vez, que es normal que sucedan esas cosas. Mira, no sé, lo importante es que la hoja dice negativo.

—No puedes ir por ahí diciendo que estás embarazada y emocionarme, ya hasta estaba preparando mis agujas para tejer calcetines —digo divertida, a lo que suelta una risotada—. Felicidades, Jas, ¿qué harás ahora?

—Voy a hacer un cambio de planes. —Sus ojos brillan, me gustaría saber qué está pensando, ya me dirá cuando lo crea conveniente.



A la hora de la salida busco a Shawn entre el gentío, ya que no lo he visto en todo el día por ninguna parte, pero no lo encuentro. Me encojo de hombros y me pongo los auriculares. Me dirijo hacia la salida mientras reviso vagamente las canciones en mi celular. Voy a bajar los escalones de la entrada cuando siento un picoteo en el hombro, me doy la vuelta sobre los talones inmediatamente y me encuentro con una muy linda rubia que me mira con la frente arrugada.

Observo a Hannah con curiosidad, esperando que me diga qué sucede.

—¿Podemos hablar? —pregunta y yo asiento, aunque lo que menos quiero hacer es charlar con ella.

Alguien una vez me dijo que lo peor comienza cuando alguien pregunta si se puede iniciar una conversación.



NATALIE

Me retuerzo en la banca y me rasco la nuca porque no sé qué hacer conmigo misma, frente a mí está Hannah Carson luciendo como una linda Barbie con un montón de color rosa y diamantina encima, es como esa chica de la película *Legalmente rubia*, incluso siento que en cualquier momento sacará un perrito de su bolso vestido con lo mismo que trae puesto; yo soy más como un pequeño *troll* de cabellos multicolores que adora comprar su ropa en rebajas.

Se aclara la garganta y lanza un suspiro, sus hombros descienden, luce nerviosa, así que empiezo a inquietarme.

—Estoy un poco nerviosa, lo siento —susurra con sus comisuras decaídas.

Mi frente se arruga, ¿se va a poner a llorar? Espero que no. Las únicas lágrimas que tolero son las de Jasmine.

—Está bien, dime qué pasa. —Sus ojos celestes se detienen en los míos, por algún motivo siento que no me va a gustar lo que quiere decir, así que me pongo de pie de forma precipitada, debo escapar—. Mejor podríamos dejarlo para otra ocasión, recordé que tengo que darle de comer a mi gato, ¿sabes? Él es una gran bestia gorda y peluda que arañará mi rostro si no llego a tiempo, no debes dejar que tu gato se enoje si quieres conservar tu piel; además, sufre de gases cuando no come a sus horas, y no me agrada la idea de dormir en medio del olor fétido.

Gracias a las patatas fritas con queso derretido que no tengo un gato obeso esperándome, y también que mi alcoba no huele a nada.

Me giro y empiezo a caminar hacia la salida, debo tomar el autobús para llegar a casa de mi padre, comer lo primero que encuentre en el refrigerador e ir a mi empleo; pero por supuesto que la rubia no lo dejará escapar tan fácil.

—¡Natalie! —exclama, hago como si fuera muy entretenido mirar el estacionamiento de la escuela repleto de alumnos. Rezo para mis adentros para que aparezca Shawn y me salve de su amiga. En serio, no quiero hablar con ella, no me agrada, no puedo fingir que lo hace. Una mano se cierra en mi codo y me detiene, me quedo quieta mientras espero que se coloque frente a mí—. Mira, no tardaré, tengo crema y una vela con aroma que podrías usar para que el daño de tu gato no te afecte demasiado.

¿De verdad me ha creído eso? Espero que se ría o haga algún gesto gracioso. Pero ella no luce como si estuviera usando sarcasmo, en realidad me ha creído lo del puto gato pedorro, ¿qué tan mal debo sentirme? Acabo de engañar a una pobre rubia inocente, soy de lo peor, soy una bravucona.

—De acuerdo —musito.

—Conocí a Liam cuando era pequeña, es hijo del socio de mis padres y me enamoré de él perdidamente. —Demonios, no, ¿me va a contar también cuántas veces se cagó en los pañales a los dos años? No quiero ser mala, debo recordarme que Hannah no me ha hecho nada malo—. No he podido mirar a otros, a ningún chico, a pesar de que Liam no me quiere de la misma forma él está conmigo para que su padre no se moleste, para que nuestros padres no se molesten, ¿sabes lo horrible que es saber eso? No es feliz a mi lado, aunque intento una y otra vez enamorarlo, él odia la idea de nosotros dos juntos porque se ve obligado a tomarme la mano.

¡Por Dios! ¡Eso suena a drama desgarrador! Si esto fuera una novela, seguramente el escritor debe estar sonriendo al imaginar la situación, tal vez hasta está friccionando sus manos, riendo macabramente.

—Sé que eso no te importa y no tiene que ver contigo, es solo que Shawn sí tiene que ver con las dos. —Oh, no, ¡alerta! ¡Entramos en terreno peligroso! ¡Cuidado con los tiburones! ¡Aborta la misión, Natalie! ¡Corre por tu vida o muere! ¡Se acerca el tsunami! ¡El fin del mundo está cerca!—. Y te estarás preguntando qué tiene que ver Shawn en todo esto...

—En realidad, no... —susurro antes de poder controlarme. Siento que mi corazón va a salirse del pecho, que voy a vomitar en sus lindas sandalias; pero al parecer no se da cuenta de que estoy a punto de devolver el puré de papa que comí en la cafetería a la hora del almuerzo.

—Sé que estás saliendo con Shawn y respeto eso, él merece a alguien especial porque es único. —No me gusta nada el brillo que se apodera de sus ojos cuando dice eso, me provoca dolor en el pecho—. Y sé que eres especial, nunca lo había visto tan contento.

—Pero... —Sus labios se aplanan, desvía la mirada y se queda viendo a algún lugar detrás de mí. Me giro y busco qué es eso que ha llamado su atención: Shawn. Él está ahí, riendo con Harold, haciendo caras graciosas que me hacen sonreír, siempre me han hecho sonreír las muecas que hace. De pronto, él me ubica y sonrío, me está mirando directo a los ojos mientras levanta una mano para saludarme, luego ve a Hannah a mi lado y su ceño se frunce.

—Me he dado cuenta de que sin él mi vida es muy vacía, no tenía a Liam, pero al menos tenía a Shawn; y no quiero dejarlo ir, es muy especial como para no intentarlo.

Mi cabeza gira tan rápido que me siento como el exorcista por un instante, mi mandíbula se abre al escucharla, eso... eso es...

—Eso es horrible y egoísta, Hannah, ¿por qué no dejas que Shawn sea feliz? Tú quieres a otro. —Niega con la cabeza, sus ojos se empañan.

—No, no me malentiendas, quiero a Shawn también —suspira entrecortadamente—. Desde que sale contigo me ha hecho a un lado, necesito estar con alguien que me quiera de verdad.

Su última frase me estruja el corazón, ¡qué va! ¡Me lo desgarró por completo! «Estar con alguien que me quiera de verdad». ¿Shawn la seguirá queriendo? ¿Cómo reaccionará al saber lo que Hannah me está diciendo? De la nada siento las ganas de arrastrarla y encerrarla en los casilleros del gimnasio para que no pueda llegar hasta él, pero eso me convertiría en una lunática, ¿no?

—¿Y por qué me dices esto? —pregunto ya sintiendo la molestia, empiezo a enojarme.

—Porque te respeto, no quiero lastimarte, Nat, creo que eres una chica genial y artística, y muchas veces me gustaría ser como tú, poder trabajar en un restaurante de comida rápida y comerla sin preocuparme porque luego mi madre me lleve dos veces por semana al nutricionista a pesar de que lo detesto, o manchar mi cara con pinturas de colores, o solo poder amar a

alguien libremente; pero voy a intentar recuperarlo porque Shawn es el único que de verdad se preocupa por lo que quiero.

La miro, la miro, la miro, no puedo dejar de mirarla. Sus palabras se reproducen en mi mente, al grado de desear que me explote la cabeza. No le contesto nada. ¿Qué cosa, además de mandarla a la mierda, podría decir?

Reacomodo mi bolso y salgo de la escuela dando pasos largos, una gotita sale de mi ojo derecho, mientras me dirijo a la parada de autobuses. Mi garganta se siente apretada y mi pecho pesado. Me muerdo el interior de la mejilla y me repito que no debo llorar.

Pienso en comida, en Cecile siendo graciosa, en el cabello azul de mamá, en Frank diciendo la palabra *mierda*. La aflicción disminuye un poco, pero al subirme al autobús solo puedo pensar en Hannah diciéndome que luchará por Shawn, lo peor es que me siento en desventaja porque, aunque sé que le gusto, no estoy segura de que me quiera; no como a ella.



NATALIE

No voy a deprimirme, no voy a deprimirme, no voy a deprimirme.

Piensa en caritas felices, Natalie, en cosas divertidas, como Frank pegando sus mocos debajo de la mesa.

Eso me digo mientras camino por el supermercado dando pasos apretados y la mente hecha un caos. Ayer por la noche Shawn me marcó un montón de veces, no me atreví a contestar porque no podía dejar de pensar en lo que había dicho Hannah. Él se iba a dar cuenta de que algo ocurría, y la verdad es que no tengo ganas de ser yo la que le diga que ella se ha dado cuenta de que lo quiere.

No... no resistiría escuchar cómo babea del otro lado del teléfono.

Quiere recuperarlo como si yo lo tuviera amarrado a la pata de la cama.

No puedo evitar preguntarme qué hará, ¿le dirá directamente sus sentimientos? ¿Shawn ya lo sabe? ¿Por eso me llamaba? Quizá quería mandarme a la mierda para irse con esa chica.

Apresuro el paso debido al enojo y me interno en el pasillo cinco, los estantes llenos de tintes me saludan, las modelos en las tapas sonríen demasiado, ¿será divertido que le tomen fotografías a tu cabello?

No tengo idea de qué marca es buena y cuál no lo es, mi cabello es virgen, cien por ciento puritano, libre de tentaciones y pecados. Hago como siempre, elijo el que tiene la caja que más llama mi atención, es de color verde y tiene a una rubia sonriendo en la portada, si se divierte tanto seguramente es porque su tinte le gustó... o tal vez es como yo y prefiere reír a llorar, no lo sé.

Lanzo un suspiro melancólico y me encamino a la panadería, tomo una charola metálica y unas pinzas. Hay mucha gente alrededor, así que tengo que

ponerme de puntitas para encontrar el pan favorito de mamá: es un pastelillo con piña en medio, la he visto atragantarse con esos muchas veces.

La verdad es que tenía planeado algo súper genial para regalarle en este día, pero después de lo que pasó ayer con Hannah me convertí en un zombi y olvidé que se acercaba el día de las madres. Escuché a papá hablando por teléfono con la florería esta mañana, ahí fue cuando mi mente hizo conexión y recordé que se me había olvidado hacer el regalo. ¡Alto! ¡No se atrevan a preguntar por qué mi padre hablaba con la florería y pedía un ramo enorme de rosas! Mucho menos pregunten por qué daba la dirección de casa, hice como si no hubiera escuchado nada.

Encuentro los pastelillos, arrugo el rostro como una pasa al ver que solo quedan cuatro, quería llevarle seis. De pronto, veo a una niña que se acerca justo a ese lugar, ¡oh, no! ¡Que no se le ocurra tomar mis panes! Me apresuro, esquivando a la gente que no se da cuenta de que está a punto de robarme los pasteles.

Ella extiende la pinza, pero se le cae al suelo, casi quiero saltar de la felicidad. Me acerco y deposito rápidamente todos los panes en la charola. Mi mirada cae en la pequeña niña que observa con los ojos llorosos todo el suceso, me mira como si fuera un monstruo malvado.

Diablos, no, ¿va a llorar?

Primero soy una bravucona y ahora ataco a niñas inocentes robapastelillos. Sus grandes ojos de color de almendra observan el estante y luego me miran, su boca hace un puchero. Necesito hacer algo para que no se ponga toda histérica.

—No llores, te he salvado, ¿sabías que estos pastelillos tienen mucha azúcar? Te he rescatado de que las hormigas se suban a tu cuerpo y te piquen los ojos, deberías agradecerme.

Su frente se arruga, el puchero se pronuncia, está a punto de hacer un escándalo. Mierda, ¿qué hago? No puedo dejar que todos se den cuenta de que le he quitado los panes a la niña, aunque yo los haya visto primero.

—Piénsalo, no creo que te guste quedarte sin ojos, seguro muchos chicos van a amarlos cuando seas grande y tengas gomitas en la delantera. —Creo que estoy diciendo muchas tonterías al mismo tiempo.

—Papi... —lloriquea. Abre la boca, por alguna razón creo que va a gritar, así que me adelanto agachándome y llamando su atención.

—¿Quieres los panes para tu mamá? —pregunto, la pequeña sorbe por la nariz y asiente—. ¿Me prometes que vas a dejar que se los coma todos porque es su día? Nadie debe comerse los pasteles de mamá.

—Te lo prometo —murmura.

Y con todo el dolor de mi corazón, le doy mi charola. Ella la toma con una sonrisa y se da la vuelta para irse a un carrito, casi puedo escuchar el inicio de la canción *Say Something* de fondo cuando se marcha. Siento que hice lo correcto, sin embargo.

Sin más opción me dirijo a pagar lanzando un suspiro profundo, pago el tinte después de veinte minutos, y afuera tomo el autobús que me dejará a unas cuantas calles de casa. En mi asiento, pego en la caja el moñito rosa que compré.

Al descender del transporte público empiezo a ponerme nerviosa, la verdad es que la extraño. Extraño los desayunos de mamá y que siempre me reciba en los mediodías con un plato lleno de comida, que me despierte muy temprano por la mañana de los domingos para limpiar la cocina, al final siempre me da una bola de helado de fresa. Extraño que me haga bromas con Cecile acerca de Shawn, para luego burlarnos juntas de mi hermana por su flechazo con Damien. Extraño verla bailar mientras trapea el suelo y que nos quite el control remoto para ver su serie favorita.

Podré quejarme un montón, enojarme otro tanto; pero al final del día ella seguirá siendo mi mamá, y yo la seguiré amando. Me detengo frente a la puerta de la casa, desde el exterior puedo escuchar los gritos histéricos de Frank y las carcajadas de mi hermana, no quiero imaginar qué es lo que está ocurriendo.

Saco mi juego de llaves y abro, camino hacia la sala de estar y veo a Cecile trepada en el sillón cogiendo la cabeza de mi hermano para mantenerlo lejos y que no se le acerque.

—Le voy a decir a mamá que tienes fotos de Beyoncé en traje de baño. — Frank grita y se sacude, intentando llegar hasta su tableta electrónica—. ¡Mamá, a Frank le gustan las ancianas!

Suelto una risita que hace que detengan la pelea, mi hermana lleva un vestido negro que la hace ver como una bruja, su cabello largo está suelto y tiene pintura negra debajo de los ojos que la hacen ver como si alguien le hubiera dado un puñetazo. Se me quedan mirando, después bajan del sillón, sincronizados.

Trago saliva cuando Cecile me arrastra para abrazarme, le regreso el abrazo.

—Lo siento, chica unicornio, fui un poco ruda, pero sabes que te quiero, aunque a veces me den ganas de sacudirte. —Sonrío y le saco la lengua a Frank, quien no deja de observarnos.

—Yo también te quiero, chica vampiro —susurro de vuelta.

—¿Pero por qué mis hijas se están abrazando sin invitar a su madre?! Es mi día, ¿hola? —La voz de mamá me hace reír, ella se aproxima y nos abraza a las dos, extiende una mano hacia Frank—. Ven, cariño.

Entonces los cuatro nos abrazamos, esto es lo que somos.

Le entrego la caja del tinte, mamá la toma y me da un beso en la sien, no hace ningún comentario acerca de mi patético regalo. Veo el ramo de rosas en el comedor, hay una tarjeta en la cima, pero no me atrevo a indagar qué es lo que dice, no entiendo un carajo a mis padres, por lo que decido dejar de quebrarme la cabeza. Comemos juntos, vemos películas y reímos.

Observo de reojo el cabello azulado de mamá, mis comisuras tiemblan. Nunca me he puesto a pensar en todo el esfuerzo que hace por mis hermanos y por mí. Sin quejarse ha aguantado las travesuras de Frank, los cambios de humor de Cecile y mis tonterías, todo eso mientras hace que nuestro hogar funcione y lidia con sus problemas personales. ¿Cómo lo hace?

Mi mamá es genial.

Lanzo una carcajada cuando el dibujo animado dice una estupidez, el timbre suena, por lo que me levanto y voy a la entrada repitiendo en mi mente el chiste de la película. Mi sonrisa se borra cuando veo a la persona del otro lado de la puerta.

¿Por qué Shawn tiene que aparecer justo ahora?



treinta y uno



NATALIE

—¿Qué haces aquí? —le pregunto sorprendida.

—Sí, hola, me alegro de verte también, Nat —responde con sarcasmo. Miro por encima de mi hombro y me encuentro un cuadro que me hace fruncir el ceño. Mi madre y mis hermanos contemplan la escena como si fuera un espectáculo, solo les faltan las palomitas. Escucho el gemido de frustración cuando cierro la puerta para que no puedan escuchar.

—¿Por qué estás tan enojado? —cuestiono ladeando la cabeza. Sus hombros descienden, hace una mueca.

—Me has estado ignorando. —Oh, mierda, no creí que se aparecería en mi casa o que le molestaría tanto—. ¿Hice algo malo? ¿Dije algo grosero? ¿Huelo mal?

Lanzo una risita de diversión al tiempo que niego con la cabeza.

—El día de hoy mis padres harán una cena, me gustaría que fueras conmigo —dice. Abro los párpados hasta que creo que se han pegado a mi frente. ¿Una cena con su padre malhumorado porque ganó el segundo lugar? ¿Ese que me miró feo?—. Por favor, será divertido si vas.

Veo sus ojitos soñadores y no hay mucho que pueda hacer, me está haciendo la mirada del gatito tierno, ¿quién puede resistirse a eso? Ni siquiera el rudo de *Shrek* pudo, estoy perdida.

—De acuerdo —lanzo un bufido cuando sonrío de oreja a oreja.

Shawn insiste en saludar a mamá y desearle un feliz día de las madres, y muy a mi pesar lo dejo pasar. Felicita a Lauren dándole un abrazo bajo la atenta mirada de mis hermanos, le pido al cielo que no digan nada inapropiado, que no se comporten como dos orangutanes drogados. Al final se va prometiendo volver para llevarme a su casa más tarde.

Lanzo un grito cuando se marcha y subo las escaleras corriendo, escuchando las carcajadas de Cecile de fondo. Tomo el teléfono móvil y marco un número que ya me sé de memoria, así que ni siquiera abro la lista de contactos.

—Hola —contesta.

—Dime por favor que puedes venir, Shawn me invitó a cenar con sus padres y no sé qué mierdas ponerme, necesito que me des clases o algo para ser una linda señorita —digo atropelladamente, tomo aire y espero su respuesta. Jas lanza una risotada.

—Claro, no sabía que mi amiga se había convertido en un macho de pecho peludo. Llego en quince, llevaré una rasuradora.

—Muy graciosa. —Suelto un suspiro cuando colgamos.

Jasmine llega justo a tiempo, el timbre suena, escucho que saluda a mamá y sube las escaleras corriendo. Entra causando alboroto, avienta una mochila al suelo y corre hacia la cama, se deja caer en mi colchón como si fuera una gran montaña de hojas. Entrecierro los ojos al ver su atuendo, mi frente se arruga, luce como si hubiera estado en el gimnasio, lo cual es raro, porque el único deporte que Jas ha hecho en su vida es mirar a Greg jugar a fútbol americano.

—Estoy agotada —suspira. Como si leyera mis pensamientos se acuesta de lado y me observa—. ¿Te acuerdas de lo que dije acerca de hacer algunos cambios? Cuando creí que estaba embarazada sentí que estaba atrapada, ¿sabes? Antes me gustaba hacer planes, pero nunca me atreví a considerarlos para no decepcionar a mis padres o a Greg o tal vez solo tenía miedo, no sé. No quiero perder más tiempo, Nat, así que hice una lista de todas las cosas que quiero hacer antes de morir, antes de que algo malo suceda y me impida cumplir mis sueños.

—¿Y uno de tus sueños es vestir tops y mallas que se pegan a tu culo? —pregunto, confundida, a lo que se carcajea.

—Estoy entrenando porque quiero ser porrista —dice, y yo me echo hacia atrás, impactada.

—¿Qué? ¿Desde cuándo? ¿Harás la prueba? —No tenía idea de que Jasmine quisiera ser animadora. De pronto veo una chispa cruzar por sus ojos, la observo aplanando sus labios para no reír. Demonios, no—. ¡No! ¡Joder, Jasmine! ¡Dime que no lo hiciste!

—Sí lo hice, las mejores amigas se apoyan, así que harás la prueba conmigo.
—Gimo con frustración al escucharla. ¿Por qué tengo una amiga tan demente?

Me levanto del asiento y me tiro encima de ella, sacándole el aire y haciendo que suelte un jadeo. Me doy la vuelta y me acuesto al otro lado, miramos el techo.

—Mis pies no coordinan y mis piernas parecen palitos de pan, ¿en qué demonios estabas pensando? Voy a parecer un espagueti bailarín. —Chasquea la lengua con lo que creo es desagrado—. Me da gusto que todo lo que pasó te haya servido para ir por lo que quieres, sabes que no me gusta la mierda filosófica, pero la vida es pasajera, hay que vivirla lo más feliz que podamos. Además, Greg es un idiota, seguro la tiene pequeña.

—No lo sé, no tengo con qué compararlo. —Las dos nos carcajamos, después nos quedamos silenciosas, tomo un respiro y le cuento lo que me dijo Hannah el otro día y cómo me siento al respecto. Jas resopla al final de mi discurso y se endereza, su ceño está tenso ahora—. Me molesta tanto esa mosquita muerta egoísta, me pone de los nervios su actitud de “soy tan buena que le diré a la chica que sale con Shawn que le quitaré al chico para no parecer tan perra”.

—No creo que sea mala, Jas —murmuro recordando que casi se puso a llorar. Me gustaría odiar a Hannah, pero simplemente no puedo.

—¿Que no es mala? Quiere tener a Shawn como un perro que le mueva el rabo cada vez que le acaricie las orejas, es desagradable.

—¿Y si mejor dejamos de hablar de eso y me ayudas? —No tengo ánimos para hablar de Hannah y Shawn, lo entiende porque me sonrío con timidez, se levanta para dirigirse al armario, donde se sumerge como siempre hace y empieza a lanzar las cosas que no le agradan.

Me obliga a ponerme un vestido rosa con estampado de flores celestes, elige mis zapatos y me peina el cabello, espero a que empiece con el listado de cosas que debo y no debo hacer delante de los padres de Shawn, pero dice algo muy diferente:

—Si tienes que fingir para agradarle a alguien entonces escápate antes de que te conviertas en otra persona. —Hace un rulo con la tenaza—. Eres adorable, Nat, aun con tu torpeza y tus ocurrencias, eso te hace especial. No

deberías avergonzarte de ser así, muchos quisieran ver colores incluso en los lugares negros, como tú.

Me deja sorprendida, porque nunca la he escuchado hablar de ese modo, por alguna razón siento que hay más en lo que dice, ¿estará hablando de ella misma? ¿Jas ha fingido para agradarle a alguien? ¿A sus padres? ¿A Greg? No lo sé, y temo preguntar, ya que no quiero que se ponga triste.

Horas después bajamos las escaleras riendo, justo cuando el timbre suena, me ahogo con mi respiración, ¿será Shawn? No me dijo a qué hora vendría, pero ya van a ser las siete, no creo que tarde demasiado.

Mamá camina hacia la entrada y se detiene al verme.

—¿Estás hermosa, cariño! —exclama antes de abrir la puerta. Shawn entra vistiendo camisa y pantalones de mezclilla negros, ¿por qué tiene que ser tan lindo siempre? ¿Eh? No lo entiendo.

Un movimiento capta mi atención, Frank sale de la cocina y se detiene en seco al verme, sus ojos desorbitados me hacen reír, al igual que su boca abierta. Lleva un tazón lleno de frituras, ese niño no engorda ni comiéndose un rinoceronte.

—¿A dónde vas vestida así, Natalie? —pregunta, su rostro se enciende de color rojo. Al principio creo que va a decir alguna cosa para avergonzarme delante de todos, luego me doy cuenta de que está furioso, y eso me parece más divertido. Frank se da cuenta de Shawn, su expresión es indescriptible, hasta mamá está aguantando la risa. Al parecer comprende que tengo una cita, ya que camina hacia el pelinegro, lo observa desde abajo y me señala. No creo que se dé cuenta de que parece una pulga delante de una jirafa—. ¿Ves ese vestido, chico? Te agrada, ¿verdad? Si veo una sola arruga cuando Natalie vuelva me vas a conocer.

Enmudecidos lo vemos caminar hacia la sala y sentarse en el sofá, aclaro la garganta para no ponerme a reír como una lunática. Jasmine me da un empujoncito y bajo los escalones que me faltan.

Los ojos de Shawn contactan con los míos, no los despega, ni siquiera cuando me ofrece su mano. Mis mejillas se encienden, siento las miradas de todos en la cara.

—No la traigas muy tarde —le pide mamá, solo entonces él deja de mirarme para observarla.

—No lo haré, señora Drop —responde.

Me despido de mi madre y de mi mejor amiga, el brazo de Shawn rodea mi cintura y me da un jalón para pegarme a su costado. Mi estómago cosquillea al ver su motocicleta en la acera. ¿Cómo demonios voy a subirme ahí con el puñetero vestido? Pero me importa un carajo, no me perdería por nada del mundo un paseo en esa cosa tan perfecta.

Nos detenemos delante de esta, él agarra un casco y con suavidad me lo pone en la cabeza.

—Tú delante para que sea más fácil —dice.

Me ayuda a subir, después se monta detrás de mí, sus piernas se colocan alrededor de las mías, pone mis manos en el manubrio y enciende el motor. Deja al descubierto el lado derecho de mi cuello apartándome el cabello, me enderezo cuando siento su aliento en mi oreja.

—Eres lo más hermoso que he visto —susurra y cierro los ojos, el contacto de sus labios sobre mi piel me hace estremecer y preguntarme si es real.

La motocicleta ruge, pone sus manos sobre las mías y arranca.



treinta y dos



NATALIE

Respira, Natalie, no te ahogues con tu propia saliva, no quieres conocer a tus posibles suegros como una uva morada, ¿verdad? Miro al frente. A pesar de que quiero disfrutar del camino, no puedo hacerlo, siento las piernas temblorosas y el corazón acelerado. Shawn nunca me ha llevado a su casa, ni siquiera sé dónde vive.

Veinte minutos después se adentra a una colonia bastante amigable, no es nada fuera de lo común, casi temía que fuera un millonario o qué sé yo. Estaciona la motocicleta afuera de una casa de color beige, en el jardín hay arbolitos y una maceta con una estaca que dice «welcome».

Recorremos el camino a la entrada en silencio, entierro las uñas en las palmas de las manos, creo que tengo que ir a orinar. Oh, maldita vejiga llena; por favor, no me hagas esto ahora.

—Oye, tranquila, estás temblando. —Él toma mi mano y me da un jaloncito para detenerme. Da un paso hacia mí y me sonrío—. Todo estará bien, ¿de acuerdo?

—¿Q-qué debo decir? ¿Hay algo que no deba hacer? —pregunto llena de pánico, me siento como un grano de maíz explotando en el microondas. Levanto la mano y empiezo a enumerar—. Definitivamente tengo que tener cuidado al comer o creerán que no tengo modales, mamá decía que comía como pollito cuando era pequeña y tenía que limpiar el mantel una y otra vez porque yo lanzaba la comida; no debo decir estupideces o pensarán que soy una chiflada; mucho menos debo hablar de los ceros de matemáticas, ¡oh, Dios! ¡Los ceros de matemáticas! Van a pensar que soy una mala influencia que te está llevando por el camino de la perdición de los alumnos reprobados

e irresponsables que no hacen sus tareas en casa, podrían odiarme porque los dos terminaremos en los parques aventándoles granos a las palomas.

La risotada de Shawn me hace sacudir la cabeza para concentrarme, lo enfoco, todavía perturbada, sin entender qué es lo que le parece tan gracioso.

—Eso son muchos pensamientos juntos, Nat —dice cuando logra recomponerse, me envuelve en un abrazo, obligándome a enterrar mi nariz en su cuello. Huele bien, así que no me quejo, al contrario, me quedo quieta, de verdad estoy nerviosa y él me calma—. Me da gusto que tengas el problema de la comida porque así fue como te conocí, me arrojaste un caldo. Me gustaría incluso si tuvieras un cero tatuado en la frente y montaras un caballo de colores. No necesitas ser otra persona, porque esta es la chica que a mí me gusta, ellos no están conformes con nada, preciosa, ni siquiera les agrado yo.

—Gracias —susurro.

Nos separamos cuando alguien carraspea, él se echa hacia atrás y acuna mi mano con la suya. Caminamos hacia la entrada, levanto la vista muy despacio, me encuentro con los ojos escrutadores del señor Price, el mismo que conocí el día de la competencia de atletismo. Es alto e imponente, como un gran gorila enojado golpeando su pecho. Me amedrenta su ceño fruncido.

—Papá, esta es Natalie, una amiga. —Vuelve a mirarme con intensidad, mierda, ¿puedo convertirme en hormiga ahora?—. Nat, él es mi padre.

—Mucho gusto, señor Price —digo con una sonrisa, o eso creo que es. Después de un segundo su ceño se relaja y me regresa el gesto.

—El gusto es mío, hija. —Se hace a un lado abriendo la puerta para dejarnos pasar.

—¡Shawn, qué bueno que llegas! Hannah me estaba diciendo que... —Ella se queda callada cuando se da cuenta de que su hijo no viene solo.

Doy un respiro tembloroso, desearía limpiarme el sudor de las palmas en la falda, pero siento que me veré patética porque ahora todos están mirándome como si fuera una mosca molesta cagando en sus comidas.

Los ojos azules de Hannah me enfocan, pero luego se apartan, clava sus pupilas en la alfombra y no vuelve a levantarlas. La madre de Shawn le lanza una mirada interrogante a su hijo, entonces es cuando me doy cuenta de que ellos ni siquiera sabían que vendría acompañado, y eso me enoja también.

La señora Price también es alta, su cabello negro está recogido en un moño elegante, trae puesto un vestido de color aceituna que resalta la palidez de su piel; se parece a Shawn, mucho. Se acerca dando pasos largos en sus enormes tacones que traquetean en el suelo hasta detenerse frente a nosotros.

—¿Y esta hermosa chica quién es? —pregunta con alegría, sin embargo, no la suficiente como para alegrarme. A mamá no le importa que invite amigos a casa, pero la madre de Jas, por ejemplo, detesta que mi amiga no le avise de que alguien irá; quizá a los padres de él tampoco les agrada la idea.

—Es Natalie, ¿recuerdas que te dije que invitaría a una amiga? Bueno, pues aquí la tienes. —Su mano se flexiona en la mía, la verdad no sé quién de los dos está más nervioso.

—Oh, sí, ya recuerdo, perdona, creí que te referías a Hannah. —De acuerdo, eso me dolió. ¿Los padres de Shawn también están deslumbrados con la chica? La señora Price me enfoca sonriente y me ofrece su mano—. Un gusto, cielo, soy Cathy.

Le regreso la sonrisa, a pesar de que no me siento feliz en absoluto, mis nervios y mis ánimos han disminuido considerablemente. Los dos nos sentamos en un sillón, nunca suelta mi mano, eso es lo único bueno de esto, ya que creo que soy un fantasma. Tal vez pueda llorar en el baño y lanzarles libros a las personas, eso sería divertido.

El tiempo pasa, miro alrededor y los observo, solo están las dos familias y yo, los adultos conversan de alguna cosa aburrida que apareció en las noticias. Cathy le pregunta a la otra rubia de la habitación si quiere algo de tomar, Hannah niega sacudiendo la cabeza, luego le pregunta a su hijo, posteriormente se pierde en la cocina para preparar las bebidas; no pasa desapercibido para mí el hecho de que no me preguntó.

Más tarde pasamos al comedor, el señor Price se coloca en un extremo de la mesa, a su lado su esposa, luego Shawn y luego yo; del otro lado se encuentra la familia Carson, Hannah está justo frente a mí. Desde que llegué no me ha mirado ni una sola vez, al chico a mi lado sí, a él sí que lo ha visto bastante y creo que eso es muy evidente para todos, ya que no lo disimula. Vi que él le correspondió unas cuantas sonrisas, pero la verdad no quise ver mucho porque no estoy en mi mejor estado de ánimo.

—Cathy, ¿te dijo Shawn que Hannah ganó el otro día el concurso de debate? La hubieras visto, fue increíble —asegura su madre—. Estoy convencida de que será una abogada increíble, ya estamos investigando para que entre a la mejor universidad.

—¡Eso es maravilloso, Lou! Ya sabemos que Hannah es un ejemplo a seguir, inteligente, amable, guapa, talentosa, ¿hay algo que no haga bien? —Sí, ¿hay algo? Eso mismo me pregunto yo todo el tiempo. Intento tragarme las zanahorias para no vomitar, no sé si es por lo que está pasando o porque odio las verduras—. Por eso siempre he dicho que mi hijo tiene buen ojo.

Miro el guisante como si fuera lo más interesante y hago como si ella no me hubiera roto el corazón con sus palabras; sin embargo, siento cómo caen los trozos y repiquetean en el piso. De reajo veo que Shawn está apretando los puños debajo de la mesa hasta que sus nudillos se vuelven pálidos, quiero alcanzarlo, darle un apretón para que vea que no ha pasado nada, pero no estoy muy segura de

que sea verdad, pues mi pecho empieza a calar, mis ojos se sienten calientes, me recuerdo una y otra vez que no debo llorar.

—Sí hay algo que no puedo hacer, de hecho, soy un desastre. —Miro a Hannah, sin entender qué demonios está haciendo—. Nat siempre me deja copiar sus exámenes de artes, hace pinturas muy hermosas y unos jarrones de arcilla que el profesor coloca en las ventanas después de poner flores multicolores, desde afuera se ven geniales. Cuando paso por ahí siempre me detengo y los miro porque tienen formas graciosas y me hacen sonreír.

Muy bien, el nudo en mi garganta solo crece más y más, ella está intentando aligerar el ambiente diciendo cosas buenas de mí después de lo perra que fue la señora Cathy. Me hace sentir mal porque yo siempre pienso cosas desagradables de Hannah.

—Ay, querida, pero no te preocupes por eso, no te vas a morir de hambre por no saber hacer jarrones de colores. —Una risa silenciosa sale de mi boca, creo que esta señora de verdad quiere que ellos dos queden juntos. Hannah la observa con incredulidad, luego me mira y musita un «lo siento» que correspondo con un encogimiento de hombros—. En fin, ¡Natalie! Dime, ¿qué otras cosas sabes hacer? ¿Tienes buenas notas?

¿Eso es todo lo que piensa preguntarme? ¿Sabiendo mis notas sabrá qué clase de persona soy? ¿Todos los valores, las enseñanzas que me inculcaron mis padres no sirven de nada si no tengo una nota alta? Abro la boca para responder, pero alguien se me adelanta, al principio creo que le dirá algo para que deje de ser tan mala, lo que sucede es muy diferente.

—Natalie es la calificación más alta en química, literatura y m-matemáticas —dice Shawn.

No.

No ha hecho eso. No él.

No después de decirme que le gusta cómo soy, que no finja delante de los otros.

Cierro los párpados con dolor, al tiempo que dejo el tenedor sobre la mesa. Vuelvo a abrir los ojos, me quedo enmudecida porque no puedo creer que haya dicho esas mentiras para quedar bien, para que sus padres crean que soy otra Hannah.

No me ha dolido, me ha destrozado. Porque yo no soy esas cosas, yo solo soy la chica que hace jarrones de colores.

Tomo un respiro profundo y tembloroso. No pienso quedarme un segundo más aquí, él es igual que todos ellos, no quiso decepcionar a sus padres diciéndoles la verdad porque le avergüenza que no sea lo que esperan.

Me pongo de pie, deteniendo el parloteo de la señora Cathy y sorprendiendo a ambas familias. No me atrevo a mirarlo porque quiero romperle la nariz... y porque no quiero que vea cuánto me ha lastimado.

—De hecho, señora Price, soy un desastre en química, no me gusta leer, no sé encontrar el valor de equis y odio levantarme temprano para ir a la escuela; pero ¿sabe qué? Amo hacer jarrones de colores porque, aunque me vaya a morir de hambre, alguien va a pasar por el jardín, los va a mirar y va a sonreír porque son graciosos, aunque esté pasando un mal día. Tal vez no sea la mejor de mi clase, sin embargo, mis padres me enseñaron valores y sé que lastimar a otros no me hace mejor persona. —Tomo aire—. Buen provecho.

Me doy a vuelta y, dando zancadas, salgo de la casa de Shawn Price.



treinta y tres



SHAWN

Silencio es lo que prevalece después de que se aleje. Salgo del aturdimiento apenas escucho el portazo retumbando en las paredes, me pongo de pie con rapidez sin comprobar a nadie, ya tendré tiempo para mandarlos a todos al infierno. Me apresuro, después de salir no cierro la puerta, sé que debe estar cerca porque la traje yo. Veo su melena rubia bailando por el viento, no dudo en seguirla, está caminando muy rápido hacia la avenida principal de la colonia.

—¡Natalie! —grito a todo volumen, sé que me escuchó pues, en vez de detenerse, aumenta el ritmo de sus pasos. Luego empieza a correr y suelta una maldición, ya que la he cagado tanto que está corriendo lejos de mí. Sigo sus pasos acelerando el ritmo, trotando—. ¡Natalie, espera! ¡Por favor!

Pero no lo hace, da la vuelta en una esquina y corro lo más rápido que puedo, sé que de ese lado está la parada de autobuses. Llego en segundos, la encuentro mirando hacia todas partes y se tensa, mi respiración pesada me delata, me mira por encima del hombro y salta, otra vez se gira para alejarse. No obstante, corro lo que me falta antes de que pueda hacerlo, me aproximo y agarro su codo.

No tiene más remedio que detenerse, aun así, se demora en enfrentarme. Me encara con lentitud, pero no me mira, ella simplemente no lo hace, está enfocada en un punto de la acera; quiero pedirle que se concentre en mis ojos, quiero levantar su barbilla y obligarla, pero no lo hago.

Respiro profundo cuando me doy cuenta de que sus mejillas están empapadas de lágrimas y yo no sé qué hacer para detenerlas. Algo dentro de mí se estruja, es mi culpa que esté así, no quise lastimarla, de verdad que no quería.

Estaba tan furioso por el comportamiento de mis padres, quería gritarle a mamá que se callara, que dejara de ser tan hiriente y cruel, ni siquiera sé por qué estaba actuando de esa forma con mi cita en la mesa. Estoy decepcionado, quería que pasáramos un rato divertido, había pensado en enseñarle mi habitación, mis trofeos. Solo quería presentársela a mis padres, ya que tenía la esperanza de que se alegrarían porque, por primera vez, estoy haciendo las cosas que quiero, con Nat. Solo quería que dejaran de joderla, debí gritar, el regaño de papá habría sido mejor que ver las lágrimas de Natalie, que ver la mueca de disgusto en sus labios por tenerme cerca.

Siento el impulso de abrazarla, de apretujarla contra mi cuerpo para que refugie su pequeña nariz en mi cuello. Le doy un jalón que la sorprende, suelta un jadeo de asombro que detiene el flujo de tristeza que sale de sus ojos. La envuelvo con mis brazos, pero Nat no hunde su nariz en mi cuello como otras veces ni rodea mi cintura ni sonrío en mi pecho, sino que pone sus brazos en mis clavículas y me empuja para separarnos.

La dureza de sus gestos resquebraja mi corazón.

—No me abrases. —Trago saliva, mi boca comienza a secarse, nunca he visto a Natalie de este modo, no la conozco enojada y no tengo la menor idea de qué decir a pesar de que tengo una explicación. Doy un paso, en verdad quiero abrazarla y pedirle que me escuche, sin embargo, se echa hacia atrás. Eso lo siento como una dura bofetada—. Te dije que no, Shawn, es obvio que estás avergonzado por estar conmigo, no voy a fingir delante de tus padres.

Tomo aire, ha hecho un gran revoltijo en su cabeza. No, no me avergüenza estar con Natalie, no me arrepiento ni un solo segundo de todos los que hemos pasado juntos. Es imperfecta, es torpe, es divertida, es lo opuesto a lo que siempre quise en mi vida; y eso solo la hace perfecta. Pero no sé cómo decírselo, no tengo idea de cuáles son las palabras adecuadas para que su mirada dolida se vaya.

—Nat, no es lo que crees, estás malinterpretando las cosas. —Intento acercarme a ella, sin embargo, levanta las palmas para detenerme—. Por favor, Nat.

—Yo no soy tu perfecta Hannah, Shawn.

—No es mi Hannah, Natalie. —Suelta un pequeño resoplido junto con una risa sarcástica y una lágrima se desliza por su pómulo. Si la tuviera cerca se la

quitaría con el pulgar. No obstante, la rubia se las arrebató, respira profundo y me mira con decisión.

—¿Sabes qué, Shawn? Regresa a tu casa y habla con Hannah, dile que te cuente qué es eso que me dijo el otro día afuera de la escuela, dile que te explique. No quiero hablar contigo ahora porque estoy enojada y triste; quiero estar sola, y quiero que ella te lo diga porque no pienso decirlo yo. Si después de todo tú te das cuenta de que quieres estar conmigo, entonces ya veremos.

—Al menos déjame llevarte a tu casa. —Sacude la cabeza, rechazando mi oferta.

Como si estuviera escuchando, un autobús llega a la parada, se sube sin despedirse, sin darme otra mirada, sin esperar mi respuesta.

Me quedo quieto hasta que el transporte se va, después lanzo un suspiro y aprieto el puente de mi nariz. Esperaba que termináramos este día de otra manera, no así. Regreso caminando a mi casa con los ánimos decaídos, la puerta sigue abierta, al entrar escucho voces provenientes del comedor, mientras ella está llorando ellos están muy animados, a pesar de lo desagradables que fueron; la ira aumenta, cierro la puerta azotándola con rabia y me dirijo a la mesa.

Todos se quedan en silencio y me contemplan, excepto mamá, que estira una mano para agarrar un recipiente repleto de ensalada.

—¿Cuántas veces te he dicho que no azotes la puerta? —pregunta chasqueando la lengua—. Por cierto, qué niña tan desagradable, mira que hablar así y largarse de esa forma.

—¡¡Me importa un carajo tu maldita puerta!! —estallo como una bomba, la boca de mamá se abre, sorprendida porque nunca le he elevado la voz—. ¿Desagradable? ¿Y tú qué eres entonces, mamá? Estoy harto de que no respeten nada de lo que quiero, no se vuelvan a meter en mi vida.

Sin esperar a que me respondan, me doy la vuelta y me dirijo hacia las escaleras, las cuales subo corriendo. Me encierro en mi alcoba, sintiendo los laditos acelerados contra mi pecho, pero aún con la imagen de Natalie llorando en mi mente.

Cojo el teléfono móvil del escritorio cuando alguien abre la puerta sin tocar.

—No quiero hablar —digo creyendo que es alguno de mis padres.

—Soy yo. —Me detengo y encaro a Hannah girando sobre mis pies. Se queda en el umbral, dudando entre entrar y no hacerlo—. Si quieres vengo luego.

—No, está bien, no tienes la culpa. —Me dejo caer en el colchón, entretanto Han entra a la habitación y se sienta en una silla cerca de mí. Hace una mueca.

—Creo que deberías hablar con tus padres y arreglar las cosas, tu madre se puso triste y comenzó a lagrimear en la mesa —dice. Por un momento los remordimientos me carcomen, amo a mamá, pero me molesta que se haya metido con Natalie.

—Estoy enojado, Hannah, ¿escuchaste las cosas horribles que dijo? Mamá puede ser muchas cosas, pero jamás había actuado así. Temía más por la reacción de papá por lo que pasó el día de la carrera, no se me cruzó por la cabeza que mi madre pudiera ser grosera con Natalie. Ella estaba tan seria, Nat nunca es seria, siempre se ríe, hace un montón de cosas, dice muchas más; pero jamás se queda quieta y callada. Luego se puso a llorar, está furiosa conmigo, no quiere hablarme. No quería lastimarla mintiendo, ¿sabes? Antes de que entráramos me dijo que le avergüenza no tener buenas notas, tenía miedo de que mis padres la criticaran, creí que le ayudaría diciendo eso, que callaría a mamá. Lo que menos me importa es su promedio, ahora piensa que me avergüenzo de ella.

—Entiendo, solo comprende que es un poco conservadora y Nat actúa como si tuviera diamantina encima.

—Natalie es la chica más genial que he conocido —digo.

Hannah intenta esbozar una sonrisa.

—¡Vaya! Gracias, creí que yo era la más genial —murmura con burla. Contemplo cómo se pone de pie y se dirige a la salida—. En fin, será mejor que regrese o mamá me acusará de ser una grosera.

—Han... —Ella se detiene y me enfrenta con una ceja alzada—. Natalie me dijo algo extraño, la verdad no entendí nada. Dijo algo sobre preguntarte acerca de lo que le dijiste el otro día afuera de la escuela.

—Eh... —Hannah apoya su peso en uno de los lados de su cuerpo, luego lo cambia al otro, retuerce las manos con lo que creo que es nerviosismo—. No sé, y-yo no tengo idea.

Abro la boca para preguntarle si está segura, pero desaparece antes de que pueda tomar aire para hablar.



treinta y cuatro



NATALIE

Desciendo del camión sintiéndome desanimada, las palabras de la madre de Shawn no dejan de sonar en mi cabeza. Sé que lo dijo solo para que me sintiera mal, sé que es tonto que me afecte su opinión cuando ni siquiera me conoce, pero igual me duele. Sé que me afectan porque muy en el fondo creo que tiene razón, que no soy buena en nada más que en artes.

Entro al señor Pimiento y saludo al viejo Hest, espero que no se moleste, ya que no estoy usando el uniforme. La verdad es que no sabía a dónde más ir y se me ocurrió refugiarme en este restaurante de comida rápida. Un gran escondite si me dejan aclarar, puedo deprimirme comiendo papas fritas hasta convertirme en un globo.

El lugar está vacío, por raro que parezca, esperaba que estuviera lleno considerando la fecha, aunque quizá se deba a la hora. Entro a la cocina, lo primero que me encuentro es a Poppy comiéndose a escondidas un helado en una de las esquinas, ella me encuentra con su mirada, sus cejas se tensan, entonces sé que no debo abrir la boca si quiero conservar mi cabeza. De todas formas, no iba a acusarla, he hecho eso un montón de veces.

Me recargo en una mesa metálica, justo en ese momento entra Jackson por la puerta trasera cargando una caja de cartón, sus ojos me encuentran, esboza una extensa sonrisa que me hace sonreír un poco aun cuando no tengo ganas de hacerlo.

Se aproxima sin quitarme la vista de encima, deposita la caja en la mesa. Me asomo para ver el contenido, es un tumulto de pajillas.

—¿Qué está mal, hamburguesa rubia? —pregunta colocándose frente a mí con los brazos cruzados.

Es como si hubiera estado esperando que me lo preguntara, porque se lo suelto todo. Le cuento desde el principio hasta la parte donde salgo precipitadamente de la casa, la pelea con Shawn en la parada de autobuses, el hecho de que la chica de la que ha estado enamorado ha decidido luchar por él, que eso me hace sentir como la tercera rueda. Jack se queda silencioso, luego se aclara la garganta.

—No te sientas mal por lo que esa señora te dijo, no necesitas una calificación alta para ser bueno en la universidad, cuando entres verás que es muy diferente, hasta los más inteligentes sufren. Y si encuentras una profesión que de verdad te guste, no creo que se te haga difícil. Yo tenía una amiga que sacaba calificaciones bajas, luchó para entrar a la carrera que quería, y ahorita es de las mejores de su generación. ¿Qué si te gusta hacer arte? ¿Por eso ya no vas a esforzarte por conseguir lo que quieres? No, Nat, eso no quiere decir nada. Así que si a ti te gusta... ¡no sé!, algo relacionado con la biología, ve a por ello, y si descubres que no es lo tuyo, ve a por otra cosa.

—Es que ni siquiera sé lo que quiero, Jack, siento que soy mala para todo —digo con un nudo en la garganta.

—¿Crees que yo lo supe al principio? No, Nat, no tenía una jodida idea de qué hacer con mi futuro, es parte de encontrarse, hay algunos que nunca lo encuentran. Si sabes que te gusta el arte, investiga qué carreras podrían relacionarse, pero no te pongas a llorar por lo que esa mujer insinuó. —Miro el suelo, no muy convencida de lo que está diciendo. Su dedo índice levanta mi barbilla hasta que mis ojos se encuentran con los suyos—. Ese chico te pone triste, quiero ver la sonrisa de mi chica hamburguesa rubia ahora o si no esto se va a poner feo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto medio divertida. Me agrada estar con Jackson, puedo hablar sin preocuparme por qué pensará de mí.

—Voy a decirle al viejo Hest que quieres ser la mostaza. —Suelto una risita porque me parece ridículo y porque no quiero usar esa cosa tan horrible, el gorro parece el pico de un pato—. ¡Ahí estás!

Luego pasa algo que me sorprende, Jackson deposita un beso en mi mejilla.

De acuerdo... ¿qué demonios acaba de pasar? Jack me abraza un montón, a veces nos saludamos con un beso en la mejilla, pero jamás se inclina para

besarme la cara sin razón alguna, ¿es que me veo tan mal que cree que necesito cariño?

—Bueno, como no hay gente creo que es mejor que me vaya, al fin y al cabo es mi día libre. —Hago un mohín—. Gracias, Jack.

Me despido de él e intento decirle adiós a Poppy, pero está raspando con agresividad la grasa de una estufa. Mi ceño se frunce porque no veo que haya tanta suciedad como para lijar de esa forma, creo que está molesta; sin embargo, siempre lo está, sobre todo conmigo. Decido que lo mejor es no aumentar su disgusto, así que salgo del local.



La mañana siguiente camino por el pasillo, pero me detengo en seco al ver una escena que no es agradable. Me pego a la fila de casilleros para esconderme.

—Auch —suelto un gemido, mi golpe ha causado un estrépito, varias cabezas giran para mirarme con curiosidad—. Genial, Natalie, qué movimiento tan inteligente.

Contengo la respiración, esperando que se den cuenta de que estoy aquí, pero no lo hacen. Extiendo los brazos en el metal, me adhiero como si tuviera tentáculos. Hay un grupo de alumnas que me esconde, gracias a todos los cielos existen las chicas amantes de los rumores que se juntan en los pasillos a platicar de las vidas de otros. En este momento estoy muy agradecida, ya que no quiero que me vean.

Levanto la vista para contemplarlos, podría integrarme a las fuerzas del FBI o quizá no me han notado porque están demasiado entretenidos... Sip, seguramente es la segunda opción. El caso es que tengo que tragar saliva varias veces porque el nudo en mi garganta quiere ahogarme. Si fuera cualquier otra chica no me molestaría, pero que Hannah esté con Shawn y que ambos estén riendo con alegría me desalienta, me entristece.

Ella dice algo y él se carcajea, ¿desde cuándo Hannah es graciosa? Ella es todo menos chistosa, es como si las ranas no fueran babosas, lo divertido y Hannah no encajan. ¿Por qué demonios se ríe?

Pasé toda la noche encerrada en mi habitación, las cosas con mi padre están tensas, ni siquiera sé qué hacer, no sé si debo hablarle, si debo enojarme porque me mintió y cubrió a mamá, no tengo ni idea. Anoche llegué a casa de papá, estaba la cena servida, pero no pude masticar, por lo que me levanté y me refugié en mi alcoba a pesar de que sabía que eso lo decepcionaría porque se está esforzando para que recuperemos nuestro vínculo.

Luego me levanté en la mañana y mi padre ya se había ido, toda esta situación me hace sentir tonta, me gustaría que Shawn estuviera conmigo en este momento y me diera un abrazo, o que por lo menos riera a mi lado; pero no, está con Hannah.

—¡¡Natalie!! ¡¡Amiga!! ¿Qué estás haciendo? —La voy a matar, me las va a pagar, juro que voy a vengarme.

Me despego del casillero, volteo la cara justo cuando Shawn empieza a buscarme con la mirada. ¡Maldita, Jasmine!

La miro con los ojos desorbitados, ella aplana sus labios para no carcajearse, se está divirtiendo, la descarada.

—Voy a amarrarte con los calzoncillos sucios de Frank y te encerraré en una jaula junto a Greg, te juro que me la voy a cobrar, Jas —digo con los dientes apretados, escucho su risita, pestañea repetidas veces como si fuera una chica inocente.

—¿De qué hablas? Yo solo quería saludar a mi mejor amiga, ¿ahora está prohibido hacerlo? —Quiero reírme, normalmente lo haría, pero empiezo a hiperventilar. Jasmine abre los párpados, comprendiendo que no estoy jugando esta vez—. Lo siento.

Voy a tomar su codo para largarnos, pero una voz me detiene.

—Nat, ¿podemos hablar ahora? —pregunta, veo que extiende la mano con la intención de agarrar mi hombro, así que me muevo disimuladamente para que no me alcance—. Por favor.

¿Para qué quiere hablar? ¿Para rechazarme con cordialidad? Seguro Hannah ya le contó todo y él quiere desecharme.

—Ehh... ahora no puedo, tengo que ir a clases, tal vez más tarde —digo antes de darme la vuelta. Tomo el brazo de Jas y la arrastro por el pasillo hasta que llegamos al aula indicada.

—¿Qué demonios pasó? —pregunta mientras nos dirigimos al fondo del salón. Entonces le cuento todo lo que ocurrió sin omitir detalles, Jasmine cruza los brazos sobre la mesa de su banco y tensa el entrecejo con enojo.

—Pobre Shawn, debería comprar bozales para domesticar a las perras que lo rodean —dice, hace una mueca y chasquea la lengua cuando ve que voy a hablar—. Ni intentes defender a Hannah, Natalie, ella sabe perfectamente que quieres a ese chico, ese chico empezaba a sentir algo por ti, me importa una mierda si está confundida y sola.

—Supongo que todos tenemos derecho a luchar para estar con la persona que amamos —susurro.

—Eso sería factible si lo amara. —Suelto un suspiro, no digo nada. De pronto, Jas hace un movimiento extraño para taparse el rostro con la palma—. Míralo, está siendo un grano en el culo, ayer me persiguió por toda la biblioteca diciendo que podía ayudarme a cargar mis libros. Luego, estaba sentada en una banca y me llevó esta golosina que tanto me gusta, le dije que se fuera, no lo hizo, me levanté para marcharme e hizo lo mismo. No deja de mirarme en clases, tengo que escapar en los pasillos, no puedo estar sola porque se me pega como una lapa. Empieza a ser molesto.

Alzo la mirada y me encuentro a Greg, sentado a unas filas de distancia con la vista fija en mi mejor amiga.

—¿Han hablado? —cuestiono.

—Sí, cada día le pido que me deje en paz, que lo nuestro se terminó, pero él solo dice que tiene que disculparse por todo lo que hizo, no entiende que no voy a volver con él.

—¿De verdad? No es que dude de ti, es que sé que le quieres y... —Alza el dedo índice para silenciarme. Agarra el bolso y busca algo, saca una hoja doblada, me la ofrece.

—Mira el punto número uno. —Extiendo el papel y sonrío.

—«No tropezar con la misma piedra dos veces». —Leo en voz alta, alzo una ceja, de verdad está haciendo lo de la lista—. ¿En serio?

—Sabes quién es la piedra, ¿verdad? —pregunta, así que asiento—. Hagamos un trato, rubia, seamos escudos el día de hoy. Si no te separas de mí Greg no se acercará demasiado, lo mismo con Shawn.

Me muerdo el labio con diversión cuando Jasmine extiende la mano en mi dirección. Sinceramente no sé qué haría sin esta chica, me relajo en el asiento porque sé que estará ahí para mí si lo necesito, incluso si no hago la cosa rara del apretón de manos; no lo necesitamos, no necesito hacer un trato para querer su bienestar, de todas formas, la tomo y las sacudimos.

—Trato hecho, morena.



treinta y cinco

SHAWN

Me escurro en el asiento lanzando un suspiro, acomodo la bandeja llena de comida frente a mí y recorro la cafetería con la mirada, buscando esa melena rubia que me ha estado evitando. ¿Evitando? No, ella prácticamente me voltea la cara, es más como ignorar; y no me agrada que Natalie me ignore.

—Explicame qué demonios te pasa, actúas como si te hubieras comido un cactus y te diera miedo ir a cagar. —Arrugo la cara, le doy una mirada de desagrado a Harold y lanzo un resoplido—. En serio, desde ayer actúas de ese modo, ¿es por Hannah?

—No —digo, revuelvo la pasta con el tenedor—. Es por Nat, no me habla.

—¡Uh! ¿Qué hiciste, amigo? Debió ser algo malo como para que ella no te hable, nunca la he visto enojada.

—Es porque mentí el día que fue a casa, mi madre le preguntó sobre sus notas, sé lo grosera que puede ser mamá, contigo lo fue, ¿recuerdas? Ni siquiera se detiene a pensar si sus palabras causan algo en la otra persona. Entonces entré en pánico, temí que le dijera más basura de la que ya había dicho, así que dije que tenía buenas notas en las materias donde más mal le va. —Respiro profundo, lanzo los cubiertos al plato porque se me ha ido el apetito—. Entonces ella se levantó y prácticamente le dijo a mi madre que no tenía valores, se fue y discutimos en la parada de autobuses porque cree que quiero una copia de Hannah.

—Comprendo lo de tu madre, discúlpame, es bastante pesada, amigo. —Recuerdo el día que mamá conoció a Harold y el listado de preguntas que le hizo para comprobar que no fuera una mala influencia—. ¿Y no es verdad? Lo de Hannah.

—No —digo con la frente arrugada—. Por eso me gusta Nat, porque es distinta, puedo ir a los restaurantes con ella y no preocuparme si me mancho la cara, se sube a mi motocicleta y no le importa si se despeina en el camino, es divertido pasar el tiempo a su lado, es espontánea, graciosa, madura e inteligente, aunque no lo crea.

—No la estarás poniendo en la zona de amigos, ¿verdad? —Vuelvo a resoplar.

—A menos que ahí pueda subirla a mi regazo para devorarle la boca —digo, a lo que lanza una risotada.

—¿Ya le dijiste eso que has dicho? —pregunta.

—No, me pongo nervioso. —Harold me indica con una seña que me acerque como si fuera a decirme un secreto, me inclino, pero él dice que me acerque más, por lo que me arrastro en mi asiento hasta que la mesa se clava en mi torso. Una dura palmada cae en mi mejilla, me echo hacia atrás con asombro —. ¿Qué mierda te pasa?

—Díselo, maldita sea, busca a Natalie ahora y dile lo que acabas de decirme.

Asiento, me pongo de pie y le sonrío a mi mejor amigo. Doy una vuelta en la cafetería, salgo de ahí cuando no la encuentro, tampoco a Jasmine. Voy al salón de artes, pero no está ahí, así que me detengo en la mitad del pasillo, preguntándome si debería ir a la biblioteca.

Algo llama mi atención, un par de animadoras carcajeándose en la entrada del gimnasio. A pesar de que creo que es ilógico que Natalie esté ahí, igualmente me aproximo al lugar y traspaso el umbral. Hay un montón de chicas con ropa deportiva, está el equipo de fútbol, el de porristas y alumnos mirando el espectáculo en las gradas. No sabía que las pruebas eran hoy.

Recorro la fila de chicas y sonrío al encontrarla con los brazos cruzados frente a su pecho, está haciendo una mueca de desagrado y mirando a Jasmine como si quisiera enterrarle cuchillos en la cabeza. La verdad no puedo creer que esté aquí, no estoy seguro de que le agrade la animación con pompones.

Me siento en la primera fila de las gradas y la observo mientras el resto hace la rutina de las animadoras, van pasando de cinco en cinco; sin embargo, estoy demasiado entretenido estudiando el atuendo de Natalie: *shorts* cortos. Me muerdo el interior de la mejilla y aprieto las manos en mis muslos porque me

dan ganas de pararme y arrastrarla a los baños para besarla y acariciar sus piernas pálidas.

No se ha percatado de mi presencia, no hasta que es su turno, pasa al frente y la mandíbula se le desencaja al verme. Le guiño un ojo que la hace enrojecer y atrasarse en el baile, la música empieza, ella no se mueve hasta que se da cuenta de que las otras chicas se están moviendo. Aplano los labios para no reír, es la chica más descoordinada que he conocido, hace los movimientos tarde, es bastante torpe y es preciosa también. Al final tienen que saltar y abrir las piernas en el suelo; ella se deja caer, dándose un golpe por el sentón y abriendo las extremidades a medias.

El gimnasio se queda silencioso por un instante, después se escuchan los aplausos. El rostro enrojecido de Natalie no se ha aclarado, sorprendiéndome, se acerca y se sienta a mi lado. No puedo soportarlo más, por lo que suelto una risita que hace que sus comisuras tiemblen. Es increíble lo poco que le importa la opinión del resto, es probable que en este momento muchos se estén burlando de lo que hizo.

—Eso, búrlate —murmura bufando, queriendo parecer molesta, pero el brillo en sus ojos me indica que está bien.

—Fue muy interesante —respondo. Intento rodear sus hombros, no obstante, se inclina hacia el lado contrario.

—Ugh, no, estoy sudada, quítate —susurra, empujándome con sus palmas.

—Oh, cálmate, no pensé que fueras tan sensible, solo es un poco de sudor que se ve bastante *sexy* en tu cuello. —Veo cómo sus mejillas enrojecen más hasta convertirse en dos tomates, sonrío de lado. Sin importar la poca reticencia, la rodeo por la cintura y la pego a mi costado.

—Se supone que debo ignorarte porque has actuado como un patán.

Deposito un beso en su mejilla caliente y apoyo la frente en su sien. Está respirando con agitación, supongo que está tan cansada que ni siquiera tiene energía para mandarme a la mierda.

—¿Según quién deberías hacer eso? —pregunto, sonriendo porque estamos hablando, no me está ignorando.

—Jasmine.

—Ya veo. —Suspiro—. No lo dije porque sintiera lástima o me avergonzaras, no quería que mi madre te lastimara. Sé que actué como un

tonto, no supe qué hacer porque sé que puede ser cruel. Mamá no es mala, solo que no se da cuenta de que hay otras cosas más importantes que las que le importan, debí gritarle que dejara de joderte, ni siquiera te ofreció agua...

—No —interrumpe—. No, lo entiendo, son tus padres, y sé que no son como los míos. Por Dios, mi madre anduvo con el tinte azul por semanas, mamá me avergüenza mostrando mis fotos de cuando era un bebé y me desnudaban en la bañera. He sido grosera con papá un montón de veces, pero es solo porque estoy enojada y porque sé que lo peor que puede pasar es un castigo que consistirá en no salir por un mes, pero que al final se le olvidará. Entiendo que no gritaras, no sé si me hubiera sentido cómoda contigo peleando con tus padres por mi culpa, ellos son tus padres, yo solo soy una chica que conociste hace poco, Shawn.

—Pero te quiero. —Se queda en silencio, la abrazo con más fuerza—. Tenía un discurso preparado, no importa ya, solo quiero que sepas que eres muy importante para mí, que nunca quise lastimarte y que me muero porque me gustaría que fueras mi novia. Quiero llevarte en mi moto a tomar un helado, bailar en los parques mientras te canto, ver a tus hermanos psicópatas, a tu padre que quiere asesinarme y a tu madre que es genial, quiero entrar a la escuela todas las mañanas y buscar tu mirada dulce.

—No puedo imaginar lo que decía el discurso. —Suelta una risita que me hace reír—. ¿Hablaste con Hannah?

—¿Por qué siempre tienes que hablar de Hannah? —Me molesta que la mencione todo el tiempo, que se compare con ella siempre. Hannah es mi amiga, no puedo hacer nada con eso. Ni siquiera puede haber comparación porque son tan diferentes que es incoherente hacerlo—. Le pregunté, dijo que no sabía de qué estabas hablando.

Echa su cabeza hacia atrás, recargándola en mi brazo, sus ojos se encuentran con los míos.

—La menciono porque estabas enamorado de ella —dice—. Si un día viene y dice que está enamorada de ti, ¿qué harías, Shawn?

—No lo sé, probablemente me cagaré en mis pantalones. Lo que sí sé es que Han nunca se va a enamorar de mí, jamás, porque no hay química, creí que había algo, pero ya no lo creo. Y ahora tengo a esta linda rubia que me encanta y a la que quiero besar todo el jodido día. —Le robo un beso corto,

demasiado rápido a pesar de que se me antoja uno largo y apasionado. Sus labios forman un círculo, luego sonrío—. ¿Estamos bien?

—Lo estamos —murmura. Suelto el aire de los pulmones, aliviado por su respuesta, Nat suelta una risita y me rodea el cuello.

Nos quedamos abrazados, incluso cuando las pruebas terminan, no nos despegamos ni siquiera cuando suena la campana.



treinta y seis



NATALIE

Acomodo mi sombrero de hamburguesa con doble queso antes de entrar al señor Pimiento. Mi humor ha mejorado bastante desde que hablé con Shawn en el gimnasio después de la prueba para ser admiradora. Me gustó verlo sentado en las gradas con su sonrisita coqueta, a pesar de que mi rutina era una mierda y yo parecía más una gelatina que una persona. Todavía tengo muchas dudas, no puedo evitarlo, pero no puedo andar por el mundo regando las plantas con mis lágrimas, ¿verdad?

Entro al restaurante y rápidamente me escabullo a la cocina, donde Poppy se encuentra preparando un helado junto a la licuadora.

—¡Hamburguesa rubia! Ya extrañaba tu sombrero. —Escucho un resoplido femenino que proviene del fondo de la habitación, pero decido ignorarlo. Poppy sale del sitio dando pasos largos, ignorando a todos... Ignorándome. Jackson hace una mueca—. No sé qué le pasa últimamente, creo que empieza a odiarme también a mí.

Poppy y Jack van a la misma universidad, no son los mejores amigos, pero se llevan bastante bien, se saludan y hablan de vez en cuando. De todos los que trabajamos en el señor Pimiento, él es el único que puede acercársele sin temer salir rasguñado.

—Hola, chico mostaza —digo—. Quizá está enamorada de ti, ya sabes, dicen que detrás del odio hay algo más.

Él suelta un resoplido, al tiempo que gira los ojos como si mis palabras fueran la cosa más ridícula que ha escuchado.

—No le gusto ni un poco, créeme, una vez la invité a salir y me rechazó, me dejó muy claro que no le intereso, hasta me motivó para que saliera con

alguien más. —Jack me da la espalda, así que no alcanzo a ver sus ojos—. Somos buenos amigos, creo que es mejor de esa forma, somos muy diferentes, no habría funcionado.

Mi frente se arruga al escucharlo, no tenía idea de que Jack tuviera sentimientos especiales por Poppy, ¿por qué ella rechazaría a alguien tan lindo y bueno como él? No soy capaz de comprenderlo. Tomo el delantal y me lo pongo, perdida en mis pensamientos, tal vez mi nariz pueda juntar a estas dos pobres almas en desgracia, aunque no sé si sea buena idea, ya que no hizo un buen trabajo con Jasmine y Greg.

Voy hacia la licuadora para guardar el bote de helado en el congelador antes de que se derrita y Hest nos regañe. Lamo mi pulgar, se ha manchado.

—Gracias. —Escucho la voz de Poppy detrás de mí.

—No te preocupes.

Voy a mi lugar a preparar el aceite, cuando está lo suficientemente caliente saco una bolsa de papas congeladas y las sumerjo en las tinajas. ¡Eso, pequeñas, conviértanse en deliciosas patatas!

Me quedo quieta, esperando que terminen de freírse, le doy una mirada de soslayo a Poppy, que está limpiando la mesa donde antes preparaba el helado. Tiene los labios apretados, tan rectos que podría usarlos como regla.

—Veo que estás contenta, ¿sucedió algo? —pregunta Jackson, interrumpiendo mi investigación.

—Shawn y yo hablamos y arreglamos las cosas, todavía no estoy muy convencida, creo que le daré una oportunidad para ver qué pasa —digo, suelto un suspiro al tiempo que sacudo la tinaja con aceite y patatas—. ¿Tú qué crees? ¿Me estoy precipitando? ¿Debería dejar que pase esta situación? No tengo idea de qué estoy haciendo la mayor parte del tiempo, de verdad que no estoy hecha para problemas amorosos, es demasiada presión, demasiado drama; yo solo soy una chica que quiere graduarse sin recordar toda la mierda de la escuela, es decir, suficiente tengo con matemáticas y mis padres que no deciden si quieren estar juntos o separados.

Guardo silencio, esperando su respuesta inteligente, pero nada llega. Me giro en mi lugar y enfoco su espalda tensa. Abro la boca para preguntarle si se encuentra bien; pero de repente Jackson se quita el delantal con rapidez y sale resoplando de la cocina. Me quedo estática mirando la puerta, confundida.

—¿Qué le pasa? ¿Dije algo grosero? —pregunto a la nada, repasando en mi memoria lo que dije, a pesar de que solo puedo recordar la mitad.

—No puedo creerlo —murmura Poppy desde alguna parte. Paseo la mirada por el lugar hasta que la encuentro con las manos en la cintura, mirándome con lo que creo es molestia. ¿Ahora todos están enojados conmigo o qué demonios? Si solo he estado como quince minutos aquí, no he roto los huesos de nadie y todo sigue en su lugar—. ¿En qué mundo vives?

—Ehh... ¿Tierra? —Mi frente se arruga cuando ella resopla, estoy segura de que si tuviera una pistola ya me habría disparado.

—Jackson está enamorado de ti —dice con los dientes apretados. Mi boca se abre tanto que creo que la mandíbula ha golpeado el suelo—. Bájate de tu nube, reina.

Sin más, se da la vuelta y me ignora, dejándome confundida.



En el camino a casa de mi padre no dejo de pensar en las palabras de Poppy. Intenté acercarme a Jackson al final de la jornada, pero salió volando del restaurante sin despedirse de nadie. Sus acciones me confunden, por un minuto creí que estaba enamorado de Poppy, luego esta me dice que a la que quiere es a mí. Nada tiene sentido, ¿no será que la que vive en otro mundo es ella? Porque para mí fue muy claro, Jack me contó lo del rechazo con ese tono melancólico, luego se dio la vuelta para que no viera sus expresiones, además está el hecho de que siempre sonrío cuando ella entra a la cocina, Jackson no sonrío cuando me mira... Me saluda y hace bromas, pero nunca sonrío a la nada como un idiota.

Bufo y sacudo la cabeza para dejar de pensar en eso. Saco las llaves de mi bolso y camino hacia la entrada, pero me detengo en seco al ver a Shawn sentado en las escalerillas, está mirando su teléfono móvil junto a una maceta, todavía no se ha dado cuenta de que estoy mirándolo.

—¿Vienes a vender enciclopedias? Lo lamento, no me gusta estudiar —digo.

Su cabeza se eleva con rapidez, esboza una amplia sonrisa que me hace abrir la boca para poder respirar. Tengo que pasar mi mano por mi barbilla, de esta forma puedo averiguar si la he llenado de babas o si es seguro acercarme.

—Te estaba esperando, preciosa. —Palmea el lugar a su costado, por lo que me aproximo y me dejo caer en el escalón. Siento que su brazo me rodea los hombros, me da un jalón para acercarme a él.

—No estás intentando seducirme, ¿verdad? Eso es inapropiado, más cuando mi papá está a punto de llegar —susurro recargando la cabeza en su hombro.

—No me atrevería a seducirte, al menos no en medio de la calle. —Suelto una risotada que es acompañada por su carcajada—. ¿Estás bien?

—Lo estoy, ¿y tú? —Asiente.

—No me gustó cómo te trató mi madre ese día, estuve pensando toda la noche, de hecho, no he podido dejar de preguntarme si estoy haciendo lo correcto al callarme lo que pienso solo porque debo respetarlos. Llegué a la conclusión de que todo lo hice mal, no debí dejar que manejaran mi vida, ellos no me respetan. Son mis padres, pero es mi vida, y dentro de muchos años no quiero mirar mi pasado y arrepentirme. —Me quedo en silencio porque no tengo idea de qué decirle, me siento inútil y tonta, me gustaría abrazarlo y darle un discurso motivacional, yo soy más de evitar los temas complicados—. Esperan que sea médico o abogado, seguramente va a ser un golpe duro cuando les diga que no, que estudiaré lo que yo quiero, no lo que ellos esperan.

—Me da gusto que mi tragedia te haya inspirado. —Suelto una risita, luego un suspiro profundo—. Tienes suerte de saber qué es lo que quieres hacer por el resto de tu vida, yo no sé ni siquiera lo que quiero hacer mañana.

—¿No has pensado en estudiar algo relacionado con el diseño? Diseño de interiores, diseño gráfico, diseño de modas, diseño editorial, hay un montón y yo creo que en todas necesitas ser artística y creativa. Además, te gusta dibujar, podrías... no sé, hacer portadas de libros o decorar los cuartos de las personas o hacer diseños geniales en camisetas.

Me quedo enmudecida, analizando la información, una sonrisa se forma en mis labios sin que pueda evitarlo.

—Esa es una gran idea, Shawn, gracias. —Deposita un beso en mi sien. El silencio se apropia de nosotros, hasta que el ambiente se enfría y la brisa me hace estremecer.

—¿Tienes frío? —pregunta.

—No.

—Como soy un caballero te abrazaré y te calentaré con mis brazos para prevenir.

Shawn me envuelve, obligándome a abrazarlo de vuelta, refugio mi nariz en su cuello lleno de lunares, y cierro los ojos. No quiero estar en ningún otro lugar.



treinta y siete



SHAWN

Al salir de la clase de historia universal voy directo a la biblioteca para hacer la investigación que nos encargaron de tarea. Si hay algo que no me agrada es justamente la clase de historia, simplemente no se me da, es más cómodo para mí resolver problemas matemáticos o elaborar algún experimento que aprenderme de memoria los cumpleaños de los expresidentes del país.

Busco entre las filas de estantes hasta que encuentro el libro que estoy buscando, y me voy a una de las mesas cercanas al escritorio de la bibliotecaria. Estoy tan concentrado leyendo que no me percaté de que alguien se sienta a mi costado hasta que se aclara la garganta. Giro la cabeza para buscar la fuente del sonido y me topo con los ojos celestes de Hannah, quien se ha instalado en el asiento a mi lado con todos sus útiles esparcidos en la mesa.

—Hola, Han —digo con una sonrisa, regreso mi atención al libro, quiero acabar temprano para alcanzar a Natalie y acompañarla a la parada de autobuses. Quiero invitarla a salir a una verdadera cita con películas, helado y todas esas cosas.

—Hola, Shawn, ¿qué estás haciendo? —Abro el cuaderno y pongo la fecha en la esquina superior derecha, entonces empiezo a hacer mi reporte—. Casi nunca te veo en la biblioteca.

—Eh... un resumen para historia, ya sabes que al profesor le gusta que leamos libros y no saquemos la información de Internet —digo concentrado en el texto.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta.

—¿Ahora? —Detengo los movimientos de mi mano y me giro para mirarla con la frente arrugada—. Tengo un poco de prisa, Han, si puedes hablar rápido sería genial.

—¿Estás apurado por la comida con tu madre? —Ni siquiera sabía que mi madre estuviera preparando una comida, las cosas con ella han estado muy tensas desde el día que trató así a Nat. Ha intentado que hablemos, pero estoy evitándola, igual a mi padre—. No te preocupes, le dijo a mamá que podemos llegar más tarde.

—No tenía idea —contesto. Voy a voltearme para seguir haciendo mi tarea, sin embargo, Hannah me detiene capturando mi pluma y arrebatándomela.

—Por favor —susurra. Suelto un suspiro profundo y asiento, entonces se aclara la garganta. Está retorciendo los dedos en su regazo con nerviosismo—. Voy a terminar definitivamente con Liam.

—¿Por qué? —pregunto asombrado, aunque no tan convencido de que sea cierto.

—Hay algo que no sabes acerca de nuestra relación, me daba mucha pena contarte porque me hace sentir como una tonta. Yo quería a Liam, tú sabes que siempre lo quise, desde que éramos niños. Por algún motivo su familia se enteró de mi enamoramiento, supongo que mis padres lo contaron porque les pareció gracioso, ellos pensaron que debían mantener a la hija de su socio feliz y lo presionaron para que me invitara a salir. Por eso terminamos juntos, sus padres lo obligaron. —Toma aire, la observo boquiabierto—. Liam no me quiere, detesta la idea de los dos juntos porque odia que le impongan las cosas, ni siquiera intenta darnos una oportunidad. No me había dado cuenta de eso porque estaba demasiado ilusionada con la idea de enamorarlo que quise fingir que algún día sentiría algo por mí. Cuando peleamos siempre me recuerda que no me ama, ya no quiero estar con una persona a la que le doy igual.

—¡Vaya! —exclamo, todavía asombrado. Sé que Liam es un patán con ella, que coquetea con otras chicas, que la ignora en las fiestas, a veces no le hace caso en la escuela, le exige cosas que sabe que Han no puede darle; pero también he visto que se preocupa por ella, nunca la deja sola, siempre la cuida—. No tenía idea de que fuera así, me alegra que te hayas decidido, no puedes luchar toda la vida contra la corriente. Es bueno para ti que respires otro aire,

que conozcas a más personas. Estamos a punto de graduarnos, entraremos a la universidad, eres joven, él se está perdiendo a una gran chica.

Sus comisuras tiemblan, así que sonrío. No me gustaba verla en esa relación, y no solo porque sentía algo por Hannah, más bien porque es mi amiga, no me agradaba que sufriera tanto, que diera todo por alguien que prometía y al final le daba la espalda. Yo también detesto que mis padres me digan qué es lo que tengo que hacer todo el tiempo, que no me dejen tomar mis propias decisiones y quieran gobernar mi vida, pero jamás podría hacerle algo malo a alguien. De todas formas, no puedo juzgarlo, sé la presión que se siente cuando esperan que hagas lo que ellos creen correcto, es un círculo difícil de romper.

—Hay otro motivo —murmura. Veo cómo traga saliva y vuelve a retorcer los dedos. Ladeo la cabeza, curioso por su comportamiento.

—¿Sí? ¿Cuál? —Suelto una risotada—. ¿Qué ocurre?

—Que me he dado cuenta de que he sido una estúpida al dar todo por un chico que no siente nada por mí en vez de dar todo por alguien que siempre estuvo a mi lado en los buenos y en los malos momentos. —Entrecierro los párpados, ¿es mi imaginación la que ya está delirando?—. Me arrepiento mucho de no haberte dado una oportunidad, Shawn, no tienes idea de lo mal que me siento, ya que no pude darme cuenta antes de lo que tenía frente a mis narices. Todos estos días te he visto con ella. Sin ti a mi lado compartiendo los auriculares mi vida es vacía, me siento sola y te extraño. No es sencillo decirte esto porque no tengo idea de qué siento en este instante, tal vez ya no me ves de esa forma, pero me gustaría que nos diéramos una oportunidad para averiguar si debemos estar juntos. Te quiero, Shawn, sabes que siempre he querido sentir algo por ti. Creo que es mi turno de pedirte que tengamos una cita, que hagamos eso que siempre me pediste.

Me quedo en *shock*. Permanezco quieto y enmudecido, mirando sus ojos, sin poder creer lo que acaba de decir. Es que es demasiado irreal. Estuve esperando durante tanto tiempo que dijera algo así, que ahora que ha sucedido no sé qué mierdas hacer. No sé, no tengo idea, el impacto hace que mi mente se quede en blanco.

—No sé qué decirte, Hannah —digo, porque es verdad, no puedo encontrar nada coherente en mi cerebro, solo puedo regresarle la mirada.

—No hace falta que digas nada, sé que te he lastimado muchas veces, que me he portado muy mal contigo, estoy arrepentida, quiero enmendar el daño que te hice.

Mi corazón empieza a latir muy rápido, tanto que creo que va a salirse de mi pecho; sin embargo, no estoy convencido de que me agrade esa sensación. Estoy muy confundido como para tenerla alrededor, necesito estar solo y calmar todos estos pensamientos que parecen huracanes en mi cabeza. Intento alejarme, quiero echarme hacia atrás, aunque no puedo hacerlo, ya que antes de que pueda moverme Hannah se hace hacia adelante y me besa.

Toma mis labios con los suyos, no sé cómo reaccionar. Es lento y suave, pero por algún motivo no puedo disfrutarlo, no siento lo que una vez sentí, no es como creí que sería. Pero tampoco puedo separarme, le sigo el beso.

Cuando el intercambio termina, abro los ojos y lo primero que veo son los suyos celestes. De pronto, unos marrones se me vienen a la mente y eso es como un balde de agua fría. Me hago hacia atrás, confundido. Necesito irme, necesito respirar, pensar y calmar estos nervios que están creciendo con cada segundo que pasa.

Entonces llevo mi vista hacia otro lado, el alma se me va a los pies, la sangre se me congela al ver a Natalie en la entrada de la biblioteca con el rostro pálido y los ojitos heridos, mirándome.



treinta y ocho

NATALIE

Jasmine canta a todo volumen una de las canciones de Taylor Swift, su cantante favorita, imitando el baile ridículo de las botargas de animalillos. Me hace recordar a su relación con Greg, me ha asombrado mucho que no ha caído en sus brazos como damisela en peligro, a pesar de que él insiste una y otra vez en que la ama.

—*Baby, I miss you and I swear I'm gonna change, trust me. Remember how that lasted for a day I say I hate you, we broke up, you call me, I love you... Ooooh, we called it off again last night but... Ooooh, this time I'm telling you, I'm telling you...*—. Definitivamente, mi amiga no es la mejor cantante, incluso hay estudiantes que la observan conteniendo la risa, pero no quiero romper sus esperanzas e ilusiones, ella es feliz creyendo que canta como Tay, ¿quién soy yo para negárselo? Me mira y extiende su mano hacia mí como si tuviera un micrófono. Giro los ojos, sacude su mano frente a mi boca una vez más—. Vamos, el público está esperando.

—*We are never ever getting back together* —digo sin cantar, con la voz más plana que encuentro en mi repertorio. Jas suelta un resoplido, negando con la cabeza como si estuviera indignada.

Vamos rumbo a la biblioteca, y antes de que se pregunten por qué mierdas Natalie Drop iría a ese lugar en su sano juicio voy a aclarar que solo estoy acompañándola porque tiene que dejar unos libros antes de que su cuenta de atrasos se extienda y tenga que vender un riñón para pagarla.

Jasmine no quedó en la selección de animadoras, por supuesto que mucho menos yo creí que se desanimaría al no encontrarse en esa lista, pero ella dijo que lo intentaría en el equipo de la universidad. Aseguró que no les agrada a

las porristas por ser la exnovia de uno de los jugadores y que es mejor, no quiere más dramas en su vida.

—Si quieres puedes esperarme afuera —dice Jas frente a la entrada de la biblioteca al tiempo que abre su bolso para sacar los cinco libros que tiene que entregar. ¡Cinco! Yo no abro ni siquiera uno a menos que me obliguen.

—Nah, te acompaño, no quiero quedarme sola en el pasillo. —Me encojo de hombros.

Ella abre la puerta, me coloco a sus espaldas. Da un paso y se detiene de golpe con la espalda tensa. Frunzo el ceño mirando su nuca, sin entender por qué demonios se ha congelado. Cierra y camina hacia atrás, chocando conmigo.

—¿Qué te pasa? —pregunto confundida—. ¿Ahora te crees cangrejo?

—¿Sabes qué? Creo que todavía necesito los libros, me faltaron unos capítulos para mi reporte de literatura, vengo después. —Pero sé que me está mintiendo porque su semblante ha cambiado, parece nerviosa.

—¿Es Greg? —Niega con la cabeza, sin embargo, hay algo extraño en sus ojos, no es la misma chica que hace unos segundos estaba cantando con alegría una de sus canciones favoritas, y eso me molesta. Aprieto los puños, me giro y entro a la biblioteca con la intención de partirle la cara a Gregory por ser tan descarado.

—¡Natalie! Espera, no es por eso. —Ya estoy adentro cuando ella lo dice, doy unos cuantos pasos con las manos puestas en jarras, recorriendo con la mirada todo el sitio, en búsqueda de Greg Fisher, pero lo que me encuentro es muy distinto a lo que estaba buscando.

Me quedo quieta mirando una mesa cerca del escritorio de la bibliotecaria. Shawn está mirando a Hannah, ella está dándome la espalda, y él no se ha percatado de que estoy observándolos.

No me gusta verlos juntos, eso es un hecho, hace que mi pecho duela porque soy insegura, más ahora que sé que ella lo quiere en su vida. Me molestaría menos si no estuvieran tan cerca, después de todo, Hannah es su amiga.

Doy un paso para ir a saludarlo, pero me quedo estancada en el suelo cuando Hannah se le lanza a Shawn y lo besa. Siento como si una bala me atravesara, no puedo dejar de mirar, incluso sabiendo que estoy torturándome. Respiro

profundo porque ella es la que lo ha provocado, así que espero, aguardo para que él la empuje o se mueva, la rechace, me recuerde; pero no lo hace.

Mis ojos se llenan de lágrimas porque Shawn está ahí, siguiéndole el beso. Siento como si los dos estuvieran arrebatándome el corazón para pisotearlo en el suelo.

A pesar de todo creí que Hannah era buena, que le diría solamente y dejaría que pensara, jamás que lo besaría. Es como si me estuviera resbalando de los dedos lo que vivimos esos días, y todo me golpea, empiezo a recordar, aunque intento no hacerlo. Se siguen besando, y a mí se me sigue partiendo más y más el corazón.

La mano de Jasmine aprieta mi hombro, parpadeo para que las lágrimas bajen, porque no me dejan mirar, y las arrebato lejos de mi rostro.

—Vámonos —susurra mi mejor amiga detrás de mí, no puedo pronunciar palabras porque no encuentro mi voz.

Estoy viendo la cara de Shawn mientras la besa, está perdido ahí, seguro feliz porque al final obtuvo lo que quería: a la chica de sus sueños, esa a quien siempre ha amado.

Me pongo en su lugar y sé que si él me hubiera besado de la nada le habría seguido el beso porque era el chico de mis sueños, así que lo entiendo, comprendo que la bese, que le guste y que quizá quiera seguir haciéndolo. Eso no hace que duela menos, porque de verdad lo quiero, no es una obsesión estúpida como al principio, que me la pasaba haciendo dibujitos. Eso lo hacía con inocencia, jamás intenté acercarme. No obstante, ahora lo conozco, lo he besado, he compartido secretos con él y esto jodidamente duele.

Duele.

Me está destrozando.

Recuerdo aquel día que nos sentamos en las escaleras de mi casa, cuando conoció a mis hermanos, recuerdo nuestra conversación. Ese día le pedí que no me lastimara, le dije que tenía miedo de que un día se fuera, pero ¿acaso estuvo conmigo alguna vez? Tal vez siempre estuvo pensando en Hannah. Quizá solo estaba conmigo porque no podía tenerla.

Duele como el infierno, como cuando me desperté un día y papá no estaba en su alcoba, tampoco en la cocina leyendo el periódico ni en la camioneta para llevarnos a la escuela.

Duele como cuando me caí de la bicicleta a los doce y llegué llorando con mamá porque había sangre en mi rodilla. Ella me sentó en el sofá y curó mis heridas. Quiero a mamá ahora, incluso cuando sé que no hay pomadas para que esto deje de doler.

Duele.

Pero sigo mirando porque todavía guardo la esperanza de que va a separarse, de que va a recordar que apenas ayer me besó afuera de mi casa antes de irse. Mi labio inferior tiembla cuando no lo hace, él sigue queriendo a Hannah. Y todo sucedió justo como creí que pasaría, yo solo fui como esas comedias románticas que ves después de caer en un abismo al ver una verdadera película.

Se separan despacio, los dos al mismo tiempo. Él la observa sin darse cuenta de que ha partido mi corazón en muchos trozos, no tengo idea de qué voy a hacer ahora, ¿cómo podré andar por ahí viéndolo con ella? Doy un paso atrás, ya vi suficiente. Voy a salir de aquí, en ese momento él levanta el rostro, el aire sale de mis pulmones cuando nuestros ojos se encuentran.

Me siento como la tonta más grande del universo, tan patética porque las lágrimas no han dejado de salir, soy la más inocente e ilusa. De verdad creí que teníamos algo especial, pero yo no soy Hannah. No soy lo que sus padres esperan que lleve a casa, no tengo un buen IQ, no soy buena en los deportes, soy bastante torpe, aniñada, con tantos defectos; él es perfecto, uno de los mejores promedios de la generación, alumno estrella, ganador de torneos de atletismo, con muchos amigos y gente genial a su alrededor.

Ahora me doy cuenta de que lo nuestro nunca existió, fue otra de mis fantasías.

No quiero que sienta lástima, tampoco quiero que todos se den cuenta de lo estúpida que fui, mucho menos me agrada la idea de él diciéndome que se quedará con Hannah Carson porque es perfecta, es la chica.

Así que me doy la vuelta antes de que pueda ver su reacción y salgo de la biblioteca corriendo a toda velocidad, tal vez es ridículo, después de todo él es campeón de atletismo. No obstante, no me detengo, corro y corro esquivando a las personas. No me detengo, no miro por encima de mi hombro, solo busco la salida de este laberinto que parece interminable.

Una vez afuera, recorro el estacionamiento con la mirada, si voy hacia la parada de autobuses él me va a encontrar, y lo que menos quiero es tenerlo cerca.

—¡Natalie!! —Escucho su grito, el pánico sube por mi garganta. Con la respiración agitada, con las mejillas cubiertas de lágrimas y sin corazón, se ha quedado en la biblioteca, busco un escape.

Veo un rostro conocido en una camioneta, ni siquiera lo pienso cuando me dirijo hacia Greg. Abro la puerta de su vehículo sin preguntar y me monto, le pongo seguro a la puerta, apresurada.

—Arranca, por favor, arranca —pido aguantando un sollozo.

—No me estás secuestrando, ¿verdad? —Greg enciende el motor. Justo en ese instante veo que Shawn sale de la escuela y me busca, en segundos está corriendo hacia mí.

—¡Arranca! ¡Joder! —chillo, histérica, sin importar si me veo como una niña. No me importa si luzco así, no ahora, no cuando me han lastimado. Entonces él mete reversa y, gracias a todos los cielos, sale del estacionamiento, alejándose de la escena y de él; sobre todo de él.

—¿A dónde quieres que te lleve?

—¿Puedes dejarme en los edificios de cristal? Los del centro. Por favor —pido, sorbiendo por la nariz y mirando la ventana.

No sé por qué le he pedido que me lleve ahí, pero es en el único en el que puedo pensar. No me importa si se supone que estamos enojados, solo sé que necesito a mi padre porque sus abrazos siempre me hacían sentir mejor cuando me despertaba llorando, creyendo que los monstruos del armario me comerían. No son bestias esta vez; sin embargo, se siente como si alguien fuera a aplastarme en cualquier momento.

—¿Vas a estar bien? —pregunta Greg al detenerse frente a la acera de los inmensos edificios que parecen rascacielos. Asiento, afirmando con la cabeza. Abro la puerta y le doy las gracias al descender.

Camino hasta que quedo en medio de la acera, frente a ese lugar. ¿Debería entrar o debería ir a casa a comer frituras con Frank? Tal vez papá no quiere verme. Las lágrimas vuelven a salir, quiero regañarme porque nunca he llorado tanto, no por un chico; pero supongo que todas las ciudades tienen días nublados, incluso las más soleadas.

—¿Natalie? —Me giro al identificar la voz de papá—. ¡Por Dios! ¿Estás bien?

No necesito hablar, no necesito pedírselo, él se acerca a pesar de que está rodeado de ejecutivos y me abraza tan fuerte. Y entonces lloro, sumergida en su pecho, en su traje. Y yo lo abrazo también, ¿por qué me enojé tanto con él? ¿Por qué?

—Shh, princesa, ya pasó, ya pasó —susurra.

Pero no ha pasado, el dolor sigue aquí.



treinta y nueve

SHAWN

Joder. ¿Por qué mierdas tuvo que ver justamente eso? Ella nunca viene a la biblioteca, la suerte me escupió en el rostro con crueldad.

Salgo del aturdimiento, puedo ver las heridas en su mirada, son tan claras que me dividen por la mitad. La he lastimado y yo me siento tan mal por haberle seguido el beso a Hannah, lo único que quiero hacer es abrazarla. Me pongo de pie tan rápido como puedo, Natalie se da la vuelta y sale corriendo de la biblioteca, yo quiero golpearme el rostro, ¿por qué no reaccioné apartándola si no me estaba gustando el beso? Si sentía que no era correcto.

Hannah se levanta intranquila, mirando hacia el lugar que mi rubia acaba de dejar, entonces mira hacia otro sitio en la biblioteca. Busco qué está viendo y la sangre se me calienta debido a la rabia, quiero gritarle y zarandearla, pero no hay tiempo para eso ahora si quiero alcanzar a Nat. No puedo creer que Han haya hecho eso porque Liam estaba mirando, ella me utilizó una vez más y quizá arruinó mi relación con la chica que quiero.

Muevo la silla con violencia, ocasionando un ruidoso golpe cuando cae al suelo.

—Lo siento —escucho el susurro de la que se supone es mi mejor amiga, pero que ha sido tan egoísta que ya no sé si de verdad lo es. Y la ignoro.

Corro hacia la salida con angustia, inconsciente de mis pasos, ya que mi meta se llama Natalie Drop. Acelero, estoy por salir cuando el carrito de la bibliotecaria me embiste encajándose en mi costado derecho. Me detengo, ahogo el quejido de dolor en la boca, me ha lastimado, busco con la mirada de dónde salió la jodida cosa.

—Le doy tiempo a mi amiga. —Respiro para no maldecir a Jasmine porque sé que está pensando lo peor de mí en estos momentos, ¿quién demonios no lo

haría?

Sin contestar sigo mi camino, corro lo más rápido que puedo, alcanzo a ver su mochila de color rosa con puntos celestes en la puerta de la entrada. Grito su nombre, pero no se voltea, y de pronto ya no la veo. Cuando estoy en el exterior me pongo a buscarla por todo el estacionamiento principal, entre los carros y los estudiantes es muy difícil encontrarla, más si lo que está buscando es evitarme. Me rasco la nuca, me debato entre seguir buscando e ir a la parada de autobuses, pero algo me dice que esta vez no irá ahí.

De pronto subo la mirada porque un motor ruidoso llama mi atención, y la veo montada en la camioneta de Greg. ¡Mierda! Está tan dolida conmigo que se ha subido al auto del chico que rompió el corazón de su amiga y al que le gustaría cortarle las pelotas. Bajo las escaleras con rapidez y corro entre las filas de coches, zigzagueando, pero no logro acercarme, ellos salen de ahí a toda velocidad.

Tallo mi rostro con la respiración agitada y me encamino a mi motocicleta. Cojo el celular de mi bolsillo y llamo a Greg, que no contesta. Prendo la moto y la caliento, mientras vuelvo a llamar una y otra vez. Guardo el aparato antes de arrancar y salir de la escuela para adentrarme a las calles llenas de tráfico, voy hacia la casa de su padre. No obstante, cuando llego todo está silencioso y solitario, entonces sé que no está aquí.

Vuelvo a llamar a Greg, no intento llamarla porque sé que no me va a contestar. Afortunadamente él contesta al tercer tono.

—¡Hey! —exclamo.

—¿Quién habla? —pregunta.

—Soy Shawn, ¿podrías decirme a dónde la llevaste, por favor? —La línea se queda en silencio durante unos cortos segundos que me parecen eternos, él suelta un suspiro que no alivia mis nervios alterados.

—Escucha, amigo, sé todo eso de los códigos de chicos, pero estoy enamorado de la mejor amiga de Natalie y si Nat se entera de que te dije dónde la dejé le contará a Jasmine, y no quiero tener más problemas con ella, suficiente mierda tengo que arreglar como para seguir aumentando la lista. — Aprieto el puente de la nariz, ¿ahora qué?

—¿Está bien? —cuestiono con un nudo en la garganta.

—No lo sé, Shawn, ¿qué fue lo que pasó? La conozco desde hace un buen tiempo y jamás la había visto así, ni siquiera cuando le rompí la jodida nariz con un balón, ¿sabes cuánto duele? Está en un lugar seguro, pero no sé si eso significa que está bien.

—Hablamos luego... —digo en medio de un suspiro—. Gracias.

Sé que no estará en casa de su madre, de todas formas, me monto en la motocicleta y voy hasta ahí. No hay autos en la entrada, pero sí escucho escándalo conforme me acerco. Toco el timbre dos veces y me detengo en la entrada, tal vez su madre sabe dónde está, aunque no creo que quiera decírmelo.

Respiro profundo cuando la perilla gira, espero encontrarme con la mirada de la señora Drop. Sin embargo, me encuentro frente al rostro imperturbable de Cecile. ¡Madre mía! ¿Y ahora qué demonios hago? Después veo al niño a su lado, asomando la cabeza y mirándome con el ceño fruncido. ¿Es que van a todos lados juntos estos dos?

—¿Está Natalie? —Una de las cejas rubias de la hermana de Nat se eleva, intento no lucir desesperado, pero cuando ladea la cabeza sé que he fallado, ella sabe que está pasando algo.

—Luces como si te hubieran dado mierda de caballo en el desayuno —dice, encogiéndose de hombros—. No sé dónde está.

—¿Si pasa por aquí podrías decirle que la estoy buscando? —pregunto dando un paso hacia atrás. Tiene un aro en la nariz que creo es postizo y pintura negra en los párpados, lleva guantes hasta los codos y un colgije de araña en el cuello. Una de sus comisuras se eleva, aun así no encuentro nada agradable en su media sonrisa, al parecer está disfrutando de una broma privada.

—Uh, ¿Shawn? —empieza, su timbre plano no me calma, tampoco que cruce los brazos y tuerza los labios haciendo un mohín—. Natalie y yo somos muy diferentes, a pesar de que es mi hermana mayor nunca la he visto de ese modo porque ¡venga!, es muy infantil, le agradan los unicornios, tiene pantuflas peludas de color rosa, creo que todavía guarda sus coronitas de juguete en algún lugar de su armario y el suéter horrible que le regaló papá a los quince. Me gusta molestarla porque chilla y se pone tan roja como un tomate —su rostro se vuelve serio, más que al principio—, pero no me agrada que otros la

molesten, a ninguno de mis hermanos, ¿entiendes? Mucho menos a ella, porque es la persona más buena que conozco y se merece lo mejor, así que por tu bien espero que no hayas roto su lindo, noble y rosado corazón.

—¿El chico de la pizza rompió a Natalie?! —cuestiona en voz alta Frank. La puerta es cerrada frente a mi cara, haciéndome saltar.

—De acuerdo, eso fue un poco aterrador —digo para mí mientras regreso a la motocicleta.

Me paso por el señor Pimiento, le pregunto al señor que siempre anda caminando por el restaurante por ella, el viejo me dice que no se ha pasado por ahí y que llamó avisando de que no podría ir a trabajar.

Sin más opciones regreso a mi punto de partida: la casa de su padre. Me siento en las mismas escalerillas en las que nos sentamos ayer y hablamos del futuro.

Las horas pasan, pero no me muevo, algún día tiene que venir, ¿no? Entonces yo estaré aquí esperándola. El tiempo transcurre y en lo único que puedo pensar es en todo lo que sucedió. Primero Hannah diciendo eso, ella besándome para molestar a Liam, yo dándome cuenta de que ya no siento lo que sentía por ella, Natalie con el corazón roto... y todo yéndose a la mierda.

Lo único bueno de lo que pasó es que al fin sé y estoy convencido de que ya no quiero a Hannah de ese modo, besarla fue como besar cualquier cosa, no sentí nada. Aunque me hubiera gustado darme cuenta de eso de otra forma y no con un beso en medio de la escuela.

A eso de las nueve un vehículo se detiene en la cochera. Me pongo de pie con los párpados entrecerrados, las luces delanteras me han cegado. Se apagan antes de que la puerta del piloto se abra. Alcanzo a ver su mata de cabello rubio, está dormida en el asiento del copiloto. Su padre se dirige hacia mí y me observa, esperando.

—Buenas noches, señor Drop, ¿podría hablar con Natalie unos minutos? —pregunto nervioso, tanto que siento que mis piernas van a doblarse.

—Está dormida, como puedes ver, creo que es mejor que te vayas —dice serio—. Solo dos cosas hacen llorar a mi hija: cuando le da alergia y cuando rompen su corazón. Tengo el presentimiento de que tiene que ver contigo, muchacho, así que por ahora no puedes hablar con ella. Ya te buscará Natalie cuando esté lista.

No se mueve hasta que no ve que salgo de su propiedad y me marchó. No sé por qué sentirme más mal: porque está sufriendo o porque no me deja acercarme para explicarle.



NATALIE

Me levanto cuando escucho que mueven platos en la cocina, tallo los ojos y lanzo un bostezo. Sin detenerme a pensar mucho en todo lo que está pasando, me levanto de la cama para dirigirme al exterior de mi cuarto, no sin antes comprobar que no se me ha hecho tarde para ir a la escuela; no es que me emocione mucho la idea de ir, pero lo que menos quiero es quedarme sola en casa, lo único que haría sería deprimirme por mi triste existencia y ¡no! ¡Natalie no llora como un bebé con los pañales llenos de excremento! Natalie se levanta y es feliz. Ajá.

Papá me sonrío apenas me encuentra con la mirada, está frente a la estufa haciendo algo que huele bien. A él le gustaba prepararnos el desayuno a mis hermanos y a mí los fines de semana, luego salíamos al parque o hacíamos juntos cualquier cosa como montar las bicicletas y ver caricaturas.

Me dejo caer en una de las sillas del comedor, esperando que pregunte, ya sé que va a hacerlo.

—¿Quieres que a tus panqueques les ponga mermelada o los prefieres con helado de fresa? —pregunta, sacándome una sonrisa, ya sabe que no necesita preguntarlo.

—Él ha estado enamorado de una chica durante mucho tiempo, ella nunca lo vio de ese modo, entonces empezamos a salir cuando milagrosamente se dio cuenta de mi existencia. En realidad llené su ropa de caldo después de tropezar. Sus padres son muy estrictos y no quieren que salga con una chica que tiene notas bajas como yo. Hace unas semanas la chica que antes lo rechazó decidió que en realidad le gusta y ayer ella lo besó en la biblioteca, lo doloroso fue que él dejó que lo hiciera, no hizo nada por quitársela de encima

—digo con los dientes y los puños apretados, y golpeo la mesa, causando un estrépito.

—¿Vas a aplastar arañas con los puños? —Miro con confusión a mi padre, quien está sosteniendo su celular, el *flash* me aturde. Me le quedo mirando porque no entiendo qué está haciendo. Papá guarda su teléfono en el bolsillo de su traje y se encoje de hombros, regresa a la estufa y le da la vuelta al panecillo—. ¿Qué? Es la primera vez que un chico te rompe el corazón, ¿no se supone que los padres capturan momentos como este?

—¿Acaso este es un buen recuerdo? —pregunto, pero no puedo contener la risotada que sale de mi boca.

En silencio sirve el desayuno, poniendo helado de fresa en los míos y miel en los suyos. Luego se sienta y me observa.

—Es bueno tener el corazón roto, ¿sabes? —dice con la boca llena—. En medio de la tristeza es cuando nos conocemos, es cuando podemos indagar y descubrirnos; es fácil vivir felices, pero no tristes, porque es duro enfrentarnos a nuestro verdadero yo. La soledad y la tristeza nos hacen valorar lo que perdimos o lo que queremos, lo que nos importa. Sin corazones rotos no podríamos valorar la felicidad y plenitud que se siente cuando se tiene un corazón entero, y ¿qué sentido tendría entonces?

—¿Eres filósofo ahora? —pregunto sonriendo, picoteando la bola de helado de fresa que se derrite por el calor.

—Lo que quiero decir, Natalie, es que un corazón roto sana con el tiempo, pero este último es el que no recuperaremos si nos detenemos a llorar por los rincones. Usa tu corazón roto para valorar quién eres, sin darte cuenta va a sanar y un día todo será nuevo.

Y es por eso que amo a papá.



Está lloviendo, me pongo el impermeable antes de salir de casa, mi padre se ha ofrecido a llevarme a la escuela para que no me moje. Se estaciona cerca de la entrada, estoy por abrir la puerta cuando me doy cuenta de que Shawn está parado ahí con una sombrilla.

—¡Demonios! —exclamo.

—Las sombrillas dicen mucho de las personas, mira la suya, es amarilla, ¿de verdad quieres estar con un chico que usa un paraguas amarillo pollo? —Gimo con frustración.

—Besa tan bien que no me importa si usa sombrilla amarilla, papá. — Escucho cómo gruñe, repaso lo que dije y me maldigo en mi mente—. No es que lo haya besado demasiado, de verdad, lo supongo nada más. Muy bien, pero no puedo quedarme en el coche, así que te veo luego.

Me bajo del auto, apresurada, no quiero que me dé uno de sus discursos. Me pongo el gorro del impermeable y cubro la mochila para que no llame la atención. Me escondo detrás de un muro, esperando que un grupo de personas se aglomere para poder entrar. No pasan más de cinco minutos, varios alumnos se reúnen en las escaleras, sintiéndome como una fugitiva me escondo y subo con ellos. Solo hasta que lo paso es cuando puedo respirar.

Recorro el pasillo y llego a mi casillero, me quito el gorro y saco los libros según lo que dice mi horario, el cual está pegado con cinta adhesiva de colores a la puertilla metálica, soy un fiasco en esto de recordar las clases que me tocan.

Alguien se aclara la garganta detrás de mí, me tenso.

—Nat, vamos a hablar, por favor —dice. Mi ánimo se ensombrece porque no puedo entender cómo tiene el descaro de venir a hablarme. Me armo de valor, no me volteo ni una sola vez, a pesar de que quiero mirarlo con fuerza.

—No puedo hablar ahora —digo. Cierro el casillero, acomodo el bolso en mi hombro y me alejo del lugar.

En el transcurso del día hago todo lo posible por no encontrármelo, ni a él ni a Hannah y sus horribles poderes de seducción. Jasmine me ayuda inspeccionando el área, luego asiente al comprobar que no corro peligro. A la hora del almuerzo no entramos a la cafetería, compramos comida chatarra de una máquina expendedora y pasamos el rato sentadas conversando en una de las bancas del jardín. No toca el tema, la verdad se lo agradezco, no quiero llorar en la escuela y que todos se den cuenta de que me han lastimado.

La clase de deportes es lo difícil, los dos la llevamos juntos. Antes de que todo el mundo entre al gimnasio, me acerco a la maestra.

—Disculpe, profesora, me preguntaba si es posible tomar la clase otro día porque tengo el periodo. —Ella me contempla en silencio, intento no ponerme

nerviosa ni hacer gestos.

—¿De verdad, Natalie Drop? Te vi corriendo esta mañana mientras subías las escaleras para llegar al laboratorio de química, hasta me saludaste. — Abro la boca para hablar, pero nada sale—. Una vuelta más por querer engañarme.

Suena el silbato.

Minutos después entran mis compañeros, me pongo nerviosa, por lo que juego con mi cabello para distraerme y le doy la espalda a la entrada para no tener que verlo cuando entre. Empezamos calentando formados en un círculo, sé dónde está porque puedo reconocer sus zapatillas, sin embargo, no levanto la mirada, solo miro a la profesora y luego al suelo. Tener que esconderse de alguien es la sensación más horrible, siento que no puedo hacer nada porque él quiere hablar y yo lo quiero lejos.

El silbato suena, empezamos a correr, hago lo posible por rodearme de personas, pero la mayoría es más rápida que yo, así que siempre termino quedándome sola. Aprieto la mandíbula cuando siento que alguien trota a mi lado, no dice nada, solo corre conmigo. Le doy una mirada de soslayo y observo su perfil como si no me lo supiera de memoria, y me duele de nuevo.

Yo no le pedí que me hablara, tampoco que me buscara ni que me pidiera una cita, mucho menos que me besara. Yo era feliz dibujando en mi cuaderno y haciendo esos tontos cuentos en mi cabeza donde él llegaba con un traje y un pajarito azul en el hombro y me llevaba de la mano por un sendero. No le pedí que intentara quererme, entonces ¿por qué me rompió el corazón?

Llevo la vista hacia otro lado porque no lo resisto, duele mucho. Recuerdo cómo la besaba y solo puedo sentir decepción. Sabía que podía pasar, pero vivirlo es duro, sobre todo porque creía que algún día sentiría algo por mí.

Aplano los labios y aumento la velocidad para dejarlo atrás, solo quiero regresar el tiempo y no comprar el estúpido caldo para no tener que levantarme y arruinar su camiseta. Nunca lo hubiera conocido, todos estaríamos bien.

Gracias al cielo no se me acerca de nuevo, se limita a observarme, pero lo ignoro. La profesora nos separa por sexos y hace equipos. Las chicas del mío no son muy agradables, sin embargo, me sonrían cuando me ponen con ellas. Vamos a jugar voleibol, soy una mierda que siempre termina tumbada por el

balón. Nos ponemos en nuestras posiciones siguiendo las órdenes de la capitana, lo más jodido del asunto es que las chicas saben que apesto, así que siempre me lanzan la pelota.

A mitad del juego suena el silbato, es hora de ir a tomar agua y recobrar energías. Me limpio el sudor con una toalla.

—Escuché lo que pasó en la biblioteca, Natalie, queremos que sepas que las chicas y yo estamos tristes por ti. —Busco a la fuente del sonido y me encuentro con una linda morena que jamás me había dirigido la palabra. Frunzo el ceño, ya que no me gusta que los desconocidos se metan en mis problemas—. Shawn fue muy malo al ilusionarte de esa forma.

Trago saliva, quiero esconderme de su escrutinio, también siento otras miradas concentradas en mí, no me gusta nada lo que está pasando, por algún motivo siento que se están burlando.

—Gracias, supongo —digo.

—Sí, seguramente es difícil tener que competir con alguien como Hannah Carson, es decir, eres hermosa, tu cabello es lindo y pareces muy simpática. No te sientas mal, a veces tenemos que comprender que los chicos como Shawn prefieren a las chicas como Hannah. Hacen una linda pareja, ¿no crees?

La miro con incredulidad. Toca mis fibras nerviosas, ha dado justo en la herida. Las chicas simpáticas como yo no pueden compararse con las chicas perfectas como Hannah. Mis ojos se llenan de lágrimas, me siento ridícula al instante, estoy dejando que me vean descompuesta.

—Lo único que creo es que tienes tan baja autoestima que automáticamente te pusiste en la categoría de las chicas simpáticas.

La esquivo con premura, me dirijo hacia la profesora de deportes con las lágrimas casi resbalando por mi rostro.

—Profesora, ¿puedo ir al baño? —La voz me sale temblorosa, puedo ocultar la cara, no el timbre. Se queda enmudecida lo que creo es una eternidad, luego me da autorización.

Con pasos apretados salgo del gimnasio, me recargo en una pared para recomponerme. Aprieto mis párpados con los dedos, unas gotitas salen, pero las limpio apenas tocan mi piel.

—Tú puedes, Natalie, no es tan difícil fingir, ¿o sí? Solo quieren molestarte, búrlate de ellas pensando que tienen un zopilote en la cabeza —digo.

—¿Por qué un zopilote? Mejor un flamenco, son más graciosos, tienen cuellos largos, son rosados y sus patas parecen pajillas. —Salto al escuchar que alguien habla. Estoy escondida detrás de una fila de casilleros, por lo que me hago hacia adelante y me encuentro con un chico—. Creo que hasta los patos son más chistosos, los zopilotes son deprimentes.

—¿Quién eres? ¿El psicólogo de aves? —cuestiono avergonzada, porque me ha escuchado. Su cabello es castaño claro y sus ojos son verdes, suelta una risita que me resulta conocida, solo que no sé de dónde.

—No —dice risueño—. Soy Oliver, solo Oliver, el que limpia su casillero y escuchó una conversación privada. ¿Tú eres la chica zopilote?

—Soy Natalie —respondo, ladeando la cabeza. Me pongo recta en cuanto recuerdo que estoy escapando, aclaro la garganta—. Yo... eh... me tengo que ir.

No espero la respuesta de ese chico, quien me resulta extraño, escapo dando zancadas largas. Una vez en el interior del baño, me acerco al lavamanos y mojo mi rostro para refrescarme. Me miro en el espejo, peino mi cabello revuelto y salgo después de respirar profundo. Al instante me arrepiento, porque afuera se encuentra mi peor pesadilla.

—No te voy a dejar en paz hasta que me escuches —dice Shawn, cruzándose de brazos.



cuarenta y uno



NATALIE

Me siento en una de las bancas de la cafetería vacía, solamente hay gente limpiando y arreglando el desastre que han hecho otros chicos. Shawn se sienta frente a mí, giro los ojos y miro hacia otro lado. Escucho que se aclara la garganta varias veces y se coloca en el asiento con incomodidad, pero hago como si no fuera consciente de cada movimiento que hace.

—Escucha, Nat, sé que lo que viste se ve muy mal, pero no es lo que estás pensando. Hannah me besó...

—¿Eso es lo que quieres decirme? —interrumpo—. Shawn, no quiero saberlo, sé lo que vi.

—Yo no quería, Natalie, no quería besar a Hannah, ella vio a Liam y quiso darle celos robándome un beso —dice inclinándose hacia la mesa.

¡Vaya! Eso me asombra, no solo porque dijo que lucharía por él, porque estaba cansada de su novio, sino porque me parece un acto de lo más desagradable, ya que se supone que son amigos y lo ha utilizado. Las personas que quieren a sus amigos no los utilizan, y menos con algo que es probable que los lastime.

—No te quitaste, estuve parada ahí esperando que lo hicieras, lo vi todo, Shawn, le seguiste el beso. Eso quiere decir que lo disfrutaste, ¿o lo vas a negar?

—Pues sí, lo voy a negar, no lo disfruté. Estaba confundido, sorprendido...

—Me pongo de pie, recargo las manos en la mesa para mirar sus ojos más cerca.

—¿Lo ves? Estabas confundido, ¿sabes por qué lo estabas? Porque todavía la quieres, si no la quisieras no te hubieras confundido. ¿Siquiera pensaste en

mí mientras sucedía? Vi tu rostro, Shawn, ¿tienes idea de cuánto me dolió? Sé que no somos nada, que nunca lo fuimos y que no tengo por qué reclamarte. ¡Dios! Hasta me siento ridícula justo ahora. —Suelto un suspiro tembloroso, no quiero llorar, así que aprieto los párpados—. Tal vez es mejor de esa forma porque tú no estás seguro de lo que quieres y yo no puedo estar con alguien que va a correr lejos de mí cada vez que ella viene.

—No, no, ¡no! No estaba confundido por eso, no dudo de lo que me haces sentir, Natalie. Me confundió que ella de pronto estuviera diciéndome esas cosas y luego me besara, fue la acción, no lo que sentí. No supe cómo reaccionar en ese momento, fue demasiado rápido, estaba en blanco.

Abro los labios para tomar aire, esta conversación no me está gustando, no me gusta recordar una y otra vez lo mismo. Me desgasta y me entristece.

—¿Pensaste en mí mientras la besabas? —pregunto, aunque sé que la respuesta no va a gustarme.

—Cuando el beso terminó lo hice —susurra. Agacho la cabeza y los ojos se me llenan de lágrimas, no pensó en mí ni una sola vez, hasta que pudo pensar de nuevo. Cuando consigo tranquilizarme y tragarme el dolor que siento vuelvo a mirarlo, no sé qué es lo que ve en mi mirada, pero se levanta y niega con la cabeza. Sus manos acunan mi rostro con firmeza—. No estés pensando cosas extrañas, Natalie, no sentí ni la mitad de lo que siento cada vez que te beso, no se trata de Hannah ya, me di cuenta tarde de eso, tal vez no fue una buena forma para averiguar mis sentimientos, pero estoy tan seguro de que te quiero. Por favor, entiéndeme.

—Lo hago, Shawn, te juro que te entiendo. Comprendo que has estado enamorado de esta chica por mucho tiempo, es tu amiga, todos saben que es perfecta y yo soy simpática solamente, y a tus padres les agrada, a mí ni siquiera me pudieron ofrecer un vaso de agua —susurro con un nudo en la garganta robándome el aliento.

—No me estás escuchando, Nat, te estoy diciendo que te quiero —dice, todavía sosteniendo mi cara, acaricia con sus pulgares mis mejillas. De pronto, no quiero sentir sus manos tocándome, tampoco quiero que se acerque demasiado.

—No lo creo, lo lamento, pero no puedo creerte ya, Shawn, seguramente ella planea volver con Liam y tú te enteraste, por eso piensas que me quieres. —

Shawn niega con la frente arrugada.

—No sé nada de Hannah desde que pasó eso, preciosa, te juro que las cosas no son como las piensas. Por todos los cielos, te quiero, de verdad te quiero.

—Sus palabras suenan desesperadas, doy un paso hacia atrás, creo que ya tuve suficiente de esto, ya no quiero seguir escuchando, quiero hacer cualquier cosa menos ver sus ojos. Quiero hacer cualquier cosa menos mirarlo.

—Pero la amas a ella —contesto—. Está bien, Shawn, inténtalo con Hannah, yo haría lo mismo, ¿sabes? Elegiría al amor de mi vida, no al que puede convertirse en él.

Me giro y camino hacia la salida, no obstante, toma mi codo y me da vuelta, todo mi entorno pierde estabilidad. Se inclina, va a besarme, así que muevo la cabeza para que no pueda hacerlo y aplano mis labios, tan fuerte que me duelen.

Cuando se da cuenta de lo que está pasando, de que lo he rechazado, suspira y cierra los ojos con pesadez. Luce triste, dolido y cansado, quizá le duele haberme lastimado.

—Te lo voy a repetir una y otra vez hasta que me creas —murmura.

Le doy una mirada de pocos amigos antes de sacudirme, Shawn me suelta, yo me doy la vuelta y me voy.



El día siguiente llego más temprano de lo normal, entro al aula de matemáticas para buscar un asiento, no quiero que el destino juegue en mi contra y me amarre a él toda la maldita clase. Encuentro con la mirada un asiento vacío al lado de una chica, me apresuro a sentarme ahí. Ella ni se inmuta, tiene puestos unos auriculares. Suelto el aire que estaba conteniendo, lo único malo es que estoy en la parte de delante, extrañaré sentarme en mi linda banca del centro. Me siento aliviada cuando todos los asientos a mi alrededor se ocupan, al menos no lo tendré cerca ni podré verlo.

Sé cuándo entra porque siento sus ojos sobre mí, miro por el rabillo del ojo que se sienta y clava sus pupilas en las mías. Me pongo nerviosa, así que inhalo y exhalo para calmarme. El profesor entra, intento distraerme apuntando los problemas que pone en el pizarrón.

Cuando el timbre suena soy la primera en levantarme y salir como un rayo del salón.

A la hora del almuerzo, Jasmine y yo nos formamos en la fila para obtener el nuestro. Me la he pasado escabulléndome en los pasillos, sintiéndome como una fugitiva, todo para no topármelo. Llegamos al área donde están las tinajas con la comida, lo observo todo con el ceño fruncido, miro un caldo que se parece a aquel que le tiré encima a Shawn, ¿por qué todo tiene que recordármelo?

—Esa cosa es horrible, chica cuervo, yo que tú no pediría el caldo. —Busco a la persona que está hablándome y me encuentro con el chico que vi afuera del gimnasio el día de ayer.

—No era cuervo, era zopilote —digo con el ceño fruncido—. No vuelvas a llamarme así si no quieres que te llame chico flamenco delante de todos.

—De acuerdo —contesta soltando una risotada—. No te pongas violenta, Natalie.

Me alejo siguiendo a Jas con rapidez, ni siquiera entiendo por qué me siento a la defensiva cuando ese tal Oliver aparece en mi camino.

Nos sentamos en una mesa. En completo silencio picoteo con el tenedor la masa amarilla de mi plato, entretanto observo por debajo de mis pestañas al muchacho. Es lindo, su altura es como la mía, el día de hoy lleva un gorro gris en la cabeza y una playera con un estampado extraño, parece un chico en onda. Luego, su mirada verde contacta con la mía, doy un salto y me agacho, empiezo a comer con el corazón a mil por hora porque me ha descubierto espiándolo.

—¿Qué demonios te pasa a ti? —Jasmine se carcajea—. ¿Ahora te gusta enterrar la cara en la comida?

—¿Quién es el chico de la gorra gris que está en la mesa cercana a la pared? ¿Lo conoces? —pregunto, todavía en la misma posición. Ella se queda en silencio, después chasquea la lengua.

—Oliver Doms, creo que es un año menor que nosotras. ¿Te acuerdas de la horrible estación de radio que sonaba los viernes por los parlantes? Él la dirigía.

Enderezo la espalda, ahora entiendo por qué se me hacía conocida su voz.



cuarenta y dos



SHAWN

Camino por el pasillo, barriendo con la mirada el lugar, buscándola. La encuentro en una esquina conversando con Jasmine, sus ojos dulces se elevan y se vuelven turbios cuando me encuentran, aparta la vista haciendo una mueca. Siento una presión en el pecho que me saca el aire al ver cómo se da la vuelta para alejarse de mí junto con su amiga. No me quiere cerca, ni siquiera quiere mirarme.

Me detengo en medio del pasillo, no sabiendo muy bien qué hacer conmigo mismo. Quiero ir tras ella y pedirle perdón de nuevo; sin embargo, sigue enojada y algo me dice que solo lograré molestarla más; no quiero que me odie.

Tomo una respiración profunda y temblorosa, me rasco la frente con frustración, no sé qué demonios hacer para que me crea. Me siento tan mal, ayer no pude dormir por darle vueltas al asunto, es que he visto cómo es Nat enojada, ni siquiera le hablaba a su padre cuando creyó que este la había traicionado, ¿qué esperanzas tengo yo? Y eso me aterra.

Me di cuenta de lo colorido que se volvió mi mundo desde que entró en él, desde que arrojó ese caldo en mi ropa y todo se puso de cabeza. Las cosas sucedieron tan rápido, no supe cuándo empecé a quererla.

Alguien picotea mi hombro, me doy la vuelta y me encuentro a Hannah. La observo, esperando que diga algo, se queda en silencio. Voy a girarme para marcharme, porque no quiero estar a su alrededor, pero su voz me detiene.

—No, espera, Shawn —murmura—. Lo lamento, en serio lo hago, nunca quise lastimar a Natalie, ella me cae bien, creo que es una gran chica, hasta le dije lo que sentía por ti y que lucharía por recuperarte...

Esas palabras me hacen apretar los puños, rechino los dientes, ¿qué demonios está mal con Hannah? ¿Qué mierda? ¿Por qué demonios le dijo algo así a Nat?

—¿Que tú hiciste qué? —pregunto con la mandíbula apretada, respirando hondo para no gritar, para no sacudirla. Siento el enojo recorriendo mis venas, la impotencia porque sé que eso le causó una herida. Ahora entiendo por qué Natalie ha estado así últimamente, puedo comprender su enojo e inseguridad hacia mis sentimientos. Un recuerdo se me viene a la cabeza, el día de la cena de mis padres me dijo con lágrimas en los ojos que le preguntara a Hannah que era lo que estaba pasando, por supuesto que esta negó saber a qué se refería.

Traga saliva, su mirada se ve perdida, no creo que pueda comprender el daño que hizo al actuar de esa forma, ni siquiera puedo entender por qué carajos se le ocurrió que estaba bien ir con la chica con la que estaba saliendo para decirle esas estupideces.

—Un día le dije que lucharía por ti porque me había dado cuenta de que te quería y deseaba recuperarte. Le conté lo de Liam, lo hice porque creí que si era sincera no pensaría mal de mí —murmura.

La observo con incredulidad, conozco a Hannah desde hace años, nunca había dudado de ella hasta ahora. No puedo creer que haya sido tan egoísta, sé que siempre intenta protegerse sin importar si lastima a los demás con esa barrera que construye a su alrededor.

—¿Por qué carajos hiciste eso, Hannah? Natalie es muy sensible con ese tema porque sabe que te quería y porque cree que eres perfecta y ella no. Se supone que somos amigos, ¿no? Los amigos no hacen esto, no engañan así, no mienten ni amenazan a las personas que quieren. He intentado ser un buen amigo para ti por tanto tiempo, he escuchado lo mucho que Liam te lastima, estuve ahí para limpiar tus lágrimas, para ayudarte con tus padres, nunca te pedí nada a cambio, tampoco te reclamé nada; incluso cuando eso me dolía, ¿por qué me hiciste eso? ¿Por qué lastimarla así, Hannah? ¿Tienes idea de lo mucho que me duele que Nat ni siquiera quiera estar en el mismo lugar que yo? No me cree, no me escucha.

Su boca se abre para poder respirar, luce confundida. No creo que lo haya hecho para dañar a otros, es solo que nunca se da cuenta y debería hacerlo, no puede ir por ahí creyendo que todos ven el mundo como ella.

—No fue mi intención, no sabía que Natalie se sentía de esa forma —susurra como si no pudiera creer lo que le digo, luego sus pupilas me enfocan—. Pero, Shawn, es cierto lo que te dije en la biblioteca, todo es verdad, independientemente de lo de Natalie, me di cuenta de que Liam y yo no estamos yendo a ningún lugar, él no me quiere de esa manera y yo quiero intentar algo con alguien que siempre me ha demostrado su cariño.

Sus ojos se nublan, por un momento veo a la chica que tanto quise, esa niña asustada que necesita cariño porque sus padres nunca han estado verdaderamente para ella y ha estado enamorada de un chico que no se atreve a quererla.

—Me alegra que te hayas dado cuenta de que esa relación solo te está hiriendo, mereces que alguien que te ame, Hannah, no a un tipo que a veces te demuestra amor y otras veces actúa como si no te conociera. —Su mandíbula tiembla, agacha la cabeza, me duele verla así, pero yo no me siento mejor—. Soñaba todo el tiempo con que me dijeras esto, yo habría tomado cualquier migaja de ti, pero ya no soy ese Shawn, Han. Sin darme cuenta encontré a esta chica y me enamoré de ella. Quiero a Nat, la quiero demasiado. Y tú estás confundida porque tienes miedo, porque quieres que alguien te ame, pero primero necesitas amarte a ti misma, si lo hicieras no necesitarías ni a Liam ni a mí ni a ningún otro para recordarte que eres maravillosa. Me gustaría apoyarte en esto, pero lastimamos a la persona de la que estoy enamorado, tú porque no sabes lo que quieres y yo porque no supe ver que la quería. No puedo ayudarte esta vez porque necesito recuperar a Natalie, y sé que por ahora es imposible estar a tu alrededor si quiero tenerla de regreso.

Respiro y me doy la vuelta, todo esto me parece tan irreal, me sorprende lo mucho que he cambiado desde que Nat llegó con sus ocurrencias y su dulzura. Me asombra porque me siento diferente, como si pudiera enfrentar cualquier cosa. Una vez creí que amaría a Hannah toda mi vida, hoy me duele perder a una amiga. Pero más me duele que Natalie no me mire.



En la mesa del almuerzo Harold no deja de mirarme, lo que me está poniendo de los nervios es su ceño fruncido y la mueca de desagrado que hace

cuando lo enfoco.

—¿Cuál es tu jodido problema? —cuestiono malhumorado. Suficiente tengo con que ella esté ignorándome como para que mi mejor amigo me haga caras.

—¿Cuál es el tuyo? Ya supe que estás con Hannah, no sé qué me molesta más: que estés con ella a pesar de que sabes bien que te mandará a la mierda en cuanto Liam se le acerque, que hayas dejado a alguien como Natalie por esa chica o que me haya enterado de eso por los rumores porque mi amigo no pudo decírmelo. —La arruga de su entrecejo se vuelve más tensa, lanzo un bufido.

—Si yo no te lo he dicho es porque no es cierto, no estoy con Hannah —digo. Él abre la boca con asombro, algo en mi cabeza hace conexión—. ¿Qué dijiste? ¿Quién mierdas está diciendo que estoy con Hannah?

—Eh... todos, lo escuché en los vestidores, en la clase de química... Natalie estaba ahí, por cierto. —Resoplo y me pongo de pie, esto se pone cada vez peor.

Busco su melena rubia saliendo de la cafetería, por lo que troto esquivando a la gente que se me atraviesa para llegar a ella, va tomada del brazo de su amiga. No lo dudo dos veces, me aproximo y la retengo agarrando su codo. Las dos se dan la vuelta al mismo tiempo, Nat se envara y Jasmine gira los ojos, la morena se interpone colocándose frente a mí.

—No quiere hablar contigo, Price, déjala en paz —dice, cruzándose de brazos.

Me da gusto que Natalie tenga una buena amiga que la defienda de todos, sin embargo, el día de hoy no tengo paciencia.

—Muy bien, que me lo diga ella, tiene boca y voz, si no me quiere cerca puede decírmelo, aunque dudo mucho que vaya a dejarla en paz —susurro.

Esquivo a Jasmine y arrastro a Natalie por el camino, quien se resiste lanzando bufidos. Hace que recuerde aquella vez que se enojó conmigo porque la dejé en la pista de baile y no quería que la llevara a casa.

—¡¡Suéltame, Shawn!! —exclama, resistiéndose.

—¡No voy a soltarte hasta que me escuches, Natalie Drop! —Se sacude con violencia, me la imagino como esas caricaturas que clavan los talones en el suelo para no caminar.

—¡Voy a hablar contigo si me sueltas!

Entonces me detengo, me doy la vuelta y la enfrento, todavía sostengo su brazo. Se acomoda el cabello mirándome con reproche, aunque puedo ver chispas en sus ojos. Mi corazón empieza a latir con rapidez, solo tengo que estirar la mano para acariciar su mejilla, solo tengo que dar un paso para pegarme a ella. Quizá, si la abrazo, pueda escuchar y sentir mis pulsaciones, tal vez así pueda entender lo que siento.

—Harold me dijo lo de los rumores que escucharon en clase de química, no son ciertos, Nat, no estoy con Hannah. —Se muerde el labio hasta que queda blanco, me da una mirada por debajo de las pestañas que me parece la cosa más adorable que he visto.

—Hay otros rumores, ¿esos son ciertos? —Ladeo la cabeza, no tengo idea de qué está hablando. Se aclara la garganta, mis comisuras tiemblan, siento su nerviosismo, no está a la defensiva—. Dicen que esta mañana le dijiste a Hannah que me quieres.

—No, le dije a Hannah que estoy enamorado de ti y que no quiero estar con ella —contesto.

—Oh.

—¿Ahora sí me crees? —pregunto.

—Tal vez —responde—, pero eso no borra lo que pasó, tú la besaste y eso me lastimó muchísimo, me rompiste el corazón, aunque no fuera tu intención. Sabes que no soy una persona complicada, que no me gusta llorar ni enojarme, solo quiero ser feliz. Estuve hablando con papá y él me hizo ver que necesito encontrarme, no sé si estoy preparada para estar con alguien y creo que tú también deberías sanar y cerrar el círculo de Hannah antes de intentar algo con otra persona, no debe ser fácil después de haber estado enamorado de ella durante tanto tiempo. Además, a tus padres no les agrado mucho. Creo que es mejor que por ahora estemos separados, Shawn.

Me sonrío con tristeza, yo no puedo sonreír, quiero decirle que puedo ayudarla a encontrarse, que podemos buscarnos juntos, pero no soy capaz de encontrar mi voz en medio del vacío.

—No ve voy a rendir, Nat —digo con un nudo en la garganta.



cuarenta y tres



NATALIE

Es viernes y el señor Pimiento está más lleno que un hormiguero, el escándalo llega hasta la cocina, lo cual es bueno, porque las ventas habían decaído las últimas semanas. Los dueños del restaurante decidieron hacer algo para que el interés de las personas regresara. El señor Hest puso una nueva área de juegos en una de las esquinas, hay dos mesas de billar, el rumor se corrió rápido entre los jóvenes del vecindario, han venido toda la semana.

Yo me mantengo en mi lugar, escondida junto a la estufa llena de aceite con mi sombrero con doble queso porque temo que alguien conocido me vea en uniforme, sé que luzco apetecible vestida de hamburguesa, por eso no quiero levantar tentaciones.

El día de hoy me toca estar en la parrilla junto a uno de mis compañeros, él voltea las carnes y yo las lleno de queso, después de que se derrita las saco y se las paso a otro. Me concentro en lo que estoy haciendo hasta que una voz me hace saltar del susto.

—Nat... —Le doy una mirada de soslayo a Poppy una vez que me recompongo. El aro en su nariz brilla y el cabello negro custodiado por una red hace que su rostro se vea más fuerte, no sé cómo explicarlo—. ¿Podrías cambiarme el lugar?

Se nota que le incomoda pedírmelo, señala con la barbilla el área para hacer los postres, Jackson está ahí haciendo algo en la licuadora. Ahogo una sonrisa en la boca aplastando los labios.

—¿Recuerdas aquel lindo día en el que te pedí que me cambiaras tus mesas por las mías? —Su frente se arruga, me encojo de hombros

con diversión—. Así que mueve tu culo, reina, ve a tu lugar si no quieres que le diga al viejo Hest que no estás haciendo tu trabajo.

Me siento mal haciendo eso, pero creo que es muy divertido que quiera alejarse de él cuando es más que obvio que se siente atraída. Mi compañero lanza una risa burlona, haciendo que Poppy golpee el suelo con el pie como si fuera una niña pequeña, haciendo una pataleta, se gira y camina con pasos apretados hacia la mesa metálica de los postres, separándose exageradamente de Jack, quien se voltea a verla con insistencia e intenta acercarse a pesar de que Poppy se aleja cada vez que avanza. Es gracioso, como un baile.

Los minutos pasan y se convierten en horas, cuando es la hora de la salida me quito el delantal y voy y lo cuelgo en el armario. Me quito el sombrero y lo aplasto, colocándolo entre mi brazo y mi costado, suelto el cabello sintiendo que soy parte de un comercial de champús.

Salgo por la puerta trasera junto con dos empleados más, la mayoría ya se ha marchado, aunque no importa, papá dijo que me recogería y me llevaría a casa de mamá, Jasmine y yo tendremos una pijamada más tarde. Voy distraída tarareando una canción. Cierro el pico de golpe al escuchar un grillo de frustración. Escondida entre las sombras, como un vampiro, observo a Jackson discutiendo con Poppy, él le agarra el brazo y ella se sacude para soltarse. Ladeo la cabeza con curiosidad. No puedo escuchar lo que dicen, ella termina soltándose, se aleja por la avenida dando pasos largos y dejándolo estancado en el suelo. Entonces me acerco y me coloco a su lado mirando la melena oscura de Poppy.

—¿Qué ocurre? —pregunto. Lo veo saltar del susto y llevarse la mano al pecho para controlar sus respiraciones aceleradas, me mira con reproche—. ¿Qué? No tengo la culpa de que tu corazón tenga el tamaño de una hormiga y se asuste con mi voz.

—Saliste de un callejón oscuro, discúlpame por pensar que alguien quería asesinarme —contesta. El mal humor se percibe con facilidad en su tono, Jack suspira y se talla la cara con las palmas—. Perdón, Poppy me está volviendo loco.

—Te entiendo, a mí Shawn también me vuelve loca —murmuro.

—¿Qué pasó? —cuestiona. Salimos de la oscuridad, nos acercamos al borde de la acera y nos sentamos en el filo del escalón, espero que no pase ningún

coche, no quiero que me apachurre los pies.

—¿Recuerdas que te dije que estaba pensando en darle una oportunidad? Pues al día siguiente lo encontré en la biblioteca besando a esa chica de la que siempre ha estado enamorado, luego hablamos y me dijo que ella lo besó y él no se quitó porque no supo reaccionar, pero que gracias a eso ahora está seguro de que me quiere, ya que no sintió nada. Después me enteré de que la rechazó y bueno... ahora estamos separados porque no sé, estoy confundida y dolida, todo lo que pasó hizo que me diera cuenta de que no estoy preparada para tener una relación, tampoco creo que él lo esté. Soy inmadura, en vez de enfrentar las cosas siempre salgo corriendo, odié a mi padre sin motivo y sin permitir que me explicara las cosas, y por algún motivo me cuesta aceptar que Shawn esté enamorado de mí y no de Hannah.

—Es fácil enamorarse de ti, Natalie —susurra. Giro la cabeza para enfocarlo con los párpados abiertos, Jackson sonrío con tristeza—. Te lo digo por experiencia.

—¿Qué?! —cuestiono exaltada—. P-pero Poppy...

—Quizá esto va a molestarte, no lo sé. —Suelta un suspiro mientras observa sus manos—. Me gustabas mucho, tu sonrisa era tan sincera siempre que no pude evitarlo, es fácil estar a tu alrededor, eres hermosa y atractiva, simpática, sabes escuchar, eres humilde. ¿Recuerdas ese día que estábamos aquí afuera y Shawn llegó? Tú le diste toda tu atención, estaba furioso, vi cómo lo veías y lo abrazabas desde el auto, me quedé ahí hasta que se fueron. Iba a arrancar cuando alguien tocó el vidrio de mi ventana, era Poppy, me preguntó si podía llevarla a su casa, ya que su hermano se había olvidado de pasar por ella. Era de noche, no pude negarme a pesar de que lo único que quería era encerrarme en mi cuarto. Detuve el coche calles atrás y empezamos a hablar, siempre nos llevamos

bien, aunque parezca una chica ruda, es hermosa una vez que te deja entrar. Salimos varias veces antes de que te conociera, tuvimos algunas citas, ya que tenemos amigos en común y fue inevitable que no quisieran emparejarnos; por alguna razón nada se dio. Le conté que me gustabas, ella escuchó, me dijo que no me rindiera si de verdad te quería. La miré a los ojos sonriendo y me perdí, la besé, al principio se resistió, pero después me besó de vuelta. Una cosa llevó a la otra, no me siento orgulloso de lo que hice ese día, terminamos en el

asiento trasero teniendo sexo. Cuando acabamos me sentí como un imbécil, no supe qué hacer, no pude controlar mi maldita lengua y le dije que había sido un error porque yo te quería y no sentía más que amistad por ella, y le pedí que se bajara del carro; claro que no sabía que sentía cosas por mí.

Tomo aire, queriendo comprender todo lo que ha dicho. Ahora me siento mal por no haberle cambiado el lugar a Poppy, no volveré a hacer de Cupido porque al parecer mi nariz ha perdido el toque.

—Eso fue muy cruel, Jackson.

—Lo sé —susurra—. Me enteré de sus sentimientos porque escuché una conversación que no debí haber escuchado. Dejé que los días pasaran, no quería lastimarla y yo estaba tan confundido porque estaba esta chica que me quería y que me gustaba... porque Poppy me atraía, solo que pensé que no éramos compatibles en ese entonces, somos totalmente diferentes. El punto es que hace poco la vi con alguien, mi mejor amigo es nuestro amigo en común, sentí un golpe en el estómago cuando vi que la besaba. Me morí de los celos, de la rabia, Dios... yo... quería quitárselo de encima y llevármela para que no pudiera mirarla de nuevo.

—Esto es demasiado dramático para una joven de diecisiete años a la que le gustan los unicornios —murmuro.

—Así que he intentado acercarme, pero como puedes ver no me quiere cerca, la lastimé y creo que él le está metiendo ideas en la cabeza.

—¿Qué harás? —cuestiono, veo que se encoge de hombros resignado—. ¿Nada? ¿Te vas a quedar mirando cómo se aparta? La quieres, ¿no? Si sientes algo por ella deberías obligarla a que te escuche.

Sus comisuras tiemblan, Jack me enfoca con diversión, luego se pone serio y se aclara la garganta.

—Necesito comprobar algo antes —susurra. Espero a que diga algo, pero antes de que pueda reaccionar, su rostro se acerca peligrosamente a mí. Voy a hacerme hacia atrás, confundida, pero sus labios toman los míos. Jack me besa con suavidad, mis párpados se cierran involuntariamente a pesar de que quiero retirarme. Lo beso, es cálido y agradable, solo eso, no hay chispas ni fuegos artificiales estallando en mi estómago, tampoco aves asesinas revoloteando en mi vientre. Se separa y me sonrío cuando lo miro—. Quiero a Poppy, Nat.

—Es raro que me lo digas después de besarme, me alegra que lo hayas averiguado, aunque sigue siendo extraño. Vas a tener que recuperarla si no quieres que te quiebre la nariz. —Suelta una carcajada y se levanta, me tiende la mano para ayudarme.

Justo en ese momento mi padre da la vuelta en la esquina, se detiene frente a nosotros. Me acerco a la puerta del asiento del copiloto.

—Voy a obligarla a que me escuche. —Lo escucho, sonrío y me meto al vehículo.

Mientras papá avanza por las calles rumbo a la casa de mamá me muerdo el labio inferior al pensar en Shawn, Jackson me besó y yo lo besé, Jack se dio cuenta de que de verdad quería a Poppy y yo... solo comprobé una vez más que Shawn Price está metido en mi corazón.



—Jasmine ya está en tu alcoba —dice mamá tan pronto entro a la casa. Voy y le doy un beso en la mejilla como saludo, sin más subo las escaleras lo más rápido que puedo.

Jas está acostada en mi cama mirando el techo, se endereza cuando se da cuenta de que he entrado y hace una mueca al ver mi sombrero de hamburguesa con doble queso, el cual arrojo al armario para que no pueda verlo.

Me quito los zapatos y me arrojo al colchón, todavía me siento rara por lo que pasó hace rato afuera del señor Pimiento, eso me hace recordar que no he besado a muchos chicos en mi vida. Mi primer beso fue cuando tenía quince, lo hice en una fiesta y por curiosidad, ya que todas las chicas habían besado y yo también quería hacerlo, claro que fue la cosa más asquerosa del mundo, porque al parecer el chico no comprendía que mi cara no era una paleta, arg. Luego tuve un novio, se llamaba Leo, era tan tímido que solo nos dimos besos de piquito, tuvo que irse de la ciudad por el trabajo de su padre, jamás volví a saber de él, así que di nuestra relación por terminada; después se unió Shawn a la lista, al final Jackson.

—Jackson me besó —suelto.

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué?!

Salto del susto al escuchar tres voces diferentes, Jasmine me observa con la frente arrugada, no sé si el desconcierto es por lo que he dicho o por las otras personas que han escuchado mi confesión. Cecile aparece con la mandíbula desencajada, traspasa el umbral señalándome.

—No me voy a mover de aquí hasta que me digas qué maldito hechizo utilizaste para tener a un motero *sexy* y a un universitario apetecible, es que no puedo comprenderlo. —Se cruza de brazos y tamborilea el pie en el suelo. No lleva el rostro maquillado el día de hoy, lo cual me parece extraño. Sin embargo, sí lleva esas horribles botas negras de cazador, una falda de cuadros, medias de red y camisón oscuro. No puedo creer que mamá haya dejado que saliera con esa diminuta faldita.

Lanzo un bufido, abro la boca para responder, pero un pequeño Oompa Loompa sale arrastrándose como una lagartija de debajo de la cama. Todas miramos al pequeño *troll* con el rostro enrojecido, mirándome a mí y a Cecile alternadamente.

—¿Por qué te dejaste besar? —No puedo responder porque se gira y señala con el dedo índice a Cecile, refunfuñando—. Y tú, eso parece un taparrabo, ¿te crees Tarzán? ¿Ahora empezarás a desnudarte? ¿Qué sigue? ¿Vas a trepar muros también?

—Ve a sacarte los mocos a otro lugar, Frank —contesta con simpleza al tiempo que se deja caer en la silla de mi escritorio. Se cruza de piernas y apoya los codos en la mesa. Algo raro está pasando con Cecile, ella nunca se pone ropa demasiado corta, siempre se maquilla más de la cuenta y jamás permanece más de dos segundos en mi habitación.

—¡¡Responde, Cecile Abigail Drop!! —exclama mi pequeño hermano. Observo con diversión la escena, si Frank me cela estoy segura de que a mi hermana la celaría más, porque son como uña y mugre, a pesar de que se la pasan peleando.

—Aw, pero qué cosita tan tierna. —Frank le da una mirada de soslayo a Jas, se sonroja y agacha la cabeza. Ahogo la carcajada cuando el Oompa Loompa camina hacia la salida de mi cuarto en completo silencio, incluso cierra la puerta. Mi amiga suelta una risita, luego se pone seria y contempla a Cecile,

quien sigue en la misma posición que antes—. Yo creo que te ves bien, sin duda es algo atrevido, pero te queda.

Mi hermana se encoge de hombros, como si no le importara. Sin embargo, el brillo en sus ojos me dice otra cosa.

Sin saber cómo, las tres terminamos comiendo papas fritas y golosinas sentadas en el suelo mientras platicamos de cosas sin sentido, nos hemos puesto ropa cómoda. No voy a mentir, me emociona bastante que Cecile se nos haya unido por decisión propia, lo cual es loco y extraño, pero igual me agrada. Mi amiga le cuenta a mi hermana todo lo que pasó con Greg, la cual hace una mueca cuando llega a la parte dolorosa.

—No soporto a los chicos como él porque se creen más que otros solo por jugar en un tonto equipo o tener algo que otros no tienen, como si tener personas falsas a su alrededor o popularidad fueran la gran cosa, un día eso terminará y se quedarán solos y tristes. —Frunzo el ceño al escuchar la amargura en su voz, más porque sé que alguien muy cercano a ella es un jugador popular en la secundaria.

—Lo bueno es que tu mejor amigo no es así —digo. Damien y ella son mejores amigos, mi hermana tenía un enamoramiento con él, yo estoy segura de que él también la quiere de ese modo. No obstante, ahora que lo pienso, hace un tiempo que no lo veo por aquí, antes pasaba las tardes en casa jugando con Frank—. ¿Por qué ya no viene?

Cecile mira hacia otro lado, me altero cuando veo que se muerde el labio hasta dejarlo blanco. Solo he visto llorar a mi hermana un par de veces —por lo regular corre y se esconde para que nadie pueda verla—, y siempre hace eso antes de que sus ojos se llenen de lágrimas.

—Damien y yo ya no somos amigos —dice seca.

Me arrastro, contrariada, y me sitúo a su lado, aprieto su hombro con mi mano hasta que levanta la barbilla para mirarme.

—¿Qué pasó? —Es que no puedo creer que ya no sean amigos, era el único que podía entrar a su mundo.

—Nada, que le confesé cómo me sentía y me rechazó, y eso dolió, ¿sabes? Lo peor fue que me dijo que le avergüenza que lo vean conmigo, que somos diferentes y que jamás podría estar con alguien que luce como yo, después de

que sucedió eso no ha hecho más que ignorarme. No me quejo, se puede ir a la mierda.

—Ese bastardo —digo enojada. Me caía bien, una vez dejé que comiera mi cereal, ¡le compartí mi delicioso cereal a un hipócrita rompecorazones!—. No cambies por lo que ese idiota te dijo, tú eres especial y genial así, ojalá que un día se dé cuenta de que ha dejado escapar a una chica maravillosa.

—Vomito arcoíris —dice fingiendo asco, pero por sus gestos relajados sé que no está molesta, probablemente esa es su forma de agradecer.

Me gustaría abrazarla y darle ánimos porque sé que, aunque quiera aparentar que no ha sucedido nada, le ha dolido muchísimo. No creo que sea fácil perder a un amigo, yo me sentiría terrible si Jas y yo peleáramos. Además, Cecile lo quería, ¡por Dios! ¡Si hasta se tatuó con henna el nombre de Damien una vez! ¡Y en una de sus gomitas! Eso debe significar algo, ¿no?

Jasmine cambia el tema cuando se da cuenta de que el ambiente se pone pesado, así es como terminamos hablando de Shawn y Jackson.

—Así que estoy sola por el momento. —Quito con los dientes las chispas de chocolate de mis galletas, he terminado de contar toda la historia, a pesar de que Jas ya sabía una parte.

—Podrías hacer una cuenta en una de esas aplicaciones de citas —dice la morena.

—Sí, para que un pedófilo se la lleve —responde la otra rubia de la alcoba.

—¡Hey! Sigo aquí —digo y lanzo un suspiro—. Creo que están locas, eso no me va a ayudar. ¿Saben? Me di cuenta de que vivo en cuentos con nubes de algodón y que en gran parte todo lo que pasó es mi culpa, yo sabía que Shawn estaba enamorado de Hannah cuando empezamos a salir, dejé que me besara sabiendo que la quería a ella, ¿cómo quejarme?

—No todo es tu culpa, él nunca debió empezar algo contigo sabiendo que sentía cosas por otra chica —dice Jas.

—¡Ya sé! Podríamos planear una broma para que aprenda la lección. —Mi mandíbula cae, pero, ¿qué? ¡No!

—Oye, chica murciélago, me gusta tu forma de pensar. —Le doy una mirada de reproche a mi amiga, no quiero que le hagan bromas a Shawn, mucho menos después de lo que me dijo la última vez que hablamos, Cecile puede ser pesada cuando se trata de eso.

—¿Qué? ¿Van a pegar gomitas en su casillero? No quiero que le hagan nada a Shawn. —Ellas se miran, no estoy segura de que me hayan escuchado—. ¡Eh! Es en serio.

El resto de la pijamada no hacemos más que comer y ver películas hasta que nos quedamos dormidas.



cuarenta y cuatro



SHAWN

Cierro los párpados cuando me meto en el chorro de agua tibia. Soy el único que está en las regaderas, necesito asearme después de correr sin parar durante una hora. Las cosas entre Nat y yo están demasiado tensas, esta mañana me di cuenta de que estamos en la cuerda floja cuando se negó a mirarme durante la clase de matemáticas, creí que darle su espacio funcionaría, ahora no estoy tan seguro de ello.

Un estruendo me sobresalta.

—¿Hay alguien ahí? —pregunto a la nada, nadie responde.

Me encojo de hombros y termino de enjuagarme, cierro la llave y tomo una toalla para envolverme. Salgo de esa área y me encamino hacia el pasillo de los casilleros para ponerme la ropa que dejé en la banca. No obstante, no hay nada. Frunzo el ceño, estoy seguro de que dejé ahí las prendas, siempre lo hago. Me rasco la frente y abro mi casillero, los párpados se me pegan a la frente al ver lo que hay adentro.

—Pero, ¿qué demonios? —Agarro con confusión las prendas femeninas. Hay un pantalón de mezclilla, una playera con un dibujo de unicornios rodeando un arcoíris y zapatos rosados. Luego recuerdo el ruido que escuché mientras me bañaba, una idea descabellada se me viene a la mente. La descarto porque sé que Natalie jamás haría algo así, no a mí, ¿o sí?—. Mierda.

¿Qué hago? Busco con la mirada algo que pueda usar para salir por ayuda, mi teléfono móvil no está en donde lo dejé, así que no puedo llamar a Harold para que me preste su ropa. Por Dios, no pienso ponerme estas cosas, quizá pueda asomar la cabeza en el pasillo y hablarle a alguien. Los nervios se concentran en mi garganta. Si alguien me ve en toalla los directivos lo sabrán y habrá una mancha en mi historial académico.

Camino hacia la salida, barro con los ojos el gimnasio, cuando veo que está vacío sigo caminando hasta que llego a la otra puerta. Trago saliva y tomo una inhalación profunda antes de asomarme. Suelto una maldición, el pasillo está vacío, ¿por qué justo hoy si siempre está lleno de gente?

Me quedo en el mismo lugar, esperando que alguien pase, los minutos transcurren y nada. No puedo quedarme todo el maldito día aquí, tal vez pueda caminar hacia el cuarto del conserje y pedirle que me ayude. Me toma una infinidad de tiempo mentalizarme, con precaución salgo de mi escondite.

—¡No, no, no! ¡Maldición! —exclamo. El timbre suena, indicando el cambio de clase, acelero los pasos, después todo ocurre en cámara lenta. El alumnado llena los pasillos, encuentro a una persona que se parece mucho a la hermana de Nat apoyada en una pared observando con diversión mi estado, y todos se detienen para carcajearse.

Me quedo quieto, sin saber muy bien qué hacer, nunca me ha pasado algo tan vergonzoso, tengo miedo de lo que pueda pasar, no quiero que me suspendan, y mis padres... mejor no pienso en ellos ahora.

Doy pasos atrás, ubico a Natalie entre el gentío, quien se hace paso entre las personas con la mirada horrorizada. Harold se me acerca y me agarra del brazo.

—¿Por qué demonios te quedas parado como un imbécil? —Gracias a Dios me conduce de regreso al gimnasio, no sé en qué momento se me ocurrió que era buena idea salir de los baños—. ¿Qué pasó?

—Cecile se llevó mi ropa y mi teléfono —murmuro. Me dejo caer en una banca, apoyo los codos en las rodillas y hundo el rostro en mis palmas, suelto un gemido de frustración—. Esto se hará viral en Internet.

—Solo a ti se te ocurre salir así —dice Har.

—¿Qué querías?! ¡No podía quedarme o usar esa horrible ropa! —Harold lanza una carcajada, supongo que ha visto la cosa de los unicornios y el arcoíris.

—¿Shawn? —Levanto la cabeza tan pronto escucho la voz de Natalie, mi amigo asiente en mi dirección y sale del lugar, dejándonos solos. Los ojitos de Nat están asustados, se aproxima y se sienta a mi lado, me ofrece algo, solo ahora me doy cuenta de que es mi ropa y mi celular—. L-lo lamento, no sabía que iba a hacer algo así.

Sonrío sin poder evitarlo, se ve tan linda con toda esa preocupación. Agarro las cosas y las dejo a mi costado, me inclino hacia ella y acuno su rostro, hago que me mire.

—No importa ya, me estás hablando, algo bueno salió de esto. —Sus comisuras tiemblan, sus mejillas se tiñen de color rosa. Acaricio su piel con el pulgar—. ¿Qué tan feo está afuera?

—Muy feo —susurra—. Aunque todas las chicas están locas porque te vieron semidesnudo.

Hace un puchero que hace que mi mirada baje, sus labios rosas se me antojan, ladeo la cabeza y me acerco más hasta que soy capaz de sentir su aliento.

Mi corazón late muy rápido dentro del pecho, siento emoción recorriéndome, solo ella logra que todo mi mundo se borre, seguramente soy la burla de toda la escuela en este momento, pero tenerla tan cerca hace que nada más importe. Muevo la cara para que nuestras narices se toquen, me siento mareado y algo acalorado.

—Te extraño.

—Yo también —murmura.

—Repíteme por qué no estamos juntos.

—Porque quiero madurar y tú tienes que cerrar el círculo.

—Ese círculo ya está cerrado y en la basura, y yo puedo ayudarte a madurar. —Me acerco más, Nat se aleja un poquito, solo lo suficiente para que nuestras bocas no se toquen—. La primera lección será que dejes de huir y enfrentes la situación.

—¿Cuál es la situación? —pregunta. Me muevo en la banca hasta que mi muslo toca el suyo, con el brazo libre rodeo su cintura e impido que se aleje.

—Yo soy la situación.

Sin más, la beso con fuerza y determinación, con todo lo que tengo para que se dé cuenta de que mi vida se hizo dulce desde que entró ella, no puedo pensar en nadie más, es mi último pensamiento al acostarme por las noches, es lo primero que busco al llegar a la escuela. No hay nadie, no quiero a otra, solo a Natalie Drop. Al parecer entiende el mensaje, porque sus brazos me rodean el cuello, entonces la levanto de su asiento y la coloco en mi regazo, me sumerjo en su sabor y en lo que me hace sentir.



cuarenta y cinco



NATALIE

Me echo hacia atrás cuando me falta el aire y lo observo, mi cara está tan caliente que podría encender una fogata. Se ve hermoso, sus ojos son brillantes y sus labios están hinchados. ¿Qué demonios estoy haciendo lejos de él? Ahora me siento como una tonta por creer que alejarlo era la solución cuando es todo lo contrario, necesito a Shawn junto a mí.

Recién me doy cuenta de que sigue en toalla y su torso está desnudo, ahogo un suspiro en mi boca, ¡santo de los querubines encuerados! Está como para comérselo con chocolate y chispitas de colores. Y estoy encima de él, me agrada, así que lo abrazo, haciendo que sus manos aferren mi cintura de igual forma.

Tiemblo al sentir que hunde su nariz en mi cuello, recorre con la punta mi oreja y respira, causándome un cosquilleo violento que me hace retorcer. Shawn lanza un gruñido que me pone de los nervios y hace que me remueva, alterada por tenerlo tan cerca.

—Te quiero —murmura.

—Yo también te quiero. —Shawn besa la base de mi oreja y se echa hacia atrás hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Tú y yo vamos a platicar después de la escuela, ¿trabajas hoy? —asiento—. Bien, después del trabajo, voy a pasar por ti para que podamos tener una conversación decente porque justo en este momento me siento algo mareado, ya que no llevo nada debajo de la toalla y tu lindo trasero está en zonas peligrosas.

Mis párpados se abren con horror al captar lo que está diciendo, lanzo un chillido y me levanto con premura, escuchando sus risotadas. Estaba

sonrojada, pero en este momento siento que mi cabeza está a punto de estallar.

—Entonces te veo al rato. —Intento girarme para salir porque estoy avergonzada, pero su mano aferra la mía, impidiéndomelo. Me concentro en sus ojos, no quiero desmayarme.

—Adiós —dice inclinándose hacia mí, me roba un beso húmedo al que le correspondo gustosa.



Por debajo de las pestañas observo cómo interactúan Poppy y Jackson, me siento como una espía profesional, porque ninguno se ha dado cuenta de mi mirada curiosa. Jack no ha parado de perseguirla, ella se escabulle una y otra vez, me dan ganas de agarrarla y obligarla a que lo escuche. Aun así, también puedo entenderla porque seguramente fue doloroso y lo único que está haciendo es protegerse, ya que no quiere que la lastime de nuevo. Es fácil para mí apoyar a Jackson porque es mi amigo y conozco sus sentimientos, no obstante, Poppy sufrió primero y no sé cuánto.

Cuando llega la hora de la salida me quito el delantal y el sombrero, peino mi cabello con los dedos y respiro profundo, estoy nerviosa porque seguramente Shawn está afuera. Contemplo cómo Poppy agarra una caja y se va detrás de un compañero rumbo a la bodega, escapando una vez más de un Jack que quiere hablarle. Me aproximo dando zancadas y me sitúo a su lado.

—Enciérrate con ella en la bodega para que no pueda huir, mañana alguien abrirá la puerta, puedes fingir que fue accidental, solo asegúrate de que no haya nadie más que ustedes dos —digo.

—¿Qué fuiste en tu vida pasada? ¿Psicópata? —pregunta con diversión, elevando la ceja—. No puedo hacer eso, Poppy va a molestarse.

—No tiene por qué saber que fue planeado. —Me encojo de hombros—. Nos vemos.

Sin decir más, salgo de la cocina por la puerta trasera, el callejón medio oscuro está lleno de otros chicos vestidos de forma graciosa, como yo. Me despido de ellos con un asentimiento y me encamino hacia la acera para buscar a Shawn, quien está recargado en su motocicleta con los brazos cruzados, una lenta sonrisa se dibuja en sus labios cuando me ve. Me detengo

en seco, ¡joder! ¿Por qué tiene que sonreír de esa forma? ¿Puedo derretirme en este momento?

Él se acerca al ver que sigo estancada en el mismo sitio, toma mis manos y me hace abrazarlo, mi cara se estampa en su pecho con olor a hombre alborotador de hormonas de Natalie Drop; sí, al parecer existe ese aroma.

—¿Tienes que llegar temprano a casa? —cuestiona.

—Sí, hoy me toca quedarme en casa de papá, así que tengo que llegar antes de las once.

Desde hace unas semanas mis hermanos y yo empezamos a turnarnos, un fin de semana nos quedamos con mamá y el siguiente con papá. Es muy divertido, mi padre siempre pide comida rápida para cenar.

—Entonces te llevo. —Sin soltarme camina de espaldas hasta que llegamos a su moto, agarra un casco y me ayuda a ponérmelo, luego se pone el suyo y se monta. Enciende el motor y me da una mirada, invitándome a treparme. Subo y me aferro a él abrazándolo.

El camino a casa es silencioso, interrumpido solo por el viento y el ruido que produce el tráfico. Veo el auto de papá estacionado en la cochera, me quito el casco y bajo, Shawn me sigue, llegamos a las escalerillas de la entrada. Ahí tomamos asiento, su mano toma la mía y le da un apretón.

—Tu hermano y tu padre están pegados a la ventana, debo comportarme, pero si estuviéramos solos estarías siendo besada. —Mis mejillas se calientan por sus palabras y porque no puedo creer que papá esté vigilando en algún lugar—. Estoy enamorado de ti, Nat.

—Ya lo habías dicho —respondo sonriendo. Quiero llevarme las palmas a la cara para que no pueda ver mi sonrojo.

—Lo hice —murmura—. Lo que no sé es si tú estás enamorada de mí.

Mi corazón tamborilea de prisa, Shawn le da vuelta a mi mano, con sus dedos recorre los caminos de mi palma.

—Lo estoy —susurro.

—¿Vamos a empezar de nuevo?

—Creí que eso estábamos haciendo. —Me quedo mirándolo, sus ojos son brillantes, acuno su rostro con mi mano libre—. Deberías preguntarme de nuevo si quiero ser tu novia, solo digo.

Suelta una risita que me hace sonreír, mil mariposas revolotean en mi estómago.

—Natalie Drop, ¿quieres ser mi novia? —Mi sonrisa se hace más grande, le respondo dando un asentimiento y acercando mi rostro al suyo para robarle un beso, deja el asombro que le produce mi acto y me besa con suavidad.

La puerta se abre, me echo hacia atrás y me carcajeo al ver el rostro de Shawn, que luce como si fuera a ser llevado a la hoguera. Papá golpea el suelo con el zapato y nos mira desde arriba.

—Es suficiente, no quiero que vuelvas a devorar a mi hija en frente de mi casa —dice él intentando lucir peligroso, pero puedo ver que está divertido por el temor que causa en Shawn.

—Error, papá, creo que Natalie era la que se lo estaba comiendo, y sin masticar, por cierto —dice Cecile desde atrás aplanando sus labios para no reír.

—Yo... Eh... Nos vemos, Nat —dice Shawn antes de darse la vuelta y caminar dando pasos apretados hacia su motocicleta. Él me da una sonrisa antes de arrancar.

Me giro y enfoco a mi hermana, quien luce muy divertida. Frunzo el ceño. La diversión se escapa, me mira con los párpados entrecerrados, midiéndome. Oh, yo le voy a enseñar a comportarse. Corre hacia el interior, la persigo esquivando a papá.

—¡Vuelve aquí, cobarde!! —grito, mirando cómo su cabello casi blanco vuela mientras se mueve.

—¡Tu novio lucía sensual en toalla! —exclama soltando risas divertidas. Se encierra en la habitación que compartimos, golpeo la madera e intento abrir, pero ha puesto seguro—. ¡Me hubiera gustado verlo con la blusa de unicornios! ¡Era especialmente para ti!

Sus risas me hacen resoplar, a pesar de todo debo admitir que la broma ha sido divertida.

—Cecile, el día que tengas novio tendrás que cuidarte porque te voy a regresar todas las bromas que has hecho —digo. Me dejo caer en el suelo, resbalando mi espalda apoyada en la pared—. Algún día vas a salir, estaré aquí afuera esperándote.



cuarenta y seis



NATALIE

Observo a nuestros acompañantes por debajo de las pestañas. No quiero verme demasiado obvia, Jas tiene la vista fija en su comida, mientras Har mastica en completo silencio.

—Hola. —Elevo la cabeza tan pronto escucho esa voz, enfoco a Greg, quien está parado en el costado de nuestra mesa mirando fijamente a Jasmine. Espero con una sonrisa secreta que lo mande a la mierda, pero me quedo boquiabierta al ver su reacción.

—Hola —responde ella con seriedad. Me sorprende que le dirija la palabra, porque, según lo que me dijo hace tiempo, no lo quería ver ni en pintura, ¿acaso ya se le olvidó lo que pasó?

—¿Vas a ir a la fiesta de esta noche? —pregunta Greg sin pestañear, mi amiga se remueve incómoda en su silla. Aprieto con fuerza la mano de Shawn, quien sigue comiendo como si no sucediera nada, aunque su ceño fruncido y las miradas rápidas que le da a Harold indican que está muy pendiente de todo el asunto.

—Quizá.

—Bien, espero verte ahí. —Greg le da una última mirada antes de marcharse, se dirige hacia la mesa que antes solíamos ocupar, es recibido por la multitud de chicos con uniformes deportivos.

Jasmine encaja el tenedor en lo que sea que tiene en la charola, lo retuerce evitando el contacto visual, no sé si está más incómoda por mi vista fija en ella o porque Harold está echando humo por las orejas. Es obvio que está molesto, ¿cómo no estarlo? Estas últimas semanas Jas ha estado más con él que con cualquier otra persona.

—Me largo —dice Harold, quien empuja su charola y se levanta causando ruido al arrastrar la silla. No dice más, solo se va de la cafetería.

Arrastro los ojos de regreso, Jas mira el punto donde el pobre chico acaba de salir, la cuestiono en silencio, lanza un suspiro y avienta el cubierto al plato.

—No me miren así, Greg y yo solo hicimos las paces, ese es uno de mis propósitos, pero al parecer Har no lo entiende, cree que sigo enamorada de Gregory, así como tampoco entiende que entre él y yo no hay nada más que una linda amistad y que no estoy preparada para comprometerme con otro. Miren lo que acaba de pasar, simplemente lo saludé y Harold se largó como si hubiera cometido un crimen, estoy harta de que la gente intente meterse en mi vida, así que no se metan, ¡joder! —Aplano los labios, conteniendo todas las preguntas, a veces siento que Jasmine no me cuenta lo que siente, me gustaría que confiara en mí tal y como yo lo hago.

—No estoy hablando —susurro. Entrecierra los ojos y frunce la nariz, después enfoca a Shawn y lo mira como si estuviera esperando algún reclamo.

—Tengo la boca llena, no puedo hablar —dice él al percatarse de la atención fija en sus movimientos. Mis comisuras tiemblan, su tono me ha parecido chistoso. Ignora a mi mejor amiga y se gira en su asiento para enfrentarme—. Por cierto, ¿irás conmigo a la fiesta? Un amigo cumple años, me gustaría ir, pero si no quieres podemos hacer otra cosa...

¿Qué cosa? Interrumpe mis pensamientos, se me acerca sin darme la oportunidad de pensar en lo que ha dicho, sus labios se aproximan a mi oído, sopla haciendo que me recorra un escalofrío que intento disimular. Santísimo Jesús, ¿por qué dejaste que este chico naciera con el poder de dejarme la mente en blanco?

Jas aplana su boca como si estuviera reteniendo una carcajada, quiero pegarle en las rodillas por debajo de la mesa.

—¿Qué otra cosa podría querer? Besarte toda la noche. —Maldición, debo aprender a controlar mis nervios, no puedo ir por la vida diciendo todo lo que se me cruza por la cabeza cada vez que me pongo nerviosa. No sé si estoy preparada para besarlo durante mucho tiempo, ¿qué tal que pierdo el sentido?

—Iremos a la fiesta —respondo. Shawn suelta una carcajada y se echa hacia atrás, deposita un beso en mi mejilla, la cual sigue caliente y enrojecida.

—Entonces te veo más tarde, preciosa, tengo clase en veinte minutos.

Apenas se va, Jasmine suelta una risotada entre dientes.

—Adiós caballos de *My Little Pony*, hola *sexy* y caliente Shawn —dice y sube las cejas. Mortificada, oculto mi cara entre las palmas.

—Cállate si no quieres que te pida explicaciones.

Y es así como seguimos comiendo en silencio, Jas con las comisuras alzadas y yo convertida en un tomate, ¿no debería ser al revés?



Me miro en el espejo y muevo los dedos de los pies descalzos, hago una mueca. Por ahí dicen que todas las chicas alguna vez pensamos que no somos lo suficientemente bonitas, sé que tengo lo mío, pero hay algo en mis piernas que no me deja estar tranquila, parecen dos delgados espaguetis.

Traigo puesto un vestido de color verde esmeralda con un cinturón oscuro que enmarca mi cintura, y medias. Observo los dos pares de zapatos, no sé cuál ponerme, soy más de usar zapatillas para correr, pero creo que me vería mejor con los otros.

—Tacones —dice Jas desde el asiento de su tocador, está poniéndose máscara de pestañas haciendo esa cara graciosa que siempre hace.

Pasarán por nosotras en el auto de Harold, no quise preguntarle a Shawn si ya estaba mejor, y mi amiga no ha dicho nada al respecto, tanto misterio me va a sacar canas verdes, moradas y rosas.

Me pongo los zapatos cuando resuena una bocina desde el exterior, Jasmine se pone de pie, alisa su vestido y sale de la habitación, seguida por mí. Jas se asegura de apagar todas las luces y cerrar la puerta con llave, sus padres tuvieron que ir a una cirugía y no volverán hasta bien entrada la noche.

Giro y me detengo en seco antes de bajar los escalones de la entrada, Shawn está afuera del carro con la puerta de los asientos traseros abierta, su sonrisa me hace respirar profundo. Trae puesto un pantalón de mezclilla oscura y una camisa azul celeste.

Me acerco por el camino, no puedo dejar de mirarlo, no deja de barrer mi cuerpo con sus ojos intensos. Apenas llego, sus manos me jalen y sus brazos

me rodean, me pega a su cuerpo. Agarro sus hombros, no sé qué más hacer conmigo misma.

—No me voy a separar de ti en toda la noche, te ves hermosa. —Muerdo mi labio inferior para no sonreír como una tonta.

Me ayuda a entrar al auto, los otros dos ya están adentro, esperándonos en silencio.

—Hola, Har —digo.

—Hola, Nat —contesta antes de arrancar.

Quince minutos después llegamos a la fiesta, la casa está llena, hay un montón de coches y camionetas estacionadas en las banquetas, la gente se encuentra arremolinada en el exterior y la música se escucha a todo volumen.

Shawn toma la mano con firmeza y me conduce. Les da un asentimiento a los dos chicos de la entrada, quienes abren la puerta para dejarnos pasar. Nos consume la oscuridad del interior y las luces estroboscópicas que me hacen pensar en una discoteca, hay chicos bailando por todas partes, algunos saltando y otros solo parados conversando con un vaso en las manos, también hay unos cuantos besándose en las esquinas. Siento que su brazo me rodea la cintura, me adhiere a su costado, su palma se extiende en mi cadera; soy consciente de todo lo que hace, y más si me pone los dedos encima.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta alzando la voz, el sonsonete es demasiado alto. Niego—. ¿Bailar?

¿Es una buena idea bailar con el chico que me derrite? No lo sé, pero antes de que pueda responder me jala, no dejándome otra opción más que acompañarlo, no es que me queje. Nos adentramos a la pista, rodeo su cuello y evito mirarlo, porque me estoy muriendo de vergüenza.

De alguna forma desconocida para mí, su nariz se escabulle hasta que llega a la piel de la base de mi oreja, termino por cerrar las distancias entre los dos cuando respira profundo y suspira.

—Hueles tan bien —murmura, al tiempo que una de sus manos baja a mi cadera. Yo no tengo mucha experiencia en estos temas, jamás había estado así con un chico, pero estoy segura de que las pulsaciones aceleradas de mi corazón y el cosquilleo que siento en mi estómago son señal de que algo grave está pasando entre los dos, ¿puede él sentirlo?

—Estoy nerviosa —digo.

—¿Por qué? Solo soy yo, preciosa. —Abro la boca para poder respirar, su aliento en mi oído es más de lo que puedo soportar.

—Ese es el problema. —Mi voz sale temblorosa.

—Lo lamento, pero tendrás que soportarlo, no pienso alejarme de ti ni un solo milímetro, estoy muy cómodo contigo tan cerca. —Mil revoloteos invaden mi estómago, intento calmarme porque siento que explotaré como un maldito grano de maíz en el microondas. ¡Soy un grano de maíz!

—No quiero que me sueltes.

Se echa hacia atrás, sus ojos contactan con los míos, pega su frente a la mía y sonrío.

—Eres tan dulce —susurra sonriendo de lado. Sus labios bajan a los míos, me da un beso que me afloja las articulaciones, me saborea hasta que se me olvida quién soy—. Y sabes a mi cosa favorita, a café con dos sobres de azúcar.

—Los Cheetos me encantan, pero eso no es romántico. —Deja escapar una risita, me da un beso corto antes de dar un paso hacia atrás.

—Voy por una bebida, ¿me esperas o me acompañas?

—Te espero. —Salimos de la pista, zigzagueo entre el gentío para encontrar un rincón vacío, él va hacia la que creo que es la cocina, lo pierdo de vista.

Segundos después escucho voces, frunzo el ceño y busco con la vista quién está hablando cerca de mí. Pero no hay nadie. Intento prestar atención a las palabras, reconozco una voz: Hannah.

Camino hacia la puerta entreabierta que está a mis espaldas, supongo que está ahí. Me asomo por la rendija y veo a la chica perfecta usando un lindo vestido rosa lleno de lentejuelas, se ve como una princesa. La persona frente a ella es William Baker, quien no se ve muy bien, se está tambaleando. Él es el chico más popular e influyente de la escuela, tiene como novia a la más hermosa e inteligente, y un futuro asegurado; pero es infiel y tiene un notable problema con el alcohol.

—Por favor, Liam, ya no tomes más, tienes que manejar para irnos a casa —dice Hannah. No alcanzo a ver su rostro, pero no se escucha muy contenta.

—No te llevaré a casa, ¿no viste que estaba ocupado con Iveth? Busca a alguien que pueda llevarte —dice él. Ella agacha la cara, escondiéndose. Mi frente se arruga, ¿por qué si sabe que Hannah lo quiere le ha dicho que se

largará con otra chica? Independientemente de la situación, de si la ama o no, se supone que son amigos antes de cualquier otra cosa... Un amigo no hace eso.

—Te lo estoy diciendo porque me preocupas, no importa si te vas conmigo o no, no quiero que te pase nada. —Ouch, hasta a mí me dolió. Liam suelta una carcajada burlona.

—Suenas igual que mi madre, estoy harto de esta mierda. —Mi corazón se acelera, mi respiración se agita, ya una vez escuché a Greg con ese tono de voz, entonces sé que lo que viene no es bueno—. ¿Por qué es tan difícil para ti entender que entre tú y yo no hay nada? Que no necesito que estés oliendo mi trasero todo el tiempo.

—¿Oliendo tu trasero? ¿Por qué dices eso? Las únicas veces que salimos juntos es cuando tú me lo pides porque ni siquiera me contestas el teléfono si no tienes ganas de hablar conmigo. ¿Cuándo te he exigido algo? Lo único que he hecho es quererte, desear que me quieras.

—¡¡Y si te lo pido es porque mis padres me obligan!! ¡Ya lo sabes y no te importa! No quiero que me quieras, Hannah, quiero salir con chicas que de verdad me gusten, tener aventuras y sexo con otras, cumplir mis sueños, todo menos vivir contigo toda la puñetera vida, porque eres vacía y aburrida, no te importa nada más que las ondas de tu jodido cabello y hacer lo que tus padres dicen. —Hace una pausa—. Entiéndelo de una maldita vez, ¡no te amo!

Me pego a la pared cuando escucho pasos, la puerta se abre por completo y Liam sale del cuarto como un rayo echando humo por las orejas. Recupero el aliento, esperando que Hannah salga, pero no lo hace. Vuelvo a asomarme y la veo ahí, en medio de la alcoba con la cabeza gacha. Su cuerpo se sacude y tiembla. Me aproximo, cuando estoy más cerca veo que está llorando, escucho los sollozos y el corazón se me estruja. Hannah no es mala, si fuera todas las cosas que él dijo, no estaría llorando con tanto dolor.

—Tranquila, Han —digo con un nudo en la garganta. La rodeo, ella no se mueve, sigue llorando y temblando, luego se aferra a mi abrazo como si temiera caerse.

—Lo siento —dice en un susurro ahogado—. Lo siento.

No sé qué hacer, veo un sillón y la insto a caminar hacia él, se sienta y apoya los codos en las rodillas, ocultando la cara con sus manos. Voy a sentarme

cuando suena mi celular, obtengo el teléfono y contesto sin fijarme en el identificador.

—¡Natalie! —Me envaró al escuchar el grito de Cecile—. Papá y mamá tuvieron un accidente, vamos rumbo al hospital.

El alma se me cae a los pies. ¿Rumbo al hospital? ¿Qué demonios ha pasado? ¿Un accidente?

Esas y mil preguntas más caminan como zombis en mi cabeza, unas tras otras, queriendo comer mi cerebro, el pulso se me acelera, al igual que la respiración. Abro la boca para preguntar, pero Cecile termina la llamada antes de que pueda hacerlo.

Me quedo en medio de esa habitación desconocida y oscura sintiéndome vacía, me he quedado en blanco, a pesar de que sé que debo moverme lo antes posible. Guardo el aparato y doy un paso hacia la salida. Sin embargo, escucho un suspiro entrecortado que me detiene, entonces me acuerdo de lo que estaba haciendo antes de la interrupción.

Me tallo el rostro con frustración, sin saber en realidad si me siento así por lo que mi hermana me ha dicho o porque no sé qué hacer con la rubia que se ve diminuta y frágil en el sofá. Es como un pequeño animalillo asustado y tembloroso.

Me gustaría animarla, porque no me gusta ver a la gente llorar, menos cuando se trata de un chico que, evidentemente, no vale la pena. No soy nadie para meterme en su relación, mucho menos etiquetarla, porque no sé nada sobre ellos más que los rumores de la escuela, pero alguien que vale la pena encuentra la forma de evitar lo que le disgusta sin herir a aquel que siempre ha estado ahí para ti. Es decir, si han sido amigos desde hace tanto, compañeros de vida... ¿No se supone que algo debería sentir por ella? ¿Por lo menos cariño amistoso? ¿Y no se supone que los amigos no lastiman a sus amigos? Yo jamás podría lastimar a Jasmine o Jackson, ni siquiera si ellos me lastimaran primero.

—Es una emergencia, tengo que marcharme —susurro. Hannah sorbe por la nariz, en la oscuridad alcanzo a ver que mueve la cabeza, haciendo que su mata de cabello casi platinado se sacuda.

—Está bien, no te preocupes, solo necesito un momento y todo será como antes. —Mi ceño se frunce y mi frente se arruga, ¿de qué está hablando?

Cuando yo lloré por Shawn no podía parar, hasta quise comprarme una fábrica de helados para deprimirme mientras comía, y eso que él jamás me trató mal o me dijo algo grosero.

—No creo que vuelva a ser como antes después de lo que escuché —digo. Luego me quiero dar cachetadas por ser tan imprudente. Hannah vuelve a llorar, debo aprender a mantener la boca cerrada—. Mierda, buscaré a tus amigas.

—¡No! Por favor, ellas no. —Su rostro se eleva al fin, está hecha un desastre con todo ese maquillaje corriendo por su cara. Al parecer se da cuenta de que estoy analizándola, gira la cara y me impide verla, como si llorar fuera la cosa más vergonzosa del mundo—. De verdad, Nat, voy a estar bien, no ha pasado nada extraño, la única diferencia es que ahora alguien escuchó.

Me da un escalofrío, no puedo entender cómo ha soportado que le hable de esa forma, yo le habría dado un rodillazo en las bolas.

—Buscaré a alguien de confianza —murmuro. Me apresuro a salir antes de que pueda objetar.

Una vez en el exterior del cuarto barro con la mirada el lugar en busca de alguien que luzca lo suficientemente cuerdo como para consolar a la pobre chica hasta que se recomponga. Hago una mueca de disgusto cuando veo a Liam en un sofá con una chica en sus piernas, la cual no deja de hacerle cosas extrañas a su cuello. Lo más feo del cuadro es que las dos supuestas amigas de Hannah están ahí, viendo lo que está pasando, incluso se ven divertidas.

—Te he estado buscando por todas partes, ¿dónde estabas? —Enfoco a Shawn, quien lleva un vaso rojo en la mano, sus párpados se abren cuando encuentra mis ojos—. ¿Qué sucede? ¿Qué está mal?

—Mis padres sufrieron un accidente, ¿podrías llevarme al hospital? —Sus labios se entreabren con asombro.

—Vámonos. —Con la mano libre agarra mi antebrazo para conducirme a la salida, pero me detengo en seco, plantándome en el suelo.

—Espera unos segundos.

Con urgencia vuelvo a buscar a alguien, no hay rastro de Jasmine ni de nadie conocido, estoy por darme por vencida cuando encuentro a un chico fumándose un cigarrillo con un montón de muchachos a su alrededor. Hago una mueca, no es la mejor opción, pero es lo mejor que tengo. Me suelto y camino

hacia Oliver, quien suelta una risotada por algo que otro ha dicho. Me detengo frente al grupo de jóvenes, se quedan callados y me observan, haciendo que él me mire y alce una ceja.

—¿Podrías hacerme un favor? —cuestiono.

—Si se trata de darle celos a tu novio, no, gracias. —Escucho risitas.

—No tengo tiempo para esta mierda, mis padres sufrieron un accidente y estoy intentando ser una buena persona, así que deja de actuar como un engreído con una espina en el culo. —Sin más, agarro su brazo y le doy un jalón, obligándolo a seguirme. No disminuyo el paso, lo arrastro por toda la fiesta, paso a un Shawn que se ve confundido y llego a la puerta—. Más te vale que no te separes de ella hasta que se sienta mejor, y no permitas que Liam se le acerque, está alcoholizado y ya le ha hecho mucho daño.

Lo suelto cuando giro la perilla, le doy una mirada de soslayo y veo que cruza los brazos. Va a mandarme al carajo, así que me adelanto.

—¿Qué otra cosa tienes que hacer? ¿Fumar y hacerte el chistoso con tus amigos? Tengo que ir al hospital, carajo, y esta chica necesita apoyo porque sus jodidas amigas están aplaudiendo que su novio le sea infiel.

No le doy tiempo para responder, le doy un empujón y cierro la puerta. Con el corazón martilleando me doy la vuelta y me dirijo hacia la salida de la casa con Shawn pisándome los talones.

—No voy a preguntar qué demonios fue todo eso por ahora —dice.

—Gracias.

No hace falta que se lo pida, tampoco sé cómo consiguió las llaves del coche de Harold, antes de que sea consciente nos estamos subiendo al auto. El motor ruge y luego salimos disparados, esquivando a un montón de chicos amontonados en la calle. Me sumerjo en mis pensamientos, ¿y si algo muy malo les ocurrió mientras yo estaba haciendo tonterías? Cierro los párpados, rogando mentalmente que todo esté bien.

Más pronto que tarde Shawn apaga el vehículo en el estacionamiento del hospital estatal, su mano acuna la mía mientras caminamos hacia el área de urgencias. Hay una recepcionista en la entrada, clava sus ojos en los míos.

—Eres la hermana de la rubia y el niño pequeño, ¿verdad? Dijeron que vendrías. —Asiento, ella señala algo a mi izquierda—. Están en la sala de

espera, tus padres llegaron hace unos minutos, en cuanto tengamos noticias el doctor irá con ustedes, ¿de acuerdo?

—Sí —digo sin ganas.

Con pasos lentos voy hacia la sala de espera, apenas entro dos cabezas se levantan y dos pares de ojos me ubican. Frank se pone de pie como un resorte y corre, sus brazos me envuelven y su cara se sumerge en mi estómago. Le regreso el abrazo con un nudo en la garganta, siento los temblores de su cuerpo. Cecile también se levanta, tiene las mejillas empapadas. Me trago las ganas que tengo de echarme a llorar como una niña asustada, se supone que soy la hermana mayor, que debo ser fuerte por ellos, mostrarles que todo estará bien incluso si no lo está; sin embargo, sé que en cualquier momento me derrumbaré y entonces ellos también lo harán. Yo no puedo mostrarles nada porque ni siquiera sé qué hacer, mamá y papá siempre saben, pero no están aquí.

—Le hablé a la abuela, dijo que vendría. —Abro la boca y la cierro, no sé cómo preguntarle, pero me lee la mente—. No sé qué ocurrió exactamente, Frank y yo estábamos en la casa, recibimos la llamada. Chocaron con un camión, el auto de papá está destrozado, el conductor huyó. Tomamos un taxi y llegamos aquí, no nos han dicho nada.

Los ojos de Cecile caen en Frank, que sigue aferrándose como si temiera caerse. Quiero decirle que no soy un buen salvavidas, que en cualquier momento podría hundirme con él, pero lo abrazo más fuerte.

—Ya, enano, todo va a estar bien —dice—. Vamos a la cafetería, no has cenado nada, si pasa algo Natalie nos lo dirá.

Cecile siempre sabe qué hacer o decir, al igual que mis padres. Ella se acerca y sacude el cabello de Frank. Mi hermano se echa hacia atrás y me observa desde abajo, como si tuviera que confirmar lo que le ha dicho.

—Lo prometo —digo e intento sonreír.

Los dos se marchan, no les quito la mirada de encima hasta que es imposible mirar sus espaldas. Como un fantasma me dejo caer en uno de los asientos, solo entonces me permito llorar, voy a cubrir mi rostro con las palmas cuando unos brazos me rodean. Shawn me pega a su cuerpo y deja que me esconda en su cuello.

—Shht, tranquila, no va a pasar nada malo —susurra.

—¿Cómo lo sabes? —cuestiono con la voz temblorosa, queriendo aferrarme a sus palabras.

—Si estuvieran muertos ya lo sabrían, preciosa, esas noticias se dan en minutos, seguramente están revisándolos. Tienes que tranquilizarte o Frank pensará que algo está ocurriendo.

—No soy Cecile, Shawn, yo soy la que corre a esconderse debajo de la cama, ella es la que desenvaina la espada y lucha contra los monstruos del armario.

—Eres más fuerte y valiente de lo que crees. Quizá no eres una espada temeraria que da la estocada final y vence a sus oponentes, pero todo caballero necesita un escudo, alguien que reciba los golpes y lo proteja, el escudo también es valiente.

El llanto se intensifica, lo aprieto más, hasta que siento que me uniré a él, que nada malo sucederá si decido despegarme; necesito que sus fuerzas me invadan.

—Me estás haciendo llorar —digo.

—Lo siento, solo quiero que entiendas que ser dulce no te hace débil, tus miradas azucaradas me arrasaron con fuerza desde que se posaron en mí.

—Esto sería romántico si mis padres no estuvieran en el hospital. —Se echa hacia atrás, así que lo miro. Una de sus manos acuna mi cara, su pulgar me acaricia y limpia las lágrimas de mis mejillas.

—Voy a estar contigo pase lo que pase, ¿de acuerdo? —afirmo. Cierro los párpados cuando sus labios encuentran los míos, se mueven con suavidad y me roban el alma, me provocan cosquillas en el vientre y me tranquilizan. Hasta ahora me doy cuenta de cuán indispensable se ha hecho para mí, justo en este instante que me siento sola y él está conmigo dándome su calor, me quedo sin aliento porque no sé cómo decirle lo que siento. Lo beso más fuerte y hago puños su camisa hasta que mis dedos duelen. Cuando nos detenemos apoya su frente en la mía y sonrío—. Quería decirte algo esta noche, pero creo que si lo digo ahora sonará fuera de lugar, o tal vez no, quizá es el momento perfecto porque me has dejado abrazarte y ver tu miedo; lo sea o no lo sea, quiero que sepas que te amo.

Suelto el aire contenido en el pecho, lo miro con sorpresa, ¿de verdad lo ha dicho? Voy a hablar, pero su dedo índice me silencia.

—No digas nada ahora, dímelo cuando tus padres estén en casa y tú no tengas los ojitos tristes. —Mis comisuras tiemblan, le robo un beso corto que me regresa gustoso y me recuesto sobre su pecho.

Más tarde mis hermanos regresan, Frank se ve más tranquilo, al igual que Cecile. Los dos se sientan junto a nosotros, él se queda dormido sobre las piernas de mi hermana, quien intenta luchar contra el sueño. Yo no puedo cerrar los ojos a pesar de mis párpados pesados, no dormiré hasta que me digan que no hay nada que temer.

Shawn se mueve para alcanzar algo de su bolsillo, me aparto lo suficiente. Aun así él vuelve a adherirme una vez que obtiene su teléfono móvil. Escucho las vibraciones del celular, él le frunce el ceño al identificador.

—Hola, mamá —dice al contestar. Suelto un suspiro, espero que no lo regañen por mi culpa—. Los padres de Nat tuvieron un accidente, estoy con ella y sus hermanos en el hospital... No, no necesitamos nada, Cecile y Frank ya cenaron, Nat y yo obtendremos algo de la cafetería... Bien, le diré.

Shawn termina la llamada y vuelve a guardar el aparato en su bolsillo.

—Mi madre me pidió que te dijera que espera que todo salga bien. —No respondo porque no sé qué decir, la última vez que vi a la señora Price le dije un montón de cosas después de que ella me insultara—. ¿Tienes hambre?

—No, pero tú deberías ir por algo de cenar —niega con un sonido.

—Familiares de Nicholas y Lauren Drop. —Me levanto y localizo a la doctora de pie a unos cuantos pasos de distancia, me da una sonrisa a modo de saludo. Shawn se sitúa a mi lado y aprieta mis hombros—. ¿Eres su hija?

—Sí.

—Los vamos a pasar a piso, no pasó nada grave, así que pueden tranquilizarse. —Vuelve a sonreír y mira a mis hermanos detrás de mí—. Tu madre sufrió un esguince cervical y tu padre un golpe en la cabeza, nos demoramos porque tuvimos que asegurarnos de que estuvieran bien. Tu madre saldrá en unos minutos y a tu padre le haremos otros estudios mañana, entonces podrá irse a casa.

—Muchas gracias —digo relajando los hombros.

La doctora asiente y se va, Shawn me envuelve y me conduce de regreso a las sillas. Vuelvo a acurrucarme envolviéndolo, me recibe regresándome el abrazo. Jugueteo con los botones de su camisa.

—Tenías razón, no pasó nada malo. —Lo siento sonreír. Alzo la cabeza para encontrar su mirada—. Gracias por estar aquí.

—La verdad gané un montón, no me has soltado en toda la noche, me gusta tenerte alrededor, sobre todo si puedo sostenerte. —Sonrío. Agarro su mandíbula y lo jalo hacia mí hasta que su aliento choca con el mío.

—No sé si es el momento perfecto o no, y no es que me importe, porque sea como sea sigo sintiendo lo mismo: yo también te amo, Shawn.

—Deja de ser tan dulce si no quieres que te coma a besos. —Suelto una risotada justo cuando su boca se estampa en la mía.

—Ugh, ¿podrían dejar de lamerse la cara? Hay niños presentes. —Los dos nos separamos debido a la carcajada que lanzamos. Miro a Cecile por encima de mi hombro, ella me guiña con diversión.

—En serio que me las pagarás cuando tengas novio, Cecile Abigail Drop.



cuarenta y siete



NATALIE

Tuve que rogarle a Shawn, quien se aferraba a quedarse a mi lado, que se fuera a su casa a descansar. Voy hacia la cafetería del hospital, no soporto el hambre ni el dolor de cabeza, que me punza. Siento los *booms* como pulsaciones. Es más de mediodía y no he probado bocado, no es extraño que me sienta como una bomba a punto de explotar.

La señorita detrás del mostrador me regala una sonrisa apenas me acerco, le pido tres emparedados de jamón y queso, uno sin mostaza —a Cecile no le gusta— y uno con doble queso y papas fritas —a Frank le encantan—, y también pido refrescos. Espero unos minutos, después pago y hago mi camino de regreso a la sala de espera.

La doctora fue muy temprano por la mañana a decirnos que papá había salido bien en los últimos estudios, que ambos estaban descansando y que podríamos verlos en un rato. Llamamos a nuestras abuelas para avisarles, las dos aseguraron que vendrían pronto, solo espero que, si mis tíos vienen, no traigan a mis primos, ya que pueden ser insoportables. La última vez que los vi molestaron a Cecile tanto que ella terminó poniéndoles chile en el champú y causándoles irritación en la piel; sacan lo peor de mis hermanos, yo los ignoro lo más que puedo.

Voy a girar en una esquina, pero me detengo cuando escucho la voz de mi hermana. No debería espiarla, aunque la curiosidad me está matando, sobre todo después de escuchar el nombre que pronuncia.

—¿Damien? —Hace una pausa y luego suspira con melancolía—. Sé que no te gusta que te hable por teléfono, pero me gustaría... Mamá y papá... Ellos... —Vuelve a suspirar, así que frunzo el ceño, ¿qué demonios está sucediendo? ¿No puede solo decirle lo que ha pasado con nuestros padres? ¿Por qué? Si

antes no había poder humano que los callara, Damien era el único al que dejaba entrar a su fortaleza—. Olvídalo.

Escucho que termina la llamada, por lo que sigo caminando antes de que me descubra.

—¡Oh! ¡Al fin te encuentro! Traigo emparedados. —Le doy una sonrisa casual e intento que no se me vea la confusión en la cara. Cecile me mira con su seriedad característica, la mayor parte del tiempo parece una estatua imperturbable. La pintura negra de sus ojos sigue en el mismo sitio, no puedo entender cómo lo hace para que el maquillaje siempre se quede en su lugar.

—Dibujas increíble, pero no actúas ni una mierda, Nat, además tu respiración se parecía a la de un toro soplando en mi oído. —Abro los ojos con sorpresa, ¡lo ven! ¡¿Cómo demonios lo hace para estar en todos lados?! Pienso que va a decirme alguna cosa; en cambio, aparta la vista y la clava en el suelo, con la misma expresión en el rostro.

—¿Por eso colgaste? ¿Porque estaba escuchando? —niega.

—No, eres inofensiva. —No sé si sentirme halagada o insultada por su opinión, pero supongo que tiene razón, jamás le haría daño ni le jugaría bromas con algo que, evidentemente, le duele, aunque no lo diga en voz alta—. No le gusta que le llame y a mí no me gusta recordarle que un día fuimos amigos, por eso colgué, porque le hablé en un arrebato y fue un error haberlo hecho.

—Las cosas están muy mal entre ustedes dos, ¿verdad?

—No, las cosas no están mal porque no hay nada entre él y yo. —La dureza con la que habla me deja muda, me pregunto cuándo Cecile maduró, cuándo se hizo tan fuerte. Se encoje de hombros restándole importancia—. En fin, Frank tiene hambre, le llevaré eso.

Ella me arrebató la bolsa y camina por el largo pasillo hacia la sala de espera.



Más tarde mamá sale por las puertas dobles, los tres nos ponemos de pie para recibirla, barre la estancia hasta que sus ojos se traban en nosotros; lleva un collarín en el cuello. Frank corre y envuelve las piernas de mi madre con

sus bracitos, él comienza a llorar, ella se agacha con esfuerzo para quedar a su altura, le sonríe, limpia las lágrimas con los dedos y le da un beso en la mejilla.

—Tranquilo, cariño, ya todo está bien, en un rato iremos a ver a papá, ¿de acuerdo? —Él asiente.

Entonces Cecile y yo nos acercamos para cerrar las distancias, mamá se endereza y abre los brazos, no dudamos en abrazarla. Me siento afortunada porque no les pasó nada malo, tuve mucho miedo de perderlos, amo a mis padres con todo el corazón, a pesar de los pleitos y las discusiones que pueda haber, son uno de los tesoros más valiosos que tengo.

Ella nos cuenta que un camión se les atravesó, papá frenó, si no hubiera frenado a tiempo quizá ahora no estarían conmigo. Mamá nunca perdió la consciencia, mi padre sí se desmayó debido al susto y al dolor de cabeza.

Minutos después pasamos al cuarto de papá, la enfermera nos da instrucciones para llegar a su habitación. Se encuentra sentado en el borde de la cama con una gasa ocultándole una herida en la frente y un collarín en el cuello.

Me adelanto, tal vez me veo egoísta, pero no me importa, necesito abrazarlo. Él me recibe con una risita que me confirma que realmente está aquí. Estuve tanto tiempo enojada con él, guardándole rencor sin sentido, ahora siento que me perdí de cosas importantes.

—Creo que alguien me extrañó, ¿uh? —dice con diversión al tiempo que me regresa el abrazo.

—No vuelvas a estamparte en los camiones —susurro.

—Te lo prometo.

—Perdóname por lo de antes, papá, no quiero que te pase nada malo, tal vez no soy la mejor hija del mundo ni la más inteligente, cometo muchos errores y no me doy cuenta de que estoy creciendo y debo madurar, pero te amo muchísimo, eso nada lo cambiará —murmuro. Una de sus manos cepilla mi cabello.

—Estoy muy orgulloso de ti, Nat, la inteligencia más importante es la del corazón, no lo olvides, princesa. No importa qué tan inteligente sea alguien si está podrido por dentro, será una basura porque no podrá usar lo que sabe para algo bueno. No quiero a los mejores hijos ni a los más inteligentes,

quiero hijos que se equivoquen y aprendan a levantarse, que admitan sus errores y vean sus defectos, así como sus habilidades, quiero hijos que sean felices haciendo las cosas que les gustan, no busco que se conviertan en unos adultos amargados y rectos, quiero hijos que conserven a ese niño en su interior y vean algo positivo en lo negativo. Estoy muy orgulloso de ti a pesar de que tus notas son bajas, de que escapabas de los problemas, de que crees que no eres buena haciendo cálculos, de que todavía te gustan los unicornios y hablas como una niña pequeña; estoy orgulloso porque das todo de ti para mejorar en la escuela, después de que te escondes para tomar aire sales a la superficie y enfrentas tus problemas, porque las cosas que te gustan las haces con el alma, y porque siempre te diviertes, no importa si la lluvia te empapa, eres el tipo de persona que salta en los charcos... No deseo tener otros hijos, amo a los que tengo.

No sé cuándo comencé a llorar, ¿en qué parte del discurso fue? Me limpio en su camisa antes de echarme hacia atrás, ya que me hago consciente de que los demás están esperando... Y viendo.

Frank es el siguiente, mi padre le da un beso en la frente y lo aprieta con fuerza contra él.

—Por favor, no hagas ya más discursos cursis, no quiero que me llenen de mocos —dice Cecile justo cuando sorbo por la nariz. Frank se carcajea y mis padres sonríen. Papá le pide a mi hermana que se acerque con su dedo índice, ella va sin dudarle y lo abraza.

—No importa qué tan fuerte seas o si no me necesitas, siempre serás mi pequeña.

—Te amo, papá —dice Cecile con la voz quebrada.

Un nudo se forma en mi garganta, aprieto los párpados para no llorar, ni siquiera entiendo por qué estoy tan sensible.



Una hora después regresamos a casa, mamá maneja con mucho cuidado y muy despacio. El timbre del teléfono suena, Cecile corre para alcanzarlo, habla con alguien mientras mis padres se dejan caer en los sillones de la sala.

—Adivinen quiénes están a punto de llegar. —Lanzo un gemido de frustración, por favor que no sean ellos, pero sí, las llantas de un auto rechinan afuera—. ¿Alguien puede recordarme por qué les hablamos a las abuelas?

Nuestras abuelas se hicieron mejores amigas desde que descubrieron su pasión por jugar a juegos de azar en los casinos, todos los días van y apuestan, hace tiempo decidieron vivir juntas en una granja que rentaron a las afueras de la ciudad. Mis primos, los hijos de los hermanos de papá, son cuatro granos en el culo, los vemos solo cuando es necesario, no es como si ellos nos quisieran demasiado, de igual forma.

—Porque tienen derecho a saber que sus hijos estuvieron a punto de morir — digo.

—¡Esconderé mis galletas antes de que Derek se las coma! —exclama Frank con horror, se levanta y desaparece en la cocina.

Sin más remedio me dirijo a la puerta cuando el timbre suena, mis padres sueltan una risita, seguramente luzco graciosa caminando en cámara lenta. Apenas abro, tres rayos entran sin siquiera preguntar. Mis abuelas son las siguientes, las dos aprietan mis cachetes como si no me doliera y me dan besos tronados. La casa se convierte en una locura de inmediato.

Vislumbro a mi otro primo bajando de la camioneta todoterreno con sus aires de grandeza, es un año mayor que yo y se comporta como un chico malo sacado de película, tiene más ego que cerebro.

De pronto, él se distrae mirando algo, sonrío como si hubiera ganado la lotería. Dirijo mi vista hacia ese punto, abro los párpados con horror cuando veo a Jasmine caminando por la acera, ¿qué demonios hace aquí? Me apresuro a bajar las escaleras de la entrada para alcanzarla antes de que Jared pueda acercarse como una jodida pantera, con mi mejor amiga no va a meterse. Ella me saluda, gracias al cielo llego antes que él, agarro su brazo y le doy un jalón para alejarnos.

—Wow, ¿qué demonios haces? —Deja escapar una risotada, no es divertido, un depredador le ha puesto el ojo encima, no lo entiende—. Natalie, espera un minuto.

Me obliga a soltarla, abro la boca para responder, pero la sonrisa petulante de mi primo aparece detrás de ella, mofándose de mi intento fallido por

alejara.

—Hola, prima —dice él. Jas frunce el ceño y gira la cara para ver quién está hablando, sus párpados se disparan como dos balas debido a la sorpresa. Sí, olvidé mencionar la parte donde las chicas se vuelven locas por él. Jared la enfoca y le sonrío—. ¿Y esta preciosura quién es?

Espero a que Jas le diga algo que responda el coqueteo, pero, en cambio, arruga la frente, perdida en sus pensamientos, luego chasquea la lengua, sorprendiéndome. Vuelve a mirarme con la ceja alzada.

—Venía por ti, ¿me acompañas? —pregunta. Ha ignorado a Jared. ¡Dios!, fue épico, ahora tengo material para burlarme de él.

No espera a que asienta, aferra mi antebrazo y me jala, no sé a dónde nos dirigimos. Miro por encima del hombro a mi primo observándonos con la mandíbula desencajada, quiero carcajearme en su cara, pero solo le saco la lengua.

—¿Adónde vamos?

—A la universidad.



cuarenta y ocho

NATALIE

—¿Por qué demonios no tenía idea de que tienes un primo terriblemente *sexy*? ¿Qué está mal contigo y con tu falta de comunicación? —pregunta Jas entretanto camina con rapidez, veo su mata de cabello castaño oscuro desde atrás, al parecer mi condición física es terrible, ya que no puedo alcanzarla ni seguirle el paso.

—Habla la que me contó que tenía relaciones sexuales con su novio cuando me dejaba sola en las fiestas —respondo agitada.

—Eso fue un golpe bajo, Natalie —dice—. Si no te lo conté es porque no creo que estés preparada para escuchar sobre sexo.

Sus palabras detienen mi andar, mi ceño se frunce. Jasmine me imita cuando se da cuenta de que ya no estoy caminando, se gira con la cabeza ladeada y una ceja alzada.

—¿Qué demonios significa eso? —cuestiono. Mi mejor amiga hace una mueca, no quiere hablar, puedo verlo en su cara, pero yo tampoco voy a ceder, así que me cruzo de brazos y tamborileo mi pie en el concreto de la acera, sin importarme el flujo peatonal—. Vamos, escupe.

—Nat, no te lo tomes personal, solo fue una expresión.

—Jasmine, dime por qué demonios dijiste eso —insisto. Gira los ojos y mira el cielo como si estuviera pidiendo piedad, vuelve a enfocarme al tiempo que lanza un suspiro.

—Porque eres muy inocente a veces, Natalie, no es que yo sea la más experimentada de todas las chicas de la ciudad, pero al menos no duermo con caballos de colores como cuando tenía seis años.

No es que no quiera contarte, solo confío en ti. Pero siento que si me atrevo a decirte terminarás traumatizada meciéndote en una esquina de tu habitación mientras chupas tu dedo pulgar. —Toma aire y encoge los hombros.

—No me traumatizarías —digo con los dientes apretados. Me obligo a relajar los puños hechos nudos, no me gusta que se refieran a mí como la tonta, me pone ansiosa sentir que tengo que demostrarle algo a los demás.

—¿En serio? A ver, ¿ya llegaste a la segunda base con Shawn?

—¿Qué es la segunda base? —cuestiono confundida. ¿Ahora estamos hablando de deportes?

—De eso estoy hablando, la segunda base es lo que pasa antes de llegar a la tercera, la tercera es... ¿cómo te explico? Lo que sucede antes que el sexo. —Finjo que no estoy sorprendida, sé lo que es el sexo, pero no tenía idea que tenía sobrenombres. Jasmine suelta un suspiro profundo—. Cuando llegue el momento vamos a hablar de eso, ahora es tiempo de entrar.

Por segunda vez en el día agarra mi brazo y me jala para que la siga. Dejo que me lleve a rastras por el interior de la inmensa construcción, me tardo en salir de mis pensamientos revueltos. La universidad estatal está llena de arboledas inmensas, estoy segura de que podría perderme, pero tal parece que Jas ya ha estado aquí antes, eso o ha investigado bien, ya que no se detiene, me conduce por un camino empedrado. Minutos después puedo vislumbrar un edificio frente a un estacionamiento que es más grande que el de un supermercado. ¡Vaya! ¡Sí que es lindo aquí!

—Quiero pedir informes porque vi en las noticias que ya están dando las solicitudes, quiero juntar toda la papelería y mandarla lo antes posible, ya sabes que se tardan mucho en aceptar a los estudiantes. —La verdad es que no tenía idea, no me he informado al respecto—. ¿Quieres ir conmigo?

—No, te espero afuera.

Me da una mirada, pero no dice nada, quizá ha visto el nerviosismo en mi cara. Me siento en una jardinera y tallo mi rostro con frustración, primero la cosa del sexo y ahora esta mierda. Solo ahora me doy cuenta de que una etapa está a punto de terminar, dejaré de ser una adolescente y me convertiré en una universitaria, estamos a casi nada de graduarnos y yo ni siquiera me he detenido a pensar qué es lo que quiero hacer con mi vida. ¿Es normal sentir

miedo? ¿Es común sentir que el mundo se te viene encima? No lo sé, pero siento como si estuviera al borde de un precipicio y tuviera que elegir.

Me aterra la idea de elegir algo y arrepentirme por el resto de mis días, me da miedo crecer, aunque eso suene tonto, me gustaría quedarme así siempre, pero no puedo hacerlo, ¿cierto? Tarde o temprano tendré que tomar una decisión.

Tal vez Jas tiene razón y no estoy preparada para escuchar sobre sexo, tampoco para enfrentar que pronto voy a cumplir dieciocho años, ¡voy a ser mayor de edad! Si es así, ¿por qué me siento tan pequeña todavía?

Mis ojos se nublan, pero respiro profundo, ya que no quiero llorar. Quiero creer que todos se han sentido así alguna vez.

No sé cuánto tiempo transcurre, de pronto Jasmine sale trotando y se detiene frente a mí. Me indica con la cabeza que ya podemos marcharnos.

—¿Ya sabes qué estudiarás? —pregunto pensativa. Si mal no recuerdo tenía un conflicto hace tiempo porque sus padres querían que fuera doctora.

—Ajá, letras, por eso quiero conseguir una beca, sé que mis padres no van a aceptar pagar esa carrera. Voy a conseguir un empleo y encontraré la manera.

—¿No te da miedo?

—Estoy cagada de miedo, Nat, ni siquiera he podido enfrentarlos, pero no tengo otra opción más que seguir, no nos podemos quedar paralizados solo porque algo nos aterra, ¿o sí?

Me pregunto si Jas tiene algo que conecta a su cabeza con la mía, de lo contrario, no sé por qué sabe qué palabras son las adecuadas. El camino de regreso lo hacemos en silencio, llegamos a la parada de autobuses donde tenemos que separarnos, el autobús que tengo que tomar ya está ahí, necesito apurarme si no quiero perderlo.

—Toma, conseguí un juego para ti. —Observo el montón de papeles que me ofrece, tomo los documentos sabiendo perfectamente qué son y los aprieto contra mi pecho—. Atrévete.

Y, sin más, me marcho sentada en uno de los asientos del transporte con la atención perdida en la ventana.



El lunes por la mañana busco mi libreta de dibujos por todas partes, no puedo presentarme en la clase de literatura sin ella o moriré de aburrimiento. Muevo los libros en mi mochila, como si no hubiera revisado ahí antes, comienzo a sentirme un tanto desesperada porque... bueno, no puedo perder mi libreta de dibujos, es sagrada, es como un canto de ángeles para mí.

—¡¡Con un carajo!! ¡¿Dónde mierdas estás, maldita?! —Manoteo y lanzo un suspiro. Observo el bolso como si fuera mi peor enemigo, tal vez se la tragó, yo qué sé.

—¡Natalie, apúrate o llegarás tarde a la escuela! —grita mi madre desde la planta baja.

Miro el reloj que está en la mesita de noche, tendré que apurarme si no quiero faltar a la primera clase, por lo que, sin más remedio, me cuelgo la mochila en el hombro y salgo del cuarto. Antes de bajar las escaleras alcanzo a ver que Frank sale del baño solamente con una toalla rodeando su cadera, quiero carcajearme porque no se ha percatado de mi presencia y está caminando como si fuera un gran hombre lleno de músculos.

—Sí que es extraño —murmuro para mí misma y me apresuro a descender antes de que se entere de que lo descubrí actuando como un adolescente fanfarrón.

Le doy un beso en la mejilla a mi madre, quien niega divertida con la cabeza mientras me observa desde la puerta de la entrada.

El camino a la escuela lo hago agitada. Cuando llego a las instalaciones me apresuro a entrar, apenas pongo un pie en el interior, el timbre suena.

—¿En serio? No me jodas —me tallo la cara con frustración.

El pasillo ya está vacío, lo cual es raro, porque por lo regular hay un montón de alumnos rebeldes que no quieren seguir los horarios. Cuando voy a caminar hacia mi casillero paro en seco al ver a dos personas a tan solo unos pasos de distancia. Reconocería ese cabello rubio en cualquier lado, tan perfectamente peinado que es imposible confundirlo: Hannah. Lo más curioso de todo el asunto es que está siendo arrinconada por el mismísimo Oliver Doms. Ladeo la cabeza, analizando la situación, no sé si está asustada o avergonzada; pero cuando se pone más roja que un tomate me decido por la segunda opción. Aplano los labios para no carcajearme en el instante en el que empieza a abanicarse con la mano como si fuera una señora. ¿Dónde demonios están mis

palomitas de maíz? Esto se está poniendo bueno, tal vez mi nariz no ha perdido el toque y ha emparejado a otros dos.

Permanezco en silencio hasta que Oliver se separa de Hannah y se aleja por el pasillo, la curiosidad está matándome tanto que quiero acercarme, aunque estaría mal preguntarle, ¿verdad?

Voy a seguir caminando, al parecer hoy es el día de observar y quedarse callada. Han sentido mi movimiento y estanca sus lindos ojos azules en los míos. Su boca se abre con asombro, se recompone acomodando su cabello y su ropa, como si no hubiera pasado nada. Para mi sorpresa, en vez de alejarse, se aproxima a mí.

—Hola, Nat. —Sus comisuras tiemblan, no lo suficiente como para sonreír—. Quería agradecerte por lo del otro día y... también pedirte una disculpa por lo que te dije hace tiempo, no voy a justificarme porque lo que hice estuvo mal, pero quiero que sepas que lo siento.

Se ve tan triste que mi corazón duele, solo por un momento puedo ver otra cosa excepto lo que quiere que vea, pero desaparece junto con el siguiente parpadeo.

—No te preocupes, ya pasó —digo.

—Llevo días dándole la vuelta a la misma idea, se me ocurrió algo, no había tenido la oportunidad de comentártelo. Soy la coordinadora del comité que organiza el baile de graduación, todavía faltan algunos meses, pero se está acercando y vamos a empezar los preparativos. Me gustaría que te unieras, tú tienes ideas geniales. —Mis párpados se abren, ¿ayudar a organizar una fiesta? No lo creo. Abro la boca para declinar, se me adelanta, tal vez viendo la negativa en mi mirada—. Por favor, estoy segura de que harás aportes increíbles, y además te dará horas para tus actividades extracurriculares.

—De acuerdo, aunque nunca he hecho algo así. —Necesito las horas, y mucho, las únicas que tengo registradas son las que hice al principio del año porque la profesora de deportes creyó que ponerme a ordenar pelotas de básquetbol era una buena actividad. Desde ese día no volví a acercarme al departamento para que me asignaran más.

—No importa, yo te aviso cuando haya reunión, ¿de acuerdo? Ahora tengo que irme, tengo clase de deportes y no me he cambiado. —Hace una mueca y se va más rápido de lo que llegó.



Durante el cambio de clase alguien llega por detrás y cubre mis ojos. Siento una respiración en la base de la oreja, instintivamente intento retirar las manos que no me permiten ver, luego escucho su risa. Muerdo los labios para no sonreír, Shawn me suelta, aunque no por mucho tiempo, me da la vuelta y rodea mi cintura con firmeza. Su cuerpo se pega al mío, mis mejillas se ponen calientes, miro hacia todas partes, nerviosa porque estamos en público.

—¿Cómo siguen tus padres? —pregunta.

—Bien, aunque creo que están ocultando algo, no lo sé, mamá está muy extraña, muchas veces la he descubierto sonriendo sola. —Él sonrío. De pronto, su nariz se adhiere a la mía, apoyo mis manos en sus antebrazos y aprieto su suéter con los dedos—. Nos están viendo.

—¿Y qué? Eres mi novia y no contestaste mis mensajes, estoy angustiado, así que no me culpes por querer besarte y abrazarte, la culpa es tuya porque hiciste que te extrañara más de la cuenta. —Antes de que pueda procesar lo que está pasando Shawn me besa, alcanzo a escuchar los aullidos emocionados de los estudiantes, pero son un sonido lejano. Mi cabeza zumba, mis pensamientos se borran—. Te necesito para mí solo un día de estos.

Ahogo el suspiro en mi boca al escuchar su susurro ronco. Medio aturdida, lo miro, ¿de verdad ha dicho eso? ¿Debería ponerme nerviosa o ya es tiempo de esconderme en Alaska? No tengo idea, no soy capaz de comprender lo que está sucediendo; pero, basándome en mis pulsaciones aceleradas, estoy segura de que me encantaría experimentar todas las bases de béisbol con Shawn.

Al diablo Alaska y el frío.



cuarenta y nueve



NATALIE

Shawn me toma de la mano, me da un jalón que me obliga a caminar, a pesar de que todavía sigo aturdida por la escena que acabamos de protagonizar en medio de los pasillos de la institución. No me suelta, sus dedos se enredan con los míos tan fuerte que espero que no esté sintiendo lo mucho que estoy sudando. Entramos al salón de literatura y filosofía, me conduce hacia dos asientos vacíos, nos sentamos juntos, uno al lado del otro.

—Creo que me extrañaste más de la cuenta, no me dejas respirar —digo divertida.

Coloca su brazo en mi respaldo y rodea mis hombros, deja caer un beso en mi mejilla. Mi rostro se pone rojo y caliente como una olla hirviendo.

—No te imaginas cuánto, preciosa.

Tomo un respiro profundo, las palabras de Jasmine no han dejado de dar vueltas en mi cabeza. ¿Shawn pensará lo mismo que ella? ¿Que soy una mojigata que no puede escuchar sobre cosas de adultos sin asustarse?

A veces me siento tonta porque no sé mucho sobre relaciones, no tengo experiencia y sí, debo admitir que me da un poco de miedo. Pienso en Cecile, guarda condones debajo de su cama, yo soy la hermana mayor y nunca había tocado uno antes de la broma. Hago una mueca, no es que me sienta mal por no saber nada sobre sexo, me aterra más el hecho de que no puedo parar de pensar en eso.

—Quiero saber cuánto, Shawn —murmuro sin mirarlo, pero puedo sentir su mirada concentrada en mí, tan intensa que me arrepiento de haber abierto la boca, gracias al cielo aparece la maestra. Estanco la vista al frente, evitando lo más posible la sonrisita de mi novio.

La clase comienza, los alumnos dicen sus puntos de vista sobre *La Metamorfosis*, hago como que estoy apuntando lo que está escrito en el pizarrón para que no me pregunten, porque no leí absolutamente nada, más vale prevenir que lamentar, ¿verdad?

—¿Por qué creen que se convirtió en un insecto? ¿Por qué no en cualquier otra cosa? —Hay una pausa que me hace mirar alrededor—. ¿Shawn? ¿Quieres contestar la pregunta en vez de observar fijamente a Natalie?

Mis párpados se abren, por milésima vez en el día me sonrojo al escuchar las risitas de mis compañeros. Miro de reojo a Shawn, que se gira en el asiento apretujando los labios.

—Pienso que los humanos siempre han visto a los insectos como algo inferior, algo que puedes aplastar y acabar con su vida sin más. Para mí es una metáfora, un hombre que se sentía tan desgraciado que se comparó con un insecto, el cual nos contó su historia como si de verdad estuviera sufriendo un cambio. —Dios santo, ¿por qué tiene que ser tan intelectual? Se ve demasiado caliente.

—Ponga atención, señor Price, la próxima vez lo cambiaré de lugar. —Él asiente, pero su dedo imparte caricias en mi hombro—. Muy bien, les voy a encargar un trabajo en parejas para la próxima semana, será la calificación de su tercer parcial. Tendrán que tomar a dos personajes de las obras que vimos durante el semestre e interpretar una escena importante en la historia, quiero mucha creatividad, cuanto más original sea, mejor será su nota.

La profesora aplaude, levanta las palmas y nos dice adiós. Hago el amago de levantarme, pero Shawn rodea mi muñeca e impide que me vaya.

—¿Estás libre en la tarde para empezar el trabajo? —Sonrío de lado y alzo una ceja.

—Ni siquiera me has pedido que seamos equipo.

Su rostro se acerca al mío, la punta de su nariz topa con la mía. Voy a mirar alrededor, pero su mano atrapa mi mandíbula, obligándome a ponerle atención.

—Natalie Drop, ¿te gustaría hacer equipo conmigo?

—Me encantaría.

—Perfecto, me esperas a la hora de la salida.



Jas se me queda mirando con una sonrisita en los labios, muerdo el interior de mi mejilla con fuerza, le he contado todo lo que pasó más temprano.

—Hola, Jas. —Rechino los dientes tan pronto escucho la voz de Greg, no puedo creer que le habla de nuevo, no cuando tiene a un buen chico llamado Harold esperando como un perrito abandonado en una caja de cartón, hasta puedo imaginarlo con sus ojitos soñadores.

—¡Hey! —Ella le da una corta mirada, luego se concentra en el plato que tiene enfrente.

—¿Estás bien? No has contestado mis llamadas ni mis mensajes desde el día de la fiesta.

El silencio que sigue a sus palabras me hace envarar, entrecierro los ojos y analizo a Jasmine, que respira hondo y apretuja los labios haciendo una mueca. Inmediatamente mi frente se arruga, ¿qué demonios está pasando aquí?

—Estoy bien —asegura forzando una sonrisa, pero tanto Greg como yo sabemos que no hay rastro de alegría en su gesto, puedo saberlo porque él la observa con lo que creo es desesperación, tal vez pánico.

—¿Hablamos después? —pregunta.

—Seguro.

Greg se queda parado en el mismo sitio unos segundos más, luego se da la vuelta y se va a la mesa que ocupan sus amigos. Abro la boca para preguntarle qué demonios ha pasado, a pesar de que sé que lo más probable es que me mande al carajo. Pero no, lanza un suspiro y me mira por debajo de las pestañas.

—¿Podrías comprobar si está mirando hacia acá? —Hago lo que pide lo más discreta que puedo, asiento—. Fui una estúpida, Nat, prometí que no volvería a caer y lo hice, me acosté con Greg Fisher una vez más, ¿sabes qué es lo más jodido? Que ni siquiera sé si sigo enamorada de él, no tengo ni puñetera idea de lo que estoy haciendo. Tengo a un chico que es inteligente, lindo y sincero recordándome todos los días que me quiere; pero yo no puedo dejar de pensar en Greg.

—Lo amas todavía —digo.

—No disfruté mientras teníamos sexo porque Harold no salía de mi mente, ¿qué infiernos me pasa? —Su voz temblorosa hace que extienda la mano,

agarro la suya y la aprieto—. No es que no quiera contarte lo que sucede, es que me siento como una idiota porque no puedo odiar a Greg, tampoco quiero lastimarlo, ¿cómo le digo que ya no siento lo mismo sin herir sus sentimientos? Por favor, nunca tengas relaciones si no estás segura de lo que quieres. A veces me arrepiento tanto de haberle entregado esa parte de mí a Greg, a alguien que no dudó en dejarme sola apenas se pusieron feas las cosas, y otras creo que no podré estar con nadie más que con él, me duele tanto porque de verdad creí que sería mi “para siempre”.

Vuelvo a apretar su mano, ya que no tengo idea de qué decir. Alguien me dijo una vez que hay que escuchar más de lo que se habla, por eso me mantengo callada. Sus ojos chocolate se clavan en los míos, cuando quiere llorar se ponen más claros, justo como ahora.

A veces Jas puede ser insufrible, y hay otras en las que me recuerda por qué somos amigas a pesar de las diferencias.



Har está enmudecido, maneja con rudeza las soluciones de los tubos de ensayo. Sinceramente me estoy poniendo nerviosa, él siempre es cuidadoso, parece como que está planeando asesinar a alguien arrojándole ácido clorhídrico al rostro. Estamos en el laboratorio de Química, no ha dicho nada desde que llegamos, ¿debería preocuparme después de lo que me contó Jas? Apostaría cualquier cosa a que su mal humor tiene que ver con ella, aunque también sé que Harold es una persona muy temperamental, que si quisiera contarme lo que está sucediendo ya lo habría hecho.

Incluso cuando me muero de ganas no voy a preguntarle, mantendré la lengua quieta. Aprecio a Har, es el amigo de Shawn y agradezco que siempre me haya dado ánimos; pero si tuviera que ponerme del lado de alguien, siempre seleccionaría a Jasmine.



Me muevo de un lado a otro con impaciencia, estoy al lado de la motocicleta de Shawn mirando fijamente las puertas de la escuela, las cuales están repletas de alumnos. ¿Debería correr? No es que no quiera estar con él, es que iremos a su casa para empezar el trabajo de literatura, se supone que sus padres siguen viviendo con su hijo, así que supongo que ellos estarán ahí, no estoy segura de que sea buena idea verlos de nuevo después de la última vez que los vi.

Apenas veo a Shawn salir mi corazón se acelera, se acerca dando zancadas largas y deposita un beso en mi frente antes de tomar un casco para tendérmelo. Se monta en la moto y la enciende, me subo detrás de él escuchando el rugido del motor, abrazo su cintura y me recuesto en su espalda.

Cierro los párpados y no los abro, ni siquiera cuando arranca y sale a toda velocidad del estacionamiento de la institución.

Más pronto que tarde, quizá unos veinte minutos, nos detenemos, por lo que no me queda más remedio que echarme hacia atrás y enfrentarme a la realidad.

Enmudecida me bajo de la motocicleta y sacudo las piernas como si de verdad estuvieran empolvadas. Afianzo el agarre del bolso, no solo pulsa mi corazón, también mi cerebro, todavía puedo escapar, pero no quiero que Shawn se percate de que aún no he superado lo que pasó la última vez que estuve aquí.

—Oye, tranquila, mi padre come en la oficina y mi madre estará con sus amigas —dice al tiempo que se coloca a mi lado.

—Oh. —Eso quiere decir que estaremos solos—. ¿Seguro que está bien si nos quedamos aquí? Podemos empezar el proyecto otro día.

Agarra mi antebrazo, tal vez está leyendo mis pensamientos, de lo contrario, no entiendo cómo se ha enterado de mis intenciones de irme lejos.

—Está bien, pediremos comida rápida y decidiremos a quiénes vamos a representar. —Sin más, me arrastra a la entrada.

El interior es igual a como lo recuerdo, dejo mi mochila en la alfombra de la sala y sigo al dueño de la casa. Shawn toma el teléfono que descansa en una mesita y marca un número, solo entonces me permito ver los alrededores. Hay un lindo sofá con muchos cojines, cuadros coloridos y una chimenea. Encuentro con la vista una hilera de fotografías que descansa en la parte

superior de la chimenea, no soy consciente, antes de darme cuenta ya estoy caminando hacia ese sitio.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro al ver una versión pequeña de Shawn en un columpio, su madre se encuentra detrás de él, lucen como si hubieran pasado toda la tarde jugando en el parque. Más adelante hay una de una señora con canas sosteniendo a un bebé.

—Es mi abuela. —Llega por atrás y rodea mi cintura, siento su pecho pegado a mi espalda y cómo posiciona su barbilla en mi hombro.

—Es muy hermosa —digo, concentrada en esos ojos almendrados que me regresan la mirada, tiene un brillo característico, una sonrisa secreta en sus pupilas.

—Era artista, pintaba cuadros y los vendía en una tienda de reliquias que era de su familia, pintó mi recámara cuando era pequeño. Siempre sonreía y veía el lado bueno de las cosas, como tú.

Siento chisporroteos en el estómago cuando sus manos se aprietan a mi alrededor y su nariz delinea el contorno de mi oreja. Mis párpados se cierran automáticamente.

—Sonrías tan bonito... —Sus dientes atrapan mi lóbulo y juegan con él. Me estremezco, sin comprender del todo mis reacciones, dejo que todo mi peso se apoye en el suyo, temo caerme.

Una de sus manos asciende por mi torso, afianza mi mandíbula y me obliga a mirarlo girando la cabeza. Sus ojos oscuros me miran y me tragan entera. Santo Dios, ¿en qué momento me convertí en una gelatina? No dejo de temblar.

Sus labios vienen por los míos, los amasan con tanta dulzura y paciencia que me abandono por completo en el beso, no estoy segura de que me hubiera besado de este modo antes. No suelta mi rostro, por el contrario, su pulgar hace círculos cariñosos en mi mejilla.

—Pienso en ti todo el tiempo. —Su timbre es suave y bajo, como si estuviera contándome un secreto.

—Estás siendo demasiado dulce el día de hoy, cuidado o podrías empalagarme. —Una sonrisa perversa se apodera de su boca tan pronto esas palabras salen de la mía. Va a hablar, pero el timbre suena. Se tarda en reaccionar, y al fin me deja libre soltando una maldición entre dientes que no logro entender y se encamina a la entrada.

Suelto el aire que se estaba conteniendo, el calor se evapora de mi cuerpo y la coherencia se hace paso en mi mente una vez más, ¿qué malditos infiernos calientes fue eso? Joder.

—Quizá si me mantengo lejos no vuelva a quedarme como una idiota sin neuronas frente a él —suelto para mí misma.

Me doy la vuelta y observo que le paga al repartidor de pizzas, intento controlar mi pulso, pero es inútil, siento el brinco en mi pecho cuando Shawn cierra la puerta, se gira y se concentra en mí.

Es tan lindo que podría lamerlo como si fuera un caramelo de fresa, o morderlo, o solamente sentir sus brazos aferrarme de nuevo.

—Mexicana o pepperoni, tú decides —dice.

—Mexicana.

Como si no hubiera sucedido nada, me hace una señal para que lo siga. Entramos al comedor, pone las cajas de cartón en la mesa, yo me dejo caer en una silla. Desaparece en la cocina, regresa sosteniendo platos, vasos y una jarra medio llena de limonada.

Mis comisuras tiemblan porque realmente se está esforzando, pone los platos y sirve la bebida. Después comemos en silencio, hago como que no sé que me está observando. Voy en la tercera pieza cuando la puerta rechina, se escucha un azote y tacones golpeando el suelo. Respiro hondo, busco en Shawn algo, a pesar de que no sé qué, él me estudia y parece entender, ya que guiña un ojo.

Levanto la mirada justo en el momento en el que su madre traspasa el umbral del comedor, ella se detiene en seco apenas me encuentra.

—Buenas tardes, señora Price. —Se me queda mirando con seriedad, tanto que me pongo nerviosa, así que me remuevo en mi silla.

—Hola, Natalie —dice relajando los hombros, después se enfoca en su hijo—. ¿Cómo te fue en la escuela, cariño?

—Bien, Nat y yo haremos un trabajo de literatura. ¿Qué tal tu día?

—Agotador, la señora Suki es insufrible, no volveré a ir a sus reuniones, no sabe hacer otra cosa más que presumir de los mosaicos nuevos de su baño. —Hace una mueca de desagrado—. En fin, voy a retirarme para tomar una ducha y ponerme ropa más cómoda. Te quedas en tu casa, Natalie, coman rico, aunque había guisado de pollo... No sé por qué a los jóvenes les gusta esa masa con salsa.

—Por la misma razón por la que a los viejos no les gusta —responde Shawn con los ojos brillosos. Doy una corta mirada a la señora Price, está sonriendo.

—Fingiré que no me llamaste vieja. —Lo señala con el dedo y sale de la estancia dando pasos firmes y haciendo resonar su andar al subir las escaleras.

Le doy un mordisco a mi pedazo de pizza, no estoy disfrutando lo suficiente porque es demasiado picosa, pero igual la utilizo para mantenerme ocupada y no hacer preguntas ni decir imprudencias.

—Mamá no es mala, solo es especial, tuvo que luchar con mi abuela para salir adelante porque mi abuelo las dejó cuando ella era muy chica, lo único que quiere es darme lo que no tuvo, aunque no sea capaz de ver que esos no son mis deseos; la mayor parte del tiempo es con papá con el que tengo problemas, porque es una persona muy cerrada, alguien que quiere triunfar a toda costa, por lo tanto, quiere que yo también triunfe. Sé que aquella vez te hirió, pero la amo con sus defectos, Nat. Es mi madre a pesar de todo y no podría vivir sin ella. —Suspira—. Me gustaría que algún día se llevaran bien, sé que va a amarte en cuanto se dé cuenta de que eres similar a su madre.

—No sé por qué me dices esto, Shawn, no odio a tu madre ni le guardo rencor por lo que pasó. Sé que crees que soy rencorosa y que no perdono con facilidad los errores de las personas; y sí, tal vez soy un poco de esa forma, pero nunca odiaría a alguien, solo tengo miedo de no ser suficiente para ellos. Sé que lo de tu madre no es personal, que quiere lo mejor para ti y que pensó que la indicada era Han. No debí reaccionar así, tuve miedo de que Hannah fuera más perfecta que yo, ninguna lo es, las dos tenemos errores, incluso cuando son más notorios los míos. Si tu madre viera la mitad de lo que siento por ti, no volvería a dudar, y no porque crea que yo soy lo mejor para ti o lo que necesitas, lo digo porque soy lo que quieres y tus sentimientos son correspondidos.

—Me encantas cuando eres profunda, me dan ganas de morderte los labios.

Suelto una risotada.

—Lo digo en serio.

—También yo.

Ignoro lo que ha dicho y me pongo de pie, junto los platos sucios, voy y los dejo en el fregadero. Lo escucho a mis espaldas, al momento de salir lo

esquivo, él suelta una risita que me hace sonreír. Me quedo parada en medio del comedor con la vista fija en la puerta, Shawn sale.

—Vamos arriba —suelta.

Con torpeza me giro, abro los párpados con horror al tiempo que voy hacia la sala para recoger mi mochila, no creo que ir a su habitación sea lo más adecuado, no con su madre cerca, mucho menos después del beso que nos dimos hace rato frente a las fotografías. Mierda, estoy actuando como una lunática. No puedo hacerme ideas estúpidas, él solo quiere que hagamos el trabajo, estoy a la defensiva por la charla que tuve con Jasmine el otro día. Inhalo y exhalo, y aun así no logro calmarme.

Shawn recoge su mochila y dando pasos lentos se pierde en las escaleras, como una tabla lo sigo. En el pasillo de la planta superior lo veo entrar a la que creo es su alcoba, por alguna razón conocer ese sitio tan suyo me pone de los nervios. No obstante, siento curiosidad también, por lo que me apuro.

Hay zapatos regados en el piso, pero en general es limpio y ordenado. Alcanzo a ver una computadora en un escritorio, un librero y unas lámparas curiosas en sus mesitas de noche. Admirando los alrededores, me aproximo al borde de la cama y me dejo caer en ella. Todo es de color gris y celeste, me agrada, mi parte favorita es la alfombra peluda que parece cielo. No hay fotos ni cuadros como en mi habitación, tal vez algún día pueda regalarle algo para que lo cuelgue en sus paredes, para que no se vean tan desnudas.

—Estos son todos los que leímos en el semestre. —Deja caer a mi costado una pila de libros, la cual observo como si fuera mi peor pesadilla—. Podemos hacer de Romeo y Julieta, así podré darte un beso al final.

—O puedes ser el insecto de *La metamorfosis*, así te arrojaría manzanas a la cara. —Lanza una carcajada estruendosa que me hace reír.

Hace los libros a un lado y se sienta pegado a mí, su rodilla choca con la mía, coloca una de sus manos en alguna parte detrás de mí, por lo que mi hombro roza su pecho.

—Yo podría ser Ulises y tú Penélope.

—Podríamos representar algún cuento de Edgar Allan Poe —murmuro, porque siento que el aire me falta, cada vez está más cerca.

—O podría besarte toda la tarde. —Su nariz se cuela entre mis cabellos hasta llegar a mi oreja, donde respira y me produce escalofríos que me

provocan sensaciones nuevas, y la verdad es que me encanta sentir las—. Te ves adorable cuando intentas escapar, me dan más ganas de perseguirte, atraparte. Sabes que jamás haría algo que no quisieras, ¿verdad? Claro que eso no significa que no me muero por estar contigo.

—¿Estar conmigo? —pregunto sintiendo latidos desenfrenados en mi interior. Su respiración en mi oído ha erizado mi piel, lo más cuerdo sería correr, lo único que quiero hacer es hundirme más en su abrazo, que me siga murmurando oraciones de amor—. ¿Has estado con muchas?

—No, con una persona nada más, pero no con alguien a quien ame. —El corazón me da un brinco violento por el significado de sus palabras. Sus labios dejan besitos cortos y suaves en el inicio de mi cuello, reacciono a su contacto ladeando la cabeza hacia el lado contrario—. ¿Y tú? ¿Has estado con muchos?

Mi pecho se infla, ¿por qué me ha gustado que me lo pregunte? Ni idea.

—Con nadie.

Su mano libre cruza mi estómago para rodear mi cintura, me jala hacia él y cierra los espacios casi inexistentes entre los dos. Siento que mi peso se ha vuelto insoportable, por lo que llevo mis manos hacia atrás y me apoyo en el colchón. Él sale de su escondite, me enfrenta con ese par de ojos oscuros. La mano que me aferra comienza a moverse, respiro pausadamente cuando encuentra la forma de colarse en el interior de mi blusa, sin quitarme la vista de encima, sus dedos tocan la piel de mi espalda, se mueven de arriba a abajo. Aproxima sus labios a los míos y los cepilla, después su mano se mueve hacia adelante, recorre mi ombligo y se queda quieto en el abdomen. Puedo ver algo en su mirada, tal vez duda, no lo sé, y no quiero que pare ahora.

—Me agrada la idea de que me beses toda la tarde —susurro. Sonríe de lado con un toque de picardía. No sé cómo lo hace, de un momento a otro me mueve hacia atrás, menos de la mitad de mis piernas queda colgando. Se me sale una risa entre dientes cuando se coloca encima de mí, nuestras caras se enfrentan.

Sin más preámbulos me besa fuerte y lento, coloca sus manos a los costados de mi cabeza y enreda nuestras piernas. Yo, con algo de torpeza, abrazo su torso e intento no pensar en las típicas tonterías que deambulan en mi mente,

quiero concentrarme en lo que estamos haciendo, en lo que estoy sintiendo, y no en mis miedos e inseguridades.

Aprieto su camisa haciendo puños cuando sus dedos descienden por mi cuello, perfilan mis clavículas, su brazo descansa en mis senos, pero no me toca. Y así pasa el tiempo, cada uno consumiendo los labios del otro, los míos se inflaman y se ponen calientes. Más tarde abro los párpados y me doy cuenta de que entra poca luz por la ventana. El ritmo de nuestro beso ha disminuido, él reparte besitos en mi mandíbula.

—Creo que es hora de que vaya a casa —digo. Ahogo la exclamación de sorpresa al sentir que agarra uno de mis muslos con firmeza y hace que envuelva su cadera dejándolo en medio de mis piernas, entretanto hunde su rostro en mi cuello, aspiro aire cuando su lengua toca mi piel—. O tal vez no.

Su frente se apoya en la mía, busco su mirada, me encanta lo que veo. Sin dejar de mirarlo le robo un beso que se convierte en otra cosa, en algo más caliente y húmedo. Pierdo la noción del tiempo justo en el instante en el que fricciona nuestras pelvis, sus movimientos me quitan el aliento. Veo estrellitas de colores en el brillo de sus ojos. Guardo un suspiro porque quiero conservarlo, recordar este momento.

Quiero más de Shawn, de sus pupilas brillantes, de los jugueteos de nuestras caderas y de sus besos ardientes. Por primera vez deseo que alguien me toque, por lo que cojo una de sus manos y la pongo sobre uno de mis pechos. Rompe el beso y me observa.

—¿Segura? —Asiento. Toma aire y exhala—. Me vuelves loco.

Contrario a lo que creo que hará, se levanta, y me siento fría y confundida. Voy a erguirme, pero su dedo índice me obliga a permanecer recostada. Se acuesta junto a mí, de lado, giro la cabeza para observarlo. Una de sus piernas atrapa las mías, con su mano libre acaricia mi barbilla.

—Cierra los ojos y siénteme —pide. Trago saliva antes de cerrar los párpados. Sus dedos bajan por mi cuello, intento relajarme cuando lo siento jugueteando con los botones de mi blusa—. Tranquila, voy a detenerme si no te gusta, confía en mí.

Segundos después abre el primero, luego el segundo y así sucesivamente. Me atrevo a pestañear, sus ojos están puestos en mi rostro, entonces sonrío. Sus yemas delinean mi sostén, juegan con el moñito rosa del centro y luego me

hace suspirar en silencio cuando estruja lugares que nadie había tocado antes. Se escabulle dentro de una de las copas y descubre sitios escondidos. Sus labios buscan los míos, me da besos que me sacan el aire.

Cuando creo que la situación no puede mejorar, su mano desciende lentamente, toca los huesos de mi cadera. Rompo el beso y miro hacia abajo cuando desabrocha mi pantalón. Entierra su cabeza en mi cuello y me enchina la piel. Siento algo allá abajo, un dolor agradable. Cierro los párpados, me olvido del mundo cuando me acaricia justo donde no debería sentirse tan bien. Me convierto en una persona diferente, me lleno de sensaciones que no sabía que existían.



Más tarde, permanecemos abrazados en su cama.

—¿Ya sabes qué harás para la fiesta de graduación? —cuestiona.

—Aún no. —Él está encima de mí una vez más, repartiendo besos en mi rostro—. Perdí mi libreta de dibujos, no puedo recordar cuándo la vi por última vez.

—El día que vi el dibujo que hiciste de mi boca. —Sube y baja las cejas graciosamente. Ahora que lo menciona, creo que sí, esa fue la última vez que dibujé, pero no logro recordar en dónde la dejé—. Por cierto, nunca te lo pregunté, ¿cómo los dibujaste sin verme?

—Te lo dije, te miraba todo el tiempo —murmuro.

—¿Tanto como para tenerlos en tu memoria? —Ladea la cabeza con curiosidad. Sí, joder, era una maldita psicópata. Intento romper el contacto visual, pero afianza mi mandíbula y me lo impide—. Oh, no, señorita, no vas a huir. ¿Te da pena hablar después de lo que hicimos hace unos minutos? No me gusta cuando corres, me gusta esto: que tengas la confianza suficiente como para decirme que no has estado con nadie, como para permitirme besarte, acariciarte y hacerte sentir cosas nuevas. Estoy enamorado de ti, Nat.

La intensidad de sus palabras me deja sin aliento, hay tanta seriedad en sus gestos que me quedo en blanco, completamente inmóvil. Adrenalina bombea por mis venas, a pesar de que quiero responder, no puedo, solo soy capaz de

mirarlo, de rogarle en silencio que comprenda lo que me muero por decirle. Quizá es la emoción o que jamás he sentido esto por alguien.

—Tengo sed. —Sí, esa soy yo, renaciendo de las cenizas. Me dan ganas de esconder la cabeza en un pozo en la tierra para que no pueda encontrarme ni ver la batalla interna que estoy viviendo. Shawn entrecierra los ojos, su frente está arrugada, no se ve molesto, pero sí confuso. Se hace a un lado, me apresuro a sentarme en la cama, me arrastro para llegar al borde y me pongo de pie—. Iré por un vaso de agua.

Una vez en el exterior, me recargo en la pared y suelto el aire que contenían mis pulmones. ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida! Pensaré que soy una cría asustadiza. Molesta conmigo misma, zapateo y me encamino hacia las escaleras. Sin saber muy bien cómo, voy a la cocina, abro el refrigerador y saco una jarra con agua helada, me sirvo en una taza porque no veo otra cosa. Antes de que pueda dar el primer trago, la señora Price entra a la estancia y se queda quieta al verme. ¡Mil veces idiota! ¿Cómo pude olvidar que la madre de Shawn estaba aquí? ¿Cómo iba a recordarla si casi me ceno a su hijo?

Me apresuro a terminar mi bebida helada, rígida dejo la taza en el lavaplatos y me doy la vuelta para salir.

—Quería pedirte una disculpa por lo que pasó el otro día, Natalie, no debí ser tan grosera, mucho menos cuando se ve que eres una buena chica. Mi hijo no estaría con alguien que no fuera especial.

De acuerdo, esto ha sido demasiado para un solo día, ¿este es el momento en el que me desmayo o un auto me atropella al salir huyendo? Aclaro mi garganta.

—No se preocupe, señora Price, yo también le ofrezco una disculpa por mi comportamiento, no suelo ser así. —Una linda sonrisa se forma en sus labios, asiente—. Debería regresar a casa, ya se está haciendo tarde.

—Yo te llevo. —Está detrás de su madre con una sonrisita ladeada que hace que recuerde lo sucedido, lleva mi mochila colgada y juega con las llaves de su motocicleta.

O estamos conectados o está cansado de mí y quiere que me vaya.

Me despido de la señora educadamente, hay distancia entre ella y yo, pero agradezco que haya sido honesta, no cualquiera es capaz de admitir sus

errores.

Camino hacia la salida sintiendo sus ojos clavados en mi nuca, me estoy comportando como una perra. ¿Debería decirle ahora que también lo amo o el tiempo correcto ya pasó? Junto a la moto me pongo el casco perdida en mis pensamientos.

Me monto en la motocicleta detrás de él, lo abrazo y me pego a su cuerpo. Observo su cuello todo el camino, no me apetece alejarme cuando llegamos, por lo que me quedo prendada, aferrándolo. Suelta una carcajada, sus manos se colocan sobre las mías.

—Apuesto a que Frank está corriendo hacia la ventana, no quiero morir siendo tan joven —dice.

Sin más remedio, me echo hacia atrás, desabrocho el casco protector y desciendo del vehículo. Shawn me imita, agarra mi brazo antes de que pueda alejarme y me enfunda en un abrazo, mi mejilla descansa en su pecho, le devuelvo el gesto y respiro profundo para absorber su aroma.

Alzo la barbilla, él baja la suya, busco sus labios, los cuales me da gustosamente. Rápidamente nuestras respiraciones se hacen pesadas, creo que me encanta esta nueva etapa. Sonríe cuando escucho el silbido característico de mi padre, ¿qué hace aquí, de todas formas?

—¡Basta de comerse en la calle!! —exclama a todo volumen y yo quiero morirme. Voy a separarme de él creyendo que Shawn quiere parar, pero no me suelta.

—¿Estamos bien, preciosa? —pregunta. Acaricio sus labios hinchados.

—Nunca hemos estado mejor.

Con una sonrisa deposita un beso en la punta de mi nariz, entonces me deja libre. No me voy hasta que se pierde en la lejanía. Corro hacia la entrada de la casa de mamá, mis hermanos y mi padre están en el umbral como si fueran guardianes, los esquivo a pesar de que Frank agarra mi blusa para retenerme, subo las escaleras corriendo, tengo esta sensación en mi interior, si no lo hago ahora no lo haré nunca.

—¡Natalie, tenemos que hablar de algo importante! —grita mi padre desde abajo después de cerrar la puerta.

—¡Necesito cinco minutos! —respondo.

Entro a mi cuarto, apurada saco los papeles que me dio Jasmine el día que fuimos a la universidad, relleno los datos y saco mi papelería del cajón. Escaneo todos los documentos y, por último, los envío al correo que viene en la hoja de información.

No puedo tenerle miedo a mi futuro toda la vida, ¿o sí? Tal vez sí es válido, pero si no puedo contra el miedo, quizá pueda unirme a él, aceptarlo y seguir adelante.



NATALIE

Cecile y yo nos miramos de reojo sin poder comprender la actitud de mis padres, se encoge de hombros y vuelve a concentrarse en Nicholas, quien camina de un lado a otro como si fuera un león hambriento. Mi mamá está sentada en uno de los sillones que nos enfrentan, mira a papá, sus ojos parecen dos pelotas rebotando. Frank está a mi lado moviendo su pierna con nerviosismo, me dan ganas de agarrar su rodilla porque empieza a ponerme ansiosa, suficiente tengo con todo este misterio.

—Su madre y yo queremos darles una noticia, no sabíamos cómo decirles, pero después del accidente creemos que es justo que sepan lo que está sucediendo. Esto marcará una nueva etapa en nuestra familia, esperamos que comprendan y escuchen antes de sacar conclusiones precipitadas, responderemos todas sus preguntas, ¿de acuerdo? —Él me lanza una mirada intensa, levanta las cejas cuestionándome en silencio. Asiento con el ceño fruncido.

—¿Cuántos meses? —Mi cabeza gira con brusquedad, la de mi hermana se ladea, tiene una expresión extraña en su rostro. Ella y mis padres se miran, tanto que creo que están hablando en sus mentes, solo que eso no es posible. ¿Por qué de pronto no entiendo nada de lo que está sucediendo?—. Dejen el drama que es muy obvio.

—¿Cómo te enteraste? —Papá intenta disimular la sorpresa.

—Pasas más tiempo aquí que en tu casa, estás hablando de todos nosotros como una familia, vi las miraditas de complicidad que se mandaron en el hospital y sí, vi la prueba de embarazo en el bolso de mamá.

Mi mandíbula se desencaja.

—¿Qué?! —Frank y yo gritamos al unísono. Me pongo de pie con agitación, ¿pero qué carajos? ¿Prueba de embarazo en el bolso de mamá? Debe haber una explicación lógica para eso, ¿cierto?

—¿Cecile Abigail! —exclama mamá, luego se lleva las palmas al rostro y lo talla.

—¿Cuándo se te va a quitar lo listilla? —Mi padre, lejos de verse angustiado, luce divertido, sus pupilas brillan al mirar a mi hermana, que sonrío de lado.

—Disculpen, estamos esperando una explicación. —Mi dedo índice va de mi hermano a mí para señalarnos. Mi espalda está envarada, siento que el corazón se me va a salir del pecho. Escucho suspiros, Nicholas da pasos largos y se planta frente a nosotros, tiene los ojos vidriosos. Después escucho el traqueteo de los zapatos de mamá, una de sus manos agarra el antebrazo de mi padre, se sitúa a su costado y recarga la cabeza en su hombro, inmediatamente él la abraza. Un nudo se forma en mi garganta al contemplar dicha escena, he extrañado mucho verlos juntos, justo así, siendo una pareja unida; la pareja que solían ser.

—Jamás he dejado de amar a Lauren, es el amor de mi vida y siempre lo será, no lo planeamos. —Mis comisuras tiemblan, no entiendo por qué de pronto me siento calmada, en paz. Papá deja un beso en la frente de mamá y agacho la cabeza, no quiero que vean la emoción que estoy sintiendo.

—¿Y qué va a pasar ahora? —La voz de Frank es baja, no estoy segura de que entienda lo que significa un nuevo bebé; después de todo, no lo ha vivido.

—Lo que va a pasar es que mi vientre comenzará a hincharse y... que su padre volverá a casa si es que aún quiere hacerlo. —Mi madre alza la cabeza para mirarlo, él la baja para hacer lo mismo. Se observan por lo que creo es una eternidad, luego mi padre sonrío y le roba un beso que la hace reír.

Siempre quise una historia de amor como la de mis padres, vivía con la ilusión de que encontraría a un chico que me quisiera a pesar de mis defectos, por eso cuando él se fue me sentí a la deriva, no solo había perdido a aquel que espantaba mis pesadillas, todas mis esperanzas se habían destrozado; pero ellos han demostrado que se siguen queriendo a pesar de los obstáculos, es decir, van a tener un bebé y volverán a estar juntos, se volvieron a encontrar. Esa es la clase de amor que quiero.

—¡¡Vamos a tener un hermanito!! —exclama mi hermano a todo volumen y se lanza para rodear a mis padres, quienes ríen y lo reciben.

—O hermanita, una que no tenga ratas en su habitación. —Le doy una mirada graciosa a Cecile, quien hace una mueca divertida. También los rodeo, ellos observan a la otra rubia que sigue en la misma posición.

—O a un ser normal que no coma mocos y no duerma con unicornios de felpa —dice antes de unirse al abrazo grupal.

—Yo no me como los mocos —gruñe Frank.

—Jamás dije tu nombre, ahora sabemos que sí lo haces.

Mi padre se carcajea, por lo que todos terminamos riendo.



Un mes después observo fijamente cómo se derrite el queso amarillo sobre la carne, se hace blando y burbujea, tengo que sacarla antes de que se escurra en la parrilla. La coloco en un pan que ya tiene mayonesa y mostaza, y se la paso al compañero que está a uno de mis costados. En el otro lado está Jackson, desde que llegamos no ha pronunciado palabra alguna, hay un montón de panes en una pila con mayonesa y mostaza, pero él sigue untando más y más.

—Creo que deberías parar, a menos que quieras que el señor Hest se enoje cuando sepa que desperdiciaste un montón de panes. —Jack suspira, enfoca la pila y vuelve a suspirar. Deja el cuchillo en la barra y aleja los contenedores —. ¿Está todo bien?

—No, Penélope está con él, están juntos a pesar de que hablamos y arreglamos las cosas.

—¿Quién demonios es Penélope? —Su frente se arruga.

—Poppy, ¿quién más podría ser? —Oh, no tenía idea de que «Poppy» fuera un mote, creí que era su nombre—. Supongo que a veces los finales felices no existen.

—¡Vamos! No te desanimes, no es el final de la historia, Jack, verás que pronto llegará alguien que te amará de verdad, te perdonará y te demostrará que no todo es malo. —Suelta un bufido.

—Eso es lo peor que puedes decirle a alguien con el corazón roto, ¿sabes? La cosa de «encontrarás a alguien que te valore, te perdone y te ame de verdad» no hace que me sienta mejor porque a la única que quiero conmigo es a Poppy, aunque tenga esa tonta idea de que la luna es de queso, aunque las pecas de su pecho parezcan lunares y ella se enoje cada vez que se lo digo, la quiero aunque busque cualquier mínimo detalle para pelear porque cuando sonrío se le ilumina el rostro, la quiero porque se me acelera el corazón cuando pienso en ella y me dan ganas de besarla cada vez que frunce los labios. Me rompe el corazón saber que estaré con alguien que no pensará que la luna es de queso, que no tendrá lunares en el pecho, que no se enojará conmigo, que no se le iluminará el rostro cada vez que sonrío, que no hará que mi corazón se acelere y que no me darán ganas de besarla. Me rompe el corazón saber que tendré que estar con otra persona que nunca será ella.

Guardo silencio porque no sé qué decirle, es el discurso más apasionado que he escuchado en mi vida, es como en las películas. Probablemente tiene razón, es una cosa estúpida para decir, pero todos lo hacen, siempre dicen que un día llegará alguien nuevo, ¿cómo esas palabras podrían sanar un corazón que no desea eso?

Tarde me hago consciente de que no solo yo estoy enmudecida, levanto la cabeza y veo que el resto de nuestros compañeros también lo están, miran a Jackson. Poppy también lo está observando.

No digo nada cuando Jack sale de la cocina arrojando al suelo su delantal y su sombrero, todos se quedan quietos por un instante, acto seguido continúan haciendo su trabajo, excepto Penélope, ella no deja de mirar la salida.



El auto de papá está estacionado en la acera, entro a la casa y tiro mi mochila en la entrada.

—Deberías exorcizar a ese sombrero horrible, incluso a mí me espanta. — Cecile tiembla como si estuviera sufriendo un escalofrío. Los párpados se me pegan a la frente por la sorpresa, ¿qué demonios se ha hecho?

—¿Tu cabello comió moras? —Escucho la risotada de Frank, seguro está espiándonos desde algún sitio.

—Muy graciosa, ignoraré tu comentario esta vez porque estoy de buen humor. —Sube las escaleras meneando las caderas, haciendo que la cola de su falda, la cual es más larga que la parte delantera, se mueva. Siempre voy a admirar a Cecile porque no le da miedo probar cosas nuevas ni mostrar quién es, aunque creo que es drástico teñirse más de la mitad del cabello de color azul.

Es única. Me pierdo en mi mente y empiezo a divagar, todos somos diferentes.

De pronto un foco se enciende en mi cabeza... Ya tengo una idea para el baile de graduación.



Al día siguiente llego a la clase de artes y me desparramo en mi asiento, saco las hojas que he estado utilizando y mi lápiz. Sigo trazando, no quiero perder la idea que vino a mi mente hace unos minutos.

Siento una presencia frente a mí, alzo los ojos y veo al profesor Carmichael. Temo que me haya descubierto, pero la clase no ha comenzado, el aula ni siquiera está llena. Me percato de que lleva algo en las manos, reconozco mi libreta de dibujos, frunzo el entrecejo.

—Lamento haber tomado algo tan tuyo, lo encontré tirado en el pasillo y lo reconocí, sé que es una falta de respeto tomar las obras de un artista sin su consentimiento, pero tenía que hacerlo porque tienes muchísimo potencial. Mi instinto no me falló, al parecer los críticos pensaron lo mismo que yo. —El profesor me tiende el cuaderno y un sobre amarillo—. Felicidades.

Me concentro en el sobre y le doy vueltas buscando algún sello, lo que sea que me diga de qué se trata. Quito el cordón rojo dando vueltas y me asomo en el interior, hay unas cuantas hojas. El alma se me va a los pies.

Carmichael envió mis dibujos al Instituto de Artes de California. CalArts es una universidad utópica, es como entrar a Harvard o a Juilliard. No solo me están aceptando, me están dando la oportunidad de tener una beca, es un sueño, mis padres nunca podrían pagar una escuela como esa. Los ojos se me llenan de lágrimas.

Toda la clase me quedo pasmada, miro continuamente la hoja que me felicita, que dice que estarían contentos de tenerme como alumna por el talento notable en mi portafolio.

Cuando suena el timbre salgo de la clase sin saber cómo pasó tanto tiempo. Todavía perdida en mis pensamientos camino entre los estudiantes. Estoy emocionada y al mismo tiempo asustada.

Shawn me encuentra mientras me dirijo al salón donde se reunirá el comité del baile, me acompaña y dice algo que no logro distinguir, sigo en *shock*.

Su mano busca la mía, dejo que la tome y entrecruce nuestros dedos, pero luego siento la necesidad de soltarlo, el pánico sube por mi garganta y la hace añicos. Lo suelto cuando me hago consciente de lo que está pasando.

California está lejos de Tennessee.

California está muy lejos de Shawn.



cincuenta y uno

SHAWN

Apenas me suelta con brusquedad presiento que algo no anda bien con Nat, me giro para mirarla y preguntarle qué está ocurriendo, pero entonces el salón se llena, el comité de la fiesta de graduación nos rodea. Hannah entra y sonrío a Natalie, quien deja mi costado para unírsele.

El remordimiento vuelve a recorrerme, ha estado extraña desde el día que estuvimos solos en mi habitación. Por no mencionar que salió corriendo después de que le dije que la amaba, al principio pensé que era por el impacto y la vergüenza, ahora no lo sé, ¿y si arruiné las cosas?

No me gusta la expresión de su rostro, algo está mal, algo ocurre, jamás actúa de esa manera. Se ve nerviosa, no con la típica alegría y tranquilidad que siempre siento cuando estamos juntos. La ansiedad me carcome hasta que empieza a hablar con esa voz tan dulce.

Mi corazón se acelera, trago saliva porque los recuerdos de aquella tarde se apoderan de mi mente. Intento sacudirlos, hacerlos a un lado, pero son más fuertes. Ella debajo de mí, la sensación de su piel en mis dedos, su lengua tocando con timidez la mía, sus respiraciones entrecortadas y el sonrojo de sus mejillas. Su discurso me trae de vuelta a la realidad:

—Estamos a punto de terminar el capítulo final de esta historia, empezaremos el segundo tomo de nuestra vida. Todo libro tiene personajes diferentes, son esenciales, ya que cada uno hace un papel distinto para que la trama cobre sentido. Nosotros somos los personajes de este libro, cada uno de ustedes, cada alumno que está sentado en los pupitres de la escuela. Estoy harta de ver siempre lo mismo: Hollywood, carnaval, estrellas doradas. Por

eso les propongo que los únicos protagonistas de nuestra fiesta seamos nosotros, que seamos el tema principal.

—No sé si soy capaz de entender, Nat —dice Hannah con la cabeza ladeada. Los demás se quedan en silencio, yo tampoco comprendo muy bien lo que Natalie quiere expresar.

La mencionada se quita la mochila del hombro para buscar en el interior, saca su libreta de dibujos, se la tiende a Hannah después de que encuentra la hoja correcta. Han observa con mucha atención, luego sus comisuras ascienden con lentitud hasta formar una sonrisa extensa.

—¿Se supone que esta soy yo? —cuestiona divertida. Sus párpados se abren debido al asombro—. ¡Oh! ¡Este es Shawn! ¡Esto es genial! ¡Muy genial!

Antes de darme cuenta estoy caminando hacia ellas, quiero ver de qué habla. Le quito el objeto a pesar de sus quejas. Es una hoja dividida en cuatro, en cada cuadro hay una caricatura, la primera es una mini Nat que me hace sonreír, lleva en la mano un pincel, tiene la cara manchada de pintura y viste un suéter con unicornios.

Mi caricatura se parece tanto a mí que asusta, tiene zapatos deportivos y un cúmulo de medallas colgadas en el cuello, hay una nube que sale de mi cabeza, en ella hay un avión y números al azar.

Un nudo se forma en mi garganta. Alzo la vista y la miro. Me sonríe con dulzura. Ella fue capaz de describirme en una caricatura, no sé cómo sentirme al respecto.

La tercera es Jasmine, aunque no estoy seguro; y al final está Hannah, vestida con una bata de laboratorio y tacones rosas, lleva lentes a pesar de que rara vez los utilizó en la escuela, su boca también es rosada, cualquiera podría adivinar quién es.

Una estampida se me acerca, me quitan la libreta para mirar lo que causa tanta controversia.

—Solo he hecho esos bocetos, la idea es dibujarlos a todos, para eso el taller de arte me ayudaría. El taller de periodismo podría buscar los acontecimientos importantes de nuestra generación y trabajar con los de artes visuales para hacer algo genial como videos y esas cosas cursis que hacen llorar a todos, ellos mismos podrían diseñar las invitaciones. Me gustaría dibujar todas las caricaturas juntas con las batas, togas y birretes para que sea

la imagen central del evento. Creo que también sería genial que el anuario fuera distinto y no la cosa típica con fotografías aburridas. —Nat toma aire y mira insegura a los chicos, que la contemplan enmudecidos.

—¡Me encanta! —grita un chico, y más exclamaciones positivas le siguen.

—¿Cómo decoraríamos? No podemos colgar nuestras cabezas —se burla una chica.

—Globos, como en todas las graduaciones, el punto es que sea la generación la que brille esa noche —dice Hannah con tono mordaz, la otra se queda en silencio, sin atreverse a juzgar la opinión de la coordinadora.

Así es como Nat le pone un tema a nuestra fiesta de graduación.



—Se supone que es algo importante, cambiará tu vida, deberías estar emocionado. —Le doy una mirada a Harold, está frente a mí comiendo alguna cosa extraña que obtuvo de la cafetería—. Luces como si quisieras vomitar.

—Estoy emocionado, es solo que... —Me detengo y suelto un suspiro. Vuelvo a contemplar la carta que recibí esta mañana, pero me siento como un fantasma, como una sombra, no sé qué está sucediéndome. Se ve imponente con ese escudo que es conocido internacionalmente, el discurso es un montón de palabrería innecesaria. ¿Cómo los directivos de una escuela tan prestigiosa se enteraron de mí? No tiene sentido, pero estaba en mi buzón.

—Solo que... —Aplano los labios al escucharlo, no tengo idea de qué debo decir—. ¡Venga! ¡Es una gran oportunidad! Muchos quisieran recibir una oferta como esa, hermano, tus padres enloquecerán en cuanto lo sepan.

—No sé si voy a aceptar —murmuro—. Esto no es lo que quería, ¿sabes?

—¿De qué hablas? Si yo fuera tú no lo pensaría dos veces, oportunidades como esa no llegan dos veces en la vida, yo aceptaré cualquier cosa que se cruce en mi camino, no es sencillo estudiar en una buena universidad, el dinero no me sobra como para rechazar una beca, prácticamente te están rogando para que entres. —No quiero decirle que es porque ni siquiera sabe qué desea ser en un futuro, Har no sueña con algo más allá de su realidad, ese es su principal problema, no se atreve a luchar porque prefiere lo fácil.

—No quiero estudiar medicina en una universidad que está a cientos de kilómetros de mi casa y de las personas que amo, Har. No quiero estudiar medicina en ningún jodido lugar, quiero hacer aeronaves, ir a hangares, no ver a enfermos en un hospital. —Él suelta un suspiro—. La universidad estatal me ofrece la carrera que yo quiero, me mandaron un correo electrónico avisándome que pasé a la segunda fase de selección, están por decirme si me darán una beca.

—¿Y si pierdes la oportunidad de estudiar en una de las mejores universidades de los Estados Unidos por esperar la respuesta de ellos? ¿Ya lo pensaste bien, Shawn? —insiste.

—Sería muy loco rechazar a Stanford, ¿no? Ellos también tienen Aeronáutica, pero me abren medicina, no otra, lo cual es raro porque jamás apliqué ni me comuniqué con ellos. —Nos quedamos en silencio por unos cuantos minutos. Tengo el ligero presentimiento de que mi madre tuvo algo que ver en lo de la carta—. Natalie está muy extraña, siento que la asusté.

—¿Qué le hiciste? ¿Le mostraste tu colección de historietas? —Hago una mueca.

—Ojalá fuera eso, siento que se está alejando de mí, ¿es normal?

—No lo creo, deberías hablar con ella y preguntarle, es mejor que lo enfrentes y sepas si algo malo pasa o si son alucinaciones tuyas. Probablemente es la presión porque se acercan los exámenes finales, la graduación y toda esa mierda. —Se encoge de hombros.

—Hablaré con ella —sentencio.

—Fui a casa de Jasmine el otro día para entregarle algo que olvidó en el autobús, no quería pasar porque estaba molesto, solo deseaba darle la maldita hoja y verla por unos segundos. —Mi frente se arruga, Har ha estado enamorado de esa chica desde que tengo memoria—. Terminé en el sofá con Jas encima de mí comiéndome la boca, mi corazón latía muy rápido, estaba a punto de llorar de la felicidad cuando dijo el nombre de ese maldito bastardo.

Sus facciones se ensombrecen.

—Creo que ya tuve suficiente de Jasmine Campbell, estoy harto de esperar como un jodido iluso. ¿Te digo qué es lo peor? Es como una sanguijuela que se pega a tu piel para absorber todo lo que tienes hasta dejarte seco, es como un parásito que se alimenta de ti y te consume sin importar el daño que pueda

causarte. Me enferma tenerla cerca, pensarla cada puto instante, me debilita, quizá por eso Greg la mandó a la mierda, porque no soportó la idea de tener un bebé a su lado.

Lo que ha dicho ha sido despiadado, más aún porque está hablando de un tema muy delicado que no todas las personas saben, no suena como el Harold que yo conozco. Apenas termina de hablar veo arrepentimiento en su cara, a veces el enojo nos hace decir estupideces que en realidad no pensamos. No obstante, el silencio que escucho a mi alrededor me envara la espalda, me atrevo a alzar la cabeza.

—Mierda. —Har sigue el rumbo de mi mirada y se pone pálido.

Ahí está Jas, sosteniendo una bandeja llena de comida, quieta, contemplando a mi amigo con los ojos vidriosos. Natalie está a su lado, la intensidad y la furia con la que mira a Harold me asusta, jamás había visto esa expresión. Aunque me gustaría regresar el tiempo para cerrar la boca de Har, es imposible, ellas no son las únicas que han escuchado nuestra conversación, hay otros espectadores alrededor, alumnos que le dirán a otros. Antes de mañana todos sabrán lo que ha pasado, lo que se ha dicho e inventarán tonterías.

—No sé si soy una enfermedad, Harold, lo que sí sé es que he cometido un montón de errores, entre ellos confiar en ti y pensar que eras diferente. — Jasmine se acerca dando pasos cortos. Trago saliva con nerviosismo, una lágrima resbala por su mejilla, deposita la charola frente a él y eleva la barbilla—. Espero que te cures pronto.

Entonces se gira y se dirige a la salida dando zancadas largas, mi rubia no demora ni un segundo, corre tras ella sin siquiera mirarme. Mi vista cae en un chico que se acerca a nuestra mesa, tiene el rostro enrojecido y los ojos desorbitados, sus amigos se apresuran a seguirlo. Antes de que pueda ponerme de pie, Greg toma a Harold de la camisa y lo sacude con rabia. Los amigos de Greg detienen el puñetazo y yo agarro a Har, quien sigue pasmado.

—Imbécil de mierda, no te le vuelvas a acercar, ¿escuchaste? —advierde Greg con agitación, se ve perturbado. Se mueve con violencia intentando zafarse, respira hondo, no se ve más calmado—. ¿Sabes qué me dijo ayer en la noche cuando intenté besarla? Que me quería porque había sido su primer amor, que te quería a ti también, que nos quería a los dos; pero que te elegía a

ti porque nunca se había sentido tan feliz y segura como contigo, ¡vaya ironía!
Dijo que podías ver su interior.

Se va tan rápido como llegó. El ruido de la cafetería vuelve, Harold no se mueve.

—La cagué —susurra.

—Y mucho.



cincuenta y dos



NATALIE

Llego agotada a casa después de dejar a Jasmine, me repitió una y otra vez que estaría bien, no estoy tan segura. Antes pasé al señor Pimiento para ver si necesitaban ayuda, pero el viejo Hest me dijo que no era necesario que me quedara.

Así que entro, lo primero que escucho es la carcajada de mi madre, por primera vez en el día me relajo, todavía siento que estoy brincando sobre nubes, no me he recompuesto del impacto que me ocasionó la carta de CalArts.

—¡¡Hay comida china, Natalie!! —grita papá desde el comedor.

Aviento mi mochila en un lugar de la sala, en la mesa ya están sentados mis hermanos, Frank mira en el interior de la bolsa plástica y saca galletas chinas de la suerte. Inmediatamente Cecile le arrebató una, mi hermano abre dos y abandona otra, supongo que la restante es mía. Obtengo el paquetito.

—Sé positiva y aléjate de la oscuridad, cosas luminosas te esperan —recita Cecile, luego bufó—. Maldita galleta china, me está haciendo *bullying*.

Suelto una risotada, guardo silencio en cuanto leo mi mensaje.

«Prepara las maletas, la aventura más importante está a punto de comenzar».

Mamá entra con vasos y una jarra, doy un respiro profundo y regreso para recoger mi bolso, y obtengo la carta del interior. Con timidez me siento en una de las sillas del comedor, sabiendo que mis padres están mirándome con curiosidad.

—El profesor Carmichael me dio esto en la mañana. —Le tiendo el sobre a papá, mi madre se asoma para ver de qué trata. Miro en cámara lenta cómo saca el documento y lo desdobra.

El grito de emoción que suelta mamá me aturde, se pone de pie de un brinco y corre hacia mi lugar para abrazarme.

—¡¡Estoy muy orgullosa de ti, cariño!! —Mis ojos se llenan de lágrimas, papá sonríe mostrando todos sus dientes, mientras mis hermanos se pelean por ver el papel.

—¡¡Vamos a celebrar con doble ración de helado!! —grita Frank—. Yo pido tu alcoba, Nat.



Más tarde voy a subir las escaleras cuando suena el timbre. Al abrir me encuentro cara a cara con Shawn, que me regala una sonrisa que me convierte en un charco al instante.

—Quería verte. —Su voz me hace enrojecer, sonrío con timidez y salgo. Los dos nos sentamos en el escalón de la entrada, se coloca a mi lado, su muslo tocando el mío, su brazo rodeando mis hombros—. ¿Cómo está Jas? Lamento lo que hizo Harold, no pensó lo que estaba diciendo.

—Jasmine lloró toda la tarde y me contó lo que había pasado, lo que hizo estuvo mal, aunque ella dice que no estaba pensando en Greg mientras lo besaba. No de esa forma, estaba pensando en hablarle para decirle que, aunque siempre iba a quererlo, ya no deseaba estar con él, le salió su nombre y Har se lo tomó mal, como cualquiera hubiera hecho en su lugar. Eso no justifica lo que hizo, mucho menos cuando Jasmine le confió algo tan privado y cuando le dejó bien claro a Harold desde el principio sus sentimientos.

—¿No estás enojada conmigo? —Hace un puchero que me parece adorable.

—¿Por qué lo estaría? —Arrugo los labios, Shawn sonríe y me da un besito.

—Actuaste muy raro hoy en la escuela. —Toma aire—. ¿Ocurre algo?

—Nada —murmuro.

—Cada vez que alguien dice *nada* pasa mucho.

—Lo lamento, he estado angustiada por todo lo de la graduación, el examen final de matemáticas, ¿te dije que mamá está embarazada?

—Va a tener a la hermana mayor más *sexy* del mundo. —Muerdo el labio, intento voltear la cabeza para que no me vea, pero se da cuenta y me lo impide

aferrando mi barbilla—. No te escondas de mí, por favor, ya no lo hagas, Nat. No sé si te asusté el día que te dije que te amo o qué hice mal.

Miro sus ojos oscuros y brillantes, luego sus labios, cada parte de su cara. Mi corazón se hunde al recordar lo de California. Al parecer ha llegado la hora de hablar, no puedo permitir que se culpe por mi actitud. Además, es como dijo Jasmine una vez, no puedo escapar del futuro, tengo que hacerle frente, aunque me aterre.

—Sí pasa algo, Shawn. —Sus párpados se cierran, su frente se pega a la mía, su palma no abandona mi rostro, lo acuna con suavidad. Siento su nariz, su respiración pausada, de pronto tengo ganas de llorar, trago saliva para aligerar el nudo que se ha formado en mi garganta—. El profesor Carmichael envió mi *block* de dibujos a CalArts, una de las mejores escuelas de arte, y me enviaron una carta para informarme de que fui aceptada. Me darán una beca.

Sus labios forman un círculo.

—¡Eso es estupendo, Nat! ¡Vas a estudiar lo que te gusta! ¡Vas a cumplir tus sueños en una buena universidad! —Su alegría alivia la opresión que sentía en mi pecho, pero el miedo no desaparece.

—Es en California, Shawn —me obligo a decir. La comprensión lo invade, la sonrisa cae, una lágrima se me escapa, él la quita con su dedo dándome una suave caricia. Nos contemplamos en silencio, me está doliendo tanto esta conversación... No puedo controlar las lágrimas, empiezan a salir como si fuera un manantial, Shawn se deshace de todas sin pronunciar palabra alguna, traga saliva y abre la boca para respirar.

—No debes estar triste, preciosa, has recibido una excelente noticia.

—Lo sé, es un sueño hecho realidad y sé que voy a tomarlo, aunque me cueste trabajo —aspiro temblorosa—, pero eso no hace que la idea de tenerte lejos no me lastime, tú también eres un sueño hecho realidad. Me duele tener que dejar un sueño para poder alcanzar otro, ¿por qué no puedo tener los dos?

No puedo respirar, siento que me ahogo, que no puedo agarrar el aire suficiente.

—No hables así, no hables como si fuera necesario terminar, como si no tuviéramos tiempo, Nat. Estamos juntos ahora, en este momento, eres el amor de mi vida justo en este instante y eso es lo único que me importa, no el futuro, no California, tampoco me importará la distancia siempre que te tenga en mi

cabeza, siempre que me prometas que me sigues amando. Encontraremos la manera, ¿de acuerdo? No pienso renunciar a ti.

Intento tranquilizarme, calmar la desesperación que me come desde dentro.

—Crecer es una mierda —susurro.

—Crecer es la vida.

—Pues entonces la vida es una mierda.

—No si estamos juntos —responde.



cincuenta y tres



SHAWN

Me costó trabajo aparentar que no me afectó la noticia que Natalie me dio. No pude decir en voz alta que me duele porque es una gran oportunidad para ella, sería cruel y egoísta si le pido que se quede a mi lado.

Llego decaído a casa, me detengo en el umbral del comedor y contemplo a mis padres reunidos en la mesa, los dos se ven felices, creo saber la razón a pesar de que no han pronunciado palabra alguna.

Mi madre se levanta y abre los brazos como si estuviera pidiéndome un abrazo, me quedo quieto, no muevo ni un solo músculo.

—¡Felicidades! —exclama—. Anda, ven aquí, no seas tímido. Cuando envié los papeles sabía que lo conseguirías.

Mis ojos van de mamá a papá, los amo porque son mis padres y estoy muy agradecido por lo que han hecho por mí hasta ahora, sé que me aman, que se preocupan por mi bienestar; pero no creo que tengan idea de lo que quiero en verdad, eso es porque no quieren conocerme, no se detienen a charlar para preguntarme qué pasa por mi mente, prefieren la idea de que tienen al hijo perfecto que actuará como un robot siguiendo sus órdenes.

—Me decepciona que no supieras que jamás quise eso para mí, mamá —digo con más brusquedad de la que quería, todo se me ha juntado de pronto, estoy abrumado, lo único que quiero hacer es respirar y no sentir esta pesadez en mi pecho—. No puedo creer que te hayas atrevido a enviar algo tan importante, algo que marcará mi futuro, sin mi consentimiento. ¿Tienes idea de quién soy? ¿De cuáles son mis metas y aspiraciones? ¿Alguna vez te has detenido a pensar en lo que quiero? No, es más fácil ignorar eso y seguir el plan que has forjado para mí sin tener en cuenta mi opinión. No quiero estudiar medicina en Stanford ni en ninguna escuela porque no quiero ser médico,

espero que lo entiendas y que a partir de ahora me dejes tomar mis propias decisiones, aunque sean estúpidas y al final me equivoque.

No espero una respuesta, rápidamente me doy la vuelta y me dirijo a la planta alta subiendo las escaleras de dos en dos. Mi corazón late deprisa, mi respiración se agita, me falta el aire y no sé si es porque es la primera vez que enfrento así a mis padres o porque me duele muchísimo que Nat se irá lejos. Tal vez es la segunda opción. Al llegar a la escalera siento que una lágrima moja mi mejilla. Me encierro en mi habitación y me dejo caer en la cama soltando un suspiro que hace que mis pulmones se desinflen. Al fin estoy solo, siento que la oscuridad se cierra a mi alrededor, que estoy parado en la punta de una montaña y no tengo más opción que bajar incluso cuando no estoy convencido de querer hacerlo.

Me quedo impávido mirando el techo, el rostro de Natalie aparece frente a mí como si en verdad la tuviera cerca, a unos cuantos centímetros, cierro los párpados. Ella sigue en el mismo sitio en mi mente.

Su cabello despeinado, las ondulaciones perfectas que se forman en las puntas, sus labios rosas, sus ojos dulces, la nariz puntiaguda que siempre me incita a depositar un beso, sus pestañas largas, el sonrojo que aparece en sus mejillas cuando hablo en su oído. Una sonrisa se dibuja en mi cara al recordar la primera vez que me fijé en ella, el día que arrojó un caldo a mi camisa, nunca me imaginé que se convertiría en lo que es hoy. Pero, ¿qué es? Ni yo mismo soy capaz de comprenderlo, lo que siento es tan intenso que no puedo describirlo, dado que no hay palabras adecuadas que puedan adaptarse a mis sentimientos.

¿De verdad la amo? No lo creo, pienso que es más que eso, que sin darme cuenta se metió en mis venas, empecé a respirar su nombre, comencé a levantarme cada mañana esperando encontrarme en su mirada, ¿cómo podría vivir sabiendo que está a cientos de kilómetros? ¿Cómo podría encadenarla a permanecer conmigo cuando sus horizontes ya no serán los mismos que los míos? ¿Y si se va y la pierdo? ¿Y si nunca regresa? ¿Y si nunca vuelvo a verla? ¿Y si encuentra a otra persona y me olvida? ¿Y si yo la olvido? ¿Y si perdemos lo que tenemos?

Nunca había sentido esto, esta clase de impotencia y desesperación, esta clase de amor que me hace pensar en locuras, que me cuestiona lo que he

querido durante tantos años.

Me asusta amarla.

Me aterra que ya la estoy extrañando.

Me tallo el rostro con las palmas y trago saliva, pero el nudo en mi garganta no se afloja. Escucho pasos en el exterior, me sorprende que no sean tacones, la puerta de mi alcoba rechina, pronto alguien se sienta a mi costado haciendo que el colchón se hunda. Mi padre suelta una exhalación, quizá está molesto, me asombra que no me interese, esta vez no dejaré que decidan por mí.

Se aclara la garganta.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —cuestiona.

Esa es una gran pregunta. Durante mucho tiempo he tenido clara la respuesta, pero ahora no estoy tan seguro. ¿Qué quiero hacer? Solo tengo dieciocho, ¿cómo alguien que no ha vivido lo suficiente podría saber con exactitud lo que quiere ser por el resto de su vida? Elegir una profesión, una universidad, volar lejos de casa, dejar algunos sueños para lograr estabilidad y tener que dejar a la persona que me hace feliz porque es parte de la vida, eso es madurar... ¿De verdad lo es? ¿Eso es crecer? Eso es arriesgarse a ser infeliz si no me siento preparado para hacerlo, si me está rompiendo el corazón en este momento, ¿qué podría esperar que suceda después? ¿Cómo voy a decidir si no me siento capaz de lanzarme a lo desconocido todavía? No quiero mirar hacia atrás dentro de un par de años y darme cuenta de que lo hice todo mal, de que mis decisiones fueron una mierda, que me aferré a algo que no era para mí, que la estabilidad se encuentra en la felicidad y que dejé la oportunidad de ser feliz.

Muchos pensamientos parecidos deambulan en mi cabeza, no obstante, siempre aparecen esos ojos que son parecidos al chocolate que hace mi abuela, el que me hacía correr desesperado porque era tan delicioso que no podía resistirme.

—Estar con ella —susurro con la garganta apretada.

—¿Qué te lo impide?

—Una de las mejores escuelas de diseño le ofreció una beca, se irá a California a cumplir sus sueños, y yo me quedaré aquí cumpliendo los míos.

—Ya veo, pero vuelvo a preguntarte lo mismo, ¿qué te impide estar con ella? ¿Acaso tus sueños solo pueden cumplirse aquí? Ese es tu problema a veces, hijo, te ciegas y no ves más allá de lo que tienes frente a ti, tus sueños seguirán

siendo tuyos si los cumples aquí, allá o en cualquier lugar. Si quieres ser un montón de cosas, entonces ve por todas ellas, no importa cuál sea el camino siempre y cuando las consigas. —Guarda silencio por un instante, después continúa—. Por cierto, le debes una disculpa a tu madre, ella no lo hizo para molestarte y va a aceptar cualquier cosa que quieras hacer. Solo asegúrate de que no sepa que yo te lo pedí, finge que estás arrepentido.

Lo miro de reajo en medio de la oscuridad, creo que hay una sombra de sonrisa en su cara. Mi padre palmea mi rodilla antes de levantarse y salir. Nunca ha sido muy parlanchín, escucha el doble de lo que habla, me emociona que se haya sentado a decir unas cuantas palabras.

Me quedo pensando en lo que ha dicho, una idea no tan descabellada cruza mi mente. Me levanto de la cama como si fuera un resorte y voy hacia la computadora, decidido a buscar una alternativa.

¿Cómo dijo papá? «Tus sueños seguirán siendo tuyos si los cumples aquí, allá o en cualquier lugar».



cincuenta y cuatro



NATALIE

Los meses comenzaron a pasar demasiado rápido, antes de poder detenerme a ver la fecha en el calendario, el profesor Golden me entrega el examen final de matemáticas. Cierro los ojos tan pronto coloca la hoja en mi pupitre. ¡Santo de los exámenes, apiádate de esta pecadora! Sería triste que me quedara en esta escuela por reprobado una materia. ¡No puedo ser una cobarde ahora! ¡Natalie Drop ha madurado y puede enfrentar su destino, aunque este sea una bestia con números!

Entonces abro un párpado con cautela, temiendo lo peor, espero encontrar un cementerio lleno de cruces rojas y caritas tristes, pero me llevo una increíble sorpresa.

—¡¡Aprobé!! —grito con fuerza, una gran sonrisa se pinta en mis labios. El maestro sigue de pie a unos pasos de distancia, él también sonríe, no sé si lo hace por mi reacción o porque se va a librar de mí—. ¡¡Aprobé el maldito examen!!

Mis compañeros se carcajean.

—No me tiente, señorita Drop, todavía puedo reprobarte —dice Golden, pero sigue sonriendo. Él continúa con su camino, mientras yo no puedo dejar de mirar la perfecta «B» encerrada en un círculo rojo. Dios mío, qué linda es, creo que voy a enmarcarla.

Shawn, sentado a mi costado, se inclina, su nariz se escabulle entre mis cabellos y su boca encuentra mi oreja.

—Felicidades, preciosa —susurra muy quedito.

Su respiración me provoca un escalofrío que recorre todas mis terminaciones nerviosas, las cosas entre él y yo han marchado bien, Shawn me contó que Stanford le dio una beca en medicina, él contactó con ellos para ver si era

posible cambiarla y que, en vez de dicha carrera, pudiera estudiar aeronáutica; lo mejor de todo es que está en California.

A pesar de que existe una posibilidad de que la respuesta sea positiva, no estamos tranquilos, se supone que hoy es el día que recibirá un correo electrónico de parte de la universidad.

El profesor Golden camina desde la parte trasera hasta el pizarrón, se sitúa en el centro y se aclara la garganta.

—Antes de que el timbre suene quiero decirles algo. Probablemente esta sea la última vez que vea a muchos de ustedes, así que les deseo muchísimo éxito, espero que un día aprecien los jalones de orejas que tuve que darles. Son uno de los grupos con los que más me ha gustado trabajar, porque al final vi cómo la mayoría se esforzó para obtener una buena nota, eso demuestra que tienen un espíritu ganador. —Su mirada se posa un segundo en mí, luego barre al resto de mis compañeros—. Luchen siempre por sus objetivos, les aseguro que el camino va a ser muy duro, muchas veces van a querer renunciar, pero al final habrá valido la pena.

Estoy segura de que así será, el futuro es como una bomba atómica que está a punto de explotar.



Salgo del señor Pimiento un tanto melancólica, despedirme de mis jefes — quienes han sido sumamente comprensivos y amigables— y de mis compañeros no ha sido fácil. Poppy me regaló una sonrisa sincera, la cual correspondí; los señores Hest me desearon mucha suerte y me hicieron prometerles que algún día diseñaría algo genial para su negocio; Jackson me dio un abrazo, nos dimos las gracias por los momentos que vivimos y juramos que no perderíamos el contacto. Poppy le dijo a Jack que lo único que podía ofrecerle era su amistad, él no aceptó la propuesta, así que actúan como si fueran dos desconocidos.

—Enamórate de alguien que ame tus defectos, él lo hace —fue lo último que le dije a Penélope antes de que me sonriera.

Shawn está esperándome afuera, recargado en su motocicleta. Detengo mi andar unos segundos para absorber esa imagen, a veces todavía creo que es un

sueño del que me despertaré pronto.

Me aproximo porque no puedo quedarme babeando toda la noche, él me recibe envolviendo mi cintura y jalándome, rodeo su cuello y respiro profundo para llenarme de su olor.

—¿Sabes? Extrañaré mucho verte salir por esa puerta con ese sombrero tan feo. —Me muerdo el labio para no sonreír, sus ojos caen y se concentran en ese punto—. ¿Estás lista para la graduación?

—Tengo un vestido hermoso, mamá ya tiene preparada su cámara para tomarnos muchas fotos, pero no quiero que llegue el día. —Hago una mueca.

—Quiero hacer algo especial contigo después de la fiesta —murmura.

—¿Qué cosa? —Se encoge de hombros como si no supiera. Entrecierro los párpados—. De acuerdo.

Sus labios por fin toman los míos, lo había estado esperando desde que terminó el turno, me quita el aliento con suavidad y paciencia hasta que temo quedarme sin aire. Sus pulgares acarician mis mejillas, acomodan mi cabello rebelde, ¿cómo no iba a estar perdidamente enamorada de este chico?

—Recibí una respuesta de Stanford hace unas horas —dice con seriedad tan pronto nos separamos para respirar. La expresión en su rostro solo hace que la ansiedad aumente, quiero echarme a llorar cuando veo que suspira con pesadez y niega, ni siquiera puede decirlo—. Lo siento.

Agacho la cabeza y cierro los párpados, si él ve cuánto me duele haré que se sienta mal.

—¿Qué vamos a hacer? —cuestiono, porque me siento perdida.

—No lo sé, preciosa, lo único de lo que estoy seguro es de que te amaré y esperaré, aunque no vuelva a verte.

Su sonrisa triste me rompe el corazón, lo abrazo lo más fuerte que puedo y me escondo en su cuello. Justo en ese sitio sollozo, porque no puedo aguantarlo más, me derrumbo sintiendo las caricias que imparte en mi espalda, su respiración pausada y sus pulsaciones que se quedarán guardadas en mi interior.



Es de color púrpura, tiene brillos en el escote, cae desde mi cintura como si fuera una cascada, creo que es una de las cosas más hermosas que he visto, aunque eso me haga sentir patética. Doy una vuelta completa, después me bamboleo, quiero saber cómo lucirá mientras esté bailando en la pista. Las lentejuelas brillan tanto o más que la bola de una antigua discoteca.

—¿Puedes fingir que estás feliz? ¿Por mí? —pregunta Jas, quien está sentada en el borde de la cama. Le doy una mirada y hago una mueca que no llega a ser una sonrisa. Lanza un bufido y se deja caer—. Seguramente es una mierda tener que dejar a las personas que amas, pero son tus sueños, Nat, hay tantos que desearían estar en tu lugar, incluso yo. Irás a una universidad prestigiosa para estudiar algo que amas hacer. Tal vez algún día serás una increíble diseñadora que trabajará en editoriales o en el cine, deberías sonreír.

—Estoy feliz, es solo que me duele, Jas, mi madre está embarazada, no estaré aquí para ver a mi hermano crecer en su vientre, Frank no me molestará todas las mañanas ni Cecile, tendré que llamar a papá para que me dé las buenas noches, tú no estarás para contarme tus locuras y Shawn... —Suelto un suspiro que me sabe amargo—. No tienes idea de lo que me cuesta dejarlo.

—Lo entiendo, yo también voy a extrañarte mucho. —Se levanta como si fuera un resorte. No me da tiempo de ver su rostro porque se me lanza para enfundarme en un abrazo largo y apretado—. Quizá no he sido la mejor de las amigas, pero tú sí que lo has sido. Estoy muy orgullosa de ti, rubia, te apoyaré siempre, sin importar si te quedas o te vas. Por cierto, existen las videollamadas, no te vas a escapar de mis locuras.

No me doy cuenta de que mis ojos se nublan, antes de reaccionar una lágrima resbala por mi mejilla. ¡Genial! ¡El maquillaje se va a estropear! ¿Qué más da? Marcaré tendencia si voy como un oso panda a la fiesta de graduación.

—No puedo creer que al fin vayamos a graduarnos —susurro, todavía siendo sostenida por Jasmine. Hoy en la mañana fue la entrega de diplomas en el auditorio de la escuela, fue un evento estirado y elegante, lleno de músicos que nos tenían a todos bostezando por el aburrimiento, discursos sensibleros que casi nos hacen lloriquear, y lo típico que se ve en las graduaciones.

Jas y yo estamos en mi habitación a punto de partir a la fiesta que planeé con Hannah y el comité. Estaba nerviosa porque no sabía si mis ideas eran lo

suficientemente buenas, en la mañana vimos los arreglos y la verdad es que quedaron mejor de lo que esperaba.

Harold y Shawn pasarán por nosotras, Jasmine piensa que solo vendrá mi novio, él y yo creímos que era muy loco que los tres nos montáramos en su motocicleta, y Har quiere disculparse con mi amiga.

Una bocina suena desde la lejanía, nos separamos como si estuviéramos sincronizadas, no sé cómo reaccionará cuando vea el auto de Harold, tampoco entiendo cómo no ha reconocido el sonido. Bajo las escaleras despacio, viendo la melena oscura de Jas.

Mamá nos despide con una sonrisa y un «diviértanse toda la noche», desde que nos dijo que está esperando un bebé ha estado más alegre que de costumbre, no sé si es por el embarazo o porque papá se la pasa dándole besitos a su vientre. El otro día dejó que Frank jugara a videojuegos toda la noche, deberían embarazarse más seguido.

El andar rápido de Jasmine se hace lento cuando descubre la identidad del conductor del automóvil, sigo caminando, no quiero escuchar sus berrinches; pero, para mi sorpresa, los traqueteos de sus zapatos vuelven a sonar.

—Muy lista, quizá no vaya a extrañarte tanto —refunfuña en voz baja mientras subimos a la parte trasera. Lanzo una risotada porque sé que lo ha dicho para molestarme, lo único que ha logrado es divertirme.

Puedo sentir la mirada intensa de Shawn, aunque no lo miro por temor a tropezar.

—Se ven hermosas, señoritas —dice Har, al tiempo que mira a Jas por el espejo retrovisor, esta se concentra en la ventana.

El camino a la escuela lo hacemos enmudecidas, ellos son los que hablan. Una vez que llegamos y el auto es estacionado, descendemos. Jasmine lo hace con más rapidez de la necesaria, ni siquiera puedo creer que pueda trotar con esos zancos; Har se apresura a perseguirla.

—Al parecer estamos solos —dice él ofreciéndome su brazo, el cual tomo gustosa. Nos encaminamos a la entrada del gimnasio, está decorado con globos, las luces estroboscópicas me ciegan—. Quiero estar contigo toda la noche.

Es como si esas palabras fueran una maldición, porque apenas las dice una ráfaga de chicas me arrasa, y soy arrastrada por Hannah y el comité para

mejorar algunos detalles que no salieron muy bien; no tengo más opción que dejarme llevar.



La música lenta comienza a sonar, siento que mis talones punzan debido a los tacones, me giro para dirigirme a una mesa y quitármelos, pero una mano se cierra en mi muñeca, soy llevada a un pecho que se pega al mío. Mis mejillas se encienden al quedar frente a él, quien luce como un comestible caballero en traje negro, tiene un moño en vez de una corbata, me dan ganas de lamerle el cuello, debo contenerme.

—No puedo más, ya has estado lejos de mí mucho tiempo —murmura.

Mis manos van a rodearlo como si lo hubiera ordenado, me cuelgo de sus hombros y, siendo atrevida, acaricio la punta de su nariz con la mía.

—El dolor de pies me está matando —respondo.

—Quítatelos, preciosa. —Me quedo quieta un segundo, disfrutando secretamente de la cercanía. Me echo hacia atrás y elevo uno de mis tobillos para poder sacar la correa del zapato, hago lo mismo con el otro. Mis plantas tocan el suelo, es como si hubiera pisado el paraíso.

Sus brazos me aprietan con fuerza, adhiriéndome a él. Me eleva, haciendo que mis pies dejen de tocar el piso. Cargándome, se mueve hacia los lados como si estuviéramos sumergidos en un baile apasionado; lo gracioso es que él es el que está bailando, yo solo estoy mirándolo como si fuera un orangután colgado de un árbol.

La música para durante unos minutos. Hannah pronuncia un emotivo discurso de despedida, a pesar de que la mayoría de las personas en esta fiesta sabe que está pasando por momentos difíciles. Creo que su vida se puso de cabeza gracias a mí, estoy segura de que mi nariz tiene intuición y puede unir personas, tal vez puedas entenderlo más adelante.

—¿Te gustaría ir conmigo a otro lugar? —susurra Shawn en mi oído, causándome un escalofrío que me recorre entera.

Asiento porque de pronto me he quedado sin voz. Nos detenemos, su mano acuna la mía, sus dedos se entrecruzan con los míos. Eleva las cejas, acción que me provoca una risotada. Me da un jalón para incitarme a seguirlo.

—Ya voy —digo entre risas. Descalza camino detrás de él, las piedrillas del estacionamiento se clavan en mi piel cuando salimos. Sin embargo, ignoro los picoteos y me concentro en nuestro alrededor—. ¿A dónde vamos?

—Harold me prestó su auto, te llevaré a mi lugar favorito —dice.

—¿Tienes un lugar favorito?

—Lo tengo, es secreto, no puedes decírselo a nadie.

Una vez en el coche, Shawn sube el volumen del estéreo, se interna en las calles. El centro de la ciudad es hermoso, lleno de luces, de gente caminando en las aceras, de locales multicolores. No me sorprende que su lugar favorito se encuentre cerca. Se detiene afuera de un pequeño local con la fachada de una casa de jengibre.

—Hace años que no veo a la abuela, cuando vengo aquí y pido chocolate es como si estuviera con ella. —Su mirada me encuentra—. Dejé de venir porque tus ojos me hacían sentir como en casa.

Por alguna razón me provoca una sensación agradable lo que ha dicho. Sin importar que estamos bien vestidos, bajamos y entramos a la cafetería, no hay mucha gente, solo una anciana que nos sonríe con calidez desde el mostrador; estoy segura de que se está aguantando la risa, no creo que antes haya visto en su negocio a dos chicos escapando de su fiesta de graduación.

Pedimos dos chocolates con espuma y nos sentamos en una mesa para dos que está pegada a una ventana. Con nerviosismo jugueteo con una azucarera, Shawn se queda quieto mirando los movimientos de mis dedos, me gustaría saber qué está pensando.

—No soy bueno para las despedidas —dice.

La calidez que había sentido al principio desaparece, recuerdo que mañana partiré con papá a California para instalarme en la que será mi nueva residencia, la universidad me contactó hace unos días y me informó de que el curso de inducción empezará pronto, debo ir para hacer trámites. Agacho la cabeza y trago saliva.

—Yo no sé cómo despedirme —digo con la voz temblorosa.

Extiende su brazo, calma los movimientos frenéticos de mi mano sosteniéndola, acaricia con suavidad mis nudillos.

—Quiero que cuando estés en California vivas tu vida al máximo, Nat, no te pierdas ninguna oportunidad, diviértete, estudia, sé feliz e, incluso, ama.

—No hables de ese modo. —Aprieto fuerte sus dedos—. ¿Qué voy a hacer si me olvidas?

Pregunto lo que tanto me aterra. Los ojos se me hacen agua, veo borroso y me duele la garganta porque un nudo me quiere sacar el aire. Es tan duro mirarlo y saber que pronto tendré que decirle adiós... No puedo quejarme porque son mis sueños los que están en juego, mi futuro; pero casi siento que es una burla del destino que pusiera a Shawn en mi camino. Yo estaba bien sin él, me hubiera ido a California sin pensarlo. Mi corazón duele mucho, jamás me había sentido de este modo, es como si perdiera mi suelo y no pudiera caminar.

Varias lágrimas salen de mis ojos a pesar de que pestañeo con rapidez para aguantar.

—No llores. —Se levanta y pone su silla junto a mí, lo próximo que sé es que me está abrazando, apoyo la cabeza en su pecho y me escondo por un momento. Dios, voy a extrañarlo tanto, ¿por qué llegó este día tan pronto?—. No llores, preciosa.

—Te amo —digo.

Sus brazos se cierran con más fuerza a mi alrededor, yo atrapo su camisa y cierro mis puños. No quiero soltarlo, no quiero que este momento acabe y tengamos que despedirnos. Se supone que las graduaciones son felices, pero yo solo pienso en que tendré que dejar a la persona que amo. Me estoy ahogando.

—¿De verdad crees que podría olvidar a alguien como tú? Alguien tan dulce, divertida, sincera e inteligente. ¿De verdad crees que podría olvidarte? Me abriste los ojos y me mostraste que es mejor seguir mis ideales en vez de los de mis padres, me diste fuerza para enfrentarlos y para luchar por mis metas, me enamoraste de pies a cabeza, cambiaste mi mundo, Natalie Drop, y solo a los dieciocho. Ahora dime qué he hecho en tu mundo, soy yo el que debe temer porque estoy en desventaja. Tengo miedo de perderte, pero siempre tendré este momento en mi cabeza, a ti abrazándome como si tuviéramos que separarnos, a ti diciéndome «te amo». Eres el amor de mi vida, ya te lo dije, estés conmigo o no.

No le contesto porque no puedo parar de llorar, me gustaría pedirle que sigamos juntos, aunque eso sería egoísta. ¿Cómo puedo pedirle algo así si él

quiere que viva mi vida con libertad, que no me ponga límites? Shawn también debería vivir e incluso amar, aunque eso me parta el corazón.

—No sé si podré ir al aeropuerto mañana —susurra.

La anciana nos interrumpe colocando dos tazas frente a nosotros, esperamos que se vaya, pero permanece en el borde de la mesa. Por debajo de mis pestañas la miro, ella nos observa con una sonrisa.

—No pude evitar escucharlos, hicieron que recordara algo. ¿Me permiten? El amor es simple, es como el café, puede ser dulce o amargo, eso depende de cuántos sobres de azúcar quieras agregar. El azúcar es como las personas inolvidables, es como cuando se funde en lo caliente y no puede separarse. El destino es poderoso, si deben estar juntos los volverá a encontrar.

La mujer se marcha, dejándonos enmudecidos. ¿Por qué el destino no nos quiere juntos ahora? Eso es lo que me desgarrar. Tengo que levantar la cabeza para poder mirarlo, me encuentra y me pierdo en esa intensidad; en silencio le ruego al destino que algo bueno nos tenga preparado, que esto valga la pena.

Su boca se apropia de la mía, deposita un beso suave que me envuelve. Luego sé que ha llegado la hora de irnos, necesitamos estar solos. No tocamos las tazas humeantes repletas de chocolate caliente, nos ponemos de pie, y tomados de la mano salimos del lugar.

Shawn maneja hacia un sitio que conozco, no me sorprende que lo haga. Le mando un mensaje a mis padres antes de apagar el celular, voy a vivir estas últimas horas con él como si fueran las últimas de mi existencia.

Aparca en el estacionamiento, que está en penumbras. Sin decir nada brinco al asiento trasero, él me imita. Nos quedamos viendo el techo del coche de Harold por un buen rato. Observo su perfil, su nariz sigue siendo tan recta como el día que la vi en el salón de matemáticas. Ladea la cabeza para mirarme y sonrío, yo hago lo mismo.

¿Cuántas personas hacen locuras antes de entrar a la universidad?

Nos inclinamos hasta que somos capaces de besarnos, de arrancarnos el aliento. Shawn me besa y yo lo beso con demasiada fuerza, pierdo el sentido y la razón. Pasados unos cuantos minutos no logro pensar, solo sentir el movimiento de sus manos por mi cintura, por mi espalda, por cada parte de mi cuerpo. Casi puedo sentir que este recuerdo bastará para sentirlo durante el tiempo que estemos separados.

Nos recostamos en el asiento, no es incómodo, es como siempre creí que sería. Lo rodeo con mis piernas, sus manos cálidas suben mi vestido, la tela roza mi piel y me produce cosquillas.

Él no deja de besarme, sus caderas se mecen y me hacen sentir estrellas a pesar de que no puedo ver el cielo. Con sutileza y calma hacemos el amor. No me detengo a pensar si soy torpe, solo permito que mis sentimientos tomen el control, que los suyos me moldeen. Es perfecto, aunque sé que tendremos que separarnos en la mañana.

Nuestros corazones se despiden de la única forma que saben: amándose.



Dormimos abrazados, los rayos del sol matutino nos despiertan. Me fijo en la hora, sé que mis padres probablemente ya me están esperando en el aeropuerto con todas mis cosas, voy a perder el vuelo si no me apresuro. Suspiro con pesadez, ha llegado la hora. Él también lo sabe.

—Te veré pronto —digo

Deposita un beso en mi frente.

—Suerte.

Me bajo del auto y camino hacia la entrada dando pasos largos, me detengo una sola vez, lo miro por encima de mi hombro. Él está ahí, espero que cuando vuelva no me haya olvidado, porque, sin duda alguna, yo no lo haré. El primer amor nunca se olvida, menos cuando estás segura de que es el correcto.



Frank no deja de llorar, creo que es la primera vez que actúa así. Cecile luce igual que otras veces, inexpresiva. Papá está sonriendo con mis maletas en las manos. Mi madre se acerca y acomoda detrás de mi oreja un mechón de mi cabello.

—Siempre creí que Cecile sería la primera en dejar la casa, nunca que tú te irías. No puedo creer que la muchacha que tengo frente a mí, la que irá a otra

ciudad a estudiar, tan hermosa y grande, sea la misma pequeña que coleccionaba unicornios y se ponía coronas de princesa.

—O la que te pintó el cabello de azul. —Cecile me saca una carcajada.

Abrazo a mi madre, a la que empieza a notársele el vientre hinchado, luego a mis hermanos. No es como si no fuera a verlos de nuevo, pero igual voy a extrañarlos. Jas también está aquí, la abrazo con mucha fuerza.

Jasmine Campbell consiguió entrar a la facultad de letras, sus padres se negaron a pagar los gastos de la universidad, así que consiguió un empleo de medio tiempo en una librería. Seguro se están preguntando qué pasó con Harold y Gregory. No es muy difícil encontrar la respuesta si la mayoría de los romances a esta edad terminan más rápido de lo que empezaron, casi ninguno sobrevive a la graduación. Jas decidió empezar sola esta nueva etapa de su vida.

Voy a extrañar nuestras conversaciones en las jardineras de la escuela, enredar mi brazo alrededor del suyo para caminar por el pasillo, cubrirle la espalda cuando sea necesario.

—Cumple los deseos de tu lista —murmuro—. Tú también eres una buena amiga. Aunque a veces te equivoques y te cueste platicarme acerca de tu vida, te quiero.

—Tonta, no vas a hacerme llorar.

Pero termina haciéndolo.

Yo también.

Cuando es hora de subir al avión no me queda otra opción más que seguir a papá. Después de abordar, sentada y con la vista en la ventana, veo el momento en el que despegamos, siento la adrenalina en el pecho. Mi corazón late deprisa, recuerdo las sonrisas de mi familia antes de irme, la sonrisa de Shawn y lo que compartimos.

Ahora entiendo sus palabras, él también es y será el amor de mi vida, porque ha sido la persona que la ha marcado, es el azúcar que ha tocado mi corazón y se ha fundido en su calidez. No podré arrancarlo, aunque nunca más lo vuelva a ver. Sé que lo amo y que me ama, y que nos seguiremos amando, ese es el mejor consuelo que puedo tener.

No tengo idea de lo que va a pasar, pero me emociona comenzar esta nueva etapa. ¿Esto es madurar? ¿Tomar las oportunidades y sacar algo bueno de

ellas? ¿Aceptar las posibilidades y esperar que sucedan? Entonces... quizá sí me agrada crecer.

Yo creo que madurar es ser tú mismo en diferentes situaciones, no perder tu esencia en las tempestades, creo que madurar es entender que no puedes quedarte quieto, es alcanzar la mejor versión de ti mismo a pesar de lo difícil y doloroso que esto pueda ser.

Quiero ser mejor persona. Aunque en este momento duela la simple idea de crecer y tropezar, todavía soy esa niña que coleccionaba unicornios, solo que he decidido ponerlos en las repisas de mi corazón.

Necesito luchar por lo que siempre quise, luego volver y recuperar lo que siempre amaré; no me lo perdonaría si fuera de otra manera.

Tal vez la anciana de la cafetería tiene razón: el amor es simple y el destino, poderoso. No tengo idea de qué va a pasar mañana, de lo que seré o pensaré en unas semanas, es impredecible; pero sé que hoy amo lo que estoy haciendo, amo a mi familia, a mis amigos y a Shawn. Dejarlos no es amarlos menos, es amarme a mí misma lo suficiente como para aceptar mi destino, y si este algún día quiere que regrese, lo haré con gusto.

Y si no quiere... tendré que obligarlo.

fin



epílogo

Casi cinco años después

SHAWN

Revuelvo los dos sobres de azúcar con la cucharilla y le doy un trago al café. La vida en la universidad es exactamente lo opuesto a la escuela preparatoria, ahí sí importa si no haces la tarea, si no estudias todos los días, si no pones atención en clases; entonces estás perdido. Es como llegar a un estanque gigante y sentirse como un diminuto pez en medio de animales más grandes.

Todos te dicen que el esfuerzo vale la pena, al principio te preguntas: «¿de verdad lo vale?», y sí, tienen razón, los desvelos y la desesperación valieron porque el día de hoy al fin puedo decir que me he graduado.

Luego viene la parte complicada, ya no es un estanque, es un maldito océano que te arrastrará si no tienes fuerza ni metas ni convicción. Entrar a trabajar es enfrentarse al mundo, y es mucho peor que la preparatoria y la universidad. Un practicante tiene que aguantar que decenas de depredadores intenten hincarle el diente.

Es ahí cuando te das cuenta si de verdad estás haciendo lo que amas. Si amas tu carrera entonces es la indicada, porque eres capaz de aguantar y de esforzarte por mejorar cada día. Si no lo es... renunciarás antes de siquiera intentarlo.

Graduarse no es lo difícil, lo duro es conseguir un empleo y cuidarlo si es que quieres comer, eso no te lo explican en ningún lado, en ningún libro ni artículo, tienes que aprenderlo por ti mismo y darte cuenta de que has crecido y que es hora de luchar con tus propias manos.

Miro una vez más el reloj y repaso en mi mente los pendientes: por el trabajo no me preocupo porque estoy de vacaciones; mi pequeño gato Resees se quedó en mi departamento, espero que no arañe los sillones. De nuevo veo la

hora, pero no ha pasado ni un minuto, estoy tan ansioso que los dientes me castañean y quisiera morderme las uñas.

El tiempo pasó muy rápido desde aquel día, los años se fueron como agua entre los dedos. Empecé a estudiar, conseguí un empleo y me mudé a un departamento, y como no tenía compañía me compré un gato solo porque no había perros.

Salí con unas cuantas chicas —porque ella me lo pidió—, pero ninguna hizo que olvidara aquella última mirada que Natalie me dio en ese estacionamiento, esa sonrisa. Ella me estaba prometiendo que volvería, lo sabía, quería aferrarme a que lo haría, que la vería de nuevo y la tendría entre mis brazos otra vez.

Cuando tienes dieciocho y estás de buenas crees que puedes tocar el cielo con los dedos; si estás pasando un mal momento crees que el cielo te va a caer encima. Eso sentía, que el cielo se derrumbaría sin ella.

Me cerré a todas las posibilidades hasta que la tuve lejos, la extrañé como un loco, no lo resistí y le pedí una cita, aunque eso fuera estúpido porque se encontraba a cientos de kilómetros. Nat y yo nos reuníamos todos los viernes en el videochat, me platicaba de su día y yo del mío, de sus nuevos amigos, de lo hermoso que era California, incluso me contó que había tenido una cita y había salido corriendo antes de que terminara.

Durante cuatro años nos sumergimos en esa rutina, siempre sin hacer planes, ninguno quería estropear las cosas pensando en algo que no fuera nosotros.

La vi un par de veces el primer año: cuando nació su hermanita Diane y las primeras vacaciones de invierno. Fuimos a comer ambas ocasiones, pero fuimos muy cuidadosos, no hablamos de temas peligrosos y los roces fueron amistosos. A pesar de que por dentro era un torbellino de emociones no quise acercarme demasiado, ya que ella se iría de nuevo y la despedida me resultaría insoportable. Después de eso no volví a verla en persona, la familia Drop viajaba a California, ya que Natalie se quedaba en CalArts para cursar materias y llevar talleres durante las vacaciones.

Conforme el tiempo fue transcurriendo y la universidad nos exigió más, fue más difícil que pudiéramos concretar nuestras citas en Internet, nuestros horarios no coincidían, solo charlábamos de vez en cuando por mensajes de texto antes de dormir. El último año fue el más difícil, no supe nada de ella

más que el día que me llamó a las doce de la mañana para desearme feliz cumpleaños, y aun así yo no pude corresponderle el gesto porque estaba en exámenes, y Nat no pudo responder la llamada.

Intenté convencerme de que no regresaría, de que nuestra historia había sido hermosa, pero nuestros caminos se habían separado. Tal vez soñar con que ganaríamos a la distancia y al tiempo era demasiado. Después de todo, aunque no lo quisiéramos, habíamos madurado, habíamos crecido, habíamos cambiado. Creí que nunca la vería de nuevo.

Esta mañana la pantalla de mi teléfono celular me avisó de que me estaba llamando. Enloquecí cuando me dijo que iba a subir al avión con todas sus cosas porque estaba lista para volver.

Ha llegado el día, Natalie ha regresado, la tendré cerca otra vez. Quiero reír a carcajadas, también quiero llorar. ¿Y si la conexión entre los dos ya no es igual? Los años y la distancia deben de tener un efecto, ¿no? No quiero pensar ni sugestionarme.

Vuelvo a tragar saliva, los nervios se intensifican cuando el reloj marca las seis en punto, llegará en cualquier momento.

Entonces la veo a través del cristal de la ventana, mi corazón retumba contra mi pecho con tanta fuerza que me asusta. Me tomo un minuto para observarla mientras cruza la calle y se acerca a mi cafetería favorita. Su cabello es más largo y dorado que antes, su piel está bronceada, se ve más grande, más mujer. Es hermosa, joder.

Me pongo de pie apenas escucho la campanilla cuando abre la puerta, la adrenalina corre por mis venas. Entra pisando fuerte con sus botas vaqueras, se detiene en seco tan pronto ve que estoy frente a ella. No puedo despegar mis ojos, mis dedos pican por tocarla. Dios, la extrañé tanto.

Su boca se entreabre, me estudia como si estuviera descifrándome, sus comisuras tiemblan y forman una sonrisa que me derrite. Para mi sorpresa, Nat corre y se me lanza, sus brazos se enredan alrededor de mi cuello, la recibo rodeando su cintura, pegándola a mi cuerpo como había estado esperando todo este tiempo.

Por el rabillo del ojo veo a una anciana que hace que recuerde el día que nos despedimos en este mismo lugar. Al final ella tenía razón: el amor es simple y

el destino, poderoso. Hoy estamos aquí, sin obstáculos en nuestros caminos, con sueños cumplidos y metas alcanzadas.

Huele a ella, se siente como ella, se comporta como ella, como si no hubiéramos estado separados y fuéramos los mismos. No decimos nada porque no es necesario, estoy seguro de que puede escuchar la emoción y el descontrol que ha causado en mi corazón.

Se echa hacia atrás para mirarme, observo sus ojos café y es como si mirara por primera vez a aquella chica que me tiró comida en medio de un montón de estudiantes, la misma que me miraba a escondidas por debajo del flequillo, la misma que me miró con los ojos brillantes cuando le hice el amor y la que me prometió un futuro juntos en el aeropuerto.

Nuestros labios se buscan, me abandono en su beso, no sabía que mi vida era amarga hasta ahora. Los dos sobres de azúcar no pudieron endulzarme como lo hizo. Lo está y seguirá haciendo Natalie Drop.



contenido extra

HANNAH

Lo que pasó en esa fiesta.

«No quiero que me quieras, Hannah, quiero salir con chicas que de verdad me gusten, tener aventuras y sexo con otras, cumplir mis sueños, todo menos vivir contigo toda la puñetera vida, porque eres vacía y aburrida, no te importa nada más que las ondas de tu jodido cabello y hacer lo que tus padres dicen. Entiéndelo de una maldita vez, ¡no te quiero!».

Esas palabras siguen deambulando en mi mente como fantasmas, no puedo parar de pensar en ellas, se han quedado grabadas en mi alma. Y a pesar de todo no puedo odiarlo, incluso cuando debería, cuando me ha dado razones de sobra para hacerlo. ¿Por qué? Porque durante años me he aferrado a la idea de que un día se dará cuenta de que me quiere, eso es lo que mamá dice para consolarme cada vez que llego llorando a casa, que él solo es un adolescente rebelde y aventurero que quiere vivir un poco su locura para después estar con lo que siempre ha querido, que tarde o temprano se cansará de lo mismo y, entonces, me amará. Quise creerlo por tanto tiempo, pero solo me engañé, William jamás me querrá como yo.

«¿Por qué es tan difícil para ti entender que entre tú y yo no hay nada? Que no necesito que estés oliendo mi trasero todo el tiempo».

He vivido una vida enamorada de este chico, esperando que me mire de verdad, que entienda que no es un capricho, que en serio estoy enamorada de él. No he desistido, día y noche he intentado demostrarle que cuenta conmigo, incluso si estar a su lado me lastima, que estaré ahí para apoyarlo si es que cae y que aplaudiré cada vez que se levante, ¿eso es ser masoquista?

Mi labio inferior tiembla, la verdad es que no lo entiendo, no soy capaz de comprender por qué a veces dice que me quiere, que se preocupa por mí y que quiere intentarlo, y otras veces damos cien pasos atrás. Hemos retrocedido más de lo que hemos avanzado.

Todavía puedo recordar cuando éramos pequeños y nos gustaba hacer castillos de tierra o meter caracoles a la casa para que nuestros padres gritaran al verlos en el comedor. Hacíamos travesuras y era divertido hasta que crecimos y me dieron celos cuando lo vi besando a una chica. No sé muy bien cómo pasó todo, un día me invitó a salir, luego nos hicimos novios, creí que me quería, pero me confesó que no era de ese modo y que sus padres lo habían obligado. Le pedí que me dejara, porque yo no era capaz de hacerlo, él dijo que no porque recibiría un castigo. Pensé que mamá me diría que lo mandara al carajo, como cualquier madre hubiera hecho, en cambio, dijo que él solo quería divertirse, que lo entendiera y fuera paciente, así como ella era con papá.

Eso he sido: paciente. Me he tragado los celos cada vez que lo veo con otra chica, fingiendo que no está pasando nada e ignorando las burlas de la gente, que murmura cosas horribles a mis espaldas, esas personas que dicen ser mis amigos, las mismas que han visto una y otra vez a Liam pisoteando mis sentimientos y jamás han hecho algo más que reír cuando no miro. ¿Por qué sería de otra manera si ni yo misma logro alejarlo?

Y tiene razón, soy aburrida, hago todo lo que mis padres dicen, soy una loca de las calificaciones que no soporta una nota inferior a noventa sobre cien, me gusta que todo sea perfecto, incluyendo mi cabello y mi ropa, mi máscara; pero lo amaba con cada poro de mi piel, con locura, yo hago cualquier cosa por Liam, incluso cuando para él no soy más que la hija de los amigos de sus padres. Ahora también estoy vacía, le he dado tanto que ya no encuentro nada en mi interior.

Me limpio las lágrimas, aunque siento que es inútil, ya que no paro de llorar. El agua sale de mis ojos y no puedo controlarlo. De pronto, escucho ruido afuera, la puerta se abre y alguien entra a trompicones.

—¿Quién es? —pregunto, no logro ver quién ha entrado, está muy oscuro y no traigo los lentes de contacto encima.

—¿No adivinas? —Escucho pasos, alguien aparece en mi campo de visión, solo que no logro identificarlo por más que enfoco. Él se aproxima lo suficiente como para que lo reconozca, hago una mueca—. ¿Qué? ¿Esperabas a alguien más? ¿A Liam? No lo creo, Hannah, está muy entretenido manoseando a otra en la sala principal.

Ignoro su comentario y la punzada de dolor que este me provoca. Delante de la gente es fácil fingir, cuando estoy sola es el problema.

Oliver Doms se deja caer en el sofá, así que me alejo todo lo que puedo. ¿Por qué Natalie tuvo que traer precisamente a este sujeto? No lo conozco demasiado, pero todo el mundo sabe de su mala fama, es lo opuesto a lo que quiero tener a mi alrededor, y no nos soportamos. Tuve la mala fortuna de conocerlo hace tiempo debido a que dirigía la radio de la escuela y yo, como parte de la sociedad de alumnos, tenía que tener contacto con él. Al principio fue divertido, era un experto en música y siempre sabía qué decir; pero él obligó a Mirian a besarlo, después el director cerró la radio escolar, habían atrapado a Oliver pintando bardas con sus amigos. Desde ese día supe que era un vándalo.

—¿Qué haces aquí? —cuestiono, todavía esperando que se haya equivocado de puerta.

—No creas que me hace feliz estar con alguien como tú, le estoy haciendo un favor a una persona.

—¿Alguien como yo? —Él se encoge de hombros y chasquea la lengua con disgusto, estira las piernas y recuesta la cabeza en el respaldo, después cierra los párpados—. ¿Estás ebrio? Dios, no me importa, no necesito un niño, así que puedes irte con tus amigos a asaltar un banco, romperte la cara en tu horrible patineta o ir por ahí a besar chicas a la fuerza...

Detengo mi apasionado discurso en seco cuando él se mueve con violencia, su nariz topa con la mía y sus ojos furiosos me observan. Trago saliva con nerviosismo, ¿debería correr? No se ve muy contento.

—No sabes cuándo cerrar la boca, ¿verdad? —De la nada, una de sus comisuras se eleva, no me tranquiliza; el brillo en sus ojos es peligroso y me hace temblar—. Quizá pueda enseñarte a no hablar cuando estás con un extraño, Han, estamos solos y nadie te escucharía, ni siquiera tu amado Liam. ¿Quién podrá defender a la damisela del malvado ladrón?

—Podría gritar —digo, desafiante. Sé que debería empujarlo y correr, sin embargo, no estoy dispuesta a que vea lo débil y cobarde que soy. Su risotada burlona se me estampa en el rostro.

—¿Y quién escuchará? ¿Tus amigas borrachas? Dime quién, Hannah. Eres patética, ¿sabes? Siempre aparentando ser alguien que no eres, actuando delante de todo el mundo y mostrando una felicidad que no sientes. Al final del día siempre acabas sola, ¿o me equivoco? Llorando justo como ahora y lamentándote porque tu amado novio se acuesta con cualquier escoba con pies, en vez de preocuparte por cosas reales. —Me quedo en silencio, sintiendo la rabia recorriéndome, quiero darle una palmada en la mejilla, pero una idea descabellada se instala en mi mente.

Oh, que alguien me ayude. El corazón se me acelera tanto que puedo escucharlo, siento que saldrá por mi boca en cualquier momento, ni siquiera sé qué es lo que está pasando. Miro a Oliver a los ojos, él frunce el ceño con confusión. Antes de que pueda echarse hacia atrás rodeo su cuello con mis brazos y lo jalo, estampo mis labios en los suyos en un impulso.

La sorpresa no le permite regresarme el beso, no hasta después de unos segundos, entonces empieza a devorarme con ganas, con un hambre que me sorprende. Yo lo beso de la misma forma, como si quisiera demostrarle y demostrarme que no necesito a Liam ni a ningún otro, que puedo besar a cualquiera. El intercambio se intensifica, tanto que mis pensamientos se vuelven borrosos. Oliver introduce su lengua en mi boca y saca todo de mí.

Me echo hacia atrás un tanto aturdida, sus ojos oscuros me regresan la mirada.

—Ladrón que roba a ladrón... —murmuro.

Me pongo de pie y camino hacia la salida sin detenerme.



glosario

Apachurrar: aplastar.

Atorar: atascar.

Charola: bandeja.

Concreto: hormigón.

De caño: del retrete.

Dona: rosquilla.

Envarar: entorpecer, entumecer o impedir el movimiento de un miembro.

Estrellado: se usa para referirse a que algunos no tienen chispa para alcanzar el éxito.

Gis: tiza.

Hacer planas: en México los maestros, para castigar a los alumnos, hacen que escriban una frase en una hoja hasta llenarla. Eso es una plana.

Henna: polvo amarillo o rojo a que se reducen las hojas de la alheña secadas, utilizado como tinte, especialmente para el pelo.

Jalar: estirar.

Malteada: batido de chocolate.

Manubrio: volante.

Panqueque: tortita que se hace con masa de harina, yemas de huevo batidas y un poco de leche (adaptado del inglés *pancake*).

Porrista: en un espectáculo deportivo, mujer joven que, con un pompón en cada mano, anima a su equipo y a los espectadores con cantos y movimientos gimnásticos.

Quedito: en voz baja.

Reprobar: suspender.

Shatalie: juego de palabras para referirse a la combinación de los nombres SHAWn y NaTALIE.

Shipeé: viene de *shipping*, y define la implicación emocional o intelectual de los personajes de una obra de ficción o romance: los fanáticos combinan sus nombres creando una palabra. Se usa mayormente en dinámicas de Internet.

Trapeador: utensilio para limpiar el suelo.

Trapear: fregar el suelo con trapo o estropajo.

Zopilote: ave rapaz diurna que se alimenta de carroña, de 60 cm de longitud y 145 cm de envergadura, de plumaje negro irisado, cabeza y cuello desprovistos de plumas, de color gris pizarra, cola corta y redondeada y patas grises, que vive desde el este y sur de los Estados Unidos hasta el centro de Chile y Argentina.

ZELÁ BRAMBILLÉ

⚡ Somos electricidad

DOS AMIGOS. UNA TENTACIÓN

WINGS TO CHANGE II



 Nova Casa Editorial

Somos electricidad

Brambillé, Zelá
9788417142247
196 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Manny y Ashton comparten un montón de secretos, miradas, caricias y besos. No pueden negar que lo que debería ser prohibido sabe como el paraíso. La atracción es tal que se siente como chispas luminosas, y el miedo podría amenazar lo más bello que han tenido. Dos amigos, una tentación, dos heridas queriendo sanarse.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

DARLIS STEFANY

LIBRO II
DE SAGA BG.5



EL DESEO
PROHIBIDO
DE DOUG

Nova Casa Editorial

El deseo prohibido de Doug

Stefany, Darlis
9788416942947
776 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Algo que Doug siempre supo es que la hermana Jefferson era intocable, perfecta y definitivamente no destinada para él. ¿Pero algo que también supo? Que por más que lo intentara no podría huir de ella, no cuando esos ojos azules verdosos y sonrisa angelical estaban destinados a perseguirlo en sueños, duchas e incluso en el escenario, ¿y por qué no decirlo? También lo perseguían mientras escribía una canción. El problema de Hilary siempre se ha reducido en volver al mismo punto de partida: desear a Doug McQueen. Incluso viéndolo en revistas con todos sus ligues, ella no puede huir de los cosquilleos en su estómago, ni el deseo de tenerlo para sí misma. ¿Qué se hace cuando se desea lo prohibido? Lo tomas y ese es el error que Doug ha creído cometer. Ha tomado su deseo. ¿Dónde radica el error de Doug? En tomar el deseo que lleva por apellido Jefferson, el mismo apellido que sus dos sobreprotectores amigos, compañeros y hermanos de banda poseen. Se han dejado llevar, las cosas fueron más allá de lo planeado y ahora no saben cómo enfrentarlo. Una cosa es cierta: Doug no sabe cómo decirle a los hermanos Jefferson que ha dejado algo más que besos en su hermana, que ha dejado algo echando raíces en su cuerpo. Entonces así es como sucede, así es como Hilary siempre ha sido y parece ser el deseo prohibido de Doug

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Belén Santis e Ignacia Montenegro



Déjame con mi
orgullo


Nova Casa Editorial

Déjame con mi orgullo

Santis, Belén

9788417142506

578 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Idiota. Cree que teniendo perfectos músculos, unos ojos miel envidiables, una altura que te hace quebrarte el cuello cuando lo quieres mirar a los ojos, cabello rizado, perfecta piel besa..., esperen..., me he perdido, ¿qué estaba diciendo? ¡Oh, sí! Ese idiota cree que teniendo todos esos perfectos dones puede usar a una mujer cómo quiera, pues yo no lo creo. Soy Annabella, pero, por favor, llámenme Ann si no quieren que los mate, y esta es la historia de cómo conocí al cretino desesperante que tengo como tutor...Peter Harrison.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Karla Levy

Siete meses

Esta no es una historia de amor...
es una historia del corazón.

Nova Casa Editorial

Siete meses

Levy, Karla

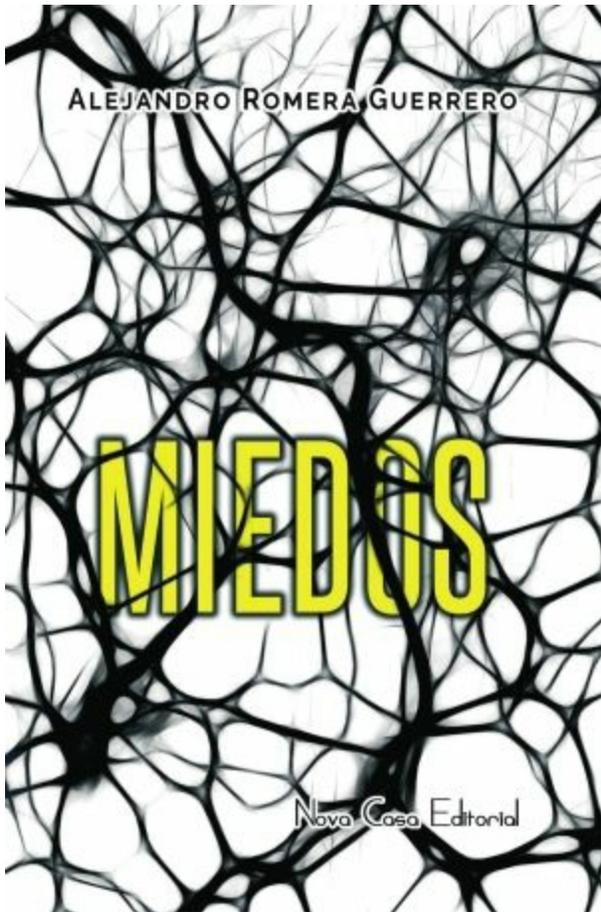
9788416942824

344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible? Yo también. En el Mundial de fútbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme. ¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir? A mí también. Este es el primer libro de la serie "Meses", donde Alex nos cuenta, entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltearán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



ALEJANDRO ROMERA GUERRERO

MIEDOS

Nova Casa Editorial

Miedos

Romera Guerrero, Alejandro

9788416942701

176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Aún crees en monstruos bajo la cama? ¿Te aterroriza la oscuridad? ¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para no caer en el olvido? ¿Qué harías si te hubiese tocado crecer en la Ruanda de 1994? ¿Y si la desidia se hubiese apoderado de tu vida? ¿Tienes miedo a estar solo? ¿O a sentirte solo? Miedos no es un libro de terror. Estos veintisiete relatos no pretenden que nos escondamos asustados bajo la almohada, sino más bien que nos enfrentemos cara a cara con muchos de los miedos que tenemos a diario. Nos encontramos ante unas páginas que, además de hacernos sentir un escalofrío en cada historia, nos incitan a reflexionar de un modo original y diferente sobre nuestro comportamiento frente a los temores que nos acechan. "Miedos es una potente medicina contra la incomprensión, la intolerancia, la crueldad, el egoísmo, la enemistad, la carencia de escrúpulos, los remordimientos, la indecisión o la cobardía. En cada historia de este libro hay un mundo dentro y otro fuera, porque el escritor se interna en los espacios íntimos del cerebro humano y los proyecta sobre unos personajes que respiran cotidianidad. "

Fragmento del prólogo, por José Guadalajara.

[Cómpralo y empieza a leer](#)